

ALEX CARTIER

MOVIE STAR

¿Y si fueras tú la razón
del escándalo?



Índice

Portada

Sinopsis

Diario de Ophélie, 4 de abril de 2015

Diario de Laure, 5 de abril de 2015, 11 h

Diario de Ophélie, 7 de abril de 2015, 22 h

Diario de Ophélie, 8 de abril de 2015, 23 h

Diario de Laure, 8 de abril de 2015, medianoche

Diario de Ophélie, 9 de abril de 2015

Diario de Laure, 11 de abril de 2015, 16 h

Diario de Ophélie, 11 de abril de 2015, 18 h

Diario de Laure, 11 de abril, 18.10 h

Diario de Ophélie, 12 de abril, 23 h

Diario de Laure, 13 de abril de 2015, 20 h

Diario de Ophélie, 17 de abril de 2015, 21 h

Diario de Ophélie, 17 de abril, 23 h

Diario de Laure, 18 de abril, 20 h

Diario de Ophélie, 19 de abril de 2015, 12 h

Diario de Ophélie, 19 de abril, 18 h

Diario de Laure, 19 de abril de 2015, 19.30 h

Diario de Ophélie, 19 de abril de 2015, medianoche

Diario de Laure, 20 de abril de 2015, 22 h

Diario de Ophélie, Primero de mayo de 2015, 22 h

Diario de Laure, 3 de mayo de 2015, 20 h

Diario de Ophélie, 13 de junio de 2015, 18 h

Diario de Laure, 14 de junio de 2015, 15 h

Diario de Ophélie, 21 de junio de 2015

Diario de Laure, 3 de julio de 2015, 23 h

Diario de Ophélie, 4 de julio de 2015, 18 h

Diario de Laure, 5 de julio de 2015, 19 h

Diario de Laure, 6 de julio, 23 h

Diario de Laure, 7 de julio de 2015, 23 h

Diario de Laure, 8 de julio de 2015, 18 h

Diario de Ophélie, 9 de julio de 2015, 22 h

Diario de Ophélie, 10 de julio de 2015, 8 h

Diario de Ophélie, 10 de julio, 23 h

Diario de Ophélie, 12 de julio de 2015, 20 h

Diario de Ophélie, 13 de julio de 2015, 11 h

Diario de Laure, 13 de julio de 2015, 23 h

Diario de Ophélie, 14 de julio de 2015, 9 h

[Diario de Ophélie, 15 de julio de 2015, 10 h](#)

[Diario de Ophélie, 15 de julio, 19 h](#)

[Diario de Ophélie, 16 de agosto de 2015, 12 h](#)

[Diario de Laure, 18 de agosto de 2015, 19 h](#)

[Diario de Ophélie, 19 de agosto de 2015, medianoche](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Ophélie vivía un idilio amoroso hasta el día en que rompió con Michael y su vida empezó a tambalearse. Acompañada de su mejor amiga Laure, Ophélie pone los pies en Hollywood para abrir una agencia francesa de cine. Pero apenas llega, todo le recuerda a Michael, a quien no ha vuelto a ver desde hace cuatro meses, cuando sucedió el drama.

Todo le recuerda a ese hombre que le hizo descubrir el amor y la pasión. En un momento en que busca pasar página, el destino pondrá de nuevo al actor en su camino. ¿Perdonar o vengarse? Para Ophélie, es una opción difícil. ¿Qué sucederá cuando Michael se entere que Ophélie se interesa por otro hombre?

Diario de Ophélie

4 de abril de 2015

Ya en el primer paseo que di por Los Ángeles me encontré en mi camino con Michael. Un Michael gigantesco —de al menos cuarenta por veinte metros—. Un cartel publicitario de un desodorante ocupaba la parte alta de un edificio. Me supuso un *shock* verle con la camisa desabrochada, en tejanos y con una belleza en los brazos. Parecía el cartel de *Instinto básico*, solo que él era el que estaba de frente y la maniquí de espaldas, en *topless*, con los pechos apoyados en el torso del actor. En Estados Unidos no está permitido mostrar un pecho femenino en publicidad.

Confieso que fue terrible verle así, con sus preciosos ojos azules, un efecto reforzado por el tamaño monstruoso del panel y por los retoques de *photoshop*, que le hacían al menos diez años más joven. La chica en sus brazos me trajo a la memoria aquella triste noche en Londres y su traición.

Laure, que iba conduciendo, me leyó el pensamiento.

—Si querías olvidarle, no era aquí adonde tenías que venir.

—Vale, voy a poder soportarlo; es solo que las dimensiones de esa publicidad de mal gusto me resultan ligeramente irritantes. Que te ponga los cuernos un tío al que ves en una foto del tamaño de la fachada de un edificio de veinte pisos no es habitual.

—Cariño, estás en Los Ángeles, aquí nada es normal. La misma palabra «normal» no existe, ¡pero disfruta de las ventajas! Viajas por West Sunset Boulevard en un descapotable, tenemos veinticinco grados de temperatura y estás en camisa, con gafas de sol y bronceándote. En Francia, en este momento no pasan de los diez grados.

No se equivoca, estar en L.A. es mágico.

Es cierto que ayer los cincuenta minutos de espera en la cola de Inmigración a la llegada al aeropuerto fueron un tanto duros. Laure me dijo que podía llegar a durar hasta hora y media. La agente me recordó a Carolina, la mujer de Michael, aunque menos guapa y, sobre todo, mucho menos sonriente. No sé si es una norma entre ellos o si es solo porque tienen un trabajo tan fastidioso, pero da la impresión de que se toman como un deber ser desagradables. Lo importante era pasar el control, no fijarse demasiado en la calidad de la recepción. La única ventaja de tan larga espera fue que el equipaje estaba ya en la cinta transportadora cuando pudimos acercarnos.

David vino a buscarnos. Cuando le vio, Laure corrió a echarse en sus brazos y me dejó cuidando de los dos carritos, así que tuve que arrimar el suyo a un lado porque estorbaba el paso a los demás pasajeros. A ella eso no le preocupaba en absoluto y no paró de darse besos apasionados con David. Tiene gracia esta propensión a dejar de lado el pudor. Por muy enamorada que esté, yo no voy a lamer las amígdalas de mi chico en público durante veinte minutos, me basta con un beso cariñoso y enamorado. A Laure no y, al cabo de unos minutos, tuve que llamarla al orden.

—Tu carro está estorbando a todo el mundo, Laure. Si seguís, voy a echaros un cubo de agua helada.

Se acercó de mala gana gruñendo que yo era una «madre superiora».

David me besó para darme la bienvenida a Estados Unidos, pero fue muy incómodo porque a través de la tela de su pantalón se notaba la consiguiente erección.

Después de una hora en coche, llegamos al apartamento de David en Santa Mónica y conocimos a *Princesa Leia*, la bonita gata gris de la casa. Por ella Laure se ha puesto en tratamiento para la alergia al pelo de gato. ¡Qué bello es el amor! A mí me resuelve también un problema, porque vamos a alquilar piso juntas y yo me he traído a *Romeo*.

Mi *Romeo*, ¿cómo hubiera podido dejarlo a él, que es mi único amigo fiel? Es tan rico que ha soportado el viaje en avión sin protestar. Bueno, hay que decir que lo había sedado un poco con un medicamento que me dio el veterinario.

Cuando *Princesa Leia* vio la jaula de *Romeo*, se acercó para conocerlo y después se fue a su gatera como si esa presencia la importunara. Laure se puso en el papel de casamentera.

—Es una pena, es bonita esta gata. ¿Qué te parece, *Romeo*? ¿Te gusta? No te apetece intercambiar unos mimos con ella?

Confieso que ese empeño de encontrar compañera para mi gato me ha puesto nerviosa.

—Déjalo tranquilo. Al pobre no le interesa, está castrado. Para una vez que hay un individuo en este mundo que no lo remite todo al sexo...

Se puso a ironizar.

—Yo conozco al menos a dos: por algo se dice «de tal amo, tal gato».

La ignoré y abrí la jaula. Mi pobre gato estaba completamente grogui. Examinó el apartamento y encontró un rincón del sofá donde echar una siesta. David le había ofrecido amablemente un platito con paté, pero después de husmearlo lo desdeñó.

—Mi *Romeo*, no sé si aquí tendrán tu paté Gourmet. Creo que tendrás que habituarte a tu nueva vida.

Él no es el único en eso: yo tendré que hacer lo mismo.

Al final de la tarde David nos propuso dar un paseo por la playa. Vive solo a unos cuantos bloques del mar.

Ver cómo se ponía el sol en el Pacífico fue uno de los grandes momentos de mi vida. Había un ambiente mágico, muy californiano. Al igual que en la serie *Los vigilantes de la playa*, en la arena estaban las torres de los socorristas. Acodado en la cerca, un chico guapo, musculoso, bronceado y con el tradicional bañador rojo vigilaba el océano.

A pesar de la presencia de David, Laure estaba emocionadísima.

—¿Has visto? Es tan sexi que darían ganas de ahogarse solo para que te hiciera el boca a boca.

—Es cierto que no está mal. Lástima que lleve gafas de sol; me habría gustado verle los ojos.

—No tenemos más que ir a hablar con él y seguramente se las quitará.

—Pero eso no es muy correcto con respecto a David, que ha venido a buscarnos al aeropuerto y nos aloja en su casa esta noche.

—En primer lugar, puedo decirte que a David se lo agradeceré debidamente con mis cuidados, en un ratio de cien por uno. Y además no hay nada aberrante en ayudar a mi mejor amiga a encontrar a su alma gemela.

—¿Estás segura de que lo que me buscas es un alma? Porque el socorrista es impresionante, pero más bien por su cuerpo.

—No puedes saberlo, no has hablado con él. *Darling*, voy a presentarle a Ophélie a ese chico guapo. Volvemos dentro de cinco minutos.

David se encogió de hombros, acostumbrado a las excentricidades de su novia.

Al llegar al pie de la torreta, el chico nos pareció aún más guapo, pero no muy simpático. Tendría entre veinticinco y veintiocho años.

Laure tuvo que intentar varias veces atraer su atención.

—*Hello!* Perdona, queremos hacerle una pregunta.

—¿Sí?

—¿Podemos subir ahí, junto a usted, en la terracita?

—No, está prohibido, pero pueden hacer la pregunta ahí donde están; las oigo.

Tiré discretamente del brazo a Laure para irnos, pero ella se desprendió. Cuando tiene una idea en la cabeza...

—Quería saber si hay peligro en el mar.

—¿Qué clase de peligro?

—Tiburones blancos, por ejemplo. Mi amiga les tiene mucho miedo.

— Los hay, en efecto.

Esta conversación, que tenía por objeto conocer al guapo chico, se estaba revelando muy instructiva. En esas condiciones, ni pensar en meter un solo dedo del pie en el agua. Yo no tenía la menor intención de actuar en un *remake* de *Tiburón*.

Decidí coger las riendas de la conversación.

—¿Entonces no podemos bañarnos?

—Claro que sí.

—Pero ¿y los tiburones?

—Señorita, los tiburones no se acercan a las playas, solo muy raras veces.

Me dije que «raras veces» tenía un significado muy diferente a «nunca», sobre todo cuando se habla de tiburones.

Yo quería que volviéramos junto a David, pues el socorrista no parecía más interesado en mí que en Laure, pero mi amiga continuaba con la conversación, sin que nadie supiera si era por el tío o por conocer el riesgo real de bañarse.

—¿De modo que no atacan?

—No. Solo ha habido diecinueve ataques en los tres últimos años. Y apenas uno fue mortal.

Esta respuesta me bastó: no me bañaré nunca en California, a no ser que sea en una piscina.

Mientras Laure buscaba otro ángulo de ataque, llegó un coche y se detuvo junto a nosotras, un Ford cuatro por cuatro amarillo con una tabla de surf en el techo y sirenas. «Sirena» era precisamente la palabra adecuada para calificar a la conductora que salió del vehículo: rubia, con una cola de

caballo, unas Ray-Ban, cazadora roja y un pantalón corto del mismo color que ponía de relieve los músculos de sus piernas. En una palabra, la reencarnación de Pamela Anderson o, peor aún, me recordó a Diana, la *coach* de Michael.

Cuando se reunió con su colega en la torre, él perdió todo interés en nosotras.

Laure me cogió del brazo.

—Tienes razón, es un idiota, ni siquiera se ha dado cuenta de que somos francesas.

Y se quedó un momento en silencio para luego añadir:

—Pero el muy cabrón tenía un buen cuerpo.

El día tocaba a su fin y volvimos a casa. Con las nueve horas de diferencia estaba deshecha. Cenamos y probamos el sofá cama del salón con *Romeo*, que se acomodó pegado a mí, ronroneando.

Poco después se añadieron ruidos procedentes de la habitación de David que dejaban claro el disfrute de los enamorados en su encuentro, pero ni ellos ni *Romeo* me impidieron sumergirme en el sueño.

En cambio, cuando me desperté, muy temprano, hacia las tres de la madrugada, me regalaron un episodio pornográfico que duró más de una hora, con un descanso de unos quince minutos en medio. Probé con los taponos para los oídos que me habían dado en el avión, pero el problema no se resolvió. Y lo peor fue que después de la versión audio me tocó el relato completo de los hechos entre Santa Mónica y West Hollywood, adonde fuimos a ver apartamentos, pese a que intenté evitarlo a toda costa.

—Laure, te lo suplico, no he dormido en toda la noche.

No tuvo en cuenta mis súplicas.

—Es increíble cómo la memoria es inexacta con las sensaciones. Yo tenía el recuerdo exacto del grosor de su pene, pero era más visual que físico. Cada vez pasa lo mismo: cuando lo tomo en mi boca pienso que no lograré tragarlo y, después, me da la sensación de que me ahogo durante unos segundos hasta que disfruto de los gemidos de mi chico.

Entonces me tocó a mí quejarme.

—¡Sí, los oí demasiado bien!

—Deja de lamentar tu suerte, habías dormido en el avión. Más bien deberías estar orgullosa de que tu amiga, una francesa, haga gemir de placer a un estadounidense.

—Laure, no es una competición. Los Juegos Olímpicos de Los Ángeles fueron en 1984 y tú aún no habías nacido.

—Ya lo sé, ¡una pena! Es el único deporte en el que podría representar a Francia e incluso tendría buenas oportunidades de ganar una medalla. ¿Te imaginas? «En la prueba de felación, Laure Masson, Francia.» Los comentarios serían lo más: «La joven francesa coge la gruesa verga del estadounidense entre los labios. ¡Observen esa fantástica técnica, qué ritmo, qué talento! El estadounidense está a punto de llegar, parece sucumbir a los asaltos de esa hábil lengua. Ya está: el joven estadounidense eyacula en un tiempo de dos minutos, veintitrés segundos, siete décimas, nuevo récord olímpico. Estamos viviendo un momento especialmente emocionante. Solo queda esperar las notas técnicas de los jueces... ¡Diez! ¡Diez! ¡Diez! Solo falta la nota del juez ruso, que es particularmente severo: ¡Diez, por cuarta vez! ¡Laure Masson es medalla de oro!».

Mi amiga está loca, pero tengo que admitir que es divertida.

—Tienes razón, tendrías muchas oportunidades de medalla.

—¿Quieres que te explique la prueba del perrito?

—Gracias, Laure, pero con la mamada de oro olímpico creo que me basta.

—Fíjate, estoy hablando del perrito, pero ayer preferí evitarlo en favor de posiciones donde la chica controla la penetración. ¡Tenía miedo de que me desgarrara!

—¡Mierda, Laure, basta ya! ¿Cómo quieres que cene con él si no le veo nada más que como un pene grueso?

—Si ya no podemos comunicarnos, déjalo... Además, es información que podría servirte, nunca se sabe. Que Michael la tenga pequeña no significa que no vayas a tener un nuevo novio bien dotado por la naturaleza.

Grité:

—¡Laure, ya te lo he dicho, tiene un tamaño normal! Y sería una delicadeza no volver hablar de él.

Puso una expresión escéptica.

—Vale, tendría un pene entre doce y quince centímetros, pero no hablar más de él me parece difícil en la ciudad del cine.

—¡Haz un esfuerzo!

—De acuerdo. ¿Y de Charlie podemos hablar?

—Pues claro, es un amigo.

—¿Sabes que está terminando el rodaje de *Un día perfecto*?

—Sí, nos hemos comunicado por SMS y sigo el diario de la película en Facebook.

—¿Has visto que corren rumores incendiarios sobre la relación entre Charlie y Amy?

—Él lo ha desmentido, son solo rumores de la prensa.

—No son esas las noticias que ha oído David. Parece que él no está satisfecho con su trabajo de actriz y que a ella le cuesta aceptar la dualidad director–novio.

—Hay que comprender que no parece ser fácil. ¿Te imaginas que David fuera tu jefe?

—¡Ni en sueños! Si Charlie volviera a estar soltero podrías tener una oportunidad. ¿Qué piensas?

—Pienso que Amy es una gran chica y que Charlie es mi amigo.

—¿Nunca le has visto como otra cosa? Confiesa.

En un relámpago me han venido nuestros momentos a solas. Mi beso en la terraza del hotel de Venecia, el suyo al día siguiente en la góndola, nuestro paseo por Hyde Park, el té en Harrods... la respuesta objetiva sería «sí», pero mentí sin pestañear.

—No, en materia de relación amorosa con un Brown, para mí está bien así, se acabó. Charlie es amigo mío y seguirá siéndolo.

—Es verdad que tener a Michael de cuñado sería extraño.

—Ya ves, tú misma encuentras los argumentos que demuestran la imposibilidad de que así sea.

En ese momento llegamos a la dirección donde debíamos visitar el primer apartamento que mi amiga había seleccionado en internet y solo hicieron falta diez minutos para saber que no era lo que buscábamos.

El día fue largo y fastidioso. A primera hora de la tarde, un piso de tres habitaciones ofrecía todos los requisitos funcionales que buscábamos, pero su falta de carácter era tremenda. Ya nos resignábamos a esa opción, nada estimulante, cuando la suerte nos sonrió al atardecer. El sol había empezado a bajar cuando Laure detuvo el coche delante de una verja de hierro forjado y el agente inmobiliario estaba allí para abrirnos la puerta. Lo primero que me llamó la atención fue el jardín californiano con árboles y un mirador en el que podía imaginarme leyendo al caer la tarde, e incluso un estanque en el que caía una cascada. El piso era moderno: parqué de madera clara, una estancia central grande con chimenea *insert* y cocina americana. Esta última constituía seguramente el único punto débil porque era bastante pequeña. Finalmente, dos habitaciones con cuarto de baño en cada una completaban el cuadro. El agente guardó para el final la visita a las instalaciones comunes. Primero, un gimnasio bien equipado con instrumentos de tortura que encantaron a Laure. A continuación, una bonita piscina con un *jacuzzi* cerca y todo ello rodeado de tumbonas para disfrutar tomando el sol. Presupuesto de esta maravilla: tres mil dólares al mes, o sea, exactamente el sobre asignado por Ciné Organisation para la vivienda, así que fue una decisión unánime e inmediata. Nos instalaríamos una semana más tarde, el tiempo necesario para comprar unos muebles.

Mientras, paso una última noche en casa de David; a partir de mañana alquilaré una habitación en un hotel cercano, otro rasgo de generosidad por parte de mi empleador del que puedo disfrutar. Prefiero no soportar más noches escuchando los revolcones de mis amigos.

La buena noticia es que cuando regresamos al apartamento de Santa Mónica, encontramos a *Romeo* y a *Princesa Leia* durmiendo los dos en la misma habitación. Puede que no se trate aún del gran amor, pero cada uno parece tolerar bien la presencia del otro, así que voy a aceptar el ofrecimiento de David de dejar a *Romeo* hospedado en su casa una semana.

Por la noche intercambié unos SMS con Charlie. Nos daba la bienvenida a Los Ángeles y, aunque ese tipo de contacto es necesariamente impersonal, sentí un cansancio moral infrecuente por su parte. Nos propuso que pasáramos a verle al rodaje el martes. Es un buen momento, pues hasta el día siguiente no tomamos posesión de nuestras oficinas y estoy impaciente por verle. La última vez que nos separamos yo estaba fuera, pasando frío, y él acababa de encontrarme un taxi para volver al hotel, después de la horrible escena de Michael en los lavabos. Espero que el sol de California me permita borrarlo todo de la memoria.

Diario de Laure

5 de abril de 2015, 11 h

Quizá Ophélie tenga razón, no estoy segura de poder llevar un diario. No sé lo que debo escribir. ¿Hay que hablar de los hechos concretos, concentrarse en los acontecimientos que se han desarrollado a lo largo del día o, por el contrario, tratar de captar las emociones?

No sé cómo Ophélie puede emborronar páginas enteras con el relato de un solo día. Bueno, emborronar páginas es una manera de hablar ya que ella lo escribe todo en su iPod. La ventaja es que no corre el riesgo de ver cómo sus secretos los lee una persona indiscreta y ni siquiera yo puedo acceder desde que cambió su contraseña. Es un recuerdo triste porque pirateé su iPhone para poder organizar una cita con Christophe sin que ella lo supiera.

Christophe... Era un buen chico, simpático, con humor. Los veía muy bien juntos, era majó y es posible que, a fin de cuentas, de tan majó le faltara envergadura. Aunque ella no se dé cuenta, Ophélie tiene exigencias de *star* en materia de amor. No es que sea pretenciosa, pero, inconscientemente, no puede estar satisfecha con una relación con un hombre «normal». Para eso, Michael estaba bien. Lástima que fuera un obseso del sexo. Su hermano es mucho mejor, no comprendo por qué Ophélie se obstina en rechazar la idea de una relación con él. Yo no lo habría dudado ni la sombra de un segundo... Ophélie necesitaría una relación estable para recuperar el equilibrio.

Para volver al diario, podría transcribir las proezas sexuales que realizamos David y yo desde hace dos días, pero escribirlo no es tan divertido como contárselo a mi amiga.

Esta mañana no me he privado de comunicarle mi nueva idea. De todos modos, esperé a terminar el desayuno porque sé que no soporta que saque esos temas mientras pone mantequilla a las tostadas.

—Ophélie, acabo de encontrar una manera de renovar el placer sexual cuando se está en una relación monógama.

Puso su cara hosca que se supone debe hacerme cambiar de tema. A veces es una verdadera aguafiestas, pero no me dejé impresionar, pues tenía que exponerle mi descubrimiento.

—No pongas esa cara, voy a ser suave. ¿Conoces el sitio web de *Cosmopolitan*?

—Claro, como todo el mundo.

—¿Sabes que están revisitando el *Kama-sutra*?

—No. Los artículos sobre moda, cultura o el arte de vivir me interesan más que los de cotilleos de famosos, sexo o incluso astrología.

¡Me pone de los nervios cuando habla con ese tono condescendiente! No sé si ella es consciente.

—¿Lo dices por mí? ¿Crees que estoy todo el tiempo colgada de mi horóscopo? Bueno, no digo que no lo mire alguna vez que otra, pero es sobre todo por divertirme. Por lo que se refiere a los artículos de sexo, también los hay serios, no hay nada malo en informarse y querer progresar. Esto es tan cierto con el sexo como con las otras disciplinas.

—Yo prefiero mantener la espontaneidad, no lo veo como una disciplina deportiva, al contrario que tú. De todas maneras, no necesito consejos.

—¿Y eso?

—Porque si hubieras visto en qué estado puse a Michael varias veces, habrías comprobado por ti misma que tengo un talento natural.

Podría haber desafiado tamaña suficiencia, pero pensé que discutir sobre un tema tan personal habría acarreado una verdadera disputa y me lo guardé para mí, porque creo que Ophélie en este momento es más frágil de lo que quiere aparentar.

—En resumen, en el sitio web de *Cosmopolitan* han creado lo que ellos llaman el Cosmosutra.

—¡El Cosmosutra!

—Sí. Han elaborado un repertorio con cerca de ochenta posturas y les han dado unos nombres buenísimos, así que decidí probarlas todas y ayer fue nuestra primera sesión patrocinada por *Cosmopolitan*.

Ophélie guardó silencio, creo que logré captar su atención.

—Me salto los preliminares, que aunque los llevamos a cabo con talento no eran más que una puesta a punto de la máquina. Las cosas serias vinieron después, yo había preparado un programa. Como ya te he dicho, he tenido en cuenta el imponente tamaño del instrumento del señor y he favorecido las posiciones en las que yo controlaba la situación, así que escogí «Arco del Triunfo» para empezar porque me pareció un homenaje a nuestra hermosa nación.

—Pobrecita, amiga mía, estás chiflada.

La ignoré.

—Era bastante ambicioso por mi parte porque le dan la nota máxima en términos de dificultad, es decir, un tres. Para explicártelo, David estaba sentado en la cama, con las piernas estiradas. Yo tenía que ponerme de rodillas, montar sobre él a horcajadas y arquearme hasta poner la cabeza sobre sus piernas cogiéndole por los tobillos y él, inclinarse hacia delante. ¿Lo pillas?

—No, realmente no.

—Espera, te lo muestro.

Cogí un cojín del sofá para hacerle una demostración pero enseguida me detuvo.

—Está bien, Laure, de todos modos no voy a hacer la prueba.

—Haces bien, es terriblemente complicado y nada cómodo. Así pues, en el tema placer, fue decepcionante pero continué con «La cabalgata fantástica», una postura más clásica. David estaba sentado en posición de sastre, con las piernas cruzadas y los brazos estirados por detrás. Yo estaba a horcajadas de frente y subía y bajaba aferrándome a sus hombros. Esta postura bien merece ese nombre y nos llevó al borde del orgasmo. Debo aclarar que cabalgué como una diablesa. ¿Lo visualizas?

—Perfectamente. ¿De modo que así llegasteis al máximo placer?

—Espera, vas demasiado deprisa. Yo estaba a punto, pero quería disfrutar así un poco más y entonces, para calmarle, le hice estirarse por completo, con las manos detrás de la nuca. Yo estaba encima de él, apoyada en los brazos hacia atrás, haciéndole entrar y salir de mí a mi ritmo. Es una posición que *Cosmopolitan* ha bautizado como el «Himno a la alegría». Para él era superexcitante porque cuando levantaba la cabeza podía ver su pene entrar y salir de mí y esto le puso a cien. Yo tampoco podía quejarme, porque sin duda habrás notado que esta postura favorece una fuerte estimulación del clítoris. Muy bueno si no quieres a toda costa un orgasmo vaginal. Además, aunque así sea, nunca viene mal una pequeña contribución del clítoris para alcanzar el orgasmo. ¿Qué piensas tú?

—Nada, Laure, no pienso nada. Abrevia, por favor, te lo suplico.

Definitivamente carece de ese espíritu bromista que caracteriza a las mujeres liberadas.

—Vale. La combinación de lo que mi amante veía y sentía le hizo derramarse dentro de mí y fue tan intenso que lo que creí tener dentro eran los géiseres del parque Yellowstone.

—¡Qué poético y lleno de imágenes!

—¿Verdad? Y para describir mi orgasmo, que vino a continuación, creo que podríamos hablar de tsunami, oleadas de placer sucediéndose sin fin.

—Perfecto. Laure, creo que podemos dejar esta conversación aquí, hechas ya las consideraciones climáticas, geográficas y geológicas.

Me estaba privando de la mitad de mi relato e intenté resistirme.

—Pero solo te he hablado del primer asalto. ¿No quieres el relato del segundo?

—No.

—¿No quieres conocer la posición «Calamity Jane»?

—Laure, «Calamity Jane» no es una postura, es el nombre que mereces cuando me das una conferencia de media hora sobre tus relaciones sexuales.

Decidí enfadarme un poco.

—Peor para ti, así no conocerás ni el «Tiovivo Mágico» ni el «Puente de los Suspiros».

—Gracias, Laure. Pasé por debajo del Puente de los Suspiros en góndola con Charlie... Y hablando de él, ¿vienes conmigo el martes al rodaje?

—No, os dejo a solas, nunca se sabe; quizá se produzca un milagro.

—Te recuerdo que Amy actúa en la película.

—¡Vaya, lo había olvidado! De todos modos, no puedo ir, tengo que ir a firmar papeles para la oficina.

Seguimos hablando de temas más profesionales. No hay que olvidar que el gran comienzo de nuestra agencia es el jueves.

Hoy, descanso con mi amor y por la tarde iremos a ayudar a Ophélie a instalarse en su hotel. No comprendo por qué ha insistido en marcharse, podría quedarse con nosotros hasta que nos mudáramos al nuevo piso.

Parece ser que David y yo somos demasiado ruidosos por la noche. Quizá sea cierto. Además, tengo que preparar nuestro programa de esta noche. Pienso probar la «Montaña Mágica» y el «Tiranalgas». Eso me recordará las vacaciones en los Alpes.

Diario de Ophélie

7 de abril de 2015, 22 h

Esperaba que este último día de ocio antes de la presentación de Ciné Organisation L.A. me permitiera relajarme en compañía de algunos amigos, pero salió mal.

No obstante, el día había empezado verdaderamente bien. Laure me dejó el coche y yo estaba un poco angustiada con la idea de conducir sola en Los Ángeles, aunque con la ayuda del GPS no me asustaba ir a Universal City. Al final, decidí no utilizar esa maravillosa herramienta tecnológica para coger un camino más acorde con mi deseo de disfrutar plenamente de la experiencia de Los Ángeles. Mi objetivo era ir al Valley cruzando el mítico Laurel Canyon y pasar cerca del lugar donde vive Harry Bosch, bueno, donde se supone que vive porque es el héroe —o más bien el antihéroe— de las novelas de Michael Connelly. Desde que conocí *El eco negro* y *La rubia de hormigón*, he soñado con conducir por el cañón y mi expectativa se cumplió. Una ruta sinuosa serpentea entre dos laderas de montaña, con casas construidas en las mismas faldas y desafiando el peligro, sobre todo si se considera que Los Ángeles es una región con gran actividad sísmica. Después de unos kilómetros, giré a la derecha por Mulholland Drive. ¡*Mulholland Drive*, otro sueño de cinéfila! La impenetrable pero genial película de David Lynch. Cuando llegué un cuarto de hora más tarde a Universal City tenía la cabeza en las nubes y era la persona más feliz del mundo. Incluso el tener que ir de puerta en puerta hasta encontrar la entrada correcta al estudio no logró alterar mi buen humor. A las diez menos veinte había aparcado y entregué mi documento de identidad a la seguridad. Como Charlie me dijo que pasara entre nueve y media y diez, era perfecto.

Entonces fue cuando pude comprobar el poderío de Universal Studios y la calidad de la organización. A los cinco minutos de mi llegada, una joven vino a buscarme.

—Buenos días, señorita Delacour, soy Angela, trabajo en los R.P. Voy a llevarla al plató.

Un carrito de golf. ¡Qué clase! Y en realidad nada superfluo porque parecía haber más de un kilómetro para llegar al plató. El rodaje se llevaba a cabo en una calle con casas construidas para decorado y solo eso ya era fascinante. Angela me dio las últimas consignas.

—A partir de ahora, silencio total. La llevo hasta su sitio. No olvide apagar el móvil.

¡Santo cielo! Estuve rozando la catástrofe total. Con la emoción, no se me había ocurrido silenciar mi iPhone. Creo que nunca me habría perdonado interrumpir una escena con un sonido inesperado.

Me dejó delante de un asiento ligeramente detrás del de Charlie, pero con una vista directa al lugar en que estaban situados los actores. Se aseguró de que no estuvieran en medio de una toma para acomodarme, y un asistente me tendió un casco H.F. para que pudiera disfrutar de los diálogos. Me estaban tratando tan bien como a un productor.

Enseguida sentí tensión en el plató. Charlie estaba al lado de Amy y le daba consignas para volver a interpretar la escena de otra manera. Al mismo tiempo, una maquilladora le ponía una capa de base de maquillaje. El Charlie director era muy distinto al Charlie amigo que yo conocía en bañador en el yate. Ponía empeño en ser didáctico con su actriz, pero estaba claro que se esforzaba en tener paciencia.

Cuando volvió a sentarse en su silla me distinguió en su campo de visión y me saludó con un movimiento de cabeza. Como no sabía si podía responderle, me conformé con una sonrisa.

El primer ayudante de dirección levantó las manos y enunció el diálogo tradicional de los rodajes.

—Comprobaciones finales. Silencio en el plató... Sonido...

—Sonido.

—Cámara.

—Cámara.

El segundo ayudante entra en el campo de la cámara.

—*Un día perfecto*, escena 37, toma 5.

Entonces Charlie lanzó la palabra mágica:

—Acción.

Amy inició el diálogo con su coprotagonista, pero no duró mucho tiempo.

—¡Corten!

Charlie se acercó al plató de un salto. Aunque yo estaba a unos metros, oí perfectamente cómo leía la cartilla a Amy.

—¡Amy, no es posible! Tu personaje, Lilas, tiene una fuerte personalidad, no puede tener ese tono quejica.

La pobre actriz inglesa intentó defenderse.

—Pero Charlie, en la toma anterior me has dicho que no debía elevar demasiado la voz.

—El tono en el que debes actuar está precisamente entre esos dos registros. Tienes que expresarte con aire resuelto sin forzar la voz. Venga, adelante.

Amy parecía perdida. Me dolió por ella.

Charlie interrumpió la sexta toma casi en el mismo punto que la quinta.

Se precipitó hacia Amy. Su tono ya no era nada agradable.

—¡Amy, mierda, concéntrate! Quiero más asertividad. ¿Sabes lo que es ser asertiva? Pasas de lo pasivo a lo agresivo de una toma a otra.

La actriz estaba muy pálida y no dijo nada, solo asintió con la cabeza.

Cuando Charlie gritó «¡Acción!» yo estaba tan tensa como si tuviera un papel en la película.

La séptima toma llegó a término pero hubo un problema de sonido hacia el final.

—Vamos a continuar enseguida... Amy, has estado mejor. Vuelve a empezar con un poco más de seguridad en tu actitud.

Pensé que Charlie era realmente difícil, puesto que yo noté una mejora evidente en la interpretación de Amy.

En la octava toma hubo otro problema, esta vez con el operador de grúa, y el primer ayudante le echó una reprimenda.

En la novena, Amy se equivocó al final del diálogo. Charlie tranquilizó a la actriz.

—No importa, Amy, volvemos a empezar.

Pero a pesar de los ánimos de su director, a la vez que novio, ella se iba desmoronando a medida que repetían. Asistir a ese rodaje ya no tenía nada de entretenido para mí y sin embargo no podía escaparme, así que asistí impotente a una nueva catástrofe en la décima toma. Charlie gritó «¡Corten!» a mitad de la escena.

—¡Amy, no, no! ¡Otra vez ese tono quejumbroso! ¡Así no! Vamos, volvemos a empezar.

En la undécima toma Amy volvió a equivocarse con el texto en la segunda réplica y de inmediato se puso a llorar.

Su compañero en la pantalla la abrazó para reconfortarla, lo que me pareció extraño sabiendo que su novio estaba presente en el plató. El problema es que el novio era antes el director de la película y eso no le impulsaba a manifestar una gran ternura; solo tomó las medidas que imponía la situación y se volvió hacia su ayudante.

—John, hacemos una pausa de veinte minutos. También quiero que todas las personas que no sean necesarias para el rodaje abandonen el plató. Amy, vete a descansar a tu camerino, mandaré al ayudante a buscarte.

Amy salió sin haber notado mi presencia, como si estuviera en una bruma de confusión. Charlie se acercó a mí con una sonrisa, pero su expresión era un poco triste y cansada.

—Hola, Ophélie. ¿Cómo va todo?

Me cogió en sus brazos para darme un beso. Me puse casi de puntillas para alcanzar sus mejillas. Ya no me acordaba de que era tan alto, ni tampoco tan guapo.

—Bien, ¿y tú? Gracias por la invitación.

Soltó una risa sarcástica.

—Pobrecita, no has venido en el mejor día, ya no se trata de un rodaje: ¡es la retirada de Rusia! Si algún día escribo sobre el proceso de creación de esta película, pensarán que es un *remake* de *Guerra y Paz*.

—No te rindas antes de luchar, las ha habido peores. Recuerda el rodaje de *Apocalypse Now*: un huracán que destruyó los decorados, el ataque cardíaco del actor principal, Martin Sheen... Y aun así la película ganó la Palma de Oro en Cannes.

—Sí, pero era Francis Ford Coppola... y no había protagonista femenina, solo hombres.

Dijo esta horrible frase sonriendo, pero sentí que bajo la ironía había una parte de franqueza.

—Charlie, si te denuncio al movimiento pro-igualdad de sexos nunca más podrás rodar. Además, estás hablando de tu novia.

—Estoy bromeando, Ophélie... Lamentablemente no podremos vernos mucho tiempo porque tengo que poner en marcha el plan de emergencia con mis asistentes, por si acaso Amy no lo consiguiera.

—¡Oh, Charlie, claro que lo conseguirá! Casi lo había logrado. De no ser por los problemas técnicos, el tema estaría ya resuelto.

Me miró con una sonrisa irónica.

—Había olvidado que hablaba con una cinéfila que sabe de qué se trata. Espero que tengas razón; si no, la mañana habrá sido un gigantesco desperdicio.

—Pero ya estás terminando, ¿no?

—Sí, esta semana son los últimos planos, deberíamos terminar el viernes. De hecho, para Amy se habrá acabado mañana. Bueno, eso espero.

No insistí dado que ya había expresado mi confianza en la actriz; repetirme solo debilitaría lo que quería decir.

Charlie salió de su ensueño para despedirse de mí.

—Ophélie, te propongo que cenemos juntos los tres esta noche. ¿Qué te parece?

—Con mucho gusto, si no soy una molestia.

—Al contrario, nos aportarás un poco de ligereza. Nuestra pareja lo necesita, no es fácil estar juntos las veinticuatro horas del día.

—Entonces, de acuerdo.

—Perfecto, a las nueve en Matsuhisa. Le pediré a mi ayudante que haga la reserva y te envíe la dirección por SMS.

Y en esto me fui del plató. Como la interrupción no estaba prevista, Angela no me llevó de vuelta en su carrito de golf, pero no me importó, hacía buen tiempo y el equipo de rodaje tenía más que hacer que atenderme a mí.

Como mi paso por los estudios se había acortado, quedé con Laure para comprar los muebles del apartamento y casi logramos encontrar todo en una sola tarde, desde las camas hasta los sofás. Ese es el punto fuerte de Ikea: ofrecer todo el mobiliario en un solo lugar. Bueno, ahora nos queda montarlos y espero que a David se le dé bien el bricolaje.

Pasé por el hotel para ponerme ropa un poco más adecuada. Elegí un vestido negro, bonito pero sobrio, me hice una cola de caballo y con eso fue suficiente. La idea era estar lo bastante elegante sin dar la impresión de que iba a una cita amorosa.

Desde Santa Mónica necesité cuarenta y cinco minutos para llegar al restaurante. Los Ángeles hace honor a su reputación de larguísimas distancias. Es sencillo: hoy he tenido la impresión de pasar la mitad del día dentro del coche.

Fui la primera en llegar y esperé un buen cuarto de hora hasta que apareció Amy, que estaba preciosa con un vestido azul bastante más formal que el mío, pero parecía agotada.

Me levanté y nos besamos.

—Amy, estás sublime.

—¡Gracias, Ophélie, me hace mucha ilusión verte! Siento mucho no haberte saludado esta mañana, pero había tensión...

No supe muy bien qué responder.

—No te preocupes, es normal, estabas en pleno trabajo.

Esbozó una sonrisa triste.

—Sí, puede decirse que sí... La buena noticia es que conseguí interpretar la escena y que incluso rodamos la última que me quedaba. ¡Ya he terminado! Soy una mujer libre y podremos beber para celebrarlo.

Daba la impresión de estar más aliviada que feliz, como si se hubiera liberado de un fardo.

—¡Bravo, Amy!

—La mala noticia es que Charlie ha tenido que quedarse aún en los estudios y llegará más tarde. Tomaremos el aperitivo sin él.

Pidió un *sake* caliente y yo un té verde.

—Vamos, Ophélie, brindemos: por el éxito de las mujeres europeas en Los Ángeles.

Insistió para que yo también tomara *sake*. No podía decirle que no, pero es una bebida traidora: da la impresión de que es inofensiva y sin embargo creo que tiene más de quince grados. Yo tomaba el mío a sorbitos mientras que Amy encadenaba uno tras otro con la constancia de un parroquiano de bar. Necesitaba soltarse, tanto bebiendo como hablando.

—Ophélie, no puedes imaginar lo duro que ha sido, lo que has visto se ha repetido varias veces durante las diez semanas de rodaje. Me daba la impresión de que Charlie nunca estaba satisfecho conmigo. Claro que él decía lo contrario, pero yo lo leía en sus ojos y lo peor era seguir juntos después del trabajo. Al cabo de un mes, seguíamos durmiendo juntos pero era como dormir con el Papa. La intimidad entre nosotros había desaparecido por completo, de modo que hice lo único valiente que quedaba por hacer: cogí una habitación en un hotel.

En ese punto del relato, Amy estaba al borde de las lágrimas.

—¿Y Charlie lo aceptó?

—No, al principio se negó y no admitía que nuestra pareja se hundía más rápido que el *Titanic*. ¿Recuerdas la película? Me sentía como un músico de la orquesta que sigue tocando mientras el barco se hunde.

Logró reírse al evocar la escena y yo la acompañé. Añadió:

—Tuve que ponerle el contrato delante de las narices y señalarle que tenía derecho a una *suite* en el hotel Beverly y a un coche con chófer.

—¿Y eso hizo que mejorara la situación?

—Sí, un poco. Los días de rodaje han seguido siendo difíciles, pero al menos hemos tenido las noches para recuperarnos. Casi no nos veíamos después del trabajo los días laborables pero los fines de semana salíamos juntos e iba a dormir a su casa, era bastante extraño.

Mientras se sinceraba conmigo seguía bebiendo. Sé que es inglesa y que las mujeres de ese país tienen fama de aguantar el alcohol, pero preferí pedir edamame, esas deliciosas vainas de soja saladas, para que no tuviera el estómago vacío.

El alcohol la volvía locuaz.

—Hemos vuelto a hacer el amor, pero no es exactamente igual que antes. Le he decepcionado y por mi culpa su primera película no será lo que él esperaba.

Aquí la emoción fue demasiado grande, se echó a llorar e intenté reconfortarla.

—Creo que exageras y lo ves todo negro porque estás agotada. Te he observado, conozco el cine y puedo decirte que ha habido al menos dos tomas en las que rozabas la perfección.

Se secó los ojos como una chiquilla de diez años y me sonrió llena de esperanza.

—Gracias, eres muy amable, espero que estés en lo cierto.

—Además, habéis logrado rodar las dos últimas escenas dos días antes de lo planificado, esa es la prueba de que te las has arreglado muy bien.

Esta vez, la sonrisa iluminó todo su rostro.

—¡Bravo, eres una *coach* formidable! Bebamos por ti. ¿Estás segura de que no quieres un poco más de *sake*?

—Gracias, sigo con el té. Además, quizá deberíamos pedir, es tarde y Laure y yo nos mudamos mañana.

Sobre todo temía que Amy estuviera borracha cuando llegara Charlie. Se deshizo en disculpas.

—Lo siento mucho, tienes razón, no pienso más que en mí. Le envió un SMS para avisarle de que vamos a empezar.

Un minuto después, Charlie a su vez nos pedía disculpas y nos decía que empezáramos sin él.

Los platos llegaron con bastante rapidez. Ese fue el momento que Amy escogió para preguntar por mi vida privada.

—Ophélie, me doy cuenta de que no hago más que hablar de mí. Y tú, ¿cómo estás? ¿Cómo va todo desde Londres? Charlie nunca quiso explicarme lo que había pasado.

Estábamos totalmente desacompañadas, tanto en términos de alcohol como de querer confiarse la una a la otra. Amy quería ser cordial pero lo que hacía era reabrir una llaga apenas cicatrizada. Yo debía cerrar el tema sin ser demasiado virulenta con las palabras, pero sí ser lo bastante clara como para penetrar en una conciencia envuelta en brumas.

—Se acabó, Amy. No quiero hablar más de ello. No contemplo futuro alguno en mi vida que incluya a Michael.

Tenía miedo de que ella tratara de tranquilizarme, que se enredara con tópicos como «No desesperes, todo es posible, el amor triunfa siempre...». No habría tenido la fuerza suficiente para escuchar semejantes tonterías.

Pero a pesar del *sake*, Amy demostró su sensibilidad limitándose a asentir con la cabeza, cambiamos de tema y entramos en una conversación más general.

Los platos fueron sucediéndose y Charlie seguía sin aparecer. Amy siguió bebiendo.

Poco antes de las once, recibió una llamada.

—¿Sí? Charlie... Casi hemos terminado, estamos tomando el postre... ¡Oh, es una pena!... Sí, lo comprendo. Ophélie lo va a sentir mucho... Sí, te la paso. Que trabajes bien. Te quiero.

Me tendió el móvil.

—Buenas noches, Charlie.

—Buenas noches, Ophélie. Lo siento de veras, voy a fallarte otra vez. Tengo mucho trabajo por delante si quiero terminar esta semana.

—No te preocupes, lo entiendo,

—Te prometo que lo compensaré, la semana que viene estoy soltero. Te invito a cenar para que me perdones.

La observación me pareció extraña: casi se diría que me ofrecía una cita, lo que era un poco incómodo estando sentada frente a su novia. No obstante, no puedo negar que su proposición me turbó.

—Perfecto, Charlie, ya hablaremos.

—Espero que hayáis apreciado la cocina del chef Nobu Matsuhisa. ¿No habréis tomado mucho *sake*?

—Eh... más o menos.

—Vale, ya comprendo. Amy ha dado buena cuenta de la botella y tú no has tomado más que un vaso. ¿Es así?

—*Grosso modo...*

—Bueno, espero que no hayas bebido más de un vaso, sobre todo si conduces. Los de tráfico aquí no se andan con tonterías con estas cosas. No es como en Francia.

Dijo esta última frase con una risa sarcástica y me molestó un poco este ataque contra mi país.

—En París pasa lo mismo.

—¿Estás de broma? Estoy seguro de que cuando ven a una mujer tan bonita como tú están dispuestos a dejarte pasar todos los semáforos en rojo.

¿Estoy soñando? ¿Está elogiando mi físico! Está flirteando cuando yo estoy a menos de un metro de Amy; tengo que detener este delirio.

—Bueno, te paso a Amy. Hasta pronto, Charlie.

La conversación no duró mucho más. Después, Amy se levantó para ir a la recepción con su móvil en la mano y volvió pocos minutos más tarde.

—Ophélie, Charlie nos ha invitado.

—Es muy gentil por su parte.

Sonrió con amargura.

—No se le puede reprochar que no sea generoso.

Luego, se rio sola.

—¿No crees que deberíamos pedir una botella de Cristal Roederer con caviar? Solo para ver la cara que pone el día que vea la cuenta.

Por supuesto, comprendí que era una broma, pero aun así transmitía cierto rencor. Me cogió la mano.

—Ophélie, mañana vuelvo a Inglaterra para ver a mi familia. Si ves a Charlie, ¿podrás hacerle comprender que le amo de verdad?

—¿Por qué? ¿No le vas a ver antes de marcharte?

—Sí, claro que sí, pero tengo la impresión de que no se da cuenta de mis sentimientos. Siento que si lo dejáramos nunca encontraría a nadie como él.

Este final de nuestro encuentro era verdaderamente extraño: yo había sentido exactamente lo mismo con relación a Michael, y quizá es el efecto que producen los hermanos Brown, un efecto devastador, una verdadera bomba atómica que hace explotar los corazones de las jóvenes.

Intenté tranquilizar a Amy y le prometí que hablaría a Charlie en su favor.

Al final, la besé y la dejé en un taxi.

Volví a coger el coche en dirección a Santa Mónica. La noche había sido ardua y estaba lejos de sospechar que lo peor aún estaba por llegar.

Había refrescado, pero aún podía soportar seguir conduciendo sin levantar la capota. Seguí por La Cienaga para girar a la derecha en Wilshire Boulevard con la idea de ir hasta Santa Monica Boulevard y así poder volver al hotel sin perderme.

Si lo hubiera sabido...

Unas cuantas manzanas más adelante, cuando iba circulando a un ritmo lento y casi solemne, un gato negro se me cruzó por delante del coche. Di un volantazo hacia la izquierda y estuve a punto de embestir el vehículo que venía de frente. Solo la baja velocidad me permitió salvar los obstáculos.

Miré por el retrovisor si el inconsciente felino se había ido de la calzada pero no conseguí verlo. En cambio, no pude evitar la media vuelta del coche con el que había estado a punto de chocar.

«Mierda, el conductor parece estar furioso por la maniobra tan peligrosa. Espero que no sea un loco que me persiga como el camión en la película de Steven Spielberg *El diablo sobre ruedas*. No me apetece una carrera a muerte por las calles de Los Ángeles.»

Diez segundos más tarde, mi temor es reemplazado por un peligro mucho más real. El conductor acaba de colocar un faro giratorio en el techo. ¡Los polis! Menos de una semana en Los Ángeles y ya me persigue un coche camuflado.

Disminuyo la velocidad, los policías se ponen a mi altura y me hacen señas para que me detenga. Aparco, se colocan detrás de mí y bajan dos hombres del vehículo. No van de uniforme. Uno es negro y el otro rubio.

Este último es el que se dirige a mí. Me muestra una placa del LAPD, Departamento de Policía de Los Ángeles. Si no fuera yo la víctima de este control, me quedaría fascinada por esa insignia tan evocadora para cinéfilos o lectores, pero el policía me trae de vuelta a la realidad.

—Señorita, ha estado a punto de provocar un accidente.

—Sí, lo siento muchísimo, yo...

—Su carnet de conducir y los documentos del vehículo.

El carnet es fácil, está en mi billetera. Los papeles del vehículo, no sé. Rebusco en la guantera. Menos mal, los tengo y le tiendo todo al policía, que no parece estar bromeando. Echo un vistazo a su compañero, que está divirtiéndose. Estamos ante los estereotipos estadounidenses: poli bueno, poli malo, el amable y el malas pulgas, el negro y el blanco.

El poli malo me interroga de nuevo.

—¿Tiene el contrato de alquiler?

De pronto me sobrecoge la angustia: fue Laure quien hizo el contrato de alquiler del coche y espero que me haya inscrito como segundo conductor o acabaré en comisaría, aunque puede que acabe así de todos modos, aun cuando esté en regla.

Le entrego el documento.

—OK, señorita. ¿Está usted bajo la influencia del alcohol o las drogas?

—No, fue por causa de un gato. Cruzó la calzada y no quise atropellarlo.

El negro empieza a reír, pero no así su colega.

—Señorita, ¿puede bajar del vehículo, por favor?

El segundo poli sigue riéndose y lanza una broma.

—No irás a registrarla, ¿no? Con el vestido que lleva ni siquiera podría esconder una navaja.

El rubio no le contesta y sigue dirigiéndose a mí.

—Señorita, voy a hacerle una prueba de alcohol.

No puede ser verdad, me la he cargado. Estoy viviendo una película: creo recordar aquella escena en que Kim Bassinger hace esta prueba cuando está completamente borracha. Creo que se llamaba *Cita a ciegas*. Después de la bella Kim, le toca a Ophélie. Yo al menos debería pasarla. Bueno, eso espero.

Se pone la linterna bajo la barbilla de forma que ilumina mi cara sin deslumbrarme. Me pide que siga su dedo con la mirada sin mover la cabeza y, al cabo de unos treinta segundos, me da las instrucciones para la segunda prueba.

—Señorita, quiero que dé nueve pasos en línea recta apoyando el pie en el suelo desde el talón hasta los dedos. ¿Me ha entendido?

—Creo que sí.

Andar de esa manera es raro pero no difícil, máxime cuando se está sobrio.

Al final de la línea recta me hace dar media vuelta sobre una pierna y volver de la misma manera.

—Está bien. Ahora, quédese de pie sobre una pierna y cuente hasta treinta.

Allá voy.

—*One, two, three...*

Me siento estúpida en esta posición sobre la acera, aunque si con eso puedo evitar las mazmorras californianas...

—... *twenty eight, twenty nine, thirty.*

El policía negro es quien enuncia la conclusión a su colega.

—No está en DUI,¹ John.

—Sí, pero casi provoca un accidente.

—Quería evitar atropellar un gato, yo la comprendo, quizá hubiera hecho lo mismo. Tú no tienes gato.

—Mi mujer tenía uno y quizá por eso nos separamos...

—OK, creo que deberíamos dejar que se vaya.

El poli blanco no dice nada pero no parece muy convencido. El negro remacha el clavo.

—¿Tanto echas de menos no patrullar? ¿Prefieres redactar un informe al volver a la comisaría? ¿No tienes bastante trabajo en Homicidios?

El llamado John se decide de golpe. Le entrega mis papeles a su colega y se dirige a su coche sin decirme ni una palabra.

Este último me los da dirigiéndose a mí en francés.

—Tenga, señorita. Todo está bien.

Tiene un fuerte acento y yo le respondo en inglés de Estados Unidos:

—¿Habla francés?

—No, solo conozco algunas frases. Mi madre era haitiana.

Ese es el momento que escoge su colega para llamarle. Mi gentil policía se presenta:

—Soy el teniente Jordan, Harry Jordan, de Homicidios. Como Harry Bosch, pero menos blanco.

Me echo a reír por primera vez desde hace un buen rato.

—¡Es mi personaje de novela favorito!

—Bueno, debo irme, le dejo mi tarjeta. Si algún día tiene un homicida pisándole los talones, no tiene más que llamarme. Buenas noches, señorita. Conduzca con cuidado.

—Gracias, teniente Jordan.

Volví al coche y todavía me temblaban las piernas.

Acabo de volver al hotel. Esta noche echo de menos no estar ya en casa de mis amigos, a pesar de las noches difíciles. Me habría gustado un poco de compañía y, sobre todo, me habría gustado dormir con *Romeo*. Por suerte, es la última noche y mañana estará conmigo en el piso nuevo.

Diario de Ophélie

8 de abril de 2015, 23 h

Ya está. Ya estoy en mi casa. Voy a empezar a disfrutar de mi nueva vida.

Ha sido un día de gran actividad. A las ocho recuperamos las llaves de nuestro nuevo piso y a las diez llegaron las cosas que compramos en Ikea. Hemos pasado el tiempo montando los muebles y, de no ser por David, no sé si habríamos podido hacerlo todo. Aunque este pensamiento pueda parecer de la vieja escuela y poco feminista, no está nada mal tener a un tío para el bricolaje. Por la tarde incluso hemos tenido dos, con el refuerzo de Zach, su mejor amigo. Tienen muchos puntos en común y los dos son periodistas, pero Zach es más guapo, más alto y más esbelto que David.

Creo que el que haya venido a echarnos una mano fue una especie de cita a ciegas organizada con el aval e incluso la instigación de Laure, que hasta se puso a vendérmelo haciendo las camas mientras los hombres montaban las estanterías en el salón.

—¿Qué te parece Zach?

—No está mal.

—¡«No está mal», ese es el calificativo que le das! Has perdido la razón, pobrecita mía. ¡Es supermono!

—Vale, reconozco que está bien.

—Además, es inteligente, trabaja para *Los Angeles Times*. Se encarga de la sección policía y crimen.

—Es increíble, ayer por la noche conocí a un policía que trabaja en Homicidios.

Y le conté mi aventura. Laure me miró con ojos como platos.

—¡Te ha dejado la tarjeta! Pero no vas a salir con un poli, digo yo. ¿Era guapo?

—Encantador, un poco al estilo Jamie Foxx.

—Bueno, si quieres probar un pene grande, puede estar bien salir con un negro.

—Laure, esa observación es racista.

Mi amiga puso cara de enfadada.

—¡En absoluto! Racista sería si te dijera que lo tiene pequeño porque es negro. Esto más bien se remite a los hechos o, al menos, a la estadística. Más bien son los asiáticos los que no están tan bien dotados.

—¡Laure!

—Te diré que en ese aspecto no puedo prometerte nada en relación a Zach. Se lo pregunté a David pero fue muy evasivo y me dijo que no lo sabía.

Yo estaba horrorizada.

—¿Le has preguntado a tu chico por el tamaño del pene de su mejor amigo?

—Sí, no hay nada malo en informarse.

Decidí abreviar porque con Laure nunca podremos entendernos en este terreno.

—Deja las cosas como están. ¿Sigues intentando emparejarme?

—No vas a estar de luto por Michael toda tu vida, y como Charlie no está disponible...

—A propósito, ayer halagó mi físico.

—Ya te lo había dicho, le molas.

—Laure, tienes cerca de treinta años, ya no deberías utilizar ese vocabulario. Otra noticia que no hay que decir delante de David: parece que Charlie y Amy tienen algunos problemas.

—¿Entonces vas a atacar?

—No puedo, Amy está locamente enamorada de él y me pidió que le hablara a Charlie en su favor.

—Pero si ya no está con ella...

—Es delicado. Ya veremos, me dijo que me invitaría a cenar.

—¿Los dos a solas? ¿Y vas a aceptar?

—Claro. No conozco a mucha gente en Los Ángeles y si empiezo por rechazar una invitación de un tío guapo, inteligente y lleno de humor...

Laure se quedó pensativa unos segundos.

—Ophélie, si te lanzas a tener encuentros a solas con Charlie ten en cuenta que puede que haya un resbalón en vuestra amistad. Y, no es que yo me oponga, al contrario, pero tendrás que asumir las consecuencias. ¿Podrás hacerlo?

Me quedé en silencio. Ahora me tocaba a mí reflexionar. Si Charlie se declaraba, ¿sería yo capaz de traicionar a Amy? ¿Podríamos hablar de traición aun cuando la pareja está en momentos bajos?

—No lo sé. Voy a dejarme llevar por los acontecimientos, lo que en este momento quiere decir acabar de instalar el piso e invitar a Zach y David al restaurante para darles las gracias. Quién sabe, quizá dentro de un mes esté prendada de Zach.

—Y así podrás decirme si puede hacerle la competencia a David.

—Ni lo pienses.

Hacia las siete, habíamos acabado de montarlo todo y salimos a un restaurante mexicano.

Todo fue muy divertido. Zach es inteligente, culto y tenía un montón de historias apasionantes que contar. Modestamente, creo que no le soy indiferente, pero por mi parte no estoy preparada. Aun así, nos intercambiamos los números de móvil.

Laure decidió ir a dormir a casa de David. Se sentía un poco incómoda por dejarme, pero yo estoy feliz de quedarme sola con *Romeo*. Hay una buena noticia: encontré para él una comida que le gusta tanto como el paté Gourmet, se llama Beyond y le encanta.

Esta noche, un poco de Facebook y a dormir. Pondré al día el muro y mostraré las fotos de Los Ángeles y de mi nuevo piso a mis amigos.

Diario de Laure

8 de abril de 2015, medianoche

Acabamos de llegar y David está escribiendo algunos correos de trabajo.

El día terminó con esa cena en la que invitamos a los chicos, contrario a las tradiciones pero bien que se lo han merecido.

En cambio, no estoy convencida de que hayamos triunfado en nuestra misión de casamenteros. Bueno, es un logro al cincuenta por ciento porque Zach está caliente, a punto de ebullición. Ha pasado veinte minutos al teléfono con David hablando de Ophélie, todo un informe completo. Parecía que era una conversación entre chicas. Por cierto, fue interesante asistir a ese tipo de diálogo entre hombres; a fin de cuentas, no somos tan distintos en cuanto a las inquietudes relacionadas con los sentimientos. David no pudo darle muchas noticias positivas a su amigo. Él, igual que yo, tampoco sintió que Ophélie se sintiera muy atraída. Sí estuvo sonriente e incluso participó en la conversación, pero su ánimo estaba en otra parte.

Por lo que respecta a mi amiga, no puedo evitar inquietarme. Creo que las secuelas del episodio inglés con Michael, conjugadas con el drama de Christophe, aún están muy presentes, aunque ella no deja que se note. No sé si hice bien al orientarla hacia el tema de Charlie. Quizá habría sido más prudente no poner a prueba su fragilidad con otro Brown.

Diario de Ophélie

9 de abril de 2015

Ya está, hemos tomado posesión de nuestras oficinas en Wilshire. El local es un gran espacio de ochenta metros cuadrados con todo instalado: teléfono, ordenadores, oficina y sala de reuniones.

Hemos tenido la primera conferencia con la oficina de París. Bertrand estaba muy en forma y nos preguntó si habíamos firmado la primera película estadounidense. También hizo una broma sobre Michael.

—A ver, Ophélie, ¿qué noticias hay del señor Brown?

Yo me hice la fanfarrona.

—Michael, no lo sé aún. Charlie está bien, le vi ayer y está terminando su rodaje, cansado pero parece contento. Ah, olvidaba decirle que también cené con Amy Richardson, la actriz principal de su película.

Creo que le dejé con la boca abierta.

—Bravo, Ophélie, continúe por ese camino.

Al atardecer recibí una llamada de Charlie.

—Ophélie, ¿cómo estás? Siento mucho lo de ayer por la noche, pero tenía que preparar el rodaje de hoy.

—Te echamos de menos, pero te comprendo. Fuiste muy amable al invitarnos.

—¡Por favor! Era lo mínimo que podía hacer.

El principio de la conversación era más bien formal para un diálogo entre dos amigos.

—En todo caso, con Amy fue genial. ¿Se ha marchado ya?

—Sí, acabo de acompañarla al aeropuerto. No va a asistir a la fiesta de fin de rodaje, pero seguro que es mejor así; está agotada y podrá reponerse en casa de sus padres.

—Sí, seguro.

—Te llamo porque quería invitarte mañana por la noche a la fiesta.

—¿Dónde es? ¿En los estudios?

—Sí, ya verás, hemos encontrado un lugar agradable, pero tengo que ser sincero contigo: es muy probable que Michael pase por allí. Después de todo, es productor. Seguramente vendrá acompañado de Robert y Robin.

Me recorre un escalofrío. ¿Estoy dispuesta a hacer frente al trío perverso? Han pasado cuatro meses desde Londres, debería ser capaz. No voy a dejar que me arruinen la vida *ad vitam aeternam*.

—No hay problema, tú me protegerás.

—Claro que sí. Serás mi acompañante.

Aunque es muy gentil, la formulación es un poco perturbadora cuando Amy apenas ha abandonado el suelo estadounidense.

—¿Tu «acompañante»? La última vez que anduve de tu brazo me fotografiaron a toda página en los periódicos. ¿Debo preocuparme?

Se ríe.

—No, esta vez serás mi acompañante de verdad y no serviré de tapadera a mi hermano. Si lo deseas, te voy a buscar. ¿A las seis y media te va bien?

—Muy bien. Te envío mi dirección por SMS. Hasta mañana.

Cuando colgué mi corazón galopaba. Estoy encantada de volver a ver a Charlie, pero me horroriza reencontrarme con Michael. Tengo miedo tanto de sacarle los ojos con las uñas como de volver a caer en sus brazos, lo que sería aún peor.

Diario de Laure

11 de abril de 2015, 16 h

¡Ophélie va a volverme loca! Me estoy dando cuenta de que, desde que empecé este diario, el ochenta por ciento está dedicado a mi amiga.

Esta vez estoy muy preocupada. Sé que ayer fue con Charlie a la fiesta que organizaron en los Universal Studios y me dijo que cabía la posibilidad de que también asistiera Michael.

David y yo decidimos ir hoy al museo Getty. Para ser más exacta, fue mi decisión... David ha ido ya en varias ocasiones y solo vuelve para complacerme. Me preguntó si no sería una buena idea invitar también a Zach y Ophélie. He dicho que sí porque era posible que mi amiga cambiara de opinión. Estas cosas pasan...

Cuando hice mis primeras prácticas en una empresa había un becario brasileño que tenía su escritorio frente al mío. Era majó, sin más. Tenía aspecto de muy joven y a los veinte años yo solo me interesaba por hombres más maduros, es decir, mínimo veintiocho años, pero era muy amable y hablaba francés con un acento encantador.

Una mañana, mientras me estaba contando cosas de la noche anterior y me tomaba el pelo al hablar de la mía, le interrumpí de una manera un poco grosera.

—Marcello, yo nunca saldré contigo, es demasiado fácil.

La frase estaba fuera de lugar y el pobre se achicó de golpe. No sé por qué lo dije, debería haberme callado, pero lo más tonto de todo esto es que dos semanas más tarde yo cambié de opinión y empezamos a salir juntos. Cuando volvió a Brasil lloré mucho y ha sido uno de los grandes amores de mi vida. Seguro que fue porque nosotros nunca nos separamos; solo el océano Atlántico vino a interponerse en nuestra relación.

Hay dos lecciones en esta historia: a) que yo puedo ser muy romántica, contrariamente a lo que pueda pensar Ophélie, y b) que quizá no todo esté perdido para que Zach y mi amiga acaben en pareja.

Bueno, sería necesario que los dos estuvieran disponibles. David logró hablar con Zach, que estaba entusiasmado, pero a Ophélie fue imposible encontrarla. Intenté llamarla toda la mañana, pero saltaba el contestador. Y estaba tan preocupada que le pedí a David que me llevara al piso para comprobar que estaba bien. No la encontré y es probable que no hubiera dormido allí. La cama estaba hecha, pero David me dijo que eso no demostraba nada, que probablemente la había hecho antes de marcharse. No deja de tener razón, pero sigo teniendo dudas.

Hace una hora, he recibido un SMS, más bien sucinto si tenemos en cuenta que era la única respuesta a los diez que yo le había enviado y los cinco mensajes de voz que le había dejado.

«Hello, Laure. No te preocupes por mí. Todo va bien. Estoy visitando Hearst Castle con el señor Brown.»

Su SMS suscitaba más preguntas que daba respuestas. La he llamado pero ha saltado el contestador. Le he enviado otros tres SMS desde entonces y sigo sin noticias.

Estoy tan nerviosa que he anulado la visita al Getty. Le pregunté a David dónde se encontraba Hearst Castle y me dijo que estaba a cinco horas al norte de Los Ángeles.

¿Qué estará haciendo allí? Y sobre todo, la pregunta del millón: ¿está con Michael o con Charlie?

Diario de Ophélie

11 de abril de 2015, 18 h

La pobre Laure estará fuera de sí. A veces soy muy mala con ella, pero no he podido resistirlo. En cuanto acabe de escribir el diario, le enviaré un SMS para aclararle la situación. Esta vez no he firmado ningún acuerdo de confidencialidad.

Para retomar el hilo de la historia, Charlie llegó a mi domicilio pasadas las siete menos cuarto y, como íbamos con retraso, no quiso entrar. Cuando salí le encontré en un descapotable Maserati.

Lancé un silbido —ya sé, no es común que las chicas sepan silbar— para mostrar mi admiración.

—¡Charlie! ¡Qué coche! Se nota que el director trabaja para Universal Studios. ¿Qué fue del director de cine independiente que conocí?

Se rio.

—No temas, todavía sigue por aquí. Por cierto, soy yo quien debería silbar al verte, ¿sabes? Como el lobo en *La Caperucita Roja* de Tex Avery.

Sonreí, divertida y halagada a la vez. Con toda modestia debo decir que no se equivocaba, estaba sublime. Había encontrado un vestido de cóctel drapeado color crema, cruzado en la cintura con un escote profundo y todo ello cerrado a la altura del cuello por una especie de collar de tela que parecía hecho de diamantes.

—Tal y como lo recuerdo, el lobo no solo silba sino que también se da golpes con un martillo para calmarse.

—Sí, quizá deba hacer lo mismo.

—Y no olvides que termina con la abuela.

—No te preocupes por mí, lo he comprobado: Diana no viene a la fiesta.

Aunque injusta, la broma me hizo estallar en risas. Parece que mi amigo no aprecia demasiado a la inglesa y eso está bien: a mí tampoco me gusta.

Fue un placer recorrer Los Ángeles con Charlie en su carroza. Nos tocó algo de atasco pero no nos molestó porque la conversación fue muy agradable.

Tras cuarenta y cinco minutos Charlie estacionó el coche en Universal y milagrosamente, un carrito llegó a tiempo para evitarnos la caminata.

—Ophélie, vamos a una calle que tú conoces bien.

—Pero si nunca he visitado los estudios de la Universal.

—Apuesto a que te equivocas.

Minutos más tarde, grité al reconocer ese lugar tan familiar.

—¡Wisteria Lane!

—Ya ves, lo conoces. ¿En qué ciudad?

Respondí de inmediato.

—Fairview.

—¿Qué estado?

—¡Eagle State!

Charlie me sonrió.

—Parece que tenemos a una especialista. Y yo que pensaba que eras una cinéfila...

Reaccioné de inmediato.

—Pues claro que soy cinéfila. ¿Qué es esa actitud retrógrada que opone cine y televisión? Ojo,

Charlie, da una impresión muy siglo XX y te hace parecer viejo.

Mi comentario le hizo reír.

—En ese caso, retiro lo dicho.

Tuvimos que terminar nuestro diálogo al bajar del carrito, cuando Charlie empezó a estrechar manos con algunos productores, presentándome como «Ophélie, una amiga francesa».

Poco después se disculpó para ir a hablar con personas que yo no conocía. Hacía buen tiempo y empecé por admirar la calle que tantas veces había visto en la televisión. Para ser exacta, la habré recorrido unas ciento ochenta veces, o sea, el número de capítulos de *Mujeres desesperadas* que emitió ABC.

Di un paseo para encontrar la casa de Brie, donde Gabrielle Solis se llevaba al huerto al joven jardinero, la de la pareja Scavo y también la de la exasperante Susan.

Cuando volví hacia el bufet, Charlie me presentó a los actores y también al director de fotografía. Todos estaban de buen humor y lo estaba pasando muy bien en la fiesta cuando, a los postres, llegó una estrella: Michael.

Estaba prevenida, pero aun así fue un *shock* verle como siempre flanqueado por Robert. Esta noche no estaba Robin, así que al menos no nos regalaría ningún plan maquiavélico.

Estaba como siempre, bien parecido, elegante y genial. Sonreía y estrechaba la mano de las muchas personas que se precipitaban a saludarle y estaba muy claro que habíamos entrado en otra dimensión por la gran excitación entre los invitados. Fui una de las pocas que me mantuve aparte con mi vaso de chardonnay y mis canapés.

A pesar de estar a unos cuarenta metros de distancia, mi corazón empezaba a ir al trote.

Al cabo de unos veinte minutos, pudo llegar al bufet y posar la mirada en mí, por primera vez.

¡Dios, qué guapo es este hombre! Mi abuela me diría que no hay que jurar, pero Michael está como un tren, y mejor aún. Sus ojos, su sonrisa, su manera de llevar cualquier tipo de ropa con una clase increíble...

Todavía hizo falta un cuarto de hora hasta que llegó frente a mí. Mi corazón estaba desbocado, aún más que nueve meses atrás en nuestro primer beso en el yate.

Me sonrió amablemente y me saludó.

—*Last but not least...* ¡Buenas noches, Ophélie! ¡Estás magnífica!

Tenía los ojos aún más bellos que en mi recuerdo. Su timbre de voz, aún más grave y más cautivador; en pocas palabras: su presencia era más carismática que nunca.

—*Bonsoir*, Michael.

Había logrado pronunciar esas dos palabras sin que mi voz sonara demasiado temblorosa, lo que no fue poca cosa dado mi estado emocional en ese momento. No tuve que ensayar una frase más larga porque entonces se presentó Charlie. En realidad, acudió como un caballero que viene a defender a su gentil dama contra el dragón.

Michael hizo el mismo análisis y plantó cara al intruso.

—Charles, ya sé que esta encantadora francesa es tu acompañante esta noche, pero primero debes atender a los productores.

Charlie no se dejó desarmar.

—Pero queridísimo hermano, tú eres productor de esta película...

Michael sonrió pero su respuesta fue fría, rozando lo glacial.

—Charles, hablo de los otros productores, no te preocupes por Ophélie, seré encantador. Como de costumbre.

Charlie me interrogó con la mirada y yo le tranquilicé.

—Está bien, Charlie, gracias. Creo que puedo arreglármelas.

Se alejó un poco a su pesar. Michael y yo nos encontramos solos por primera vez desde el momento en que hicimos el amor en la sala de masaje en el hotel de Londres, antes de la noche funesta.

Él abrió las hostilidades. Bueno, es una forma de hablar, ya que su discurso era cualquier cosa menos agresivo: *small talk*, como dicen en Estados Unidos, conversación intrascendente.

—He sabido que Laure y tú habéis abierto una oficina en Los Ángeles.

—Así es.

—¿Cuándo habéis empezado?

—Ayer.

—Totalmente nuevo... Bravo, este el principio de una aventura formidable. Estoy seguro de que vas a conseguirlo.

—Gracias.

Mis respuestas eran frías y sucintas, pero él no daba la impresión de darse cuenta o al menos de pasar un mal rato. Siguió hablando así durante unos diez minutos, sobre mi vivienda, sobre los lugares que tenía que visitar en Los Ángeles...

—Ophélie, sería gracioso que actuara en una película europea de la que tú te encargaras. ¿Sabes? De vez en cuando recibo guiones franceses.

Era seductor, encantador, guapo... pero yo ya no pude más y le corté.

—¿Cómo puedes decir que sería gracioso después de lo que pasó en Londres?

Adoptó un aire sorprendido.

—¿En Londres?

—Sí. ¿Ya no te acuerdas?

—Me acuerdo de momentos deliciosos, de desviar el avión privado para ir a buscarte a París. Me acuerdo de hacerte entrar en el *Mile High Club*, una condición de miembro mil veces merecida, uno de los más bellos recuerdos de mi vida...

Me dedica su mirada de terciopelo, sus ojos acariciándome, una receta que debe de hacer sucumbir a todas las jóvenes —sobre todo si son, como yo, de signo Leo—, pero Michael olvida que es peligroso acercarse a un felino herido y mi respuesta se dispara; no se marchará de rositas.

—¿Más intenso que tu polla en el culo de esa zorra?

Los ojos azules adquieren un reflejo acerado, sus mandíbulas se crispan, pero logra frenar cualquier respuesta hostil y hasta consigue sonreírme, aunque le falta un poco de calor.

—Si fuera Robert te diría que no sé de qué me hablas en absoluto. Robin te diría que hablaras más bajo. Por mi parte, te propongo caminar un poco para disfrutar de Wisteria Lane. ¿Sabes que *Mujeres desesperadas* se rodó aquí?

Bastó con que leyera en mis ojos que ya lo sabía para que continuara hablando sin arriesgarse a otro ataque por mi parte.

—Claro que tú no puedes ignorarlo, olvidé por un instante con quién estaba hablando. En cambio, no puedes saber que acaban de proponerme una película con Eva Longoria.

—¿Está bien? ¿Vas a aceptar?

—Es para actuar en el papel de su marido, un profesor de universidad que no puede evitar tener aventuras extraconyugales...

Le interrumpo:

—Deberías aceptar, ni siquiera tendrías que estudiar el personaje. Tú eres ese hombre.

Mi observación le hace reír.

—Tal vez... Pero espera al final del relato: se enamora perdidamente de una alumna que desestabilizará el equilibrio que está establecido en su pareja. Una semejanza más con mi vida real...

¿Qué está diciendo? ¿Qué está loco por mí? Difícil de creer.

—Si es una declaración, tengo que decirte que me resulta difícil sentirme halagada o conmovida y que el paralelismo con nosotros no se da a menos que tu profe universitario continúe follándose a otras chicas. Por otro lado, la historia se acerca mucho a tu libro, deberías demandarles por plagio.

—Estoy de acuerdo. El tema es similar, pero el desarrollo de la intriga es diferente. Mi novela es más violenta y más negra que el guion, pero para tranquilizarte te diré que no lo he aceptado.

Se calla un momento antes de añadir:

—Ophélie, lo siento mucho si te he herido. No era mi intención.

—¿Ah, sí? ¿Qué esperabas? ¿Que te felicitaran por ese asuntillo rápido en los servicios?

—¿No podríamos olvidar y volver a empezar sobre buenas bases? Hay que guardar los recuerdos positivos: nuestro primer beso en el yate, nuestra primera vez el día que quisiste huir del barco, nuestra última noche en la playa...

Volvió a hablar con su voz de seductor. Me vuelvo para mirarle y es tan guapo... Estoy hipnotizada por sus ojos.

—El placer que compartimos, esos orgasmos violentos que nos arrebataban. ¿Tú has vivido eso con otros? Yo no.

¿Qué es lo que acaba de decir? ¿Que soy su mejor experiencia sexual? Es halagador, pero yo busco mucho más.

—Ophélie, ¿podemos hacer *tabula rasa* del pasado y disfrutar del momento presente? ¿Conoces *Shutters on the Beach*?

—No. ¿Qué es?

—Un magnífico hotel en la playa de Santa Mónica. El director es amigo mío y puedo reservar la mejor habitación para el fin de semana. Ya verás, pasaremos una estancia excepcional.

Le sonrío y le miro con intensidad —yo también tengo unos bonitos ojos gris azulado—. Le lanzo:

—Quizá esta vez podrás enseñarme lo que no sé y adueñarte de mi culo...

Consigo hacer que le cueste tragar saliva y su mirada se turba. Bajo el tono de voz como para hacerle una confidencia:

—Espero que tengas lubricante, Michael. Mucho. Porque no olvides que soy virgen en ese terreno y siendo el primero tendrás que ser muy dulce conmigo.

Me pongo zalamera y mi juego de pestañas aporta una inocencia que hace que mi proposición sea inestimable.

La voz de Michael muestra que está bajo *shock*.

—Ophélie, te prometo que haré gala de una delicadeza sin precedentes. Ya verás, vas a descubrir una nueva fuente de placer y pasaremos un fin de semana extraordinario.

Le sonrío.

—No lo dudo, Michael. Tal vez sería posible permanecer todo el tiempo en la *suite*. Podríamos intentar batir nuestro récord de orgasmos...

Está como loco.

—Sí, claro, es una buena idea, pediremos comida al servicio de habitaciones.

—¿Cuándo tienes que volver a casa? ¿Carolina no está?

—No, ha ido a un estreno. Tendré que volver el domingo por la tarde.

Pongo la mano en mi culo en una especie de caricia y le hago un guiño tipo zorra.

—Oh, Michael, para ti será también un estreno. ¿Estás impaciente?

No es capaz de decir más que una palabra:

—¡Mucho!

¡No puedo creer lo que oigo! Este hombre, que se supone inteligente, piensa que me voy a ofrecer a él porque es una estrella y tiene unos ojos bonitos.

—¡Pues bien, querido, habrá que encontrar a otra idiota para que te ofrezca el culo! ¿Por quién me tomas? ¿Crees que te basta con silbar para que acuda corriendo como la perrita a su viejo dueño? ¡Creí que me conocías mejor!

Michael sin duda se sorprende por mi salida, pero hay que reconocer su capacidad para encajar golpes sin pestañear.

—Debo decir que debería haberme alertado la transformación de la pequeña Ophélie. Era impensable que abandonaras el sexo vainilla.

—¿El «sexo vainilla»?

—¿Ves? Ni siquiera sabes lo que significa. Eres bonita y más bien inteligente, Ophélie, pero no lo suficiente para comprender dónde está tu sitio. Eres una distracción agradable, aun cuando la repetición de la postura del misionero acabe por ser aburrida. Podrías tener un fin de semana divertido, pero ahora vas a volver a tu piso sola. Por mi parte, hay diez como tú que sueñan con pasar aunque solo sea una noche conmigo.

Mantuvo la sonrisa, pero sus palabras fueron cortantes como la más fina hoja de cuchillo. Aunque he sabido llevar el primer asalto, me quedo alucinada por el contraataque.

Retengo el llanto. Es hora de marcharse.

—¡No eres más que un infame asqueroso!

Y al decir esto le dejo plantado frente a la casa en que Katherine Mayfair tuvo una *liaison* con Mike Delfino.

Me obligo a andar cuando en realidad sueño con echarme a correr, pero no quiero desplegar mi desamparo en medio de la fiesta de mi amigo Charlie. Además, con los tacones me arriesgo a romperme la cara.

No me paro ni siquiera para decirle adiós a Charlie, que está en plena charla con gente que no conozco. Ahora tengo que encontrar la salida y no es fácil cuando no se ha prestado atención al camino a la ida. ¿Cómo iba a prever que la velada evolucionaría de forma tan catastrófica?

Al cabo de un cuarto de hora llego delante de una puerta, pero está cerrada. El guarda me informa de que no estoy en el sitio correcto y que no está autorizado a dejarme salir por allí, pero tiene la amabilidad de indicarme el camino. Necesito otros diez minutos más para encontrarme afuera por fin, pero ahora no hay ni un solo taxi en esta calle desierta y no sé el número para pedir uno. No obstante, aún no son las once, así que tendré que llamar a Laure en mi ayuda. Esta vez estoy al borde de las lágrimas.

Se acerca un coche, un descapotable, que se detiene a mi altura. ¡Charlie!

—Sube, Ophélie.

—Pero Charlie, ¿qué haces aquí? ¿Y tu fiesta?

Y aquí me derrumbo y brotan las cataratas del Niágara directamente importadas a California.

El coche se pone en marcha.

—No te preocupes. De todos modos, todo terminará a las once, así que no me he perdido nada. De hecho me ha dado tiempo a despedirme de todas las personas importantes antes de echar a correr para tratar de encontrarte.

—¿Has corrido?

—¡Como un chiquillo! He comprobado en dos puertas distintas antes de encontrar a un guarda que te había visto. Me di prisa en recuperar el coche y aquí estoy.

Estoy sorbiéndome los mocos. No es muy elegante que digamos.

—¿No tendrás pañuelos de papel?

—Mira en la guantera, debo de tener algunos.

Y ahí están.

—Gracias.

Charlie deja escapar un gran suspiro.

—Escucha, Ophélie, me hago cargo y me siento fatal. Sin embargo, tengo que decirte que también estoy enfadado contigo. Nunca debiste quedarte sola con Michael.

—Tienes razón pero no te cabrees conmigo, te lo suplico. Tu hermano ya me ha maltratado bastante.

—De acuerdo, si aceptas no volver a acercarte a él. He tratado de decírtelo en varias ocasiones, pero parece que no escuchas mis consejos.

A pesar de lo que ha prometido, tengo la impresión de que me regaña. Las lágrimas corren aún más abundantes por mis mejillas.

—¡Charlie, *please!*

Su tono se vuelve más suave.

—Lo siento, Ophélie, te lo prometo, no lo hago más. ¿Qué podría hacer para levantarte el ánimo?

—Lo que quieras, pero no me dejes sola.

—¿Quieres ver una película en mi casa?

—Sí, buena idea, pero que no sea una película triste. Segunda condición: necesitamos también alcohol.

Se ríe.

—¡Hay condiciones! De acuerdo con la elección de la película y, respecto al alcohol, creo que tengo champán y whisky.

—El champán está perfecto.

—Eso me parecía.

Circulamos durante una media hora por Nichols Canyon antes de llegar a Hollywood Boulevard. En el número 8312 Charlie coge un mando a distancia para abrir un aparcamiento.

—Ven, te lo voy a enseñar.

Lo primero que me llamó la atención fue el panorama. La propiedad está a pie de montaña y hay una vista espléndida del *downtown*. Al pie de la casa y todo a lo largo hay una piscina, que no llega a ser olímpica pero es muy agradable. Sobresaliendo un poco, hay dos sofás que parecen camas dobles. Me recuerda al bar del Mondrian.

A continuación entramos. Es moderno —con muchas obras de arte, esculturas, cuadros— y a la vez acogedor. Hay un hermoso parque y la madera es de un color muy cálido. Arriba, la habitación de Charlie, de espacios amplios y con una cama inmensa. La casa está construida en estructura de cascada, con muchos recovecos. Es original, me gusta.

Abajo, a la altura de la piscina, está la sala de cine. Charlie coge un mando a distancia para hacer bajar la pantalla y me enseña las estanterías empotradas en la pared, rebosantes de Blu-ray.

—Mira, puedes escoger, están por orden alfabético. Tengo también la lista en el iPad, si te parece más fácil.

—Gracias, voy a mirar aquí.

—Voy a buscar el champán y la cubitera.

Me pongo a buscar lo que vamos a ver. No es tan sencillo. La profusión de buenos títulos hace que sea difícil elegir.

—Tengo dos malas noticias, Ophélie: una, no es Ruinart; dos, no es rosado.

Me hace gracia y me emociona. Este hombre es tan delicado... ¡Se acuerda del champán que me gusta!

—No importa, estoy tan desesperada que cualquier cosa me irá bien.

—¿Has elegido ya?

—Sí, adivina.

—¿Una película clásica? ¿*Casablanca*, *Con faldas y a lo loco*?

—No, más reciente. Posterior a 1990.

—¿Puedes darme una pista?

—De acuerdo. El actor principal se llama como tu hermano.

—¿Michael Caine? ¿Quieres ver *Batman Begins*?

—No, he visto la trilogía ya varias veces. Me encanta el cine de Christopher Nolan, pero prefiero *El caballero oscuro*. Heath Ledger está genial en su interpretación de Joker.

—Sí, es una pena que muriera tan joven, tenía mucho talento.

—Bueno, entonces ¿alguna otra idea?

—¿Michael Fassbender? ¿*X-Men*? Si quieres ver *Cartel*, debo advertirte de que no es el mejor Ridley Scott.

—No es esa.

—¿*Shame*? ¿Quieres ver a Michael Fassbender desnudo? ¿Te ha dado ahora por ser mirona? No sé si voy a permitir algo así en mi casa.

Me mira con una amplia sonrisa, amable e irónica. Esa es la diferencia más llamativa con su hermano: se parecen en el encanto, pero el de Charlie es menos intenso y candente pero más profundo, más auténtico.

—No te hagas el macho americano reaccionario. Ves un sexo de hombre en la pantalla y te choca. Menos mal que el director es inglés; de lo contrario la película no sería tan impactante. Estoy segura de que no tienes tantos principios para desnudar a una actriz.

Se ríe.

—Confieso que es una perspectiva más agradable, aunque tampoco es lo más habitual en las películas de estudios. No es como en las series de la HBO... Bueno, volviendo a Michael Fassbender, ese tío dejaría acoquejados a todos los hombres.

—Es verdad que tiene un buen cuerpo y ese hermano tuyo se quedaría en pañales, no da la talla. Charlie estalla en carcajadas.

—¡Cuidado con los golpes por debajo de la cintura! Prohibidos los golpes bajos. No quiero saber nada de la morfología íntima de mi hermano.

—Está bien, no hay problema. De todos modos, hay pocas posibilidades de comparación; no combaten en la misma categoría.

—¡Ophélie!

—Vale, vale, no sigo. No es una película con Michael Fassbender, pero creo que es casi tan subida de tono como *Shame*. Bueno, esa es la fama que tiene.

Se queda pensando un minuto y sus ojos se iluminan.

—¡Ya lo tengo! ¡No puede ser verdad! ¡Quieres ver *Instinto básico*!

—Exacto.

—Nunca hubiera imaginado que elegirías esa.

Su tono incrédulo me ofende un poco.

—No la he visto, soy demasiado joven. Creo que nací más o menos por esa época. ¡Pero bueno, no es ningún crimen!

Charlie enseguida da marcha atrás.

—No, no, está muy bien. Seguramente no es la mejor película de mi colección, pero marcó el inicio de los años noventa. Vale, vamos allá.

Pone el Blu-ray tras servirme una copa de champán. Nos instalamos en el sofá blanco, muy confortable, a una distancia ideal de la pantalla.

Escena inicial, una mujer rubia está desnuda sentada a horcajadas encima de un hombre al que le hace el amor. Le ata las manos a los barrotes de la cama con un echarpe blanco. No puedo evitar un comentario: esa es la diferencia entre ir al cine a ver una película y verla en casa; en el segundo caso, aprecio poder hablar durante la película, algo imposible en una sala.

Retiro lo dicho sobre las películas de estudio estadounidenses. ¡Pueden ser muy calientes!

—No deberías; esta película confirma tu teoría. Carolco, el productor, pertenecía en esa época a Canal + y Paul Verhoeven, el director, es holandés.

En la pantalla, la bonita rubia coge un punzón de picar hielo y se carga a su amante. Suelto una risita.

—Ella lo tiene claro. Yo debería hacer lo mismo con tu hermano.

—Una solución un poco radical, ¿no?

—¡Te aseguro que a veces lo merecería!

La película continúa. Michael Douglas y su colega poli van a interrogar a la novelista Catherine Tramell, el personaje que interpreta Sharon Stone, y que está sentada en un gran sillón, en una terraza increíble que se asoma al Pacífico.

—Si escribir novelas permite pagarse una casa como esa, me apunto...

Sharon Stone, que está sublime con un jersey amplio gris y una elegancia increíble, parece atravesar con la mirada a Michael Douglas. Él la interroga:

—¿Cuánto tiempo hacía que salía con él?

»—No salía con él, me acostaba con él.

Este diálogo, pronunciado con una sonrisa, me lleva otra vez a mi vida.

—Charlie, tu hermano podría decir lo mismo sobre mí.

A mi amigo este comentario no le divierte tanto como los anteriores.

—Ophélie, olvídate de Michael.

Y me sirve una copa de champán, la tercera; empiezo a sentirme bien.

Sharon Stone se cambia y se la puede ver desnuda antes de ponerse un bonito vestido blanco, bastante corto.

—¡Es un bombonazo!

—Sí. ¿No te recuerda a Diana?

No lo había pensado, pero tiene un aire. No obstante, es demasiado halagador como para que acepte la comparación.

—Sí, solo que Diana es más musculosa, tiene un aspecto más de «profe de aeróbic», mucho más vulgar.

Charlie vuelve a reírse.

—Eso del tipo «profe de aeróbic»... ¡Me encanta! Decididamente, esta noche estás mordaz, debo tener cuidado con lo que digo.

La novelista Catherine Tramell llega a la comisaría para un interrogatorio. Es la escena que ha hecho famosa a la película. Conozco su reputación pero no la he visto nunca, así que me sumerjo en la pantalla.

La novelista está sentada en un sillón, frente a todos los policías y, en una fracción de segundo, descruza las piernas para volver a cruzarlas y revelar la ausencia de bragas. No hay duda, es rubia.

—No consigo entender cómo aceptó rodar esa escena.

Charlie coge el mando a distancia y presiona «pausa».

—Ella explicó que no había aceptado, pero que el director le dijo que no se vería nada. Cuando Sharon Stone vio la escena, le dio una bofetada. Luego reconoció que él tenía razón al rodar ese plano así, que iba a la perfección con el personaje.

—¿Estás de acuerdo?

—Sí, pero yo no habría engañado así a mi actriz principal... ¡y la película habría sido menos buena y menos de culto!

Vuelve a presionar «play» y yo me sirvo otra copa. Charlie ataca su segundo whisky.

La investigación a cargo del inspector Nick Curran para desenmascarar al homicida continúa mientras sigo bebiendo mi champán a sorbitos. El cansancio me da un escalofrío.

—¿Tienes frío? ¿Quieres un jersey?

—No, gracias, pero sí me gustaría apoyarme en ti, si no te molesta.

No sé por qué he tenido este deseo súbito, pero Charlie no titubea.

—Claro, ven.

Me acurruco en sus brazos. ¡Es tan guay disfrutar de una amistad sencilla con un hombre...!

Al cabo de otros veinte minutos, Nick Curran y Catherine Tramell están en un club nocturno. Después de un baile tórrido, ahora están en la cama. Michael Douglas besa los pechos de Sharon Stone y luego baja al pubis. Por mucho que sepa que es todo mentira, esta escena me turba. Hacen el amor apasionadamente y, de pronto, siento que hay mucha más excitación en el ambiente. Ya no es tan anodino estar en los brazos de un hombre tan guapo como Charlie y saber que es solo un amigo no evita que caiga en que hace cuatro meses que no hago el amor. Este pensamiento parásito me crispa y tengo la impresión de que Charlie lo nota.

Me cuesta más disfrutar de la película. Descubren a la culpable, que no es Catherine Tramell. Bueno, no queda claro... Después de la última escena de amor, la cámara desciende hasta el suelo y allí se encuentra... ¡un punzón para el hielo!

—¿Crees que a fin de cuentas es culpable?

—No lo sé. Es un final abierto. ¿Te ha gustado?

—No está mal. Parece una de Hitchcock pero con más sexo, bastante explícito. ¿Puedes servirme otra copa, por favor?

Bebemos una copa más. La botella de champán está casi vacía y me siento bien, un poco flotando en el aire.

—¿Es posible bañarse en tu piscina?

—Claro, para eso está. Pero ¿quieres decir ahora?

—¿Por qué no?

—Pero no tienes bañador y no puedo prestarte uno de Amy porque cogió todas sus cosas cuando nos separamos.

¿Separados versión pausa o separados definitivamente? No me atrevo a hacer la pregunta, pero me gustaría conocer la verdadera versión.

—Puedes darme uno de los tuyos con un cordón para ajustarlo a la cintura.

—¿Estás segura? Va a quedar raro...

No sé si se refiere al aspecto que voy a tener o al hecho de que vayamos a bañarnos los dos.

—Sí, déjame ver los que tienes.

Conseguí sujetar la parte de abajo aunque la longitud no me va en absoluto; parece una falda pantalón. ¡Estoy ridícula! Para la parte de arriba, ha encontrado una camiseta de la talla M, mucho mejor que sus XXL, con una inscripción de una marca de cerveza.

Prefiero no mirarme en un espejo, pero me hago una idea de mi aspecto por la cara de Charlie, que ya está en el agua y me mira divertido e incrédulo.

—No pongas esa cara, no estoy tan horrible, no hasta ese punto, ¿o sí?

—Eres demasiado bonita al natural como para que nunca tengas que recibir calificativos negativos, pero realmente, esto...

La botella de Laurent Perrier que he vaciado produce entonces su efecto.

—De acuerdo, Charlie. Lo he entendido. Date la vuelta.

—¿Qué?

—¡Date la vuelta!

El alcohol ha hecho caer todas las barreras en materia de pudor. Me había bañado con Charlie en ropa interior en el *jacuzzi* del hotel en Venecia, pero en su piscina de Los Ángeles lo haré desnuda. Además, está tan oscuro que sigo siendo decente.

—Está bien, puedes venir.

Está a unos metros de distancia, solo veo el blanco de sus dientes cuando me sonrío.

—Seguro que no ha habido una náyade desnuda tan deliciosa desde Marilyn Monroe en *Something's Got to Give*.

—Bromeas. Yo soy mucho mejor que Marilyn, soy una auténtica deportista.

—¿«Deportista»? ¿De veras?

No me gusta su tono burlón.

—¿Quieres echar una carrera?

—Vale, te doy un largo de ventaja. Tienes que hacer una vez ida y vuelta mientras yo hago tres largos.

—No hay problema, Charlie. Te voy a ganar.

—¿Quieres salir desde el borde o prefieres tirarte de cabeza?

Pregunta envenenada, sabiendo que no llevo bañador.

—¡Mirón! ¡Pervertido! Ni hablar de que disfrutes del espectáculo. La salida será en el agua.

—De acuerdo. ¿Qué ganará el vencedor?

Lo pienso durante un momento.

—Digamos que el vencido tendrá que cumplir el deseo del vencedor.

—¿Qué deseo? ¿Es de elección libre?

—Sí, será una sorpresa.

—Perfecto. De todos modos, estoy seguro de ganar.

—¡Ni lo sueñes, Charlie, ni lo sueñes!

Nos situamos.

—Hago una cuenta atrás y salimos cuando yo diga: *Go!*

—De acuerdo.

—Tres, dos, uno...

En el momento en que dice «uno», salgo. Es un poco trampa, pero esta carrera no puedo perderla.

Se queda sorprendido y necesita un segundo para lanzarse.

—No entiendes bien el inglés. He dicho que la salida era cuando yo dijera «*Go!*».

—Lo siento, en la guerra todo vale.

—Si es así...

Al cabo de tres segundos ya ha recuperado buena parte de su desventaja. Hay que decir que él nada a crol y en cambio yo, a braza. Por suerte, tiene que hacer un largo más que yo, espero que eso me dé suficiente margen. Toco el borde de la piscina y salgo para el esprint final. Pero Charlie está terminando el segundo largo, ¡no tengo ninguna posibilidad!

Instantes más tarde llega a mi lado, ralentiza y, como para tomarme el pelo, se pone a nadar a braza.

Ya no hay elección, tengo que adoptar una táctica desesperada, así que le cojo por el brazo y me subo a su espalda agarrándome con las dos manos a su cuello, como una niña sobre la espalda de su padre.

Él hace como si nada y sigue avanzando. A la llegada, estiro el brazo para tratar de tocar el borde antes que él, pero él es más largo y su mano llega al borde de la piscina.

—¡He ganado!

Se vuelve y me encuentro frente a frente con él y las manos aún alrededor de su cuello.

—Vale, Charlie. Voy a ser buena perdedora y atender tu ruego, aunque podías haberme dejado más ventaja. ¿Qué deseas?

Me mira y estoy bastante cerca para apreciar la belleza de sus ojos.

—Pienso que un beso sería suficiente.

—¿Un beso así?

Le beso con mucha dulzura en la mejilla.

—Porque puede ser también así.

Poso mis labios sobre los suyos, siento que se pone tenso y yo misma estoy en un estado alterado. El alcohol, su belleza, meses de frustración y desesperación... Todo lleva a que la situación explote.

—¿Quizá deseas un beso más francés?

No responde. Le cojo la cabeza con las dos manos y mis labios van al encuentro de los suyos, pero esta vez mi lengua fuerza su boca. En fin, «forzar» en una palabra un poco exagerada, ya que la víctima consiente. Su lengua viene al encuentro de la mía, sus manos me rodean la espalda y me

estrecha en sus brazos. Tiene sabor a whisky, que nunca creí que apreciara tanto. Besa bien: es el beso de un hombre con seguridad y sensibilidad. Ya no me acordaba de lo agradable que es besar. Pasamos unos minutos compartiendo ese placer hasta que él se para.

—Ah, nunca hubiera pensado que la natación pudiera dar tanto placer.

Para hacerle callar, le gratifico con mi Ophélie Kiss, el beso más sensual de toda la tierra. Mi lengua danza un ballet con la suya y siento que mi amigo se inflama. Su mano se desliza hacia la parte baja de mi espalda y sobre mi muslo. Vuelve sobre mi nalga y luego va más abajo. Empiezo a gemir por anticipación. Desliza la mano entre mi trasero y está a la entrada de mi vagina. Cuando su dedo penetra en mí, no puedo evitar morderle el labio.

Por reflejo, aleja la cabeza.

—Perdóname, ha sido involuntario.

—Una verdadera tigresa. Aprovechemos para salir, vas a coger frío. Espérame un momento...

Compruebo que me castañetean los dientes desde que dejó de besarme.

Ha ido a buscar una bata y la abre para que me deslice en ella al salir del agua. Eso es clase. La vuelve a cerrar y me frota con las manos. Cuando he entrado en calor y estoy casi seca, me toca a mí coger una toalla y secarle. ¡Hay mucha superficie! Parece increíble que sea tan alto y tan bien hecho. Es delgado, pero más musculoso de lo que pensaba. Mis manos han podido comprobar a través de la toalla sus pectorales, abdominales y cuádriceps. No hay duda, Charlie está como un tren. Laure tenía razón.

—Gracias, creo que ya estoy seco.

Su tono es irónico, como si hubiera percibido que me aprovechaba de su musculatura más de lo debido.

De pronto me paro y él me arranca del suelo. Doy un pequeño grito de sorpresa y pongo los brazos alrededor de su cuello. Sube los escalones que conducen a su habitación. Ahora empiezan las cosas serias y se me hace un nudo en la garganta.

Me posa sobre la cama con gran delicadeza y va a regular el halógeno para crear una iluminación más tamizada. Vuelve hacia mí y lo veo casi desnudo, muy guapo con esa mirada de color azul desvaído.

Se tiendo a mi lado y me da un beso en los labios.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo?

Es un verdadero caballero, acepta el riesgo de un rechazo en el último minuto. No quiere que esto se dé a consecuencia de una botella de champán y de la amargura vinculada a un encuentro desagradable.

Él tiene razón, Ophélie. Ya es hora de plantearte seriamente la pregunta: ¿estás dispuesta a acostarte con el hermano del hombre al que adorabas y te ha humillado? ¿Estás segura de que no es nada más que una válvula de escape o un deseo de venganza?

Las preguntas están aquí, en mi cabeza, pero las respuestas son evidentes.

—Sí, Charlie, de verdad, te deseo...

Sin embargo, resuelto el problema romántico, queda el lado práctico.

—... pero he dejado de tomar la píldora.

Si no tiene lo necesario, vamos a tener que limitarnos a preliminares avanzados y sería una pena.

Me mira sonriendo. Parece que es un chico previsor.

—¿Qué os pasa a todas que dejáis las responsabilidades anticonceptivas a los hombres?

Bueno, si está evocando a Amy es un desliz... La observación podría perturbarme o hacerme dudar, pero en realidad no me importa; me siento muy bien y, además, él me ha dicho que ya no están juntos. Le miro levantarse y entrar en el cuarto de baño. Vuelve con una caja entera.

—Charlie, ¿estás seguro de que va a ser suficiente?

—Estoy esperando este momento desde hace tanto tiempo que, al menos, vamos a necesitar esto.

¡Vaya, qué declaración! Laure tenía razón, está enamorado de mí. Para agradecerle esas palabras, abro la bata y le muestro mi cuerpo desnudo. Es un punto fundamental que ha cambiado en mí desde el principio de mi aventura con Michael. Ahora confío más en mí misma en lo que se refiere a mi sexualidad y mi cuerpo, ya no tengo miedo, sé lo que quiero y la desnudez me excita, tanto la mía como la de mi compañero.

Él está en el mismo estado de ánimo que yo, aun cuando me parece detectar una pizca de estrés.

En todo caso, se quita el bañador antes de venir a mí. Me pongo sobre los codos para apreciar la vista, que es sublime. Laure me había dicho que era un Apolo y no se equivocaba. Parece pensar lo mismo de mí, porque ya está erecto.

Estoy impaciente por hacer el amor con él. Nunca he tenido un hombre de semejante belleza en los brazos salvo Michael, pero Michael no era un hombre normal, era una especie de dios perverso, así que puedo afirmar que voy a tener una relación con el hombre más atractivo de mi existencia.

Se tiende a mi lado. Acerca su rostro al mío, su boca a la mía y le beso. Delicioso. Poso mi mano en su pecho musculoso. ¡Qué placer! En un instante tengo la impresión de que se han borrado cuatro meses de sufrimiento, que mi vida vuelve a empezar. Mi mano desciende y atrapa su pene. Soy intrépida, tengo ganas de sentir su deseo de mí. Está duro y caliente en mi palma. Esta sensación me hace redoblar la pasión en mis besos, él empieza a gemir y, después de un breve instante, su mano captura la mía, la lleva a la altura de su rostro y besa el interior de la muñeca. Es un mensaje mudo para darme las gracias y decirme que es mejor detenerse antes de provocar un goce demasiado precoz. Su boca se desliza a mi cuello y ahora me besa entre el hombro y la oreja. Es sublime. No recordaba besos tan intensos en ese sitio. Es tan fuerte que empiezo a gemir; su mano se posa en mi seno derecho y se entretiene en endurecer el pezón. Mis gemidos aumentan cuando aborda el otro.

Esto va a ponerse caliente, así lo siento. Su mano abandona mi pecho pero no se dirige adonde yo pensaba, sino al contrario, viene hasta mi frente, baja a lo largo de la nariz y llega a mis labios, los acaricia y penetra mi boca con el dedo corazón. Lo chupo y es terriblemente erótico, como si fuera su pene, que ardiente reposa en mi muslo. Su mano deja mi boca y sobrevuela mi cuerpo para llegar a mi sexo. Su dedo, húmedo por mi saliva, me penetra con delicadeza, sin necesidad de lubricante. Estoy muy mojada, pero la sensación se refuerza por la sensualidad del gesto. Es muy delicado, solo entra muy poco en mí antes de venir a cosquillearme el clítoris. Pero una vez más, su caricia es muy ligera: estoy en peligro de explosión y quiero más. Mi cuerpo se mueve para engullirlo en mí pero él lo esquiva, el suplicio es insoportable. Su mano abandona mi intimidad para volver a mi boca. Esta vez me ofrece tres dedos que yo devoro de una sola vez. Me estremezco

anticipadamente pensando en el momento en que entren en mí. Una vez más se dirige a mi sexo. Con el índice y el corazón acaricia y después me separa suavemente los labios, mientras el corazón se abre ya camino hacia el interior. Ahora estoy invadida por esos tres dedos. Tengo la impresión de tener un pene dentro de mí, pero con tres partes independientes. La parte central me acaricia el punto G y la sensación es tan fuerte que podría gritar, pero me contengo y lo que sale de mi boca siguen siendo gemidos, que se acrecientan cuando se retiran y me rodean el clítoris. Esta alternancia de sensaciones es enorme. Mis piernas se han separado espontáneamente y mi mano se posa en su antebrazo para animarlo a seguir.

Siento que el placer se intensifica.

Se interrumpe para coger un preservativo. Lo deseo mucho pero al mismo tiempo me siento frustrada. ¡Estaba tan cerca del orgasmo!

Se ha sentado sobre los talones para ponerse el preservativo. Disfruto del espectáculo, de su belleza en bruto y de su erección. Su pene levantado es para mí una fuente de excitación adicional. Me tiendo de nuevo con la nuca sobre la almohada y separo las piernas para que pueda venir sobre mí. Quiero sentir su peso sobre mi cuerpo cuando me penetre.

Charlie ha comprendido el mensaje pero no obstante sigue apoyándose en los brazos cuando sitúa la pelvis en contacto con la mía. Estoy tan impaciente que le cojo el sexo en mi mano y lo pongo a la entrada del mío. Ahora está sobre mí y su mirada no se aparta de la mía cuando efectúa el lento movimiento que nos une. Tiene los ojos brillantes, pero creo que los míos han salido ya de sus órbitas por la fuerza de la sensación. Entra y sale con suavidad, pero siento toda la potencia de su sexo dentro de mí. Ya no gimo, empiezo a gritar. ¡Adoro lo que estoy viviendo, es tan bueno...! Levanto las piernas y le rodeo con ellas los riñones. Los preliminares me habían llevado al borde del orgasmo y siento que es solo cuestión de segundos para que llegue.

—Ven, te lo suplico, ven enseguida.

Hace tan poco tiempo que mi amante está dentro de mí que temo ser demasiado rápida para él, pero parece que solo estaba esperando mi señal. Aumenta el ritmo, mis gritos redoblan, su rostro se crispa, luego se deja ir y emite un estertor al eyacular violentamente dentro de mí. Tengo la sensación de que su sexo llena el mío y eso provoca mi goce. Todo mi bajo vientre se contrae varias veces y mis piernas se contraen al máximo.

Segundos más tarde, Charlie se derrumba en mis brazos, vencido. ¡Este animal debe de pesar unos buenos noventa kilos!

Sentirlo exhausto sobre mí me hace sonreír.

—Charlie, me asfixias...

Se desliza sobre un lado pero sigue dentro de mí.

—Me has matado.

Aprovecho la posición para inclinarle y hacerle quedar sobre la espalda y me pongo a horcajadas sobre él. Consigo no perderle en la operación y finjo empezar el segundo asalto, efectuando un movimiento de ida y vuelta sobre su pene, que aún mantiene cierta rigidez.

Gime.

—Te lo ruego, no va a funcionar.

Dejo escapar su pene, no sin expresar mi frustración con un gruñido, pero me atrae hacia él y me acurruco contra su torso.

—¡Tienes que darme un poco de tiempo, no soy una máquina!

—Ni un jovencito...

—Exacto, te beneficias de mi experiencia, pero tienes que aceptar pausas más largas. Al menos no te arriesgas a la eyaculación precoz, que echaría a perder tu placer.

Pienso en lo que acaba de pasar, que es extraordinario: ningún malestar entre nosotros y orgasmo simultáneo ya en la primera relación.

—Charlie, he llegado a pensar que era demasiado rápida para ti.

Me mira y se ríe. Sigue siendo muy guapo y además está muy atractivo después de hacer el amor.

—¡No tenías la menor posibilidad!

—¿Cómo es eso?

—Pues he sido yo quien ha tenido que manejarlo porque sabía que no resistiría mucho tiempo a tu belleza y a mi deseo irreprimible de ti.

Ahora comprendo los largos preliminares seguidos del acelerón. Mejor para mí: no solo está loco por mi cuerpo (y por mí) sino que llega a esperarme para el goce final o, al menos, me deja coger la suficiente ventaja para que no quede frustrada.

—Tienes razón, he hecho bien en apostar por una relación con un viejo. ¿Crees que podemos hacer la prueba a ver si tu «deseo irreprimible» ya ha vuelto?

Le dedico una mirada hechizante moviendo las pestañas, pero eso provoca más una risa que una erección.

—¡No hace ni cinco minutos!

—¿Podríamos probar?

—No habrá ninguna oportunidad. Descansemos un momento antes de rodar la escena siguiente.

Coge mi rostro para besarme y después me estrecha contra él.

—Vale, Charlie, cierro los ojos apenas y luego quiero el segundo orgasmo.

—Prometido.

Tengo la impresión de casi no haber descansado cuando Charlie me besa con delicadeza en la boca.

—Ophélie...

Tenía ganas de disfrutar del descanso unos minutos antes de volver a hacer el amor con él.

—Mmm, unos segundos más.

—Ophélie, tienes que levantarte, es tarde.

Entonces me doy cuenta de que es de día. ¡Mierda, me he dormido! Me he perdido el acto II. Bueno, en todo caso, el acto II nocturno, ya que aún podemos hacerlo en versión diurna.

—Vuelve a acostarte. Duermo un poco más y después me ocupo de lo tuyo.

—No, Ophélie, no es posible, tenemos que irnos. Date prisa para ir a darte una ducha.

Es frustrante. Echo un vistazo al reloj: ¡las ocho! Tengo que rectificar: no es frustrante, está loco.

—Charlie, hoy es sábado, es el principio del fin de semana, está hecho para dormir y para hacer el amor, nada más.

—Me gusta ese programa, pero tengo algo mejor. ¡Arriba, a la ducha!

Arranca la sábana y me levanto, de mala gana.

—Eres un verdadero torturador. Tengo la cabeza del revés...

—No es de extrañar. Te bajaste una botella de champán tú solita.

Veinte minutos más tarde la ducha me ha hecho revivir, aun cuando no estoy operativa al ciento por ciento. Después del café solo que me sirvió Charlie me he sentido un poco mejor, pero fui incapaz de tragar nada. Mi nuevo *boyfriend* (¿puedo llamarlo así?) ha insistido para que coma al menos una galleta, pero era imposible. Insistió como si fuera mi padre y tuve que alzar la voz para hacerme oír.

Cuando subí al coche no sabía siquiera adónde íbamos.

—A ver, ¿qué es lo que merece semejante carrera un sábado por la mañana? ¿Cuál es nuestro destino?

—Vamos a ir a tu casa.

Estuve a punto de atragantarme de la indignación.

—¿Nos levantamos con la aurora para ir a mi casa?

—Déjame terminar. Vamos a tu casa para que cojas tus cosas para el fin de semana: vestidos, faldas, camisetas y bañadores para evitar que te bañes desnuda delante de terceros. Ahh, y también bonita ropa interior, que nunca está de más.

—¿Ya necesitas verme en ligeros para poder hacerme el amor? No es muy halagador.

—Los más bellos objetos requieren siempre un embalaje de lujo.

Vale, la respuesta alimenta mi ego y la acepto.

—Así que me invitas este fin de semana. ¿Adónde? Te aviso que si me contestas *Shutters on the Beach*, me pongo a gritar.

Sonrió, pero no hizo comentarios. Quizá esté al corriente de los sitios de libertinaje habituales de su hermano.

—¿Te acuerdas de la película que vimos anoche?

—Charlie, no bebí tanto como para no acordarme, creo que me tomas por una borracha.

Podría tener la elegancia de negarlo, pero prefirió añadir:

—Te llevo tras las huellas de Sharon Stone. Vamos a ver la casa donde vive en la película.

—¿Está lejos?

—Sí, bastante, por eso no había que retrasarse.

Yo farfullo un «No estamos en el ejército» y después guío a Charlie hasta mi casa. Me deja quince minutos para hacer el equipaje, pero ha olvidado que también debo cambiarme, no voy a quedarme con la ropa que llevaba ayer. Me quito el vestido de cóctel y me pongo un tejano con una camiseta blanca. Cojo las cosas al vuelo y vuelvo corriendo al coche. Charlie ha cerrado la capota.

—He pensado que quizá querías dormir.

Pensamiento delicado, este hombre es increíble. Esta mañana está tan guapo como ayer. Me gusta su barba naciente y soy una fan de sus ojos, de sus ojos pero aún más de su mirada y de la gentileza que desprende.

Tiene razón, estoy cansada. Cierro los párpados pero no consigo quedarme dormida. Me lo impide mi conciencia, que me impone la imagen de Amy. El cerebro es un instrumento curioso. Ayer Amy no existía para mí, en parte gracias a o por causa del alcohol. Esa ausencia, ese «olvido», me permitieron acostarme con Charlie, pero hoy recuerdo la última comida que compartimos. ¡Pensar que ella me pidió que le hablara a Charlie en favor suyo y yo, tres días más tarde, me acuesto con él! No puedo pretender que la responsabilidad sea compartida con él.

¿Quién quiso tomar una copa en casa de Charlie? Yo.

¿Quién escogió la película *Instinto básico*? Yo.

¿Quién se pegó al otro? Yo.

¿Quién quiso bañarse? Yo.

¿Quién se quitó la ropa para encontrarse desnuda en la piscina? Una vez más, yo.

¿Quién se colgó desnuda de su compañero? Siempre yo.

Cuando pienso que, antes de la relación propiamente dicha, Charlie aún me propuso no seguir y yo le contesté que estaba segura de querer hacerlo, creo que merezco el título de «zorra del año».

Charlie se debió de dar cuenta de que ponía una cara extraña.

—¿No consigues dormir?

Dudé en hablarle de lo que me hacía sentir mal, pero lo hice.

—Me siento culpable por Amy.

Su mirada se endurece.

—Te comprendo, pero es inútil. No eres responsable.

A pesar de la gravedad de la conversación, me eché a reír, una risa amarga.

—«¿No soy responsable?» ¡Vamos, Charlie, se suponía que yo debía interceder en su favor, no abalanzarme sobre ti a los tres días de que se fuera!

—Ophélie, créeme, lo que había entre Amy y yo se había terminado.

—Pero ella me dijo que os acostabais juntos los fines de semana que os veáis.

—Por cobardía, por la película.

Es duro oír esto, preferiría no saberlo, pero no hago ningún comentario. Él prosigue:

—El rodaje fue muy difícil, nos separó.

—Pero cuando nos vimos en Londres, ¿tú la amabas?

—Sí, eso creo. Pero los tres meses de la película crearon un abismo entre nosotros. Yo habría roto si hubiera sido capaz, solo que tenía miedo de que se derrumbara y de que no pudiéramos terminar.

Parece que puse una cara extraña, pues se sintió obligado a continuar.

—Ya lo sé, es feo. Peor aún, no rompí antes de su viaje a Londres porque estaba demasiado agotada, lo dio todo en las últimas tomas. Tú la viste, fue más allá de su capacidad.

—Por ti, Charlie, por ti.

Tiene la mirada triste.

—¿Crees que no lo sé? Amy es una chica estupenda, pero no está hecha para estar en mi vida... ni en mi película.

—¡Charlie!

—Es duro pero es la verdad. Tan verdad como mi atracción por ti, casi desde el primer día, ¿recuerdas? Estabas en el *jacuzzi*, en el puente del yate...

El recuerdo me hace sonreír.

—Sí, y Laure, al precipitarse para saludarte, rompió su copa de champán.

—Y yo la llevé en brazos para evitar que se cortara el pie, pero confieso que fue también para impresionarte.

—¿Ya te habías fijado en mí?

—Desde la primera mirada.

Vaya, me quedo de una pieza. Si es verdad que Laure tenía razón, también es cierto que subestimaba el interés que Charlie siente por mí. Esta noticia me ha animado, pero tengo que ir hasta el final de la discusión.

—Si no me hubiera abalanzado sobre ti, desnuda en la piscina, nada habría pasado.

—Ophélie, si no me gustaras, me habría quedado completamente frío. Por ejemplo, si se hubiera tratado de Diana o de Laure...

—¡Te doy permiso para decir eso de Diana, pero no de Laure! Es mi amiga y le interesabas mucho.

Me quedo un momento pensando.

—De todos modos, creo que ella te habría violado en la piscina.

—No se puede violar a un hombre, tenemos muchas ventajas en ese aspecto.

—Laure es capaz de todo. Tiene la Fuerza, como el emperador en *Star Wars*. Igual que él, ella puede provocar reacciones físicas en las personas. Contigo, sería tu pene el que se habría levantado sin pedirte permiso.

Se ríe.

—Es posible, pero volviendo a nosotros, fui yo quien pedí un besito como recompensa por ganar la carrera.

—¡Charlie, tú pediste un besito! Un besito, no un beso de verdad.

—Porque tenía demasiado miedo de que te negaras a besarme... Te lo aseguro, no habría pasado nada si no fuera algo que yo deseaba con todas mis fuerzas.

Semejante declaración me dejó sin voz.

—Resolveré la situación con Amy en cuanto vuelva para la posproducción de la película y le diré claramente que tú no tienes la culpa de nada.

Eso no me parecía ser el reflejo de lo que pasó, pero aquí vuelvo a encontrarme con el caballero que utiliza su gran escudo para proteger a las gentiles damas.

Al fin pudimos cambiar de tema. El ambiente se había clarificado en mi cabeza. Al llegar a Ventura, seguimos por la carretera de la costa. Avanzamos a lo largo durante una hora, pasando por Santa Bárbara. Poco a poco, el cansancio me hizo dar una cabezada.

Charlie se dio cuenta.

—Duerme, Ophélie, aún nos queda mucha carretera.

—Pero ¿tú no estás cansado? ¿No necesitas que te dé conversación?

Sonrió.

—Gracias, yo he dormido bien. Sin duda por la felicidad de lo que había vivido...

Sus palabras me acompañaron mientras me dormía y mis ojos se cerraron sobre la belleza del océano Pacífico bañado por el sol.

Tuve un sueño, y cuando me desperté, quise comunicárselo.

—Charlie, estaba otra vez en Venecia, en el baile, pero era contigo con quien bailaba y, de hecho, creo que era nuestra boda.

Se rio.

—¡Joder, no pierdes el tiempo! ¡Una sola noche y ya me pones el anillo en el dedo!

—¿Te molesta? No puedo evitarlo, era un sueño. Todo el mundo estaba alrededor de nosotros y todos parecían felices. Hasta Michael estaba allí, Laure y...

Me interrumpí. Christophe estaba allí también. Pero era algo que no deseaba comunicar a nadie, ni siquiera a Charlie.

—¿Sí?

Y pronto solté:

—Y creo que estaba tu madre.

—¿Mi madre? No la conoces.

—No, pero había una mujer de cierta edad, muy elegante y para mí era evidente que era tu madre.

—Si tenía un humor ácido, entonces era ella.

—¿Me la presentarás?

—Claro.

—¿Cómo reaccionará cuando se entere de que has dejado a Amy por mí?

—Oh, ¿sabes? Con ella resulta fácil: tengo razón en todo lo que hago, de modo que te adoptará.

Seguimos hablando hasta Morro Bay, una ciudad pequeña con una especie de roca redonda gigante posada en el mar a unos centenares de metros de la costa.

—¿Sabes cómo se llama?

—Es el pequeño Pan de Azúcar.

Le miré de reojo.

—¿Te ríes de mí? El Pan de Azúcar está en Río de Janeiro. ¿Crees que soy una inculta?

—Este de aquí es el pequeño Pan de Azúcar de Morro Bay.

—No te creo.

Dije eso pero no estaba segura, parecía muy asertivo.

—¿Por qué no iban a tener derecho a llamarlo así?

Lo miré con recelo y él se echó a reír.

—Lo confieso, era una broma.

Le lancé un puñetazo en el hombro.

—¡Ay! Está prohibido golpear a un conductor.

—El coche está parado. Eres un mariquita.

La palabra que utilicé fue *pussy*, que es un insulto común para designar a los hombres cobardes pero también el sexo femenino.

—¡Oooh, cómo llueven los insultos! ¡Vamos, te invito a comer!

Estaba hambrienta. Ya era la una y media.

—¿Adónde me llevas?

—Ya lo verás, está todo planeado.

Ya imaginaba un pequeño restaurante romántico a orillas del mar. Tal vez tuvieran langostas. No sé por qué, pero de pronto tenía antojo de langostas.

Minutos más tarde, se internó por un callejón lateral. Cuando me di cuenta de adónde íbamos, me quedé horrorizada.

—Estás de broma, ¿verdad?

—No, en absoluto, tenemos prisa y tengo una sorpresa para ti.

Estábamos en el autoservicio de un McDonald's local.

Puse mala cara al pedir, pero tenía demasiada hambre para hacerme la difícil.

—Tomaré un menú McNuggets con patatas fritas y una Coca Cola sin hielo.

—Yo tomaré lo mismo que la señorita y dos más de patatas.

—Son 22 dólares, por favor.

—Tenga 25, quédese el cambio. A propósito, ¿sabe usted cómo se llama la roca del Morro?

—Sí.

—¿Y?

—Se llama la roca del Morro.

Charlie arrancó, nos miramos, estallamos en carcajadas y dijo:

—Ya ves, ¿por qué intentar complicar las cosas?

Me costó dejar de reír.

—¿Qué es la sorpresa?

—Antes de contestarte, ¿puedes coger la bolsa isotérmica de atrás para meter dentro la comida? Deja fuera dos de patatas para aguantar con paciencia hasta que lleguemos al sitio donde vamos a comer.

Obedecí.

—¿Sabes que las bolsas isotérmicas te dan un carácter de abuelo? Matan el amor.

Se echó a reír.

—Pero es muy útil. No soporto la comida de McDonald's fría.

—Bueno, a ver, ¿cuál es el plan?

—Vamos a comer con los leones.

Le fulminé con la mirada.

—¿Otra broma?

—No, es en serio, vamos a ver unas familias de leones.

Me sentí emocionada.

—¿Sabes que es mi animal preferido?

—Lo ignoraba, no tenía ni idea.

—Es mi signo del zodiaco, Leo. ¿Es un zoo? ¿Una reserva? ¿Están enjaulados?

—No, están en libertad.

Estaba claro que Charlie quería burlarse de mí, así que me puse irónica.

—¿Vamos a ver leones en libertad? Supongo que bajaremos del coche para verlos mejor.

—Sí, los veremos mejor si nos acercamos y será más agradable que comer en el coche.

—¿Y son muchos?

—Es difícil de estimar, alrededor de ocho mil.

¿Ha perdido un tornillo o qué?

—¿Te das cuenta de que lo que afirmas es absurdo? Si estás en lo cierto, Charlie, te daré la mejor recompensa que hayas probado en tu vida.

Se volvió y me hizo un guiño.

—Esperaré ese momento con impaciencia.

Circulamos algo más de media hora mientras me preguntaba cuál sería la solución del enigma.

—Hemos llegado.

Aparcó el coche cerca de una playa. No éramos los únicos, había unos veinte vehículos. Cogió la bolsa isotérmica, avanzamos y vimos la extensión de arena y, de pronto, divisé centenares, miles de grandes moles tendidas al sol.

—Estás viendo un espectáculo único: ¡leones marinos!

Era asombroso ver a todos esos animales enormes, pero era una decepción para una fan de los leones africanos.

—¿Cómo has podido gastarme esa broma, Charlie? ¡Eso está mal; estoy decepcionada!

Estaba al borde de las lágrimas. Fue una estupidez, una reacción desproporcionada a una broma inocente, pero creo que mis nervios cedieron después del episodio violento con Michael seguido de este increíble principio de historia de amor con Charlie.

Me abrazó.

—Lo siento, no quería herir tus sentimientos.

Las lágrimas empezaron a correr por mis mejillas y me puse a resoplar.

—Puedes sonarte con mi camisa, tengo otra.

La sugerencia me hizo reír.

—Estoy haciendo el ridículo. Debes de preguntarte por qué estás así en un lugar despoblado con una gran idiota cuando podrías estar disfrutando de un fin de semana al borde de una piscina rodeado de *top models*.

Empezó dando una respuesta divertida.

—Es verdad, ¿por qué no estoy con una *top model*?

Luego continuó más serio:

—Ophélie, ni por todo el oro del mundo desearía estar en otra parte o con otra persona. Un McDonald's contigo en esta playa, con estos animales fantásticos, bien vale La Tour d'Argent con cualquier actriz.

Se interrumpió unos segundos.

—¿No te gustan los leones marinos?

—No demasiado.

—Te prometo que un día te llevaré a África y veremos grandes leones de verdad.

—¿De verdad?

—Lo juro, si miento voy al infierno.

Me besó. Sus labios eran dulces y deslicé la lengua en su boca, produciendo un beso bastante apasionado.

—Ophélie, se puede decir que este beso en mi premio por tu apuesta perdida.

Me quedé un poco sorprendida.

—¿No quieres beneficiarte con mi oferta especial? No sabes lo que te pierdes.

¡Era un descarado rechazando semejante proposición así! Debió de sentir que estaba en terreno inestable.

—Sueño con ese momento desde que me lo has ofrecido, por eso estaba un poco callado en el coche, pero tengo un poco la sensación de haber hecho trampa y ponerte triste. No lo merezco.

Me miraba con sus preciosos ojos azules y una sonrisa tan afectuosa que se me ablandó el corazón. Le di otro beso, más ligero y más cariñoso.

—Es verdad, fue un poco cruel, pero no fue culpa tuya, he perdido la apuesta. Tendrás lo que te prometí. A menos que ya no te apetezca...

Le lancé una mirada de zorra marca de la casa que debí de copiarle a Laure sin darme cuenta. Es curioso, incluso a un hombre tan fino e inteligente como Charlie pueden afectarle este tipo de cosas.

Enrojeció.

—No he dicho eso.

Me eché a reír.

—¡Cuidado, Charlie! Acabas de ponerte del color de un Ferrari.

Él rio también.

—¡Eso no me pasaba desde hacía una eternidad! Quizá desde que una amiga de mi madre me dijo que seguramente les gustaba mucho a las chicas. Yo tendría unos quince años.

Hice como si me tapara los oídos.

—No quiero saber lo que viene después. Mejor comamos, me estoy muriendo de hambre.

Devoramos los McNuggets contemplando las familias de leones marinos y, aunque no llegaron a conquistarme, confieso que lo aprecié. Da sosiego ver cómo algunas especies animales pueden vivir así sin que nada las inquiete.

Una vez saciada, me sentí mejor. Mi pequeña melancolía se había diluido en las patatas fritas y la Coca Cola.

Volvimos al coche.

—¿Cuál es el programa?

—Apretado, una mezcla de peregrinación cinematográfica y de viaje romántico.

—Me parece bien. Será curioso saber la relación entre ese sitio y el cine.

—Te doy una pista: se trata de una película genial, la primera obra de uno de los más grandes directores de la historia del cine.

—¿Puedo hacer preguntas antes de dar la respuesta?

—Desde luego.

—¿Y cuál es el premio?

Se rio y me miró con una sonrisa maliciosa.

—¿Qué te parecería la mejor golosina que hayas probado en tu vida?

Yo reí también.

—¡Perfecto! ¿Has dicho que era su primera película?

—Sí.

—Bueno, ya tengo una idea. ¿El director actuaba en la película?

—Sí.

—¿La película se estrenó durante la Segunda Guerra Mundial?

—Exacto.

—Es muy fácil: *Ciudadano Kane*, de Orson Welles, elegida mejor película de todos los tiempos por el Instituto de Cine Estadounidense.

—Bravo, eres una cinéfila tan guapa como entendida.

El cumplido me hizo ilusión, pero también me provocó un ligero *shock* en forma de *flashback*. Un año y medio atrás, Michael me había dicho lo mismo el día en que nos conocimos.

Enseguida me recuperé.

—¿Qué es lo que relaciona este sitio con la película de Welles?

—Mira, allá arriba.

Levanté la mirada y vi un castillo, o más bien una construcción de estilo español gigantesca.

—¿Qué es?

—¿Recuerdas Xanadú?

—Sí, la mansión de Charles Foster Kane.

—Pues bien, tienes ante ti la casa que inspiró la película, Hearst Castle, en honor de su creador William Randolph Hearst.

—¿Los Hearst del grupo Hearst?

—Exacto, son ellos quienes compraron la revista *Elle* al grupo Lagardère.

Me miró y me sondeó con prudencia.

—¿Te gusta?

Era tan tierno preocupándose por mí que no pude evitar besarle en la mejilla.

—¡Cuidado! Es peligroso besar a un conductor.

—Me has dicho que era peligroso pegarte.

—Es lo mismo. Bueno, no, es lo contrario, y prefiero los besos, pero provoca la misma distracción en la carretera. No obstante, deduzco que la visita te interesa.

—Más que eso, adoro la idea.

Aparcamos para dirigirnos a la mansión Hearst. Charlie había conseguido que nos concedieran una visita privada —ventajas de estar con un director de Hollywood—. Tuvimos una guía que hablaba inglés... ¡y francés! Era muy amable, pero un poco ofensivo para mí. Además, como anécdota, no estaba nada mal, una morena bastante característica.

Cuando nos precedió para entrar en la vivienda principal, Charlie me hizo un guiño señalándome a la joven.

—¡Charlie, no hagas el Michael!

—¡Uhh! El insulto supremo. Me portaré bien.

—Más te vale, porque tienes mucho que perder. Si nos enfadamos, pierdes lo ganado en la apuesta.

—Es verdad, aunque tú también pierdes...

Mierda, es cierto. Admito que deseo probar la boca de Charlie en mí...

Este intercambio no perturbó una visita extraordinaria. La guía, que de hecho era responsable de comunicación, demostró ser muy profesional y no hizo el pavo real, como muchas mujeres en presencia de Michael en el pasado. Debo decir que fue mucho más agradable.

La visita, cómo decirlo, fue extraordinaria, pero en el sentido de no ordinaria. No era el castillo más hermoso del mundo pero era algo único, el sueño demencial de un multimillonario. Solo el tamaño ya deja ver la desmesura del proyecto: tres casas, de las cuales la principal, la Casa Grande, mide más de quinientos cuarenta metros cuadrados. ¡Hay cincuenta y seis habitaciones y sesenta y un cuartos de baño! Pero lo más delirante es la decoración, una mezcla de barroco y gótico, antigüedades auténticas y otras falsas. El no va más son las piscinas: la Neptuno en el exterior y la piscina romana en el interior. La primera es magnífica, más de treinta metros de largo y rodeada de una fachada de templo romano que Hearst había importado de Europa, con columnatas griegas y estatuas. Sobre estos últimos elementos no presté atención a si eran auténticos o no. La piscina romana era otra creación demencial, pero no era más extravagante que las estancias de recepción.

Recibí un SMS. Era Laure, que debía de ir ya por el décimo. También me había dejado varios mensajes en el contestador.

Charlie se volvió hacia mí.

—¿Quién te acosa de esta manera? ¿Tienes un enamorado secreto que se inquieta?

—No, es Michael. ¿Qué le digo?

Charlie frunció el ceño y preferí rectificar.

—Era una broma. Es mi carabina o mi segunda madre, a elegir.

No comprendió.

—Es Laure, una verdadera gallina clueca para mí. Dame un minuto, le envío un SMS.

Escribí un mensaje enigmático. Estaba bastante orgullosa de mi hazaña y se lo mostré a Charlie, pero no hizo ningún comentario. ¿Tal vez le habría gustado que especificara que estaba con él? ¡Qué susceptibles pueden ser los hombres a veces, peor que las mujeres!

Al dejar el castillo ya eran más de las cuatro y media. La visita había durado cerca de dos horas y no me había dado cuenta. La guía nos bajó en un carrito al Visitor Center y Charlie me llamó la atención sobre un último detalle increíble.

—Mira, Ophélie, hay cebras en la pradera.

Iba a reñirle y decirle que ya bastaba de bromas con la de los leones marinos, cuando mis ojos se posaron en un pequeño rebaño.

La guía nos explicó esta presencia incongruente.

—Son los descendientes de los animales que trajo Hearst para su zoo.

Volvimos al coche, aún impresionada.

—A ver, ¿te ha gustado?

Me tomé un momento para pensarlo antes de darle la respuesta.

—Creo que sí. ¡Es difícil tener una opinión, es tan *kitsch*! Pero es fascinante. ¿Y a ti?

—A mí me encanta este sitio. Es el sueño americano en todo su esplendor, esa mezcla de megalomanía y generosidad, de antigüedades auténticas importadas de Europa y copias, de distintos estilos arquitectónicos; además, parece un decorado de cine, no puedo permanecer insensible.

—Todo ello sin olvidar la relación con *Ciudadano Kane*.

Seguimos conversando sobre Orson Welles, sus películas y sus interpretaciones. Fue la belleza del paisaje lo que nos interrumpió. Estábamos en una carretera que sobresale por encima del Pacífico, el sol estaba bajo en el horizonte y se reflejaba en el océano.

—¡Nunca vi un paisaje tan magnífico!

—Así es, la autopista Pacific Coast es de las más hermosas del país.

Circulamos despacio durante dos horas siguiendo el contorno trazado, un momento de verdadera felicidad.

Acabo de tomarme unos veinte minutos para escribir mi diario. Charlie me preguntó qué hacía, tuve que explicárselo y temí que se riera de mí.

—¿Hace tiempo que lo escribes?

—Empecé a los once años. Lo dejé al entrar en la universidad y volví a escribir a los veinticinco años, cuando me regalaron el iPhone.

—Me gustaría saber lo que has escrito de mí. ¿Me dejarás leerlo?

—Charlie, es un diario íntimo y dada su naturaleza no debe leerlo nadie más, pero si te portas bien, quizá te deje ver algunos pasajes escogidos.

En este momento es hora de ser buena amiga y tranquilizar a Laure. Creo que se va a quedar de piedra.

Diario de Laure

11 de abril, 18.10 h

Por fin acaba de llegar una respuesta. De todos modos, le voy a echar una buena bronca el lunes por la mañana. ¿Cómo ha podido dejarme tanto tiempo sin contarme qué hacía?

El SMS dice:

«Puedes estar tranquila, Laure, estoy bien. Estoy de viaje romántico con Charlie. Ayer saltaron chispas. Tuve una bronca muy fuerte con Michael, pero todo terminó bien ya que acabé en la cama de su hermano. Tenías razón, ¡es guapísimo! Te lo cuento todo el lunes. Prometido. Un abrazo fuerte. O. PS: No envíes mensajes de texto. Estoy *off*».

La noticia me ha hecho ilusión, pero no ha dejado de darme una punzada en el corazón. Aunque estoy muy feliz en pareja, no olvido que fui la primera en tener un *flash* al ver a Charlie.

Si intento ser objetiva, creo que no jugamos en la misma división. Él es tan sexi que lo que necesitaba era una chica como Ophélie. Me alegro por ella porque es un chico estupendo. Ojalá eso le permita olvidar la historia con Michael.

Diario de Ophélie

12 de abril, 23 h

Mi vida acaba de cambiar de arriba abajo en el espacio de cuarenta y ocho horas. ¿Quién lo iba a imaginar?

Estoy sentada en un Maserati cupé que conduce el hombre más encantador del mundo.

Dentro de poco más o menos una hora, estaremos de vuelta en Los Ángeles, pero para mí es ahora cuando la ciudad se ha ganado el nombre.

Mañana otra vez al trabajo y creo que Laure me va decir de todo, pero estoy preparada. Reconozco que lo tengo bien merecido.

Incluso me lo avisó ayer noche por SMS:

«Ophélie, me alegro por ti. Pero no creas que no estoy enfadada. Te va a caer una buena. Prepárate».

La expresión me ha hecho sonreír. Nadie más que ella es capaz de escribir ese tipo de cosas en un SMS. Las palabras están bien, pero la amenaza es real. ¡Qué le vamos a hacer! Ya veremos mañana.

Después de los mensajes con mi amiga, quise saber cuál era el programa. Eran casi las seis y media.

—¿Tienes previsto algún hotel o vamos a dormir en el coche?

—En el coche no es muy cómodo, ¿no?

Es divertido, hay momentos en que se nota su ascendencia inglesa por el acento y la forma de construir las frases.

Añadió:

—He reservado una habitación.

—¿Algo equivalente al McDonald's pero en hotel?

Me miró sonriendo.

—Uuuuh, eres rencorosa, no te conocía ese defecto.

Le contesté en un tono más bien seco.

—No puedo ser perfecta, Charlie. ¡En conjunto soy estupenda!

Las últimas palabras llevaban un toque de humor.

—Es verdad, tengo suerte. Creo que el sitio te gustará. Mira, ya llegamos.

Al cabo de veinte minutos, de un salto me arrojaba a sus brazos, con las piernas alrededor de sus caderas y daba gritos cubriéndole de besos:

—¡Me encanta! ¡Nunca había visto una habitación tan bonita!

Estábamos en una *suite* de unos cien metros cuadrados que colgaba directamente sobre el acantilado, por encima del Pacífico. La forma redonda de la estancia era muy original y la construcción en madera daba al conjunto una impresión cálida. Las vistas eran increíbles desde la habitación, pero más aún desde el *jacuzzi* en la terraza.

De hecho, más que una *suite* era una casa pequeña, una «cabaña» de lujo.

—Es más bonita de lo que había imaginado.

Le miré con aire sospechoso.

—¿Es la primera vez que vienes? ¿Nunca has traído aquí a una conquista?

—Nunca.

—Mejor. ¿Qué quieres hacer?

—Me gustaría disfrutar del *jacuzzi* y ver la puesta del sol, pero primero voy a hacer unos cuantos largos en la piscina. ¿Te vienes conmigo?

Me acordé de la humillación de la noche anterior cuando competimos.

—No, gracias, voy a guardar mis cosas mientras te espero.

Se fue al cabo de un minuto, es un Speedy Gonzales en ponerse el bañador.

En realidad, sacar las cosas del bolso no me llevó más de unos minutos. Fui al cuarto de baño para desvestirme y pensé en la posibilidad de ponerme el bañador, pero luego pensé que no quería desaprovechar la oportunidad de bañarme desnuda en el *jacuzzi* privado.

Salí a la terraza, dejé que la bata se deslizara a mis pies y entré en el agua. Estaba caliente, ¡qué felicidad! Apenas tuve tiempo de admirar el espectáculo del sol que empezaba a hundirse en el mar cuando llegó Charlie.

Tenía en la mano una botella de champán y dos copas.

—Hoy, la botella es para los dos.

Decidí ignorar su ironía.

—Date prisa, quítate el bañador y ven, pareces helado.

—Un minuto, solo el tiempo necesario para descorcharla. La piscina no estaba muy caliente y me he dejado aquí la bata.

—Por eso, ven pronto.

Se quedó un momento en suspenso.

—¿Conoces la serie *Seinfeld*?

—Sí, pero no muy bien, no es de mi generación.

—¿Entonces no has visto el episodio sobre la constricción?

Me pregunté por qué me hablaba de una serie de hace veinte años mientras prefería congelarse al borde del *jacuzzi* a venir a mi lado.

—No, ¿por qué?

—¿Conoces el efecto del frío sobre la anatomía masculina?

Comprendí que se sintiera incómodo y eso me enterneció.

—¿Provoca una constricción?

—Sí.

—Eso no importa, amor mío. Ya te he visto desnudo, ¿sabes?

—De acuerdo, pero aun así te vas a sorprender.

Me excitó la curiosidad. Vi cómo se quitaba el traje de baño para entrar en el agua y me eché a reír.

—Como decía George, el amigo de Seinfeld, ¡estaba en la piscina!

—¡Pero si es minúsculo!

—¡Bravo, qué finura psicológica! Imagínate que me vuelves impotente.

Avancé hacia él y le acerqué mi rostro.

—Sería una pena... Puedo intentar remediar el problema.

Le pasé los brazos alrededor del cuello y le besé apasionadamente. Empecé por sus labios y su lengua. Puso las manos en mi espalda y a través de ellas sentí el fervor de nuestros besos.

Fueron largos minutos deliciosos, dejando a nuestras bocas expresarse sin hablar. Al final de nuestra pasión, bajé una mano entre nuestros cuerpos para comprobar que su sexo había recuperado todo el vigor.

—Puedes llamarme Lewis Carroll.

—¿Por qué lo dices?

—Como en *Alicia en el país de las maravillas*, me has bebido y has crecido.

Sonrió y me dio un beso.

—Es una imagen bonita. Es verdad que me apetece beberte y comerte permanentemente.

—Mira, a propósito de bebida, ¿por qué no nos sirves una copa para que disfrutemos de la puesta del sol?

Se puso manos a la obra y pronto me deslicé en sus brazos para ver desaparecer el sol en el horizonte. Entre su abrazo y el calor del *jacuzzi*, fue un cuarto de hora de pura felicidad. No recordaba haberme sentido tan serena.

Cuando el sol desapareció, solo quedaba la luz de la habitación para iluminar nuestro baño.

Una idea me vino de pronto a la mente.

—Charlie, ¿cuándo te hiciste por última vez la prueba del VIH?

Por el tono de su respuesta, vi que la pregunta le había sorprendido.

—Amy y yo nos la hicimos poco después de empezar nuestra relación.

—Yo me la hice cuando estaba con Christophe y desde entonces siempre he utilizado preservativos.

Al decirlo así parecía que dejaba sobreentender que varios chicos habían desfilado por mi cama —lo que no era el caso—, pero preferí correr ese riesgo que mencionar el nombre de Michael.

Charlie pronto comprendió adónde quería llegar

—Pero creí que no tomabas la píldora.

—Y no la tomo, pero he recordado que tuve la regla la víspera de nuestro viaje a Los Ángeles, lo que quiere decir que no tenemos ningún riesgo de tener un pequeño Charlie o una pequeña Ophélie. ¡Este es un fin de semana seguro!

Se echó a reír.

—¡No me mires así! Tengo la impresión de ser un hueso a punto de encontrarse entre los colmillos de un doberman.

Le deseaba tanto que jugué a ser Laure.

—Tengo la intención de divertirme con tu hueso.

Sonrió pero estaba turbado.

—No es un hueso, es un cuerpo cavernoso.

—Nos importa un comino, ¡cállate!

Le arrimé al borde del *jacuzzi* y me puse sobre él a horcajadas. Cogí primero su labio inferior y lo chupé; luego mi lengua invadió su boca. Volvieron los besos apasionados. Sentí su cuerpo cavernoso crecer entre mis piernas, tenía un gran deseo de él y decidí que no necesitaba más preliminares. Esta vez lo quería enseguida dentro de mí. Lo cogí con la mano de inmediato para posicionarlo y me hice atravesar por él.

La felicidad nueva que sentía, la serenidad que resultaba de él y la pasión que generaba su boca me habían preparado para acogerlo. Estaba en la autopista hacia el orgasmo, solo hacía falta que mi compañero estuviera en sincronía conmigo.

Subía y bajaba, le hacía entrar en mí por completo. Era intenso y profundo. Tras un momento de pasividad soportando mis asaltos, Charlie pareció despertar. Se enderezó para acercar su boca a mis senos y los chupó uno tras otro con pasión. Yo estaba ya tan excitada que esta estimulación nueva me hizo gemir. No era nada discreta, pero tampoco teníamos vecinos.

Hacer el amor en el agua era algo nuevo para mí. Mi mente estaba relajada, sin otra preocupación que sentir cómo aumentaba mi placer.

Tuve un segundo de angustia al ver el rostro congestionado de Charlie.

—Ophélie, voy a llegar.

—Espérame, por favor, solo un poquito más.

No tenía más que dos soluciones, o detenerme para que descendiera la presión o aumentar el ritmo para llegar al orgasmo a riesgo de que eyaculara antes de tiempo.

Dejé de lado la primera, que sin embargo era la más segura y me desaté. La sensación era increíble mientras él entraba y salía de mí con el riesgo de perderle cada vez. Le vencí en menos de veinte segundos y la fuerza de su eyaculación en el fondo de mi vagina demostró que sus estertores no eran simulados. Por mi parte, tampoco estaba mal en cuanto a decibelios. Apreté su pene dentro de mí para disfrutar de la sensación única de sentirlo contraerse en espasmos sucesivos. Lo que yo esperaba llegó y me uní a él en el orgasmo. Fue más intenso aún que el día anterior. Grité y me derrumbé sobre él.

Nos quedamos así, cada uno en los brazos del otro, igual que dos muertos vivientes (pero más guapos).

Charlie fue el primero en moverse.

—Vamos a salir del agua, podrías enfriarte.

Se levantó, cogió mi bata y me ayudó a ponérmela estando desnudo aún. Le miré. Imaginad lo que se puede sentir cuando se está al lado de un tío de un metro noventa, musculoso, fino, bronceado, barba de tres días, ojos azul claro, que acaba de daros uno de los mejores orgasmos de vuestra vida en un *jacuzzi* que cuelga sobre un acantilado. Como Di Caprio a bordo del *Titanic*, me sentí con derecho a gritar: «¡Soy la reina del mundo!».

No lo hice para evitar que Charlie me tomara por loca, pero lo pensé muy intensamente.

Este hombre tan sexi demostró ser atento preparándose un baño espumoso. Como soy una joven bien educada, le invité a acompañarme. Él y la botella de champán, claro. Los tres pasamos un momento excelente. Charlie me hizo descubrir en su iPad la serie *Seinfeld* de la que me había hablado, con el famoso episodio de la «constricción». Ver series en iPad, en un baño de espuma, bebiendo una copa de champán en unos brazos acogedores es otra versión de la felicidad.

Tuvimos que interrumpir este momento privilegiado antes de tiempo para mi gusto, pero era inapelable porque el restaurante cerraba a las nueve.

Para cenar, me puse un vestido y Charlie un pantalón y chaqueta de lino.

El *maître* nos instaló y nos dio la carta.

—Ophélie, ¿quieres la versión de cuatro platos o el menú degustación?

—¡En el menú degustación hay nueve platos! Seamos razonables.

Puso una mirada maliciosa.

—De acuerdo, además ya hemos tomado el aperitivo y reivindico mi derecho a degustarte como postre.

¡No puede ser! ¡Se pone a hablar como Laure! Es una enfermedad contagiosa; aunque yo misma me contagié poco antes, lo llamé al orden.

—¡Charlie, si alguien te oyera...!

—Si me oyeran solo podría ser positivo, despertar el deseo sexual. Aquí solo hay parejas que están en los cincuenta.

Miré alrededor y tenía razón, no había más que parejas «establecidas».

—¿Crees que ya no hacen el amor?

—La mayoría de ellos, seguro que no, menos la pareja de allí, al fondo.

—¿Y cómo lo sabes?

—Ella tiene una mirada pícaro, como tú. Pienso que siguen haciéndolo o que ella tiene un amante.

—¡Es horrible! ¿Nosotros seremos así de aquí a veinte años?

—No. Tú eres tan guapa que siempre tendré deseo de ti; y cuando para ti ya no sea suficiente, te dejaré tener un amante también.

—No, tú serás el único para mí.

—No olvides que soy más viejo que tú.

Me eché a reír.

—Es verdad, mucho más viejo, pero no importa. Siempre puedes tomar Viagra.

Continuamos jugando un buen rato. La cena estaba deliciosa y Charlie pidió un vino californiano con sabor a madera no demasiado pronunciado.

Hice la pregunta que me estaba atormentando a los postres.

—¿Cómo crees que reaccionará Michael cuando sepa lo nuestro?

Alzó los hombros.

—No tengo idea. Una vez me dijo que tú y yo estaríamos bien juntos. De ahí a pensar que bendiga nuestra unión hay un umbral que no quiero cruzar.

Me quedé en silencio. Michael como cuñado es algo que nunca hubiera imaginado en el transcurso de los muchos años en que esperaba hacerle entrar en mi vida. Incluso me pregunto: ¿será posible? A juzgar por la violencia de nuestra conversación de la víspera, no lo parece.

Mi rostro debió de ensombrecerse con estas reflexiones porque Charlie intentó aportar una nota positiva.

—Bueno, a pesar de todo, estamos aquí esta noche gracias a él.

—¿Cómo es eso?

—Si te hubieras quedado conmigo toda la noche y no os hubierais enfrentado, está claro que yo habría sido sensato y te habría llevado de vuelta a tu casa.

No le faltaba razón y me salió una risita sarcástica.

—Podríamos mandarle un SMS para agradecérselo. O un *selfie*. ¿Qué piensas? Incluso propondría un *selfie* en plena relación, pero es tan perverso que quizá le gustaría.

La mirada de Charlie acaba de cambiar tan rápidamente como el tiempo en alta montaña, se ha vuelto oscura cuando me responde y su voz no es igual.

—Ophélie, es mi hermano. Solo tengo uno y le quiero. Sufrí su ausencia demasiado tiempo como para aceptar que lo critiquen, incluso con razón.

—De acuerdo, olvídalo.

Hubo un momento cargado de frío entre nosotros. Terminamos el postre en silencio y pensé que Michael era capaz de arruinarme la vida aun cuando no estuviera presente, además de que yo no era la única, si contamos a la pobre chica que lloraba delante de su puerta en el Royal. No me atrevía a imaginar cuántas habían vivido esa misma experiencia.

Al cabo de unos minutos, Charlie soltó un gran suspiro y me cogió de la mano.

—Te ruego que me disculpes. No soy objetivo cuando se habla de mi hermano. Conozco sus defectos y sé que te lo hizo pasar mal. Tienes todo el derecho a condenar su conducta, lo que ocurre es que me duele oírlo.

La atmósfera volvió a ser ligera. Mi mano fina se encontraba en la fuerte y magnífica del hombre de quien me estaba enamorando. Mi corazón se ablandó.

—Lo comprendo. Te garantizo que procuraré no ponerte nunca más en posiciones incómodas, ni empujarte a ninguna opción que no quieras tomar.

—Gracias.

Tuve la impresión de que tenía los ojos húmedos y también me conmoví. Me acarició la mano con el pulgar.

Volvimos a guardar silencio, pero ahora con un significado totalmente distinto. Se estaba creando algo entre nosotros, un sentimiento que podría llamarse «amor», si fuera posible atreverse a llamar así a una relación de menos de veinticuatro horas. Pero ¿databa realmente del día anterior? La pregunta me hizo quedarme pensativa unos instantes. Cuando le besé en la terraza del hotel de Venecia, ¿no estaba prendada ya de él?

Rompí el silencio.

—Empezamos a ser unos especialistas del *jacuzzi*.

—Sí, pero esta vez no has esperado a salir para besarme y para... lo que vino después.

—¡Te acuerdas!

—Naturalmente, me quedé sorprendido y turbado. Confieso que no lo entendí: acababas de despedirte de Michael unos momentos antes.

—Yo tengo tantas dudas como tú sobre los motivos que me impulsaron a besarte. No es algo habitual en mí.

Me guiñó un ojo.

—Quizá descubriste que el hermano menor era más guapo que el mayor.

Reí.

—Sin duda, pero hay que decir «mucho» más guapo.

Tomamos un café antes de volver a la habitación y Charlie me cogió en sus brazos para hacerme entrar.

—¿Eh? ¿Qué haces? ¿Te entrenas para el día en que me hagas cruzar el umbral del domicilio conyugal?

—Es una idea... Pero no, en realidad es simbólico. Es para que comprendas que eres mía, que me perteneces.

Puso la rodilla sobre la cama para poder depositarme en ella con delicadeza y se tendió a mi lado.

No quise dejarle mandar demasiado y me puse a horcajadas sobre él.

—¿Has visto alguna vez *Instinto básico*?

Pareció sorprendido. Saqué de debajo de las almohadas dos echarpes de algodón y colores desaparejados, no de seda blanca como los de Sharon Stone, pero de todos modos produjo un efecto sobre Charlie. Se rio, aunque vi que le costaba tragar saliva.

La dificultad era que no había barrotes para atar los pañuelos. Tuve que decidirme a utilizar el aplique de la lámpara de encima de la cama. Avisé a Charlie:

—No te muevas demasiado; si no, lo romperás todo.

Bueno, no era muy romántico pero creo que era útil.

No pareció molesto por la observación, creo que ya estaba concentrado en lo que iba a pasar.

Una vez que estuvo atado, fui a poner música. Había una estación de conexión para mi iPhone. Elegí «Prayer in C», de Lilly Wood & the Prick, una música que me encanta, muyailable.

Dejé los zapatos y me subí a la cama bailando. Movía las caderas al ritmo de la música. Con los pies, separé las piernas de Charlie para poder bailar lo más cerca posible de su entrepierna. Le rozaba, pasaba sobre él, sobrevolaba su cuerpo con el pie. Mis manos estaban sobre mi cuerpo o en mis cabellos y pienso que ni que las mejores bailarinas de *pole dance* de los clubes más grandes del mundo podrían rivalizar conmigo. ¡Era puro fuego!

La pieza terminó. De un salto la volví a hacer sonar. No había terminado.

Volví a subirme a la cama. Le di la espalda a Charlie mientras seguía contoneándome. Metí la mano bajo el vestido y me quité las bragas manteniendo el ritmo y la gracia. Después de cogerlas con la punta de los dedos de los pies (una verdadera proeza cuando hay que hacerlo bailando), se las lancé a la cabeza a Charlie, que tenía los ojos desorbitados.

Me acerqué bastante a su cara para que solo pudiera verme la parte alta de las piernas, no mi sexo desnudo. No; mostrárselo hubiera sido vulgar; sugerirle mi desnudez era más sutil.

Al terminar la pieza de música me arrodillé a su lado y empecé a desabrocharle la camisa. Como estaba atado no podía quitársela, pero le dejé el torso al descubierto.

Me acerqué rápidamente a robarle un beso en la boca y por la forma en que buscó mi lengua con la suya supe que mi número de baile le había gustado.

Después bajé hasta su pecho. Posar allí mis manos era un placer tanto para él como para mí. Es tan atractivo que en ningún momento necesité esforzarme. Cuando mis labios se dedicaron primero a un pezón, lamiendo el contorno y aspirándolo después, gimió y su pelvis se movió.

Mi mano respondió a ese movimiento y bajó a desabrochar el cinturón, los botones del pantalón y después la bragueta. Su pene, aunque contenido aún por el bóxer, mostró el surgir de su vigor.

Mi mano se infiltró dentro del bóxer para asirlo, mientras mi boca seguía dedicada a su labor. No lo acaricié, me limité a dejarlo en mi mano. Sentía sus estremecimientos de placer, era genial.

Dado el estado en que se encontraba Charlie, me pareció más razonable abandonar su pecho para mantener mi apuesta. Me deslicé a lo largo de su cuerpo, atrapé al paso su pantalón y su calzoncillo y casi le arranqué los mocasines, lanzándolo todo al otro extremo de la habitación. Estaba desnudo a partir de la cintura. Levantó la cabeza y nuestras miradas se cruzaron. La suya mostraba ya extravío antes de que yo empezara mi tratamiento.

Creo que lo sorprendí cuando cogí una almohada para ponérsela debajo de los riñones, un truco que encontré un día en la web de una revista femenina. Esto es lo bueno de cosmo.fr, elle.fr o marie-claire.fr: todos los consejos necesarios pueden encontrarse allí.

La finalidad es tener acceso al periné, la zona erógena bajo los testículos. En concreto, y lo recuerdo bien, este lo descubrí en femmeactuelle.fr.

Cuando mi lengua se puso a lamer a Charlie en ese punto, pensé que quizá podría hacer una donación al sitio web a modo de agradecimiento, de tanto como aumentaron sus gemidos.

A continuación posé los labios en la base de su pene y lo besé como si le besara la boca. Mis besos lo rodearon remontando hasta el glande. En ese momento, los ruidos que emitía se podían calificar ya de estertores.

Lo dejé por unos segundos. Pareció preguntarse qué pasaba porque levantó la cabeza. Aproveché ese preciso instante para sacar la lengua y ponerla en el extremo de su pene y probar la primera gota de su placer. Cuando abrí la boca para tomarlo por entero, volvió a caer hacia atrás, sus estertores se amplificaron y comprendí que no estaba lejos del final del viaje, así que me apliqué a practicar un lento vaivén con la boca apretando los labios para darle las sensaciones máximas.

En el momento del orgasmo, su pelvis se levantó y sentí surgir con violencia su esperma caliente para derramarse en mi boca. La unión perfecta entre su pene y mi boca se vio perturbada por un ruido metálico. Con la intensidad del placer, Charlie no pudo controlar los brazos y rompió la lámpara.

Tras el instante de sorpresa, Charlie rompió a reír y yo también, lo cual tuvo por consecuencia hacerme tragar una parte del líquido no deseado, dejando que el resto se derramara sobre la almohada. No importa, lo limpiará el servicio de habitaciones.

Le ayudé a desatarse mientras le reñía cariñosamente.

—Ya te había dicho que tuvieras cuidado.

De nuevo estaba derrumbado sobre la cama.

—No he podido evitarlo, es culpa tuya. He tenido contracciones involuntarias bajo el efecto de tus caricias.

Habló en un tono teñido de humor, pero solo sentí que enunciaba una verdad que me llenó de orgullo.

—He cumplido con mi contrato. ¿He pagado mi deuda?

—¡Has ido más lejos que tus promesas!

Me sentía feliz y me acurruqué en sus brazos.

—¿Y tú no has perdido una apuesta?

—Sí, pero de momento necesito recuperarme, estoy agotado.

Unos instantes más tarde se había quedado dormido. ¡No podía creerlo! Me estaba hablando y al segundo estaba en el país de Morfeo. Le miré y estaba tan adorable que le perdoné que no se dedicara a mí. No obstante, la mamada me había abierto el apetito.

¡Qué le vamos a hacer! Pérdidas y ganancias. Reduje la luz y me adormecí.

Tuve un sueño, o una pesadilla, según el punto de vista que se adopte. Estaba con Michael, vestida con un traje de novia y le reprochaba que me fuera infiel. Él me juraba que se había acabado y que nunca más habría otra persona que no fuera yo, que iba a demostrármelo con una recompensa, la mejor golosina de toda mi vida. Era curioso, una desagradable semejanza con la promesa de su hermano. De pronto, estaba desnuda y con la lengua de Michael entre las piernas.

La sensación era tan fuerte que me desperté bruscamente.

En la penumbra, mi guapo Charlie me daba pequeños besos en el cuello. Era agradable, pero nada en relación con la frustración que estaba en mí, debida sin duda al déficit sexual anterior y a ese estúpido sueño.

Aún estaba lo suficientemente adormilada como para expresar con palabras lo que deseaba, así que cogí su cabeza entre mis manos y la orienté hacia el vientre. No era muy romántico pero yo tenía esa necesidad.

No le dejé detenerse en los senos o en el ombligo. Comprendió mi urgencia y posó los labios en mi sexo. Cuando su lengua llegó al clítoris, di un grito que era tanto de alivio como de placer. Le mantuve la cabeza entre mis piernas mientras me lamía. Puso en ello todo su amor por mí, toda su experiencia de amante, deseoso de darme tanto placer como el que yo le había dado.

Estaba mojada y excitada al doscientos por cien, pero tal vez era demasiado. Sus caricias en mi clítoris sobrepasaron el estadio del placer. Levanté la cabeza y me di cuenta de que no podía disfrutar así de él, de su belleza, de sus preciosos ojos y que necesitaba más su boca en la mía que en mi sexo.

—Ven, te quiero dentro de mí.

Cuando subió de nuevo hacia mi rostro sentí una especie de interrogante. No dejé que se instalara la duda.

—Quiero que me beses y que goces dentro de mí.

No dijo nada, ya que no tuvo tiempo porque me arrojé sobre él y le di la vuelta. En realidad, él puso algo de su parte, porque pesará el doble y tendrá cinco veces más fuerza que yo.

Cuando se encontró tendido de espaldas, cogí el asunto en mis manos, en sentido propio y figurado.

Ya está erecto y no tengo ninguna dificultad en deslizarlo dentro de mí. Lo miro, me sumerjo en sus ojos azules y le hago penetrarme como una lanza. Esta vez, la imagen de mi pesadilla desaparece gracias a esta sensación tan real. Leo en su rostro un deseo que se parece más al amor que a una sensación puramente física. Ver ese sentimiento en él acrecienta mi placer. Me acaricia los senos mientras cabalgo y, no obstante, me falta algo: necesito sentirlo más cercano a mí. Me inclino hacia atrás y tiro de él para hacer que se siente. Sigue dentro de mí, pero ahora estamos pegados el uno al otro. Al fin puedo besarle como quiero. Besar a Charlie es un privilegio. Su lengua juega con la mía, sus labios se amoldan a los míos... Todo el amor y la sensualidad del mundo vienen a encarnarse en nuestros besos.

Nuestros movimientos se reducen en esta posición, pero siento su pene cosquillear mi clítoris. Cuando al fin estoy satisfecha, ebria de besos, le vuelvo a tender sobre la cama para poder aumentar el ritmo que nos llevará al placer.

Estoy encima de él y veo velarse esos dos océanos de azul que son sus pupilas cuando llega el placer. Es de una belleza asombrosa y su gentileza se transparenta en el acto de amor. Mi orgasmo se presenta al mismo tiempo que el suyo, como si no fuéramos más que un solo cuerpo y una sola alma, en un placer tan intelectual como físico. Siento como brota dentro de mí y me derrumbo sobre él. Me acaricia la espalda suavemente durante una eternidad.

Me siento bien y me siento mal. ¿Merezco alguien tan estupendo como Charlie? ¿He encontrado al fin al hombre adecuado con quien compartir mi vida? Me siento turbada por la fuerza de mi sentimiento, pero también por la pesadilla. Michael es el genio malvado que me atormenta e intenta arruinar mi felicidad.

—¿Estás bien?

Se dio cuenta de mi malestar. Me gustaría confiarme a él, pero no puedo: revelar mis pensamientos no haría más que herirle, así que decido contar solo una parte de la verdad.

—Es demasiada felicidad, Charlie.

Se ríe.

—¿Cómo se puede tener demasiada felicidad?

—Ayer me sentía desdichada, rechazada, sola en una ciudad extranjera, y esta noche soy amada, tanto como es posible serlo, en un lugar mágico y por una persona maravillosa.

Intenta aportar un poco de humor en un diálogo de tono grave.

—La «persona maravillosa» supongo que soy yo. Me gusta oír esa palabra, pero podrías añadir que soy sexi o que tengo un cuerpo estupendo.

—¿No te parece demasiado terrenal?

—Es verdad. Quizá con «maravilloso» ya es suficiente.

Seguimos hablando unos diez minutos antes de prepararnos para dormir. Llamé a la puerta del cuarto de baño.

—¿Puedo pasar?

—Me estoy lavando los dientes.

Lo interpreté como un sí y abrí la puerta. Estaba con el torso desnudo, con un calzoncillo negro y se volvió hacia mí. Tenía el cepillo de dientes y dentífrico en los labios. Una visión poco habitual y sin embargo magnífica.

—¿Puedo acompañarte?

—Claro que sí, pero no es un momento de mucho glamur.

—No estoy de acuerdo, forma parte de la vida de una pareja y debo añadir que estás muy sexi.

Me acerqué a él y me colgué de su cuello. Tuvo que sacar de la boca el cepillo de dientes y mi lengua en ese mismo momento los sustituyó, dándonos un beso con sabor a menta.

—Transformas los momentos sencillos de la vida cotidiana en momentos de gracia y sensualidad.

Yo estaba de acuerdo. Después de cepillarnos los dientes juntos, me dejó el cuarto de baño.

Era mi última ocasión de seducción y me puse un picardías de seda y encaje negro que compré en París antes del viaje. El encaje sugería el nacimiento de los pechos, más que mostrarlos.

Cuando volví a la habitación encontré a Charlie leyendo un guion. Levantó la cabeza y puso los ojos en blanco.

—Estás sublime, pero son las tres y media, tenemos que dormir.

Puse cara de enfado.

—¡Ya has dormido! No sabía que los ingleses de treinta y tres años seguían invernando en abril, pero como quieras, no estamos obligados a hacerlo. No somos bestias.

—Eres injusta. Tengo treinta y dos años y acabamos de hacer el amor.

Me deslicé en la cama, aparté las sábanas y cogí mi *Elle* versión EE.UU. Le daba la espalda pero le dejaba ver mis nalgas. Sentí que su concentración lo acusaba.

—Este nuevo picardías es increíble, la seda es tan suave... Mira, toca.

Le cogí la mano y la posé en la parte baja del minúsculo camisón, que estaba levantado hasta la parte superior de los muslos.

Tenía una mirada divertida, pero también le costaba tragar saliva. Di el golpe de gracia:

—El único pero quizá es que es un poco corto. ¿Qué te parece?

Al decir esto, puse mi mano sobre la suya y subí más el picardías para descubrir las nalgas.

—Tengo una voluntad de hierro y estoy demasiado cansado para hacer el amor contigo.

Me di media vuelta de golpe, con el picardías que seguía alrededor de la cintura. Aparté las sábanas que me ocultaban sus calzoncillos y, sobre todo, una erección perfectamente visible.

Le miré con un asomo de desprecio.

—Claramente, «él» y tú no estáis de acuerdo, y si tú tienes una voluntad de hierro, «él» tiene una constitución de acero.

Me incliné sobre su cara y la besé. Quince minutos más tarde estábamos compartiendo un nuevo orgasmo. Yo había ganado.

Esta mañana, al despertar, he encontrado a Charlie vestido. Estaba magnífico y hasta se había afeitado.

—Buenos días. ¿Has dormido bien?

—Muy bien.

Verle tan guapo me trajo tentaciones. Sentí deseos de sumergirme en sus ojos azules durante un orgasmo en pleno día.

—¿No vienes a darme los buenos días?

Se acercó. Aparté la sábana y cuando se inclinó para besarme me colgué de su cuello con todo mi peso para hacerle caer en mis redes, sobre la cama.

Pero no había previsto que iba a contraatacar cogiéndome las piernas, veloz como el rayo. Al cabo de un segundo, me transportaba por los aires en dirección al cuarto de baño.

Allí me levantó el picardías y me dio una palmada en la nalga.

—Tenías razón, este camisón es demasiado corto.

Me sentí ofendida, tanto porque me trataran como a una niña como por el fracaso de mi caricia. Me metí bajo la ducha y enseguida me puse de mejor humor.

Cuando salí, Charlie se me acercó.

—Estás radiante, déjame besarte.

—Demasiado tarde, has perdido la oportunidad.

De hecho, estaba tan guapo con el Pacífico y el sol como telón de fondo que no pude mantener firmes mis resoluciones y le di un beso apasionado.

Cuando bajamos a tomar el desayuno, no podía recordar el último momento de mi vida en que me había sentido tan bien. Tomamos huevos con beicon mirando el océano. Yo comí por cuatro y a Charlie le divirtió.

—¡Vaya, no me imaginaba que una chica podía comer tanto!

—¡Qué quieres! Las actividades nocturnas abren el apetito... ¿Cuál es el programa de hoy?

—Vamos a visitar el Big Sur.

—¿Qué es?

—Es la parte de la costa californiana entre San Simeón y Carmel. Ayer ya vimos una buena parte, pero aún quedan hermosos paisajes que quiero que descubras. Además, tengo una sorpresa.

—¿La casa de Catherine Tramell?

Pareció sorprendido.

—¿Ya te hablé de ella?

—*Yes, darling*. Eres viejo, te estás repitiendo.

Me cogió la mano y la besó.

—Tienes razón, pero creo que ayer di bastante de sí para ser un viejo.

Asentí y terminamos el desayuno con ese tipo de conversación ligera que caracteriza los inicios de una relación.

Solo nos llevó un cuarto de hora hacer el equipaje, pero necesitamos casi otro tanto para pagar, pues tuvieron que mandar a alguien a comprobar los desperfectos de la lámpara. Confieso que estaba un poco incómoda al recordar las circunstancias del incidente. Charlie, por su parte, estaba muy a gusto e incluso me guiñó un ojo y me hizo enrojecer. A fin de cuentas, el gerente nos dijo que no era nada y no le hizo pagar a Charlie el estropicio.

¿Será por su vínculo familiar con Michael? En todo caso, el gerente le pidió a Charlie que le diera saludos de su parte. Está claro que parece imposible escapar de él, su imagen me persigue. No debería sorprenderme, quizá Michael multiplique sus conquistas aquí; este lugar queda bastante aislado y le brinda la posibilidad de organizar fines de semana libertinos. Apuesto a que incluso puede venir en helicóptero.

Pero no me afectó, me siento demasiado bien con Charlie y volvimos a subir al Maserati, una vez que él levantó la capota.

Si queréis experimentar lo que es la felicidad, no hay nada como pasar el día visitando el Big Sur con el hombre que amáis en un coche de lujo descapotable.

Íbamos a unos treinta kilómetros por hora, la vista era sublime y el sol del final de la mañana era cálido para mí.

—Charlie, ¿no vamos en la dirección equivocada? ¿No hemos pasado ya por aquí?

—Sí, tienes razón. Pero quiero que veas el Julia Pfeiffer Burns State Park. Ya verás, lo vas a encontrar precioso.

Me miró sonriendo.

—Lo llamaron así en homenaje a la abuela de Michelle Pfeiffer.

Le miré fijamente para saber si se estaba burlando o si hablaba en serio. Como llevaba gafas de sol no podía verle los ojos, lo que no me ayudaba a aclararme.

Al cabo de unos segundos, se echó a reír.

—Tendrías que ver tu cara.

—Charlie, ni tus bromas ni dejar caer que no soy bonita molan mucho.

Era bastante descarado por mi parte, pues él nunca había querido decir eso. No solo corrió, sino que voló...

—Tú sigues siendo sublime. Lo siento si te he hecho creer que expresaba otra cosa, no quería molestarte.

¡Es tan mono cuando se deshace en excusas! Me quité las gafas para que me viera los ojos cuando le tranquilicé.

—¿Ves? Esto funciona en los dos sentidos, yo también puedo bromear.

Se quedó sin saber qué decir unos segundos y luego sonrió.

—Tendré que ir con cuidado en lo sucesivo. Pero si eso me permite ver tus ojos, estoy dispuesto a correr el riesgo.

Tras un cuarto de hora de carretera, seguido de diez minutos a pie, comprendí por qué Charlie quería que volviéramos sobre nuestros pasos.

—¡Qué magnífica vista!

Estábamos en la cima del acantilado, admirando una cascada de unos treinta metros que se vertía en el océano.

—¿Verdad? Son las McWay Falls.

—¿Podemos bajar a contemplarlas desde la playa?

—No, está prohibido, es demasiado peligroso, pero se puede dar paseos por la playa a unos cuantos kilómetros.

Y eso fue lo que hicimos. Es de lo más romántico pasear cogidos de la mano a orillas del Pacífico e incluso nos quitamos los zapatos para poder andar descalzos por el agua, que estaba bastante fresca. Conversamos, reímos y en un momento dado me atrajo hacia él para besarme. Era un beso distinto de los del día anterior, pero muy intenso en sentimientos y alcancé el grado último de felicidad.

Nos sentamos en una roca para mirar las gaviotas que se lanzaban al agua para buscar su comida.

—Por cierto, ¿tienes hambre?

La mañana parecía haber pasado en dos segundos, como si acabáramos de desayunar.

—Pues la verdad, sí.

Me volvió a besar y luego se puso los zapatos y volvimos al coche.

Después de una comida muy divertida, en la que aún gané algunos cuantos gramos, fuimos a tomar un café a casa de Catherine Tramell. Bueno, para ser más exactos, nos recibieron los propietarios de la casa, gente encantadora de unos cincuenta años.

Estaba claro que Charlie no les conocía y les dio las gracias por recibirnos.

—Es muy amable por su parte aceptar mostrarnos su casa.

—Por favor, no hay de qué. Somos fans de su hermano.

Ah, todo tiene una explicación. Parece que en toda California la gente daría su pellejo por Michael. Tengo miedo de descubrir que sucede lo mismo en todos los estados del país.

—Sí, es un actor estupendo.

—Creo haber entendido que usted mismo es director. ¿Y la señorita?

—Así es, lo soy, y también le presento a mi novia, Ophélie, que es de París.

Entonces intervino la mujer.

—Oh, a nosotros nos encanta París. Mi marido y yo estuvimos allí hace dos años, es la ciudad más bonita del mundo.

Siempre me quedo sorprendida por la popularidad de París en todas partes del mundo, pero sobre todo en Estados Unidos.

Después de visitar la casa, tomamos café en la terraza en la que Michael Douglas y Sharon Stone se encuentran por primera vez en *Instinto básico*. Pasamos así una hora muy agradable y cuando nos marchamos me sentí satisfecha de haber visitado ese lugar de rodaje de una película muy conocida, si no mítica.

—¿Sabes, Charlie? *Instinto básico* va a ser nuestra película de referencia, la que simbolizará nuestra relación.

Me lancé a un delirio romántico.

—Yo soy tu Catherine Tramell. Mi belleza iguala la de su intérprete y, si quieres, puedes llamarme Sharon.

En el momento en que pronuncié la frase me di cuenta de mi enorme estupidez, que a mi compañero no le pasó por alto.

—¿Y tú me llamarás Michael?

Hubo un segundo de silencio confuso y me eché a reír. No podía parar y mi ataque de risa acabó por contagiar a Charlie. Se me salían las lágrimas, me dolía el estómago, pero fue un momento simpático. Reírnos juntos de esa garrafal patochada demostraba los sentimientos que nos unían. Una relación que en dos días se volvía tan fuerte era signo de algo, el signo de que había encontrado a quien necesitaba.

El resto de la tarde fue un verdadero viaje de bodas. Jugamos a ser turistas, empezando por el magnífico puente en Bixby Creek, sin duda alguna el más hermoso que he visto en toda mi vida. Después, descubrí la 17 Mile Drive, una carretera que el cine ha puesto en valor y en la que se suceden casas de millonarios y campos de golf.

Era precioso y apacible. Me imaginé aquí dentro de unos años.

—¿Juegas al golf, Charlie?

—Un poco, como la mayoría de los británicos, pero mi hándicap no es muy bajo.

—Mejor, así podré llegar a tu nivel más rápidamente.

Se echó a reír y expresó cierto escepticismo.

—¿Tienes la intención de aprender a jugar al golf?

—Estaría bien. Tú vas a ser famoso y por consiguiente rico, así que nos comprarás una casa a orillas del Pacífico.

—Es muy caro, ¿sabes?

—No necesitamos una casa muy grande, dos habitaciones bastarán.

—Y los niños. Te olvidas de los niños...

—Ah, sí, nuestros cuatro hijos. Vale, será una casa con cinco habitaciones, solo tienes que dirigir más éxitos de taquilla.

Algunos tíos se estresarían con ese tipo de broma, pero él no. Charlie se limita a sonreír.

—Es un buen plan. Mientras llega el todoterreno y los cuatro mocosos que irán detrás, ven a ver uno de los árboles más fotografiados de Estados Unidos.

Detuvo el coche y caminamos unos metros hasta el Lone Cypress o ciprés solitario. Era hermoso, un solo árbol en un promontorio rocoso rodeado por el Pacífico. Saqué más fotografías con mi iPhone y mañana podré mostrarle a Laure todo el periplo, con excepción de la casa de *Instinto básico*, que no me atreví a fotografiar.

—Es hora de que vayamos a tomar una buena merienda antes de volver a Los Ángeles.

—¿Una merienda? ¿Me tomas por una chiquilla de cinco años?

La propuesta me pareció sorprendente e incluso insultante.

Le hice reír.

—No, me has demostrado que eres una joven madura que une la inteligencia a la cultura.

—Sin olvidarte de una sensualidad a flor de piel.

—Eso iba a decir. En realidad, quiero enseñarte un refugio en uno de los más famosos campos de golf del mundo. ¿Conoces Pebble Beach?

No lo conocía y gracias a Charlie pude descubrir el décimo octavo hoyo, tranquilamente instalada en la galería en la que se encontraba el bar donde tomamos té y dulces.

—Me recuerda a nuestro té para dos en Harrods.

—Sí, es un buen recuerdo.

Se quedó pensativo un momento.

—En realidad es un recuerdo desigual; yo estaba celoso cuando vi a Michael encaminarse a la sala de masaje.

—¡Pero estabas con Amy!

—Sí, lo sé, no está bien desear a la mujer de tu hermano y descuidar a la propia. No me siento orgulloso, pero recuerdo que me sentí contrariado.

Esta revelación me arrojó más luz y demuestra, si aún fuera necesario, que Laure tenía razón cuando decía que Charlie se había enamorado de mí.

Lo terrible es que en esa época yo estaba loca por Michael, pero más vale evitar decir en voz alta esta reflexión.

Hacia las seis tomamos el camino de vuelta, hora de regresar a Los Ángeles, pero Charlie optó por la autopista, lo cual hizo el trayecto más rápido, pero también más monótono.

Hablamos mucho, escuchamos música, incluso dormí una hora escasa antes de escribir este largo capítulo de mi diario. Charlie no dijo nada, parece empezar a acostumbrarse a verme teclear frenéticamente mi iPhone.

Cuando lo pienso, estos dos días han sido una locura. Empecé viendo cómo Michael me arrojaba lejos de sí como una basura para acabar enamorada de su hermano. ¿Quién podría culparme? Es un hombre tan guapo y tan bueno... He sufrido tanto que bien merecía ese empujoncito del destino, ese golpe de suerte, y tengo la intención de disfrutar de él.

Diario de Laure

13 de abril de 2015, 20 h

Hoy hay dos grandes noticias: la primera es que he conocido a una chica muy simpática mientras tomaba un café en Starbucks, frente a la oficina. Estaba sentada a mi lado en la barra y trabajaba con su Mac. No pude evitar echar un vistazo al documento que estaba preparando, un folleto que preconizaba los placeres tántricos. Me entró mucha curiosidad y la interrumpí.

—Perdóneme, soy nueva en Los Ángeles y estoy muy intrigada por el texto que está en su pantalla...

—No hay ningún problema, me encantará informarla. ¿De dónde es usted?

—De París.

De inmediato se puso a hablar en francés.

—¡Qué coincidencia! Yo soy medio francesa. Me llamo Claire.

—Y yo Laure. ¿Hace mucho tiempo que está en California?

—Hace diez años. Vine aquí después de acabar el bachillerato.

—¿Y a qué se dedica?

—Soy sexóloga y también doy seminarios divulgativos sobre el descubrimiento del tantrismo.

—De ahí su trabajo en el MacBook.

—Exactamente. Estoy renovando un poco mi folleto. ¿Está interesada?

—Sin ninguna duda.

—¿Está sola o en pareja?

—En pareja, pero no estoy segura de que él acepte acompañarme.

—Ah, algunas personas son reticentes a descubrir cosas nuevas.

—Claire, ¿es posible ir sola? ¿Su seminario es solo teórico o también hay ejercicios prácticos?

—¿Sabe? La teoría no tiene mucho interés... Hay que saber si se llega al goce tántrico. Solo por medio de la experimentación se llega a ese intercambio con el compañero, que va más allá del simple placer sexual.

—¿Y si se asiste solo?

—La pondremos con alguien.

—Pero entonces, ¿se engaña al compañero?

—Es una buena pregunta y no hay una respuesta sencilla. Por medio del tantra se puede llegar al orgasmo sin tocarse y sin penetración. En ese caso, ¿se trata de un engaño?

Estaba bastante fascinada por el concepto. En cambio, tenía dos motivos de inquietud. ¿Llegaría a convencer a David para que participara? ¿Lograría no abalanzarme sobre su pene arrecho llegado el momento? El sexo sin tocarse, ¿de verdad me interesaba?

Cogí los datos de la chica de largo pelo rizado prometiéndole una pronta respuesta y me propuso inscribirme en su próximo seminario, con el cincuenta por ciento de descuento para mi compañero si venía conmigo.

La segunda gran noticia del día me esperaba en el despacho: la nueva Ophélie enamorada.

Intenté echarle una buena bronca por haberme preocupado, pero enseguida me pidió disculpas, lo que quitó mucha fuerza a mi rabia. Admito que también estaba impaciente por escuchar su relato y no me decepcionó.

—¿Y te has acostado con él sin preservativo?

—Sí, pero después de comprobar que no había peligro.

—¿Cómo? ¿Os hicisteis un test?

—No, no seas tonta. Él se hizo uno al principio de su relación con Amy.

—¿Le preguntaste si había habido otras chicas?

—Laure, se trata de Charlie, no de Michael.

—Vale, bueno, en el siglo XXI no sé si es inteligente tener relaciones sexuales sin protegerse ante de haber pasado debidamente un test VIH. ¿Y si Amy le ha engañado con un seropositivo?

—¡Laure!

A mí me parecía irresponsable, pero decidí dejarlo ahí.

—¿Así que estás enamorada?

Era una pregunta retórica, pues se veía tan claro como la luz del día.

—Sí, y creo que él también. Ya lo sé, parece muy rápido, pero nos entendemos tan bien en todos los niveles...

—Me alegro de que lo digas, porque me ha parecido que en tu relato del fin de semana los momentos íntimos brillaban por su ausencia.

—Laure, por eso se llaman «íntimos» y no se los participamos a todo el mundo.

—Yo no soy todo el mundo, soy tu mejor amiga.

—De acuerdo, pero yo no soy como tú. Puedo decirte que estuvo muy bien.

—«Muy bien» no quiere decir gran cosa. ¿Si tuvieras que compararlo con tus compañeros anteriores?

—Lo mejor sin comparación. Solo en términos de belleza pura, es increíble. Ya has visto sus ojos azules, su musculatura, su estatura...

La interrumpí, me estaba poniendo un poco nerviosa.

—Gracias, yo fui la primera en notarlos. ¿Y en relación con Michael?

Era una pregunta un poco malintencionada, quizá debida a una pizca de celos. Podría haberme contestado con violencia, pero no lo hizo. Antes de comunicarme lo que sentía se lo pensó un poco.

—Es distinto. Michael me llevó a unos orgasmos que nunca había alcanzado, pero era sobre todo porque yo estaba haciendo realidad una fantasía. Nuestras formas de sexualidad en el fondo eran muy diferentes y creo que nunca las habría apreciado si se tratara de otro hombre que no fuera él. Charlie está en sintonía conmigo, nuestros cuerpos comparten el mismo lenguaje. De modo que es mejor... pero menos fuerte. ¿Me explico?

—Creo que sí. Parece paradójico pero no lo es. ¿Cuándo verás a Charlie?

—Esta noche.

—¿Y sabes si Michael y Amy están al corriente?

—No, lo sabré esta noche.

La jornada de trabajo empezó después de esta conversación. Me alegro por Ophélie, está radiante. También estoy preocupada por ella, me parece que se embala, no puede enamorarse tan rápido. Bueno, poder se puede, pero hay que refrenar la pasión, porque si algo sale mal, se va a hacer mucho daño. Apenas se está recuperando de su historia con Michael...

Quizá soy demasiado pesimista. Charlie es un chico bueno e inteligente. Si hay un hombre de fiar en este planeta, es él.

Diario de Ophélie

17 de abril de 2015, 21 h

No tengo tiempo para escribir el diario, no tengo ni un segundo para mí. Los astros parecen serme propicios, ya que el trabajo y el amor van a tope. Acabo de firmar dos películas francesas que voy a representar en Estados Unidos y, por lo que atañe a Charlie, es una auténtica luna de miel.

Si no fuera por esos malditos preservativos sería perfecto. He ido al ginecólogo y vuelvo a tomar la píldora, pero no será eficaz hasta la semana que viene. A mí me ha fastidiado pero Charlie se lo tomó con mucha calma. Debo decir que le puse el condón con la boca y creo que le gustó.

Pienso que es la primera vez que hay una comunión tan grande entre mis sentimientos hacia alguien y el placer sexual que siento con él. Tengo más orgasmos con Charlie que con cualquier otro, a excepción de Michael, pero las sensaciones que obtengo son mejores. Con Michael, me sentía a la vez vaciada y sobreexcitada; en cambio, con su hermano lo que sigue al placer es una gran serenidad.

El mejor momento de la semana llegó el martes por la noche. Estaba en casa de Charlie, me había acostado y le estaba esperando mientras leía tranquilamente el último libro de Donna Tartt, *El jinetero*. Estaba disfrutando mucho con esta novela, muy buena, premio Pulitzer 2014, pero eso no era nada al lado de lo que me esperaba.

Charlie llegó a la habitación con una sonrisa de medio lado y una mirada maliciosa.

—Contéstame con franqueza, Ophélie. ¿Es correcto afirmar que no cumplí lo pactado cuando perdí la apuesta en la visita al castillo Hearst?

Me pillaba desprevenida. La verdad es que su lengua en mi clítoris al despertar, justo después de soñar con Michael, en efecto, no podía ser «la mejor golosina de mi vida». Pero aun así no podía confesárselo. Por otro lado, decirle que no se equivocaba y que los había vivido mejores era cruel.

Farfullé la mejor respuesta posible.

—Bueno, yo al despertar no estaba en mi mejor forma, no fue por tu culpa.

—Así que ya has vivido algo mejor.

No era una pregunta sino una afirmación. No dije nada.

—Puedes seguir leyendo, no me hagas caso.

Está claro que solo basta con picar para que se nos despierte la curiosidad y, además, llevaba un calzoncillo gris y estaba muy sexi. Aunque no me hubiera dicho nada, yo no habría podido evitar mirarle.

—¡Lee!

Ese lado autoritario era nuevo para mí y me pregunté qué estaba tramando.

Vino a situarse a la altura de mis piernas; cogió la derecha y la puso en vertical. Me besó la rodilla y el hueco posterior, un sitio mucho más delicado. Trazó un camino de besos desde el pliegue de la rodilla hasta el pie. Era muy agradable y me resultaba difícil avanzar en la lectura, pero cuando

me lamió los dedos de los pies, uno por uno, me fue imposible continuar.

Él se dio cuenta, dejó la pierna y acercó el rostro. Creí que íbamos a besarnos apasionadamente, yo lo deseaba mucho, pero solo depositó un beso en mis labios. Cogió su máscara para dormir y me la puso: un sentido menos para estimular los otros, un programa que no me desagradaba.

Charlie me sorprendió dedicándose a la pierna izquierda igual que había hecho con la derecha. No sé si fue debido a la máscara pero mis sensaciones duplicaron su intensidad y se triplicaron cuando hizo el camino de vuelta del pie a la rodilla, pero no se detuvo allí y empezó a remontar el camino por el muslo, mejor dicho, a bajarlo, dada la posición de la pierna en vertical. Empecé a agitarme, a dejarme ganar por el placer y gemí suavemente cuando llegó al hueco de la ingle. Sus besos eran exquisitos y su boca estaba a pocos centímetros de su destino final.

Pero no se dirigió allí donde yo lo esperaba, sino que, procurando una simetría perfecta, volvió a dedicarse a la pierna derecha. Era un suplicio, un suplicio delicioso que se acentuó cuando su boca esquivó mi intimidad ardiente y me besó el ombligo. No hace falta decir que en ese momento mis pezones estaban tan duros como mojada estaba mi vagina.

Charlie supo besarlos con amor y sin exagerar la presión, sabiendo que pasión no necesariamente rima con intensidad. Su delicadeza con mis pezones me volvía loca. Cuando dejó los pechos para besarme el cuello, gemía sin poder parar. Lo quería en mi sexo, pero preferí no decírselo o indicárselo para darle libertad en su manera de llevarme al orgasmo.

Se quedó un buen rato adaptando sus labios y su lengua a mi cuello. Un beso bien dado en este sitio es una de las cosas más eróticas que existen. Y Charlie no. ¡Era excelente! Era bueno.

Tenía deseos duales: por un lado quería que siguiera besándome así durante horas y por otro, quería que me diera el orgasmo prometido.

De todos modos, no podía aguantar mucho tiempo más. El placer iba en aumento y era un verdadero tsunami lo que se anunciaba, Charlie lo sintió, se tendió y su lengua vino a mí. Mis gemidos se transformaron en gritos. Mis manos se crisparon sobre la sábana y mi cuerpo, mi pelvis, se movían como precediendo al orgasmo.

Al cabo de un momento me quité la máscara, ya que la intensidad de la sensación a ciegas era demasiado fuerte, y levanté la cabeza al mismo tiempo que él levantaba la vista. Hundir la mirada en sus ojos azules, tan bellos, calmados y enamorados me hizo alcanzar el más hermoso orgasmo de mi vida. Sentí que Charlie cogía mis manos entre las suyas y me alegré de poder transmitirle así la fuerza de mi placer.

—Te amo.

La frase salió de mi boca sin darme cuenta y él se acercó a mi rostro.

—Es una buena noticia, porque yo también.

—Entonces, dílo.

—¿Decir qué?

—Que me amas.

—Pero si lo he dicho.

—No, Charlie, no me lo has dicho.

—*Je t'aime.*

Lo dijo en francés. ¡Qué rico es!

Me cogió en sus brazos y nos quedamos así, en un mimo interminable. Al cabo de un cuarto de hora, me miró a los ojos con una sonrisa irónica.

—¿Me amas a mí o amas lo que te he hecho?

—¡Idiota! Soy una mujer, va todo unido. Solo los hombres sois lo bastante primitivos como para valorar el acto sin sentir ternura hacia la otra persona.

—Yo no puedo, será mi lado femenino.

Estuve a punto de hacer un chiste, pero me controlé. Es cierto que Charlie no es así. Recuerdo que se negó a un trío con Laure y Diana, lo que es una prueba incontestable, pues aunque pueda haber mujeres más bonitas (y no estoy tan segura), es difícil pensar en un dúo sexual más explosivo que ellas.

Creo que he encontrado la perla, el hombre que me corresponde. Hay entre nosotros un entendimiento relacional y sexual perfecto. Y además, está como un tren. Siempre había pensado que lo importante era encontrar a alguien con quien me llevara muy bien en términos de personalidad, el humor y la cultura, en tanto que el físico no era muy importante. Hoy no lo tengo tan claro. Tener un tío superguapo es un plus nada desdeñable.

El único que sufre con esta situación es mi pobre *Romeo*. Paso todos los días a verlo a nuestro piso, pero normalmente duermo en casa de Charlie y, cuando él viene a mi casa, *Romeo* ya no está autorizado a dormir en la habitación sobre la cama. Todo se arreglará cuando me vaya a vivir a casa de Charlie. Aún no hemos tocado el tema pero se hará de forma natural.

Diario de Ophélie

17 de abril, 23 h

Hace dos horas escribía páginas enteras para describir la perfección de mi relación con Charlie y una hora más tarde nos peleamos. Mejor habría hecho en dar siete vueltas a la lengua dentro de la boca antes de hablar, o más bien hacer dar siete vueltas a mi iPhone antes de escribir mi diario.

Bueno, no voy a dramatizar. Todas las parejas se pelean en un momento u otro, es inevitable. El tema fue Michael, por supuesto.

Cuando Charlie volvió a casa, le sentí tenso, no como de costumbre.

—Ophélie, tengo que hablarte de este fin de semana.

—¿Sí?

—Es el aniversario de boda de Michael y Carolina. Hay una cena mañana por la noche y una comida el domingo.

En ese momento, más bien me hizo sonreír.

—¿Y estoy invitada? Si Michael invita a todas las chicas que ha tenido va a tener que alquilar el Staples Center.

Me reprendió con sequedad.

—No digas tonterías, te estoy hablando de un asunto serio.

Mi broma no era la más graciosa del mundo, pero pensé que no merecía una reacción tan fuerte. Estaba bastante ofendida.

—Discúlpame. Entonces, ¿lo de la invitación?

—Se lo pregunté a Michael y a Robin.

Preguntar a Michael era comprensible; a Robin, mucho menos. No sé si fue por nuestra historia común pero reaccioné, una vez más.

—¿Es el aniversario de boda de Michael y Robin? Creí que era el que unía a Michael y Carolina.

—¡Ophélie! Es normal que Robin intervenga, es su mánager.

—Creía que era su responsable de comunicación.

—Es ambas cosas. El problema no está ahí. Me han dicho que podías asistir, aunque a Robert no le entusiasmó mucho la idea.

Vaya. El pequeño de los Dalton es también parte interesada en la discusión.

—Sin embargo, sí tiene que saber que todo lo sucedido está protegido por los Acuerdos de confidencialidad que firmé.

—Creo que tuvo contigo una conversación telefónica que le traumatizó.

Me reí.

—Ah, es verdad. Nuestra última conversación fue más bien animada.

Solo yo me reí, Charlie no se relajó.

—¿Cuál es el problema, Charlie?

—Hay una condición: no vienes como mi novia, sino como mi ex que permanece muy cercana a la familia.

Creí que había entendido mal.

—¿Qué?

—Oficialmente, estoy aún con Amy. Habrá periodistas y jefes de prensa. Como es una fiesta a la que están invitados, todo es «off», pero Robin prefiere ser prudente. Revelar nuestra relación podría perjudicar la película.

Casi me caí de la cama de la estupefacción.

—Quieres decir que no podremos estar juntos hasta después del estreno de la película. Pero ¿cuándo sale tu película?

—El fin de semana del 4 de julio, para el día de la Independencia, y está bien, esta fiesta celebrará nuestra libertad de amarnos a plena luz del día.

Esta vez fue su humor el que no tuvo ninguna gracia. Decididamente, esta noche no estábamos en sintonía en absoluto.

—¡Pero no podemos fingir tanto tiempo!

—Solo son tres meses. Podremos vernos, solo que habrá que ser prudentes.

Respiré hondo. Sentí que íbamos derechos a una pelea y quise evitarlo.

—Así que mañana puedo ir.

—Puedes, pero no estás obligada.

No percibí en Charlie un deseo enorme de verme aparecer en el aniversario de boda de su hermano.

—¿No te apetece que vaya?

—Cómo tú quieras.

Dudé durante unos segundos. Mi enamorado no estaba interesado en que asistiera y era como para preguntarse por qué me había invitado Michael. Todo me llevaba a rechazarlo, pero decidí hacer lo contrario.

—Muy bien. Puedes decir a tu hermano y a su esposa que acepto con mucho gusto su invitación.

Vi que apretaba las mandíbulas.

—Se lo diré, pero tendrás que ir sola porque no podrás llegar conmigo.

Lo dijo en un tono de revancha, como para hacerme pagar mi decisión y me pareció bastante estúpido, ya que si no quería que asistiera, no tenía más que decirlo.

—Sin problema, aunque tendrás que darme la dirección.

Este enfrentamiento ha terminado hace diez minutos. Me apetecería mucho volver a casa y ver a mi *Romeo*, pero no quiero dar demasiada importancia a esta historia. Voy a quedarme y dormir con Charlie, porque tengo la impresión de que no haremos nada más que eso juntos esta noche, la primera vez que esto pasa en nuestra pareja.

Diario de Laure

18 de abril, 20 h

Este diario debería de llamarse Diario de Ophélie, de tanto como hablo en él de la vida de mi amiga. Cabe decir que mi existencia está más ordenada que la suya. El único debate que existe entre David y yo es la participación en ese seminario tántrico. Le hablé de mi encuentro con Claire pero la idea no le atrae. En cambio yo, cuanto más pienso en ello más ganas tengo de probarlo. No es que el sexo «clásico» no funcione entre nosotros; al contrario, es guay y hemos probado numerosas posiciones que sugiere *Cosmopolitan*. Es divertido, pero no siempre fácil.

Esta noche trataré de convencer a David para tomar una copa en el Sky Bar con Claire. Espero que ella logre persuadirlo.

Si acepta, eso me ahorrará preocupaciones por Ophélie. Su historia huele mal de verdad. Me ha contado lo de la invitación de Michael y su disputa con Charlie. Creo que haría mejor declinándola; no tengo la más mínima confianza en el gran actor oscarizado. Ya le ha hecho mucho daño.

Al contrario de lo que ella pretende e incluso cree, Ophélie no ha digerido los acontecimientos del último invierno. Aún está psicológicamente muy frágil e incluso su historia con Charlie es demasiado súbita. No sé si es de sentido común, ni siquiera si es posible, hacerse promesas de amor después de menos de una semana. Y, ahora, van a verse obligados a vivir unos amores clandestinos durante tres meses. No va a tener ninguna gracia cuando Amy esté de nuevo por aquí.

Oigo entrar a David. Ojalá todo vaya bien tanto para Ophélie como para mí esta noche.

Diario de Ophélie

19 de abril de 2015, 12 h

Espero noticias del médico de Cedars-Sinai. Conocía el lugar de nombre, porque muchas estrellas vienen a tratarse aquí, pero nunca habría pensado venir en circunstancias como estas. Espero no tener que pagar yo la factura porque puede salirme por un ojo de la cara.

Cuando pienso que estaba nerviosa ante la idea de acudir a la fiesta de Michael y Carolina, aún estaba a mil leguas de imaginar lo que sucedería. Pero pese a esos terribles acontecimientos, me alegro de haber ido. Si no hubiera estado allí, las cosas habrían podido ir mucho peor.

La fiesta debía empezar a las ocho. Hacia las siete empecé a preguntarme si era una buena idea meterse en ese avispero. ¿Y todo eso para qué? ¿Para marcar mi territorio con relación a esta familia que no me acepta o a esa pobre inglesa que no tiene la culpa de nada? Reaccioné de forma un tanto estúpida, por orgullo, porque sentía un rechazo por parte de Charlie.

Pensé que quizá sería más prudente decir que no iría y llamar a Laure para ir a tomar una copa con la sexóloga francesa. Tenía muchas más posibilidades de pasar una buena velada. Pero después un SMS de Charlie, que me daba la dirección de su hermano, me hizo cambiar de parecer. No me sentía con fuerzas para echarme atrás.

Me puse a razonar. ¿Qué riesgo había? Estaría protegida por la multitud de invitados que impediría que Michael fuera desagradable, que es demasiado inteligente como para arriesgarse a un escándalo. Robin también haría todo lo posible para que la fiesta fuera un éxito y yo tendría a mi caballero andante, mi Charlie, que no me abandonaría a mi suerte, aun cuando el ambiente se hubiera enfriado después de la disputa de la noche anterior.

Me puse mi vestido más bonito y cogí el bolso de mano Dior que me regalaron mis padres por mi vigésimo sexto cumpleaños. Para los zapatos, después de cierta vacilación, escogí los Louboutin que me había regalado Michael en Cerdeña el verano anterior. Me pregunté si no sería una falta de tacto con respecto a Charlie pero, de todos modos, eran los únicos lo suficientemente elegantes para la celebración.

El taxi que me llevó lo conducía un haitiano que me dio conversación en francés. En el camino, le pregunté sobre el barrio al que nos dirigíamos.

—¿Es en Beverly Hills?

—No, es en Brentwood.

Debió de darse cuenta de mi asombro.

—Pero ¿sabe? Es también un barrio muy chic. La dirección que usted me ha dado está muy cerca de la casa que acaba de vender Tom Brady.

—¿Quién?

—Tom Brady, el jugador de los New England Patriots. ¿No le suena?

—Nunca lo había oído nombrar. ¿Es famoso?

Se echó a reír.

—Es el mejor *quarterback* de la historia de la NFL y está casado con Gisèle Bündchen.

—A ella sí la conozco, es una *top model* brasileña. Creo que con esta indicación empieza a sonarme el nombre del jugador. Me parece que lo vi en la serie *Entourage*.

—No sabría decirle, no veo las series, solo los deportes.

Pese a su amabilidad, al comprobar que este hombre y yo no teníamos nada en común, di gracias al cielo por haber encontrado a un hombre tan culto como Charlie. Era una comparación curiosa entre un taxista y un director de cine, pero este pensamiento me alejaba de la tensión del día.

—Señorita, pronto llegaremos. ¿Ve esa casa?

—¿Es ahí adonde vamos?

—No, es la antigua casa de otro jugador y estoy dispuesto a apostar algo a que a este le conoce.

—Yo en su lugar sería más prudente. No entiendo nada de deportes.

Me miró con una gran sonrisa. Debía de tener unos treinta años, no muy guapo pero sí con una alegría de vivir comunicativa. Nuestra conversación me hizo pensar en la película *Collateral* y en el taxista interpretado por Jamie Foxx.

—Si no le conoce, le regalo la carrera.

—¿No tiene miedo de que haga trampas?

—Usted parece una persona honrada. El futbolista en cuestión es O. J. Simpson.

—Tiene razón, pero le conozco como homicida, no como deportista de élite.²

—«Homicida»... Fue absuelto, así que por definición no lo es, pero admito que hay serias dudas sobre el veredicto.

—¡Es increíble! Salir airoso después de matar a su mujer, con todas las pruebas que había en su contra.

—El jurado debía de estar compuesto por hombres casados desde hacía más de diez años.

Su respuesta era de lo más chocante, pero la mirada que me lanzó por el retrovisor me hizo ver que bromeaba. Prosiguió, esta vez más en serio.

—Ese juicio ilustra la fuerza y la debilidad de la justicia estadounidense: no se condena a nadie a no ser que el fiscal demuestre su culpabilidad más allá de la duda razonable. Esa es la diferencia con el proceso civil, en el que es suficiente con que la culpabilidad sea clara y convincente. Por eso O. J. Simpson fue exculpado en lo penal y condenado en lo civil.

¡Increíble! ¡Disfruto de un curso de derecho estadounidense en un taxi!

—¡Pero es usted un verdadero experto!

—Estudié derecho, pero como no tenía dinero para continuar pagándome los estudios lo dejé.

Me dijo esto sin amargura, como si no tuviera resentimiento por que el sueño americano no fuera para él.

—Gracias por la lección. Espero no tener que utilizarla, pero nunca se sabe.

Pasamos cerca del Getty Museum antes de detenernos delante de una gran verja. En un segundo me invadió la tensión.

—Son cuarenta y ocho dólares, señorita.

—Tenga sesenta, los merece.

—Muchas gracias, buena suerte.

Debía de tener una expresión extraña porque no me deseó buenas noches sino «buena suerte».

A la entrada de la propiedad había dos personas de seguridad con intercomunicadores y comprobaron mi identidad antes de dejarme pasar.

Al mismo tiempo que yo llegaba una pareja y subimos juntos el camino hasta la casa. Bueno, la palabra no da una idea exacta de la construcción, inmensa, de estilo totalmente *art déco*, magnífica e impresionante.

Espero que Charlie venga a recibirme, aunque quizá debí enviarle un SMS. Al pasar el umbral, otro agente de seguridad nos indica cómo llegar al sitio donde se desarrolla la recepción.

Cruzamos la casa de punta a punta, lo que me da una idea más clara del lujo. Nunca había estado en un lugar donde se respirase tanta riqueza.

Al final del largo pasillo llegamos a una especie de salón, de unos doscientos metros cuadrados, con grandes cristaleras con vistas a un jardín donde se encuentra un grupo muy grande de gente, alrededor de cien personas. Lo que de entrada me llama la atención es la vestimenta de los invitados: los hombres todos en esmoquin y las mujeres con vestido largo. Yo soy la única que lleva un vestido por encima de la rodilla.

Esta multitud compacta intimida bastante; no me atrevo a insertarme entre ellos y me quedo allí, en la escalinata, contando siempre con Charlie para salvarme, pero mi amor no está allí para evitarme pensar que he cometido una grandísima estupidez al venir. No tengo sitio dentro de este mundo, soy una pieza añadida.

A falta de algo mejor que hacer, me absorbo en la observación del lugar y me doy cuenta de que el jardín es en realidad un campo de golf. No es de dieciocho hoyos, no hay que exagerar, pero el terreno parece tener al menos ciento cincuenta metros de largo. Bares, bufetes y mesas se encuentran reunidos bajo una tienda gigante.

Decido hacer una incursión lateral para alcanzar una copa de champán rosado y, en vez de atravesar la multitud, me deslizo a lo largo de la casa. El método es bastante eficaz y al cabo de dos minutos tengo mi copa de champán rosado, suficiente para rehidratarme, aunque me harán falta dos o tres más para deshacerme de mi nerviosismo.

¿Dónde está Charlie? ¿Lo hace a propósito o qué? ¿Querrá demostrarme que no debería haber venido? Él no parece ser de los que practica ese tipo de represalias, así que decido enviarle un SMS para saber dónde está.

Desde mi puesto de observación puedo examinar a los invitados. Sorpresa: no hay ningún famoso visible salvo Michael; Carolina brilla por su ausencia y distingo a Robert y a Robin entre un grupo un poco más lejos, cerca del campo de minigolf.

Termino la tercera copa sin noticias de Charlie y empiezo a sentirme un poco achispada, así que cojo algunos canapés de salmón para no tener el estómago vacío. Más vale evitar un coma etílico en casa de los Brown, aunque la imagen de verme vomitando en la hermosa moqueta de Michael y Carolina sería muy divertida, como mi versión personal de *Resacón en Las Vegas*. Para celebrarlo pido otra copa, la cuarta, aunque una voz a mi espalda me sobresalta.

—Solo una francesa puede atreverse a enseñar así las piernas, muy bonitas, por cierto.

¡Carolina! Me asusta tanto que estoy a punto de dejar caer la copa.

No sé cómo reaccionar a ese cumplido que oculta también un ataque a mi escaso conocimiento de protocolo en Los Ángeles.

—Buenas noches, Carolina. Gracias por invitarme.

—Tranquila, esta fiesta está dedicada a todas las personas a quienes deseamos dar las gracias por todo lo que nos aportan. Aquí están nuestros abogados, nuestro equipo de relaciones públicas, nuestros médicos, inversores, jefes de prensa que nos apoyan...

En mi mente se hace la luz.

—Por eso no hay estrellas.

Carolina sonrío.

—Ese aniversario se celebra mañana por la noche.

—Pero ¿por qué invitarme hoy?

Su sonrisa es de hielo.

—Después de la diversión que ha proporcionado a mi marido estos últimos meses, habría sido ingrato no hacerlo. Aunque hay que confesar que le ha irritado bastante esta última semana.

«La diversión que he proporcionado a su marido»... Me resulta difícil encajar el insulto.

—¿Usted me toma por una puta?

—No, por supuesto que no. Las relaciones de pago no le gustan a mi marido, no las necesita. Le basta con agacharse y recoger con qué satisfacerse. Es más, si usted fuera una acompañante, le recomendaría subir los precios. Yo le diría que por una semana a cambio de un par de Louboutin para una mujer bonita como usted, él ha hecho el negocio del siglo.

Dispara sus misiles como si nada. Estoy en estado de *shock*, incapaz de reaccionar.

—¿Cómo sabe lo de los Louboutin?

—Es el habitual regalo de Michael a sus conquistas. Al principio me molestaba que gastara tanto dinero para chicas de paso, pero cuando comprobé que casi siempre repetía las mismas compras, me tranquilicé y pensé que había que ser generosa, que bien merecían un pequeño *souvenir*, sobre todo algo tan poco personal.

Estoy devastada. Me queman los pies. Quisiera quitarme los zapatos y arrojarlos. Carolina se ha dado cuenta del estado que ha provocado.

—No se amargue, Ophélie, no todas tienen derecho a un regalo así.

Yo también intento alcanzarla con un disparo.

—Aun así pagó cincuenta mil dólares por una noche en Venecia.

¡Toma ya!

—Sí, bastante caro para un baile y un polvo rápido en un barco.

¡Lo sabe! ¡Incluso los detalles más íntimos de los momentos que pasé con Michael! ¿Se lo habrá dicho? ¿O es que Robin o Robert se han ido de la lengua?

—Según lo que sé, Ophélie, ni siquiera guardó esa suma para usted. Muy generoso por su parte. Sí, en esa ocasión me impresionó mucho e incluso lamenté que no pudiéramos profundizar en nuestra conversación aquella noche en Bonifacio, en el camarote del yate.

¡«Profundizar en nuestra conversación»! ¡Así es como llama ella al momento en que cogió mis manos para ponérselas en sus enormes tetas después de invadir mi boca con su lengua!

Me doy cuenta de que ella es la única que habla. Estoy como un boxeador noqueado y contra las cuerdas, encajando golpes sin poder defenderse.

—¿Sigue teniendo mi corsé? Le quedaba muy bien. Me gustaría mucho enseñarle mis nuevas creaciones uno de estos días. ¿Sabe? Soy tan generosa como mi marido, como mínimo...

Esto es totalmente surrealista. ¡Esta mujer está intentando seducirme el día de su aniversario de boda!

La contesto sin pensarlo.

—Carolina, yo estoy con su cuñado.

—Estoy enterada, Ophélie. Eso no es un problema. Soy paciente. Podremos hacerlo más tarde, después...

¿«Más tarde»? ¿«Después»? Esta mujer horrible cree que mi relación con Charlie no tiene futuro, algo simplemente de paso. ¡Es demasiado, no puedo seguir escuchando esta basura! Dejo la copa sobre una mesa y me voy sin decir una palabra.

Mierda, Michael está recibiendo a unos invitados precisamente delante de la puerta por donde debo pasar para salir de la mansión.

Si creo lo que ha dicho Carolina —y no tengo razones para pensar que me ha mentado en este aspecto—, está furioso conmigo y, después de la sesión que acabo de vivir, prefiero evitar la experiencia de otra adicional.

Lo más sencillo es rodear la casa, debería poder encontrar la salida por el otro lado. Avanzo a lo largo de la pared del salón y giro a la derecha, pero la mansión es tan grande que tengo que recorrer unos cincuenta metros para llegar al extremo. Antes de girar, echo un vistazo detrás de mí. ¡Perfecto! Nadie pisándome los talones. No estoy expuesta a la vista, oculta tras la tienda y la vegetación.

Sigo sin recibir ningún SMS de Charlie. Veo que lograré pasar por la fiesta sin hablar una palabra con ninguno de los dos hermanos Brown.

Vaya, este lado de la casa está dedicado a los placeres acuáticos: me encuentro delante de una magnífica piscina y un gran *jacuzzi*.

Entonces, en la penumbra, veo al otro lado una forma, una niña sentada en el borde con los pies en el agua. ¿Qué hace aquí sola? Es peligroso, podría ahogarse. Me acerco y no es una niña, sino una joven de origen asiático.

Me muero de ganas de volver a casa, pero antes tengo que esclarecer este misterio.

—*Hello*.

No hay respuesta.

—*Hello*, ¿habla inglés?

Levanta la mirada hacia mí pero sigue sin decir nada. Veo que coge una botella de whisky y se la lleva a los labios. Bebe un trago abundante.

Pero ¿por qué tendré siempre que encontrarme ante situaciones tan raras?

—¿Trabaja para Michael Brown?

—Michael, Michael... ni siquiera quiere verme...

El idioma es distinto, la nacionalidad también, pero he reconocido la misma desesperación que vi en la joven azafata en el hotel Royal en Deauville, al amanecer. No me hace falta un croquis, sé de qué va... Voy a tener que hacer algo, no puedo dejarla emborracharse así en la oscuridad al borde de una piscina.

—¿Cómo se llama? Yo me llamo Ophélie.

Duda un momento y al fin responde:

—Akemi, me llamo Akemi.

—¿Y de dónde es usted, Akemi?

Otro gran silencio. Nuestra conversación va a alargarse si tenemos que esperar treinta segundos antes de cada respuesta.

—Vengo de Japón, de Tokio.

Después de lo cual, la joven traga una nueva dosis de whisky. El problema es que se traga también unos comprimidos y quisiera creer que se trata de paracetamol para calmar un dolor de cabeza, pero temo que sea otra cosa.

—¿Sabe? Suele ser nefasto mezclar medicamentos con alcohol fuerte.

Me veo una vez más haciendo de gallina clueca con las chicas que me encuentro tiradas tras la estela de Michael, lo que es bastante paradójico si consideramos que en mis relaciones de pareja nunca me ha gustado jugar a ser enfermera.

Esta vez no se digna contestarme. Mierda, espero que no vaya a hacer una estupidez.

Cambio mi ángulo de ataque.

—Michael está casado, es normal que no pueda verle.

Otro gran trago la vuelve más habladora, pero sus palabras son apenas inteligibles.

—Casado... Yo sabía que estaba casado... Lleno de cumplidos... Quería ser el primero... Yo tenía tanto miedo, pero él era tan gentil... Su habitación, me invitó a su habitación. Era hermosa, era grande... Bebimos champán...

El cuadro que se dibuja en los vapores del alcohol es glacial. Ya conozco el final de la historia pero me quedo aterrorizada por lo que oigo.

—Le aseguro que traté de decir que no... Pero era tan guapo... Los ojos azules, el cabello rubio... Un ángel, me recordó a un ángel.

Mientras escucho, trato de analizar la situación. Gracias a una luz de seguridad no estamos en la más completa oscuridad, y aunque está al otro lado de la piscina, a unos diez metros de mí, consigo verla. No parece muy mayor, seguramente menos de veinte años, y a su lado están los medicamentos, pero no puedo ver si hay más de una caja. Tiene las piernas en la piscina y juega como una chiquilla a patalear en el agua. La inocencia de ese gesto, asociada a ese relato terrorífico, es una visión surrealista.

¿Tiene la intención de arrojarla a la piscina? Si es así, no tengo ninguna posibilidad, pues necesito al menos diez segundos para dar la vuelta alrededor. La única opción sería rescatarla del agua y confieso que sumergirme así, en la oscuridad, no es una idea que me entusiasme. Eso sin contar que, con mi talento de nadadora y mis propias copas, podemos acabar las dos ahogadas. Lo más sencillo es disuadirla de cruzar el umbral.

Las palabras que siguen no van en este sentido.

—Cuando les hablé del bebé, fueron tan amables... Me hicieron viajar en clase preferente... Fueron a buscarme al aeropuerto...

¡Un bebé! ¿He oído bien? ¿Es esa la palabra que ha pronunciado? No es posible, sería demasiado horrible. Mi mente rechaza la idea, Michael es muy prudente, no haría algo tan estúpido. Conmigo siempre utilizó preservativos. Tampoco descarto haberme topado con una mitómana, pero mi intuición se opone a mi razón y siento que esta chica dice la verdad.

—Estaba bien en aquel hermoso hospital... Quería ver a Michael, ellos me decían que vendría, pero él no venía nunca. Acepté la operación por él... Pero nunca vino... Tenía tanto miedo... Quería que él me diera valor... Pero nunca vino, ni antes ni después. Nunca...

Repite estas palabras una y otra vez. Busco algo sensato que decirle, la palabra que sea capaz de hacerla cambiar de opinión, si es que realmente quiere poner fin a sus días. ¿Qué le dices a una persona a quien han engañado así? ¿Le cuento mi experiencia personal? ¿Que Michael reproduce estas situaciones hasta el infinito, que hay muchas otras víctimas y que está lejos de ser la única? Ni siquiera es la verdad, pues ella es la única que se quedó embarazada y que vio cómo le «proponían» un aborto. No me cuesta imaginar la maquinaria en marcha, los ínclitos Robert y Robin engatusándola para preservar al máximo a Michael y conseguir su objetivo.

No tuve mucho tiempo para pensar: se deslizó en el agua. Fue como si sucediera a cámara lenta y, al mismo tiempo, ¡fue tan repentino! En esos casos, se actúa por reflejo. Recuerdo que tuve la presencia de ánimo para quitarme los zapatos antes de saltar a la piscina. No debieron de pasar ni quince segundos entre empezar a ahogarse y llegar a ella. No tengo ninguna formación para salvar a las personas en las piscinas, así que improvisé. La agarré por el cuello del vestido y tiré de ella hasta que pude hacer pie. Me quedaban unos diez metros para llegar al borde y tuve mucha suerte porque el acceso a la piscina se hacía por unos escalones, no por una escala de metal. Logré sacarla fuera del agua y alejarla unos metros.

Parece que no está nada bien, tose pero no estoy segura de que esté consciente. Me invade entonces una sensación de pánico. ¡No! ¡No puede morir así, en mis brazos!

Voy corriendo hacia la puerta más cercana de la casa y la golpeo como una loca gritando:

—*Help, please, someone, help!*

Durante unos segundos, nada. Golpeo aún con más fuerza, dispuesta a romperme la mano para llamar la atención de alguien. Podría rodear la casa otra vez e ir a pedir ayuda a los invitados, pero no me atrevo a dejarla sola, hay cierta distancia. ¿Qué hago? ¡Qué dilema!

Y por fin se enciende una luz en la habitación que está frente a mí y llega un miembro de la seguridad y no parece contento, pero le calmo enseguida.

—Señor, hay una joven que ha intentado suicidarse en la piscina.

Reconozco que muestra una gran profesionalidad. Avanza para verificar lo que le digo y llama inmediatamente a su jefe por su micro, un hombre de unos cincuenta años, un fornido grandullón tipo fútbol americano, que llega instantes más tarde, abarca la escena y evalúa la situación.

—Robin, aquí Joss. Robin, aquí Joss. Robin, tenemos un problema. ¿Puede pedirle al doctor Bradley que venga inmediatamente a la piscina?

No puedo oír la respuesta, pero menos de tres minutos después llegan dos hombres: Robin y, sin duda, el médico, que trae consigo su maletín.

Tres minutos no es nada, una gota de agua en una existencia, pero en esas circunstancias, sola con los dos guardaespaldas y el cuerpo tendido en el suelo, inmóvil, me parece una eternidad.

Sigo atentamente los gestos del médico, que se inclina hacia la joven y pone la mano sobre la carótida.

—Respira... Joss, ayúdeme, vamos a ponerla en posición lateral de seguridad... Robin, pásame la carpeta, ahí, para ponérsela debajo de la cabeza.

Cuando colocan a Akemi, hecha un ovillo, el doctor saca el estetoscopio, le sube la camiseta, la ausculta antes de tomar su tensión y le pone un aparato pequeño en la punta del dedo. No sé lo que está midiendo, pero las noticias no parecen demasiado malas.

—La tensión es estable, pulso a noventa, la respiración es regular. El diagnóstico vital no está comprometido. ¿Tomó algo antes de tirarse a la piscina?

Joss se vuelve hacia mí.

—Señorita, ¿sabe usted...?

—Bebió mucho whisky y también tomó medicamentos.

—¿Sabe qué medicamentos y en qué cantidad?

Las cajas están allí, al borde de la piscina.

Joss se precipita.

—Valium, doctor, toda una caja.

—OK, hay que hacerle un lavado de estómago. Llamen al 911.³

Robin interviene:

—¡Imposible, doctor! ¡Imagínese el escándalo!

—Robin, está semiinconsciente, dice cosas incoherentes. Tiene que venir la ambulancia.

—Pero usted ha dicho que no está en peligro. Tal vez podría llevarla usted mismo al hospital?

—¿Está bromeando? Si muere en mi coche, ¿qué pasa? ¿Se da cuenta de la responsabilidad?

Escucho, petrificada, a esos dos negociando la reputación de Michael contra la de un médico, mientras Akemi puede palmarla a dos metros de su patético diálogo.

Estoy conmocionada.

—Voy a buscar a Michael.

Me precipito adentro para traer al responsable de esta situación, que es al mismo tiempo el único capaz de resolverla, pero Robin no tiene la intención de dejar que una joven con un vestido corto y empapado eche a perder la fiesta de su jefe. Le basta con una palabra para hacerse entender.

—¡Joss!

No merece la pena que me explique, ya sé lo que va a pasar. Corro a toda velocidad por una casa cuya distribución no conozco. Joss está muy fuerte pero no por eso es menos rápido y, apenas veo el pasillo que me lleva a la entrada, me atrapa por la muñeca.

—¡Suélteme!

Me pongo a luchar y trato de golpearle, pero me coge la otra mano y empieza a llevarme a la piscina.

—¿No lo comprende? ¡Se va a morir!

—El doctor Bradley controla la situación.

Está todo perdido, no puedo resistirme, pero de pronto una silueta familiar pasa por el pasillo a unos diez metros de mí.

—¡Charlie, Charlie, te lo suplico, ayúdame!

Segundos más tarde nos alcanza. Nunca me he alegrado tanto de verlo.

—¿Qué pasa?

—Una chica ha intentado suicidarse y ellos no quieren que avise a Michael.

Joss me interrumpe. Está tan en calma que podría hacerme pasar por una histérica.

—El doctor ha indicado que está fuera de peligro y el señor Robin piensa que no es necesario molestar al señor Michael por esto.

Casi me atraganto. ¡Menuda lectura de los hechos! Me pongo a gritar.

—Pero su doctor quiere llamar al servicio de urgencia y Robin se lo impide, por eso yo iba a buscar a Michael, no vamos a dejarla así, tirada sobre las baldosas.

Joss interviene otra vez.

—El atuendo de la señorita no es apropiado para la recepción.

Charlie parece descubrir entonces que estoy empapada, como si su concentración en mis palabras le hubiera impedido fijarse antes.

—Vale, voy a buscar a mi hermano. Espérenme aquí.

Charlie nos abandona. Yo estoy aún muy irritada contra el jefe de la seguridad.

—Ya está bien, puede soltarme, no escaparé ahora que alguien sensato ha tomado consciencia de la situación.

Me libera, pero creo que muy a su pesar, y pasa un tiempo infinito antes de que los dos hermanos Brown lleguen.

No puedo evitar fijarme en la belleza de Michael, su carisma y, lo reconozco, su ironía también.

—Vaya, Ophélie, ¿vuelves a ser el epicentro de otro embrollo? Uno nunca se aburre en tu compañía...

Estoy tan atónita por su cara dura que no soy capaz de replicar. Charlie podría defenderme, pero él tampoco encuentra nada que decir y todos seguimos al gran actor a la piscina.

Michael va hacia el doctor.

—¿Es grave?

—Bastante, Michael. Ha tomado medicamentos y alcohol. A priori, debería poder superarlo, pero hay que llamar a urgencias para que venga la ambulancia. Aunque no es muy probable, no se puede descartar una complicación.

Robin interviene:

—¡Pero si llamamos al 911 nos arriesgamos a salir en los periódicos!

Creo que podría matar a Robin. No tiene ninguna moral, ningún principio. Michael es mejor o, en todo caso, es más realista y replica secamente a su responsable de comunicación:

—Y si muere en mi jardín, Robin, ¿cuál será tu estrategia de comunicación?

Sin esperar la respuesta, que de todos modos no llegará, da luz verde al médico, que al fin se pone en contacto con urgencias.

—Está bien, llegarán dentro de unos diez minutos. Michael, sin esta joven, usted sabe que hubiéramos corrido un grave riesgo...

Se vuelve hacia mí y todo el mundo parece darse cuenta de mi papel en este asunto.

Michael me mira sin especial amabilidad.

—Bravo por esta intervención, Ophélie. Uno podría preguntarse qué hacías en este lado de mi casa, pero no voy a quejarme.

He visto agradecimientos más calurosos... Carolina tiene razón: debe de estar enfadado por mi relación con su hermano. No obstante, cuando todas las miradas están puestas en mí, empiezo a estornudar.

—Michael, Ophélie está empapada. ¿Podríamos buscarle algo para cambiarse en alguna parte?

—Sí, llévala a la habitación azul. Hay cosas viejas y ropa de Carolina en el armario. Las toallas están en el cuarto de baño.

—Gracias...

Subimos a los pisos de arriba hasta una habitación con una cama grande y un gran vestidor.

—Elige lo que quieras.

Abro los cajones. Las «cosas viejas» de Carolina son prendas de lo más chic de las marcas más prestigiosas. Lo difícil es encontrar algo sencillo. Parece que la esposa de Michael solo lleva ropa sofisticada.

En otras circunstancias me habría divertido rebuscando como una chamarilera en las cosas en desuso de una estrella, pero ahora busco simplemente ponerme algo seco. Cojo una sudadera Nike y un vaquero Guess y corro al cuarto de baño. He cogido un cinturón para sujetar el pantalón, demasiado corto y ancho. Luego me pongo la parte de arriba, que es diez veces más ancha, pero me da igual.

Al cambiarme, me dirijo a Charlie a través de la puerta.

—Esto es demasiado, Charlie. Tu hermano se ha pasado de la raya.

La respuesta de mi amor es decepcionante.

—Ophélie, no es el mejor momento para hablar de eso.

—¡Pero esa chica ha estado a punto de morir!

—Sí, los problemas con las grupis existen para cualquier estrella.

—No es una grupi, no se trata de eso...

—¿No es una grupi?

—Sí, bueno, lo es, pero el problema es lo que pasó entre ella y Michael...

Me interrumpe por segunda vez, con más brusquedad aún.

—Creo que ya te he explicado que no quería implicarme en la vida personal de Michael.

Me quedo helada y descubro que ese defecto que conocía en el hombre con el que podría compartir mi vida es más serio de lo que pensaba. Llevar orejeras hasta ese punto constituye un verdadero talón de Aquiles, pero está bien, de momento voy a ignorarlo. Bajamos y vemos a la unidad médica evacuar a la joven japonesa. Las puertas de la ambulancia se cierran y se aleja.

También están allí dos policías escuchando a Michael, que parlotea como si no hubiera pasado nada.

Robin está a su lado, atento a lo que dice su amo.

—... y tal como les explicaba al personal de la ambulancia, la discreción es primordial. Ya pueden imaginar cómo la prensa sacaría tajada de este asunto. ¿Saben que hay unos diez periodistas y jefes de prensa a menos de cincuenta metros? No quisiera que este desafortunado incidente arrojará una luz desagradable que estropee mi aniversario de boda. ¿Han visto cómo la ambulancia ha esperado a recorrer quinientos metros para conectar la sirena?

—Lo comprendemos, señor Brown; el éxito tiene sus contrapartidas. Nuestras mujeres también son admiradores tuyas, aunque no sé si se las podría calificar de grupis.

Todo el mundo se echa a reír, todo el mundo excepto yo —y Charlie, así lo espero, aunque no pueda verle porque está detrás de mí.

Michael atrapa la ocasión al vuelo.

—En ese caso, tienen que venir al preestreno de la película de mi hermano que será a principios del verano, así podrán presentarme a sus esposas.

El poli está incómodo. ¿No tiene esto algo de corrupto?

—Es muy amable, pero no sé si...

Michael le interrumpe.

—No estarán solos, los de emergencias han aceptado ya y, como la joven ya se habrá recuperado para entonces, todos podremos celebrar el afortunado desenlace de este pequeño incidente.

El poli que ha llevado toda la conversación echa un vistazo a su colega.

—Sí, supongo que no hay nada malo en aceptar su invitación, pero a pesar de todo debemos cerrar la investigación y redactar un informe.

—Es totalmente lógico. Yo les he dado mi versión de los hechos, pero no estaba presente. La joven que ha asistido a toda la escena y ha salvado a la víctima acaba de llegar y puede contestar a sus preguntas.

El poli, con toda la emoción, no parece siquiera interesado en mi presencia.

—¡Nuestras esposas no van a creernos!

—En ese caso voy a buscarles unas fotos y se las dedicaré. Así no influiré en la declaración de la testigo ni en su investigación.

Y al decir esto les dedica un guiño. Este es el Michael seductor que yo conozco demasiado bien.

Los polis están bajo el hechizo, al menos tanto como sus mujeres, aun cuando no se estén dando cuenta, y Michael aprovecha su ventaja:

—Les dejo con mi abogado. No conseguiría convencerle de no asistir a esta declaración. A fin de cuentas, ha ocurrido dentro de mi propiedad y, además, así justificará sus monstruosos emolumentos.

Nuevas risas. No me di cuenta de que Robert se había acercado y no sé si es realmente legal que asista a mi entrevista con los policías. Cuando Michael se aleja vuelven a adoptar un aire serio. Me hacen dar mis datos personales y me interrogan sobre los acontecimientos. Ahí van.

—Así, pues, esta mujer estaba sola. Intercambió con usted unas palabras mientras tomaba medicamentos y alcohol antes de tirarse al agua. Usted saltó y consiguió sacarla. Pidió ayuda y llegó el doctor Bradley. Después de examinarla y atenderla, se puso en contacto con el servicio de urgencias. ¿Es así?

Sobre los acontecimientos propiamente dichos, han hecho un buen resumen, sucinto y eficaz, pero se oculta lo que ha llevado a la joven a cometer el acto.

—Sí, pero no me han preguntado nada sobre las razones que la han impulsado a arrojarse al agua.

Siento a mi lado que Robert se crispa.

—Señorita, es evidente que se trata de una grupi enamorada del señor Brown . Es bastante común, ¿sabe?

—Sí, pero se había acostado con ella.

Los dos polis parecen incómodos y viene Robert a echarles una mano.

—*Hearsay!*⁴ Usted ignora si esas afirmaciones son ciertas.

¡No puedo creerlo! Este estúpido abogado acaba de utilizar el argumento legal del rumor para que los policías no valoren la información que les doy.

—¡Pero es verdad que quedó embarazada!

El segundo policía, que se había quedado más en la sombra, dice entonces:

—¿Quiere decir que quiso suicidarse con un niño en el vientre?

—No, no, se sometió a un aborto. Pero pueden ponerse en contacto con el hospital, ellos se lo confirmarán.

Robert contraataca de inmediato:

—Ophélie, lo único que tiene son sus declaraciones y ella presenta una mitomanía evidente. Incluso si la historia fuera verdad y hubiera abortado, es muy probable que todo fuera un montaje para chantajear a Michael.

—Pero en el hospital deben de saberlo. Está el ADN del feto.

Robert me ignora y se dirige a los representantes del orden.

—Señores, si esa joven se sometió a un aborto, no pueden saber la verdad sin su consentimiento. Querer obtener información sin eso violaría el secreto profesional y además el suicidio ya no es delito en California.

El primer poli, el fan de Michael, se dirige a mí.

—El señor Stein tiene razón, señorita, nosotros no tenemos que investigar las razones del suicidio a menos que la hayan empujado a hacerlo. ¿Diría usted que el señor Brown incitó a esta mujer a poner fin a sus días?

—No, claro que no. Pero él...

—En ese caso, el hecho pertenece a la esfera privada, no es competencia de la policía.

Vale, entiendo, abandono. Hay un silencio incómodo que pronto se disipa con la llegada de Michael.

—Lo prometido es deuda. Aquí están las fotos dedicadas. Robin, toma los datos de estos señores, invítales al preestreno de la película de mi hermano y déjales tu tarjeta.

Los policías están en la gloria y se van muy sonrientes al cabo de cinco minutos.

Robert susurra unas palabras al oído de Michael, quien me dedica una mirada glacial.

—Cada vez me decepcionas más, Ophélie. ¡Intentar comprometerme en este asunto! Gracias por tu intervención hace un rato, pero ahora vale más que vuelvas a casa.

¡No puedo creerlo! ¡Echarme como una basura cuando en realidad le he sacado de un mal paso!

—De verdad que sois una banda de cabrones arrogantes y os reís de la gente. ¡Yo no tengo nada que hacer en vuestra fiesta de mierda!

Y el momento decisivo: me vuelvo hacia mi enamorado.

—¿Puedes llevarme, por favor?

Michael se interpone.

—Charles, debes estar presente esta noche, es nuestro aniversario de boda y aquí hay personas que han financiado tu película, de modo que es necesario dejarte ver.

Los miro a los dos. La fuerza que emana de Michael hace tambalearse visiblemente a Charlie, aun cuando este intenta oponer algo que quiere parecer resistencia.

—Michael, dejo a Ophélie y estoy de vuelta dentro de media hora.

¡Quiere llevarme a casa y después dejarme sola después de lo que ha pasado esta noche! ¡Si no fuera tan triste sería gracioso! Entendido, ya comprendo.

—Está bien, Charlie, quédate para tus relaciones públicas. ¿Podéis al menos llamar a un coche?

Michael tiene una sonrisa que pretende ser discreta, pero que exhibe su victoria.

—Por supuesto. Robin, pide un coche para la señorita Delacour... Buenas noches, Ophélie.

Y se aleja seguido de su abogado.

Robin nos precede en el camino de la salida y nos deja después de pedirme un coche.

—Ya sé que no quieres tratar el tema, pero confiesa que tu hermano es un tío genial al echarme así de su casa.

—Está enfadado desde que le he dicho que estamos juntos y tú no deberías haber tratado de comprometerle ante los policías, no tiene sentido. Como ellos mismos te han explicado, él no es responsable.

Acaba de utilizar el mismo término que Michael hace cinco minutos: he intentado «comprometerle». Tiene gracia. ¡Ahora soy yo la mala en esta historia!

No contesto nada. Charlie está incómodo y nos quedamos en silencio. Llega el taxi.

—Que vuelvas bien. Si quieres, voy más tarde a tu casa para estar contigo. No voy a quedarme mucho tiempo en esta fiesta.

Tengo ganas de aceptar. Necesito mucho su presencia y su amabilidad para reconfortarme, pero la decepción por su actitud es demasiado grande.

—Gracias, Charlie, pero voy a dormir. Tomaré una pastilla. Mañana nos llamamos.

Cerré con fuerza la puerta del coche y me encontré sola, una soledad más moral que física: me sentía abandonada por el hombre que amo.

Al llegar a casa, allí estaba mi *Romeo*. Nos acostamos. A pesar de lo que había dicho, no tenía ningún somnífero y me costó mucho conciliar el sueño.

Esta mañana, tras intentar contactar a Laure sin éxito, llamé a mis padres. Me hizo bien.

Después decidí ir a preguntar por la pobre japonesa.

En el hospital ha sido difícil convencer al personal de que me dejaran verla. Las visitas empezaban a las once y estaban reservadas a la familia.

Tuve que hablar y explicar que mantenía correspondencia con la joven y que no conocía a nadie más en Estados Unidos. Llamaron al médico que la trataba y finalmente me dieron permiso para verla.

Cuando entré en la habitación me di cuenta de que la víspera, en la penumbra, no había podido apreciar su belleza. Era de una finura asombrosa, con un cabello precioso. Conseguir estar tan bonita a pesar de las facciones marcadas por la tragedia de la noche anterior y la fea ropa del hospital era una verdadera proeza.

No pareció sorprendida de verme.

—Buenos días, Akemi. ¿Sabe quién soy?

—Eso creo, sí. Usted parece ser la responsable de que esté aquí esta mañana.

Disipado el alcohol, la voz era distinta de la del día anterior, más madura, más grave y había una pizca de humor en sus palabras.

—Aún no sé si debo agradecersele o maldecirla por estar allí en ese momento.

—Michael Brown no merece que nadie se quite de en medio por él. Créame, hablo con conocimiento de causa.

—Ah, porque usted también... ¿Cómo me ha dicho que se llama?

—Ophélie, vengo de París. Para responder a su pregunta, he tenido más suerte que usted: solo me acosté con él, sin que hubiera más consecuencias que una herida en el corazón.

—Esa es la mejor parte, ¿verdad? Es cierto que no he podido comparar dado que él ha sido el único, pero no puedo imaginar que haya algo mejor.

Me miró sonriendo. Esta chica no era la grupi analfabeta que yo imaginaba.

La devolví la sonrisa.

—Puedo confirmar que tiene razón, es un amante increíble.

—¡Y muy guapo!

—Increíble y guapo, pero es un *bad boy*, una persona detestable que se aprovecha de las mujeres.

Me lanzó una mirada profunda. Nunca hubiera podido imaginar que tuviera un diálogo semejante con otra amante de Michael, pero el punto de vista había cambiado. No estábamos compitiendo, éramos compañeras de infortunio.

—He sido muy ingenua... En este punto, se puede decir que he sido tonta.

—Puede llamarse candor... Yo pasé por lo mismo y soy mayor que usted. ¿Qué edad tiene?

—Diecinueve años.

¡Tan joven...! ¡Qué cerdo asqueroso!

La complicidad que se establece entre nosotras me impulsa a hacer la pregunta que me quemaba los labios:

—¿Cómo es que se quedó embarazada?

Su mirada se tiñó de tristeza. Pensé que no iba a contestarme, pero me equivoqué y me contó toda la historia.

—Hacía dos años que tenía novio y estaba decidida a hacer el amor con él. Entonces, fui a ver a mi médico para que me prescribiera la píldora, pero a la semana siguiente... Hubo la catástrofe.

Su mirada se volvió lejana y la ayudé.

—Apareció Michael.

—Sí, Michael vino para un preestreno. Yo hablo con soltura el inglés y trabajo como intérprete *freelance* para pagarme los estudios. Formaba parte de las personas que se encargaban del equipo de la película y, naturalmente, al principio no me ocupé de Michael, pero montó en cólera con su traductor y exigió que yo lo hiciera en su lugar.

Vaya, esta película ya la he visto. Hay esquemas que se repiten y ahora comprendo que designaran a Vincent y luego a Christine para que se ocuparan de Michael en Deauville. Bertrand no dejó nada al azar; fue más previsor que su homólogo japonés, que no dudó en poner a una joven de diecinueve años en las garras del actor estadounidense.

—Michael fue fantástico conmigo, tan amable, tan considerado... Incluso fue de una paciencia ejemplar cuando tuve dificultades una o dos veces para traducir las preguntas de los periodistas. Por la noche, después de la cena de gala, me dijo que quería preparar conmigo el discurso del día siguiente.

Se me encoge el corazón. Me parece estar viviendo el drama que ella me expone sosegadamente.

—Ya en la *suite*, me ofreció champán. Habitualmente no bebo, pero él insistió y, entonces, cedí... Yo estaba bien, estábamos hablando, tranquila. Sé que no es prudente estar de noche en la habitación de un hombre, pero con Michael era diferente. Para mí, no había ningún riesgo, era un hombre casado con una mujer magnífica...

Bienvenida al club de las que creyeron que Carolina las protegería de un asalto de su marido.

—Me preguntó si tenía novio. Después quiso saber todo acerca de las relaciones que mantenía con él, era un poco embarazoso pero se lo conté todo. Le revelé todo sobre mi vida íntima y cuando supo que era virgen pero tomaba la píldora, cambió de actitud. Se volvió menos paternal, más seductor. Me preguntó si estaría dispuesta a hacerle un regalo.

El truco del regalo. Básico, pero difícil estar prevenida. Me sé el final.

—Le pidió un beso.

No pregunté, sino que afirmé. Está sorprendida.

—¿Era tan evidente? Supongo que sí. Intenté explicarle que no era posible, que tenía novio, pero consiguió hacerme sentir como una ingrata, después del día extraordinario que había pasado gracias a él. Le miré y tenía una sonrisa maravillosa y unos ojos increíbles, así que acepté. El beso no tenía nada que ver con lo que yo conocía. No pude parar y fue él quien le puso fin. Me preguntó si estaba bien y no pude mentir. Entonces me dio un segundo beso y las cosas fueron demasiado lejos.

«Lo que más me reprocho, y sin embargo tengo que hablaros de ello, es que tengo miedo de no haberme defendido tanto como hubiera podido.»

Akemi nunca pronunció esa frase, son palabras de Cécile de Volanges relatando a la marquesa de Merteuil su noche con el vizconde de Valmont. Michael y Akemi no inventaron nada. Choderlos de Laclos ya lo dejó escrito en *Las amistades peligrosas*, en 1782. Akemi, igual que Cécile, sucumbió a la pericia de su amante y sintió placer. Sin embargo, eso no me explica su embarazo.

—Pero si tomaba la píldora, ¿cómo pudo quedarse embarazada?

—Cuando la regla no se presentó tuve una terrible sorpresa. Al principio creí que era solo un retraso, pero al cabo de seis semanas me hice una prueba y dio positivo... El médico me explicó después que si se empieza a tomarla hacia la mitad del ciclo no se deben tener relaciones sin

protección las dos primeras semanas.

—¿Y qué hizo?

—Intenté ponerme en contacto con Michael pero no lo conseguí. Entonces fui a ver a mi jefe en la sociedad de interpretación. Al principio estaba furioso, pero dos días después recibí una llamada del señor Robin Watson diciéndome que Michael deseaba verme y me invitaba a Los Ángeles. Me mandaron un billete de avión en clase preferente e incluso me brindaron un coche para que me llevara de mi domicilio hasta el aeropuerto. Era un consuelo tener gente amable que se ocupara de mí, ya que mi novio rompió la relación y mis padres no querían oír hablar de nada.

Pobre chica. En la misma medida en que puedo comprender la actitud de su chico, me parece atroz la de su familia; yo nunca actuaría así con una hija mía.

—Al llegar a Los Ángeles, fui de decepción en decepción. No vi a Michael, pero sí fui objeto de un verdadero asedio por parte de Robin y de Robert Stein, el abogado. Querían que aceptara abortar y me decían que no podría ver a Michael mientras no aceptara. También querían que firmara un papel para garantizar que no contaría a nadie mi aventura. Yo estoy más bien en contra del aborto, estaba dispuesta tener a ese bebé, aunque comprendía que Michael no lo criaría conmigo. Les dije que si podían obtenerme un visado para Los Ángeles viviría con mi bebé en un pequeño apartamento. Podría encontrar un trabajo en una empresa japonesa, dado mi conocimiento de los dos idiomas. Quizá Michael podría ayudarme al principio dándome un poco de dinero y podría venir a ver a su hijo a su antojo. Sería libre. Yo no me impondría en su vida, pero ni Robin ni Robert eran de mi misma opinión.

¡Me sorprendes! La pequeña japonesa que se presenta proponiendo criar al hijo ilegítimo de una estrella cuya imagen de marca descansa en su calidad de marido irreprochable. El comunicador y el hombre de leyes debieron de atragantarse.

—¿Qué fue lo que la hizo cambiar de opinión?

—Los dos me acosaban, cada uno a su estilo. Robin insistía en el daño que iba a causar a Michael, buscaba culpabilizarme. Robert Stein era más amenazador, me dijo que si me obstinaba tendría problemas terribles, pero yo estaba decidida: quería a ese niño, nada podía hacerme cambiar de parecer. Y entonces, la tercera noche, Robin vino al hotel. Me anunció que tenía una sorpresa para mí y me hizo subir a su precioso coche, un Mercedes cupé. Fuimos hacia el océano. Había un gran hotel en la playa, sublime, de un lujo increíble. Tenía que haber visto la *suite*. ¡Nunca he visto un lugar tan bello!

Mi corazón se encoge.

—¿El hotel es Shutters on the Beach?

Ella levanta las cejas, asombrada.

—¿Lo conoce? ¿Ha estado allí?

—Poco importa, continúe.

—Poco más tarde llegó Michael. Me cogió en sus brazos. Yo estaba tan contenta de verlo... Lloraba...

Al evocar este recuerdo, las lágrimas vuelven a correr por las mejillas de la grácil Akemi.

—Quise hablarle del bebé, de mis planes, del hecho de que podía estar seguro de que yo no lo molestaría... Pero me cortó diciendo que más tarde hablaríamos de eso. Añadió que había que disfrutar del momento presente. Tenía razón... Me sirvió una copa de champán, me cogió en sus brazos y contemplamos el sol poniéndose en el Pacífico. Fue un instante mágico, de un romanticismo increíble.

Su mirada se vuelve lejana. Me ha dejado para ir al encuentro de Michael en su mente. Inspira profundamente para darse valor y prosigue su relato.

—Me besó e hicimos el amor. Fue mil veces mejor que en Tokio, el goce en estado puro... ¿Comprende? Esta vez no me hizo daño. Nunca había imaginado que el sexo pudiera dar tanto placer y, además, el nerviosismo me había abandonado, estaba más cómoda para apreciar las caricias de Michael... y tuve mi primer orgasmo.

Aquí el relato se volvía demasiado preciso, habría preferido evitar los detalles. Los celos empiezan a asomar la nariz, pero Akemi está demasiado concentrada en sí misma como para imaginar que puede herirme. Para ella, esta confesión es como el principio de un análisis.

—Era mágico sentirlo dentro de mí. Le di las gracias, le dije que me había hecho sentir el placer absoluto. Se rio de mí cariñosamente y me dijo que había que evitar los términos definitivos como «placer absoluto». Yo estaba un poco ofendida y reiteré lo que había dicho. Acercó su rostro al mío y me hundí en sus ojos azules. Estaba tan guapo... Me dijo que iba a demostrarme que estaba equivocada. Posó sus labios sobre los míos. Fue muy fuerte. Besa tan bien...

Ahora me toca a mí volver a sumergirme en el pasado con cierta nostalgia, pensando en los momentos en que mi lengua y la de Michael danzaban juntas. Pero Akemi me arranca de ese viaje en el tiempo y el erotismo.

—Luego, su rostro se alejó y me besó en el cuello. Era todo suavidad. Siguió besándome por todas partes, en los hombros, en los senos... Era muy sensual. Cuando llegó a mi ombligo, estaba un poco nerviosa. ¿No iba a continuar más abajo?

Akemi querida, tus preguntas eran superfluas: no había duda alguna sobre el destino final.

—Intenté retenerle, tirar de él hacia mí, pero levantó la cabeza y me dijo que confiara en él. Me abandoné y le dejé hacer.

Gran momento de silencio. Akemi detuvo su relato. En este instante, con la mirada en el vacío, da la impresión de estar drogada. ¿Serán los medicamentos? No me atrevo a hablar.

Pero el relato de su vía crucis no ha terminado, aún no hemos llegado al punto culminante que precede a la caída y prosigue con voz tranquila.

—Posó la boca sobre mi sexo. Lo que me hizo después con la lengua y las manos no sabría describirlo, no tengo idea de cuánto duró. Yo gemía, gritaba y me agarraba a las sábanas. Las sensaciones eran tan poderosas que en el momento del orgasmo todo mi cuerpo se tensó y luego se relajó en espasmos sucesivos. No lograba controlarlo, era tan fuerte que lloré. Michael me tomó de nuevo en sus brazos y cogió un trozo de la sábana para secarme las mejillas. Me mantuvo así un buen rato, con la cabeza sobre su torso. Poco después me habló y fue en ese momento cuando me convenció.

Escucharla describir el placer no era una experiencia agradable, pero temo el instante en que va a explicarme cómo Michael la convenció para abortar. Yo sé lo que se siente al compartir una intimidad de ese nivel con un hombre, por poco que se esté atraída por él. Con Michael, la vulnerabilidad se multiplica por cien, por mil. Su encanto natural, su carisma, su belleza, su mirada, su talento innato como amante... todo empuja a beber sus palabras. No me apetece oír lo que pasó, pero Akemi necesita expresarlo.

—Estuvo un largo rato explicándome que no podía tener un hijo, que sería el fin de su carrera. Me dijo que para él dejar de hacer cine sería como morir. La cosa duró y duró. Muy apretada contra él, no podía verle, pero sentía su emoción y no me hizo ningún reproche. Al cabo de una eternidad, se convirtió en una evidencia que yo no podía quebrar su vida imponiéndole ese bebé. ¡Había mostrado tanto amor y gentileza! ¿Cómo podría yo ser egoísta hasta ese punto? Sin que él me lo pidiera, yo le propuse abortar. No me respondió nada, solo me besó en la frente y los párpados. Volvimos a hacer el amor dos veces esa noche. Mi placer no fue más fuerte físicamente, pero había esa emoción entre nosotros. Pensé que por primera vez estaba enamorada. Mis chicos anteriores no contaban. Por la mañana tomamos juntos el desayuno en la terraza. Era una hermosa mañana y la luz sobre el océano era maravillosa... Pero el ambiente era distinto al de la noche anterior. Michael estaba más frío, parecía tenso y le pregunté si algo iba mal. Por un instante recuperó su humor y me dijo que estaba agotado, que era el problema de las chicas jóvenes que hacían el amor con viejos...

Vaya, otra escena que me suena familiar. Michael claramente interpreta la misma canción una y otra vez...

—Luego llamaron a la puerta. Era Robert Stein, el abogado, y yo no estaba precisamente encantada de verle. Michael me explicó que en Estados Unidos era mejor firmar papeles para evitar problemas legales. No entendí realmente lo que quería decir con eso, pero el abogado me enseñó distintos contratos que yo tenía que firmar. Había uno que decía que el aborto era decisión mía; otro que decía que no revelaría nada a nadie de mi relación con Michael... A cambio, ellos se hacían cargo de todos mis gastos de clínica, mi billete de vuelta a Tokio y me ofrecían también una suma de diez mil dólares para «permitirme alguna cosa» que me «hiciera ilusión».

¡Diez mil dólares para resarcirla de un aborto! Carolina estaba en lo cierto: la generosidad de Michael es de geometría variable. Debería sentirme feliz por haber obtenido cincuenta mil por mi interpretación del papel de novia de Charlie durante apenas quince minutos.

—Yo ya no tenía ganas de firmar, pero lo hice a pesar de todo. Michael afirmó que vendría a verme a la clínica. Nos separamos casi una hora más tarde y me regaló una medallita de plata que representa a san Miguel, para que me diera valor en esta prueba.

No puedo creer el cinismo de este hombre. ¿San Miguel no es el arcángel, jefe de todos los ángeles, que derrotó al diablo? ¿El símbolo de la lucha contra los demonios? Creo que hay un enorme problema de reparto de papeles. Si Michael quisiera un papel en esta película, ese sería el de Satán, no el de arcángel.

—Después todo sucedió muy deprisa. Vinimos a esta clínica donde nos encontramos en este momento. Me instalaron bien y Robin se quedó conmigo todo el día. Mi habitación se había transformado en su segundo despacho. Me habló de las películas que iba a rodar Michael y me dijo

que le vería con frecuencia en los distintos preestrenos en Tokio. Se quedó a cenar conmigo... Esa fue la última vez que vi a alguien del círculo de Michael hasta ahora.

—¿La operación fue a la mañana siguiente?

—Sí, todo fue muy deprisa. Me pusieron anestesia general, pero dura muy poco. Me desperté en el quirófano, miré el reloj y eran las nueve menos cuarto. Solo tuve tiempo de hablar unas palabras con el médico, que quería comprobar que todo iba bien. Me llevaron a la habitación. Me sentía vacía y pensé que había perdido a mi bebé.

Las palabras son sencillas, no cae en el patetismo pero por eso la situación es aún más terrible. La desdichada muchacha tuvo que decidirse a sufrir un aborto contra su voluntad. Soy una mujer moderna y una ferviente admiradora de Simone Veil, que permitió la legislación del aborto, pero en el caso de Akemi se trata de un verdadero homicidio. No obstante, prefiero guardar para mí estas reflexiones y atenerme a los hechos.

—¿Salió esa misma tarde?

—No, quisieron que me quedara en observación veinticuatro horas más. Dormí mucho y vi la televisión. Esperaba una visita de Michael, como me había prometido.

Silencio. Esta parte ya la conozco.

—No vino. Robin, que había estado muy amable la víspera, brilló también por su ausencia. Estaba decepcionada y triste. El día siguiente fue largo y aburrido. Cuanto más pasaba el tiempo, menos creía en una posible visita... Hacia las seis, me enteré por E! Entertainment de que los Brown iban a celebrar su aniversario de boda. Entrevistaban a Michael con su mujer del brazo. La periodista los felicitaba por la duración de su unión, cada vez menos habitual en Hollywood, pero él se hizo el modesto diciendo que era fácil no mirar a ninguna otra mujer cuando se tenía la suerte de estar casado con Carolina Sanchez. Hacía menos de setenta y dos horas que me había hecho el amor tres veces. Comprendí entonces que me habían engañado y que se había eliminado una vida en formación para nada, para salvaguardar una falsa imagen.

—¿Qué hizo entonces?

—Llamé al médico y le exigí que me dejaran salir. No estaba convencido, pero como insistí, se conformó con hacerme firmar una exención de responsabilidad.

—¿Y una vez fuera?

—Empecé por tirar la medalla de san Miguel a una papelera.

—Bravo, eso había que hacerlo.

Esbozó una sonrisa, la primera desde hacía un buen rato.

—Sí, eso creo. Me hizo bien, pero no era suficiente. Decidí destruir su vida como él había destruido la mía. Creo que en vuestra religión hay un precepto que dice «ojo por ojo y diente por diente».

—Es lo que llaman la ley de Talión.

—Pues bien, esta vez decidí aplicársela al señor Brown. Busqué su dirección en internet, conseguí el Valium y el whisky, y me fui a su casa. El resto de la historia ya la conoce tan bien como yo. Fracásé...

Me mira y su mirada me traspasa.

—... por su culpa.

Acuso el golpe. Pensaba que me lo agradecería, no que me haría una acusación.

—Se lo he dicho, él no merece que usted se suicide. Tiene la vida por delante, aunque por el momento el futuro se vea oscurecido. Volverá a amar, conocerá a alguien que la merecerá y sus sentimientos serán recíprocos. Y lo más importante, alguien con quien tendrá hijos.

—Puede ser... pero él seguirá haciendo estragos y quedará impune.

En esto seguramente no se equivoca.

—Pero, Akemi, aun si hubiera logrado suicidarse, él la habría hecho pasar por una histérica, no tenía ninguna posibilidad.

—Quizá. Pero si me hubiera quedado con el niño...

O si hubiera reclamado un test de ADN para el feto, pero ni siquiera la interrogo para saber si lo ha hecho. ¿Cómo podría una joven inocente de diecinueve años ser lo bastante astuta para pensar en ese tipo de cosas?

—¿Sabe? Yo creo que algún día la verdad saldrá a la luz y que todas las mujeres que han sufrido los asaltos de ese depredador quedarán vengadas.

Si hay una cosa en la que no creo en esta vida es en la justicia inmanente. Pero en el momento de pronunciar estas palabras, creía en ella al mil por ciento. Estaba tan convencida que me gané su adhesión.

—Sí, Ophélie, es posible... Quizá tenga razón.

En ese momento se abrió la puerta y una enfermera puso fin a mi visita. Prometí a Akemi que volvería a verla.

Para quedarme más tranquila, antes de abandonar el hospital pedí ver al médico que atendió a mi nueva amiga para conocer el diagnóstico y saber si habría secuelas.

Diario de Ophélie

19 de abril, 18 h

Acabaré por pensar que Akemi tenía razón: Michael merecería una bala entre los ojos y lamento no haber cogido un arma. Ahora estoy sola en casa como una idiota y existe el riesgo de que continúe así. Quizá lo haya perdido todo.

La entrevista con el médico fue tranquilizadora y al mismo tiempo constituía el colmo de la hipocresía.

Me dio una respuesta alentadora sobre el estado de Akemi.

—No se preocupe, señorita. Su amiga podrá salir ya mañana. Le hicimos un lavado de estómago y el Valium no es un medicamento demasiado fuerte.

—Pero respecto a su aborto, ¿no hay riesgos para la convalecencia?

Se cerró como una ostra.

—No puedo darle más detalles, el secreto médico me lo impide... Una vez más, todo va bien.

Entonces abordé la delicada cuestión económica.

—Por lo que se refiere a los gastos, no estoy segura de que pueda pagar y no tiene seguro en Estados Unidos.

—No se preocupe. Se han encargado de todo hasta su salida.

—¿Quiere decir que Michael Brown va a pagar la factura?

Pareció sorprendido. O bien se merecía un Óscar por su interpretación magistral del asombro, o bien no sabía nada. Más bien creo lo segundo.

—No, en absoluto. El doctor Bradley se encargó personalmente de solucionarlo. Ahora, si tiene la bondad de disculparme, debo seguir viendo a mis pacientes.

La mención de Michael le hizo huir y me quedé de una pieza. Una vez más, habían logrado bloquear el sistema y controlar la información.

Al salir del hospital, estaba muy preocupada por Akemi. Tenía miedo de que esperara a volver a Japón para repetir su intento y esta vez conseguirlo. Pensé que el único que podía hablar con ella y persuadirla de vivir era el que la había arrojado a la desesperación, Michael.

Le mandé un SMS a Charlie.

«Voy a casa de tu hermano. Quiero hablar con él del intento de suicidio de ayer.»

Recibí una respuesta al cabo de diez minutos.

«No es una buena idea. Ven primero a mi casa para que hablemos.»

«No. Se trata de salvar una vida. Tengo que verle.»

«Espérame al menos. Iremos juntos.»

«Demasiado tarde. Estoy ya en el taxi y llegando a Brentwood.»

«Voy a tu encuentro. Pero te lo suplico, no entres antes de que yo llegue.»

Cuando el taxi me dejó delante de la verja, estuve tentada de hacer caso a Charlie, pero renuncié al pensar que trataba de disuadirme. Como lo que me esperaba no iba a ser nada divertido, tuve miedo de que me dejara sin el poco valor que ya tenía.

Inspiré profundamente y llamé. Había una cámara mirándome con su ojo muerto. La impresión era escalofriante.

Tras unos segundos, salió una voz del interfono.

—¿Sí?

—Ophélie Delacour para Michael Brown.

—Un momento.

De hecho tuve que esperar unos minutos para que las puertas se abrieran, pero solo había pasado el primer control, el más fácil. Dentro de la propiedad me esperaban dos personas de la seguridad. Reconocí a Joss, el hombre que me persiguió por los pasillos de la casa, que venía acompañado de una mujer con traje pantalón negro.

—Buenos días, señorita. El señor Brown la recibirá. ¿Tendría la bondad de permitir un cacheo que le hará mi colega?

Primero me tomé esta pregunta incongruente en tono de broma.

—No había caído en la cuenta de que iba a coger el avión...

Joss y su colega no esbozaron ni el asomo de una sonrisa, los dos tan amables como un oso con malas pulgas.

—¿Es una broma? No tendrán la intención de cachearme...

—Son las órdenes. Esta noche el señor Brown organiza una fiesta importante con famosos y no podemos correr el riesgo de dejar entrar aquí a cualquiera.

—Pero yo conozco bien a Michael, compruébalo con él.

—La orden viene de él, señorita.

Recibo esta información como un enorme gancho en el estómago. Me cuesta respirar. Quizá sea mejor seguir el consejo de Charlie y renunciar, pero no, no puedo, no tengo derecho a hacerlo.

Hago una pregunta por principio:

—¿Y si me niego?

—No podrá entrar en la casa.

—Vale, pues adelante.

La mujer me hace separar los brazos y las piernas. Me pide que me quite los zapatos y se los tiende a su superior; luego me registra a conciencia, empezando por los tobillos y hasta el cuello.

Joss tiene otra pregunta.

—¿Puedo mirar en su bolso, señorita?

No voy a negarme a eso después de aceptar el cacheo.

—Adelante.

Se inclina para coger el bolso pero de pronto tengo una idea.

—Espere, no toque el bolso. Espere a que yo pueda comprobar lo que hace.

Parece sorprendido. Ahora me toca a mí actuar de manera humillante. Adopto un tono impertinente.

—A fin de cuentas no le conozco y no es un policía. Bien podría ser un antiguo miembro de una banda e introducir droga entre mis cosas sin que me dé cuenta.

Se puso pálido, escandalizado por el insulto.

—Señorita, esa es una idea absurda.

—No más que la de creer que puedo llevar un arma...

Joss ha recuperado la calma y el autocontrol.

—No buscamos armas...

Ahora soy yo la sorprendida, pero entonces, ¿por qué esas medidas de precaución? ¿Es solo una manera de humillarme y establecer un poder psicológico sobre mí? Me cuesta creerlo. Son tantos, tan experimentados, tan perversos y yo estoy tan sola...

Abro el bolso. Joss saca todos los objetos uno por uno y los examina. Acaba por señalarme el iPhone.

—Si tiene la bondad de apagarlo, vamos a guardarlo durante el tiempo de su visita.

Cuando me dispongo a emitir otra protesta, se hace la luz en mi mente. Todo adquiere sentido: el cacheo, la confiscación del iPhone... Tienen miedo de que grabe la conversación con Michael.

¡Qué agradable, la paranoia!

Es hora de acabar con esto. Le tiendo el móvil y a continuación me conduce a la casa. Estoy en un estado de nerviosismo extremo. Ha sido una verdadera locura lanzarse así a la boca del lobo.

Cuando me hace penetrar en el salón gigantesco que da al golf, me siento tan sola como Tom Cruise en la escena principal de *Eyes Wide Shut*, donde se ve enfrentado al gran maestro rodeado de todos sus discípulos, ocultos tras las máscaras venecianas.

En mi caso, el gran maestro es Michael, rodeado de Carolina, Robert y Robin. No llevan máscaras pero su sonrisa glacial y su cortesía forzada les hacen tan intimidantes como los personajes de la película de Kubrick.

—Buenos días, Ophélie. No pensaba volver a verte aquí, aunque tu visita al Cedars-Sinai demuestra que eres capaz de todo.

¡Sabe dónde he estado esta mañana! Esto es peor que la CIA... Se lo ha dicho el médico, seguramente. Pero ahora que he pasado todos los controles de seguridad, mejor permanecer tranquila para evitar que me expulsen.

—Buenos días, Michael. Era normal que fuera a informarme sobre Akemi. Pensaba que tú habrías hecho lo mismo.

Me mira sonriendo, pero no es la sonrisa que me hizo rendirme y enamorarme. No quedaba nada cálido ya, solo una fachada de cortesía.

—¿Quién te dice que no me he pedido noticias tuyas?

—¿Al médico que te ha informado de mi visita?

—Por ejemplo... o a otro, eso no tiene ninguna importancia.

Su arrogancia es insoportable y tengo que hacer un esfuerzo para no perder de vista el objetivo de mi visita.

—Michael, tienes que ir a verla como sea. Solo tú puedes impedir que vuelva a intentarlo.

Robin y Robert dan un salto de diez metros al oír mi petición, pero Michael los calma con un gesto de la mano. Es increíble su poder sobre estos hombres, parece un número de marionetista.

—Sabes muy bien que es imposible, no puedo hacer eso.

—¡Pero la has dejado embarazada! ¡Es una locura!

Carolina interviene por primera vez:

—Hay que reconocer que a Ophélie no le falta razón en esto, Michael.

¡Ah, una aliada inesperada! En esta situación delicada no le hago ascos a ninguna ayuda. Pero

Carolina continúa:

—Has sido un loco, realmente, al meter tu polla dentro de esa china sin protegerte.

¡Qué salida desdeñosa y racista! En cuestión de apoyo ¡como para contar con ella! La respuesta de Michael brota con violencia:

—¡Deja de joderme! ¡Esa estúpida me dijo que era virgen y que tomaba la píldora!

Por primera vez desde que nos conocemos oigo palabras groseras de la boca de la *star*, un elemento más para hacer caer la estatua de Michael Brown del pedestal en que la había colocado.

A Carolina no parece que la haya chocado y vuelve a leer su ejemplar de *Vogue* como si nada.

Ignoro esta respuesta que no ayuda en absoluto y trato de sensibilizar a Michael sobre su responsabilidad con respecto a Akemi.

—Michael, no puedes dejarla marchar así, con diez mil dólares en el bolsillo como único consuelo por su bebé perdido. Moralmente es indefendible.

Una voz femenina me interrumpe a mi espalda.

—Esa necesidad de imponer la propia moral al resto del mundo cuando uno mismo está lejos de ser irreprochable es muy francesa.

Mierda, Amy se presenta en el peor momento. Ignoraba que la actriz inglesa estuviera de regreso en Los Ángeles.

—Amy, no conoces la situación, quédate al margen.

—No sé, te he oído hablar de algo moralmente indefendible. ¿Te referías a las chicas que fingen ser amigas para robar mejor a los novios de otras? ¿Cómo las llaman en París? ¿Zorras?

Utiliza el término francés, *salopes*. Su tono es sarcástico y no puedo reprochárselo; los hechos son irrefutables.

—Escucha Amy, puedo explicártelo, pero ahora no; no es el momento adecuado.

Carolina levanta los ojos de su revista.

—No se preocupe por nosotros, Ophélie. Yo ya he terminado de leer mi *Vogue* y me interesa saber cómo sitúa usted esta *liaison* con mi cuñado en su escala de valores. Finalmente, bajo su apariencia de mosquita muerta es usted temible. Empieza por acostarse con un hombre casado y luego encadena con su hermano, que a su vez está prometido. Menos mal que el señor Brown padre se limitó a dos varones. Imagínese que tuviera cuatro o cinco. ¡Habría sido una verdadera carnicería!

Me encuentro hundida por el número de oponentes y su agresividad verbal, pero Carolina, que me trata de arrastrada, me motiva para contratacar.

—Parece que olvida que tuve una relación con Michael solo porque la sorprendí a usted haciéndole una mamada a mi novio en el *jacuzzi*.

Sonríe divertida.

—Es verdad, se me había olvidado. ¡Ese momento fue divertido! El joven francés estaba excitadísimo cuando encerré su polla entre mis tetas, algo que usted no puede hacer.

Se detiene un instante antes de proseguir con ironía:

—En cambio, debería tragar. Es una cosa que les gusta tanto a los hombres... Christophe me hizo reír mucho cuando me explicó cómo usted corría al cuarto de baño para escupirlo.

Enrojezco de vergüenza y de confusión. Ah, Christophe, ¿por qué tuviste que explayarte así? ¿Por qué hablar a otros de nuestros momentos más íntimos? No te imaginabas la perfidia de esta gente y, para ser sincera, yo tampoco.

Amy vuelve a la carga.

—Te dije que le amaba y me prometiste que hablarías en mi favor. En lugar de eso, te acuestas con él... Creía que éramos amigas. ¿Cómo has podido hacerme una cosa tan horrible?

Tiene la voz de una persona rota, está al borde de las lágrimas y yo misma no estoy lejos, tampoco. Michael habla con sarcasmo.

—Es verdad, Ophélie, ¿cómo has podido?

Tiene una sonrisa deslumbrante, sus ojos me traspasan. Es de una belleza arrasadora.

Estoy a punto de sucumbir a todos los asaltos sucesivos y voy a derrumbarme de un momento a otro.

—Ya basta, Michael, ya soy mayor, no la culpes de mis errores. Es un problema entre Amy y yo.

—¡Charlie!

Mi alivio es tal que he gritado al oírlo. Ya no estoy sola, él está aquí para defenderme.

Michael trata de mantener un tono jocoso pero noto una ligera irritación.

—Charles, eres demasiado mayor para jugar al caballero andante que viene a salvar la virginidad de la bonita damisela. Ophélie ha superado ampliamente esa fase, puedes creerme. Y al contrario de lo que pretendes, sabes muy bien que vuestro *affaire* concierne a bastante más gente que a vuestras dos personitas e incluso a nuestra pobre amiga inglesa.

Su tono es de una condescendencia y de una arrogancia insoportables.

—La película que estás terminando ha costado más de ciento diez millones de dólares y supera en unos quince millones el presupuesto inicial...

Charlie le interrumpe. Su voz es insegura, siento que está afectado.

—Sabíamos que esa película no podía hacerse con menos de ciento diez. Me dijiste que no era importante, que se podía aceptar una estimación de menos de cien y que el estudio no pondría problemas hasta ciento veinte.

Michael lo corta con un gesto de la mano.

—Eso no quita que sea un presupuesto enorme para una primera película y que el gasto superado refuerza la presión sobre ese film. Tiene que funcionar. Si no, ya puedes decirle adiós a la dirección.

Robin, que aún no se ha pronunciado en las diatribas entre los Brown, Amy y yo, interviene entonces. Es normal, la comunicación es su terreno.

—Charlie, como ni Amy ni usted son conocidos, hemos montado toda la comunicación de la película sobre su historia de amor. Si se anuncia la ruptura justo antes del estreno será catastrófico.

Michael tiene toda su atención puesta en las palabras de su consejero de comunicación y está en la gloria.

—Elegiste a Amy para la película, Charles. No te lo reprocho, la idea era excelente: es una magnífica actriz con un brillante porvenir...

Miro a Charlie. No demuestra nada, pero sé que no está de acuerdo con eso.

—Después saliste con ella, ignorando todas las normas de prudencia más elementales sobre la separación entre vida profesional y personal.

Robert no puede evitar un aparte a media voz:

—*Don't shit where you eat...*⁵

Decididamente este abogado no tiene ninguna clase. La observación hace sonreír a Michael pero no a Charlie, cuyos maxilares se crispan.

—Fíjate, mi querido Charles, no te reprocharé tampoco esta decisión, ya que Amy es de una belleza y una elegancia fuera de lo común. No creo que nadie haya influido en estos dos acontecimientos de tu vida y hemos respetado tu libre albedrío, aunque hacías recaer un riesgo sobre centenares de personas. Ahora no puedes echarlo todo a perder por una historia de sexo con una francesita.

Charlie contesta, pero el tono y los términos son débiles.

—No voy a arruinarlo todo, Michael. No es eso lo que decidirá el éxito de la película...

Michael salta, en sentido propio y figurado, y se acerca a su hermano.

—Tú no sabes nada. Cuando Elizabeth Taylor y Richard Burton tuvieron una aventura en el rodaje de *Cleopatra*, transformaron un éxito de taquilla en una catástrofe absoluta. La película habría hecho que la Fox se fuera a pique si Darryl Zanuck no hubiera producido *El día más largo*.

—No fue el único motivo que hizo de la película un fracaso. Olvidas el rodaje abortado en Londres, el traslado a Cinecittà, el cambio de director... Todo eso en una película de dos millones que acabó costando diecisiete.

—No importa. Tú no eres Mankiewicz y Amy no es Elizabeth Taylor, sin querer ofenderla, Amy.

Amy hace un gesto con la mano para mostrar que no se siente insultada. De todos modos tiene la mirada perdida, está en otra parte.

Charlie capitula.

—De acuerdo, tendré cuidado, ya os lo he dicho.

—¿Has informado a Ophélie?

La respuesta de mi «enamorado» es insegura.

—Sí, le hablé de ello a grandes rasgos.

Siento que hay una trampa, no me gusta nada y la sonrisa de Michael no me tranquiliza en absoluto, más bien todo lo contrario, y su voz, de repente tan dulce, menos aún.

—Quizá sería preferible ir más allá de los «grandes rasgos» y entrar en el detalle. ¿Y si pidiéramos a Robin que nos expusiera las medidas a adoptar?

Charlie no contesta nada y no se atreve a mirarme. Me vuelvo hacia Robin, que ha cogido una hoja de papel. De un vistazo me doy cuenta de que soy la única que no está enterada de lo que se va a exponer. Carolina tiene una sonrisa divertida, en la mirada de Amy hay un brillo de esperanza y Robert tiene su aspecto rapaz de abogado californiano.

—Las medidas que voy a resumir se aplicarán hasta el 4 de septiembre, o sea, dos meses después del estreno de la película, con el fin de no echarla a perder ni en Estados Unidos ni en el ámbito internacional.

¡El 4 de septiembre! Dos meses más de lo que había anunciado Charlie. Eso significa cuatro meses y medio viviendo en la clandestinidad.

—Durante este tiempo, Amy vivirá en casa de Charlie. En los viajes para promocionar la película, deberán dormir los dos en la misma habitación. Si es una *suite*, tendrán que cuidar de dormir en una sola cama. Se supone que el personal de los hoteles tiene una cláusula de confidencialidad, pero no podemos correr riesgos.

¡No puede ser verdad! ¡Van a dormir en la misma cama! Me he quedado sin palabras. Sin pensarlo me vuelvo hacia la joven inglesa, que me mira con una sonrisa y una seguridad recuperada.

—Por lo que respecta a Ophélie y Charlie, no podrán verse en sus domicilios respectivos. En las salidas, no podrán verse nunca en un grupo menor de diez personas, incluidos ellos mismos, y nunca podrá ser en ausencia de Amy.

¡Qué maravilloso romanticismo! Amy tiene una mirada triunfante y lo peor está por llegar:

—Para los momentos de intimidad, os informaremos sobre tres hoteles de los que estamos seguros...

Michael me dirige una sonrisa irónica.

—Puedes estar tranquila, Ophélie. Esos hoteles, aunque no sean tan elegantes como el Shutters on the Beach, tampoco son hoteles de paso.

Robin prosigue como si no hubiera notado la interrupción de su jefe.

—Tendrán que llegar y marcharse por separado y no comunicar nunca su identidad. Las estancias nunca deberán superar las dos horas y siempre, sin excepción, deberán terminar antes de las siete de la tarde.

Michael disfruta con la situación y añade un toque de humor de mal gusto:

—Tendréis la tarifa de las parejas ilegítimas, es más barato.

Esta vez no voy a dejarlo pasar.

—Supongo que eres un experto en esta categoría particular de la parrilla de precios de los hoteles, Michael.

Mi ironía no le afecta y hasta le hace reír.

—Sabes que trabajo demasiado para poder dedicar el día a este tipo de diversión. Prefiero la noche, estoy más inspirado...

Y sin ningún pudor me hace un guiño al asestarme estas palabras. Estoy escandalizada. Charlie tiene la mirada apagada, preferiría que estuviera más combativo.

Robin termina su exposición:

—No es necesario decir que las partes se comprometen a no revelar nada de estas disposiciones. Amy y Charlie han dado ya su conformidad. Solo queda usted, Ophélie.

¿Charlie ha aceptado? ¿Cómo ha podido? ¿Cómo creer que nuestra pareja va a resistir este trato? ¡Es peor que la cárcel! Verse dos o tres días por semana para echar un polvo... ¡Gracias pero no!

Robert sale de su mutismo.

—Señorita Delacour, le he preparado un acuerdo de confidencialidad que resume lo que le ha explicado Robin. Ya conoce este tipo de documentos porque ya ha firmado algunos con nosotros. No le sorprenderá...

Es demasiado para mí. El registro a la entrada, la confiscación de mi iPhone, las palabras insultantes de los Brown, los ataques de Amy, estas medidas absurdas... De pronto, me desmorono y no es llanto lo que viene, sino un ataque de risa nerviosa. Exploto bajo la mirada confusa de todas las personas presentes. No puedo contenerme; me duelen los costados y se me salen las lágrimas, pero al cabo de un momento, recupero el aliento para contestar:

—Y supongo que si no firmo, Charlie y yo no podremos volver a vernos, ¿verdad?

Robert tiene la mirada satisfecha del profesor cuya alumna ha entendido la lección.

—Exactamente.

Recupero el dominio de mí misma.

—Está fuera de toda discusión que firme ese documento o que acepte las necesidades que han expuesto.

La reacción de los hermanos Brown es opuesta: Charlie parece haber envejecido diez años, mientras Michael está cada vez más divertido. Robert sigue hablando en términos prácticos.

—¿Comprende que esta decisión va a poner fin a su relación con Charlie?

—No le corresponde a usted decidir este tipo de cosas. Hablaré de esto con el interesado en el momento oportuno. En este momento tengo algo más importante que tratar... Michael, una vez más, te suplico que hagas un gesto por Akemi. Podrían traerla aquí discretamente...

Robin me interrumpe.

—¡Está loca! ¡De ninguna manera!

—Entonces, coge una habitación en el Shutters, aunque solo para hablar con ella, reconfortarla y darle una perspectiva, un futuro.

Me vuelvo hacia Robin.

—Pienso que no tendrá problemas. Usted mismo llevó a esa pobre chica a ese mismo hotel para que Michael la persuadiera de aceptar el aborto.

—No tiene nada que ver, las circunstancias han cambiado. En ese momento, el peligro habría sido no organizar ese encuentro; ahora es lo contrario y no deseo que Michael corra ese riesgo inútil.

Un «riesgo inútil». ¿Cómo se atreve? ¿La vida de esta joven no merece un encuentro de dos horas en privado? Michael no puede ser tan insensible. Recuerdo que había sido generoso conmigo después de lo de Venecia.

—Michael, solo un breve encuentro, un gesto de humanidad.

Mantuvo la sonrisa y la inflexibilidad.

—Ophélie, estoy atado de pies y manos. Mi director de comunicación se niega a que vaya, pero no te preocupes, no le pasará nada a tu japonesa. No te puedes imaginar la cantidad de grupis que hacen chantaje con el suicidio.

Me pongo a gritar.

—¡Pero aquí ya no estamos en el nivel del chantaje! ¡Lo puso en práctica y puede volver a intentarlo!

Silencio general. Ya comprendo, no harán nada. No importa, tengo que llegar hasta las amenazas si quiero conseguir un resultado. Ahora, con la voz calmada, añado:

—Supongo que han visto la película *Los idus de marzo*. ¿Recuerdan que George Clooney acepta las reivindicaciones de Ryan Gosling para que este no revele que ha dejado embarazada a una becaria?

Robin y Robert están dispuestos a estallar, pero Michael hace ese gesto con la mano que los conmina a callarse.

—Tú eres una cinéfila, Ophélie. Recuerda que en esa película el chantaje solo funciona porque el personaje de Ryan Gosling dice haber encontrado una nota manuscrita de la joven después de su suicidio. Tú no tienes nada. La japonesa no dirá nada puesto que ha firmado un acuerdo de confidencialidad. De todos modos, no tiene ninguna prueba de que yo sea el padre...

—Pero yo podría dar testimonio, contar el suicidio fallido y el motivo que la ha llevado a cometer semejante acto.

—El testimonio de la ex novia de mi hermano, que la ha largado por una joven inglesa más bonita y más distinguida... Nadie te creerá, todo el mundo pensará que es una venganza de tres al cuarto.

—Tal vez sí y tal vez no... En la película en cuestión, Stephen Meyers dice: «No me importa que sea o no verdad. Solo quiero oírsele negar». Es un buen análisis de la comunicación moderna, y esto es aún más cierto con las redes sociales. Que me crean no es importante, el daño estará hecho. Tendrás que responder en la televisión y en la prensa. Aunque logres convencer a una parte de la población, se habrá levantado oleaje y tu imagen quedará alterada para siempre.

El silencio ha transmutado y la atmósfera se ha vuelto pesada por mis palabras.

—¿Recuerdas el ruido mediático alrededor de la desafortunada dedicatoria de tu libro? Imagínate lo que podrán escribir sobre una historia de aborto y tentativa de suicidio en la piscina de la estrella...

Un tic nervioso deforma el rostro del abogado. Robin, por su parte, no puede ocultar su inquietud. En cuanto a Michael, hay que reconocerle una extraordinaria sangre fría. No ha pestañeado, su sonrisa está intacta. Hace un mohín.

—Quizá tengas razón, pero es una estrategia kamikaze y será un verdadero tsunami que también te arrastrará a ti.

Me mira fijamente con sus ojos, esos ojos que me inspiraron tanto amor, tanto placer y esperanza de una vida distinta. Pero eso era antes... Ahora son dos rayos láser.

—Ophélie, da la sensación de que tu propia suerte te es indiferente y todo eso por una joven a la que casi no conoces. También vas a reventar la carrera de Charlie y la de Amy. Si robarle a su novio no te ha planteado ningún problema de conciencia, no creo que te importe arruinar su futuro. En cambio, estoy sorprendido de tu actitud hacia mi hermano. Hace una semana había una luna de miel...

Me vuelvo espontáneamente hacia Charlie. Ha levantado la cabeza y tiene la mirada triste. A pesar de la ira que siento, me parte el corazón. Si me cogiera la mano y me llevara fuera de este maldito lugar, olvidaría mis amenazas y mi voluntad de obligar a Michael a ocuparse de Akemi.

Pero mi enamorado no se mueve. No reacciona ante la espada de Damocles que yo misma he levantado sobre su cabeza, como tampoco lo hizo cuando Robin expuso las medidas inaceptables para nuestra relación. No sé si está enfadado conmigo, si me apoya en mi voluntad de hacer cosas justas o si lo único que le preocupa es simplemente su película y su propia persona.

Mi decepción va mucho más allá de la comprensión. Yo veía a Charlie como un ser fuerte y equilibrado, el lado luminoso de la familia Brown por oposición al lado oscuro de Michael, y he descubierto, en el mejor de los casos, a un muchachito que no sabe cómo reaccionar ante una disputa de sus padres, o peor, a un cobarde y un egoísta.

Mirándole a los ojos pronuncio las palabras que firman una declaración de guerra.

—Aquí estamos en el momento de la verdad, en el que cada cual debe seguir el dictado de su conciencia. Que pase lo que tenga que pasar...

Es teatral, grandilocuente y roza el límite del ridículo, pero produce su efecto.

Michael se levanta con el rostro desfigurado por la ira.

—¿Cómo te atreves a venir a amenazarnos en mi casa? ¿Pero por quién te tomas, pequeña estúpida? ¡Tú no eres nada! ¡Te aplastaré como un mosquito! ¡Nunca jamás trabajarás en Hollywood! ¡Además, tampoco trabajarás en ninguna parte en el ámbito del cine! ¡Acabarás de cajera en un supermercado de tus jodidas afueras!

Michael vomita eso y, por primera vez desde que nos conocemos, su belleza está opacada por la rabia que le devora. En Deauville le había visto expresar su ira contra Vincent, el secretario de prensa, pero mantenía cierta nobleza. Aquí es distinto: es aterrador, horrendo.

Cuando llega a un metro de mí, tengo la impresión de que va a golpearme. No debo de ser la única, pues Charlie al fin sale de su letargo.

—Michael, ya basta, hay que calmarse. Todo el mundo está diciendo cosas que van más allá de lo que piensa.

El celeberrimo actor recupera el control.

—De acuerdo, Charles, pero sácala fuera de mi vista. No quiero volver a verla en mi casa.

Entonces se vuelve hacia mí.

—Ophélie, tienes veinticuatro horas para recuperar el sentido común. Si en ese plazo no has entrado en razón, te vas a encontrar en un avión con billete de ida a París...

No contesto nada, no hay nada que añadir. Charlie me coge del brazo y me lleva hasta la salida.

Joss, delante de la puerta, me devuelve mi móvil y me pide un taxi.

La espera con Charlie es interminable, nos quedamos un rato largo en silencio.

Estoy exhausta y le hablo con una voz casi inaudible:

—¿Cómo has podido, Charlie? ¿De verdad crees que nuestra historia tiene una sola posibilidad de sobrevivir a esta situación? ¿Verse en un hotel de baja categoría dos veces por semana?

—Ophélie, no era definitivo, se podría renegociar.

No puedo creerlo. Le hablo de amor y él me habla de *business*.

—¡«Renegociar»! ¡Espero que estés hablando en broma! ¿Cómo permites que te dirijan así la vida?

—No es ese el caso. Tratan de aconsejarme y es probable que tengan razón en la promoción de la película. Tú sabes que esa película es muy importante para mí y si no pudiera dirigir nunca más creo que mi vida sería un fracaso.

En ese caso, obviamente... En una pulsión suicida hago la pregunta del millón:

—¿Es más importante que yo? ¿Yo no cuento para ti?

Su mirada refleja pesar y se toma tiempo para contestar:

—No es comparable. Tú sabes que cuentas muchísimo para mí...

—No tanto como la película, a juzgar por tu reacción durante la discusión. O más bien, por tu falta de reacción.

—No pensaba que tuviera que elegir. Me parecía posible conciliar ambas cosas.

—Hablas en pasado. ¿Estás diciendo que esta posibilidad ya no existe?

—Dependerá de lo que tú decidas de aquí a mañana...

¡Me deja! Ha elegido su campo y prefiere el lazo de sangre al amor.

Me quedo muda en mi dolor. Podría habérmelo imaginado, pero oírlo expresar así lo hace todo más difícil.

Atenúa sus palabras, pues ha debido de leerlo en mis ojos.

—No es un chantaje ni una medida de represalia...

—¡Pues tiene todo el aspecto de serlo!

—No, es solo una visión realista de las cosas. Cuando la prensa se desate enfurecida sobre Michael, e indirectamente sobre la película, Amy, tú y yo... Eso sí será un huracán que nuestro amor no resistirá.

—¿«Nuestro amor»? ¿Aún existe?

Tenía la impresión de que tenía dos balas en la cabeza.

—Ophélie, no hay que verlo todo negro. En todas las familias hay historias, todo puede olvidarse.

De pronto tengo deseos de aferrarme a esta lucecita de esperanza.

—Pero vas a vivir con Amy durante cuatro meses y yo estoy segura de que ella te sigue amando e intentará recuperarte.

—No tiene ninguna posibilidad. Mi corazón ya tiene dueño.

Estas palabras cubren con un velo todos los horrores que se han dicho y el cielo me parece menos sombrío.

Llega el taxi. Solo me queda una cosa que pedirle.

—Y en cuanto a Akemi, Charlie, ¿podrías persuadir a Michael para que se ocupe de ella?

Su rostro se ensombrece.

—Pero ¿qué es esta obsesión por esa chica? Ya te he dicho que yo no me meto en la vida de mi hermano. Ha sido bastante claro al respecto.

—Muy bien, olvídale, pero yo no dejaré a esa chica sola sin asistencia.

Subo al coche y estoy tan decepcionada que tengo una pulsión autodestructiva antes de cerrar la puerta.

—A Charlie, el hombre que amaba, el que conocí hace nueve meses, no le importaban lo más mínimo la gloria y la celebridad. Defendía a las jóvenes frente a su hermano. Sí, quizá tú lo has olvidado, pero yo no. Cada vez que Michael pisoteaba mis sentimientos, tú estabas allí para levantarme. Yo amaba a ese hombre que tenía ideales y no creo que tenga fuerzas para esperar a que vuelva. Te deseo mucha suerte en tu carrera de director. Lamentablemente, no puedo prometerte que vaya a ver tus películas, sería demasiado difícil.

—Ophélie...

Demasiado tarde. Cerré la puerta y le indiqué al chófer que arrancara.

Solo me dio tiempo a ver cómo Charlie se descomponía antes de marcharme. Sabía que entre nosotros todo había acabado y yo lo sabía también.

Durante los treinta minutos de trayecto, tuve todo el tiempo para volver a pensar en estas últimas veinticuatro horas. Por un instante lamenté haber ido a la fiesta que organizaron los Brown. Si hubiera acompañado a Laure a tomar una copa con la sexóloga no estaría así, seguiría estando con Charlie y podríamos vivir nuestra pasión nueva. Pero Akemi estaría muerta y los helicópteros de las cadenas de noticias girarían por encima de la propiedad de los Brown. Sueño con revelar al mundo la cara oculta de Michael, pero no al precio de la vida de una joven y ni siquiera estoy segura de que al actor le salpicara el escándalo. Habrían dictaminado que fue un suicidio de una grupi chiflada y quizá nunca se llegaría a saber de su embarazo.

Michael destruye todo a su alrededor mientras él mismo parece intocable. A mí me rompió el corazón tres veces: primero, personalmente, pero también con Christophe y ahora con Charlie.

Cuando llegué a casa me alegré al ver a *Romeo*, mi ancla en la tempestad. Tenía el corazón oprimido, pero conseguí no llorar. Bueno, casi. Descubrí un jersey que Charlie había olvidado en mi habitación e instintivamente apoyé la lana de cachemira contra la mejilla, lo que hizo brotar algunas lágrimas.

Luego inspiré mucho aire, me enjuagué las lágrimas y empecé a pensar. ¿Podía realmente ejecutar mis amenazas? ¿La presión que le puse a Michael iba a hacerle cambiar de opinión? Recuperé un poco el ánimo. ¿Cómo, aconsejado por Robert y Robin, Michael podía correr el riesgo del enorme escándalo que le había prometido cuando le bastaba con dedicar unas horas a Akemi para que la situación se calmara? No tenía ningún sentido. Seguro que cedería y yo no necesitaría desencadenar mi amenaza atómica.

Me preparé un té. Me había serenado y pensé que Charlie, en el fondo, quizá no se equivocaba y, toda vez que la tensión disminuyera, podríamos obtener condiciones menos draconianas para vivir nuestro amor. Es cierto que yo acababa de hablar de ruptura, pero en ese momento estaba convencida de que podía recuperarlo.

No tuve tiempo de comer después de la visita al hospital y las emociones me abrieron el apetito de puerta a puerta. Abrí una lata de *foie-gras* que me mandó mi abuela; a falta de tostadas, comí biscotes y aun así estaba delicioso. El *foie-gras* con té no era el clásico *foie-gras* con vino de Sauternes, pero me reconfortó.

En ese momento Laure me llamó, y su voz sonaba extraña.

—*Hello*, Ophélie, ¿estás en casa?

—Sí, ¿cómo estás?

—Sí... bueno, ya te explicaré. ¿Puedo ir?

—¿Ahora?

—Sí, tengo que hablarte de un asunto importante.

El tono y el contenido de las palabras me preocuparon.

—¿Es David? Espero que sus padres no tengan problemas de salud.

—No, nada de eso, prefiero hablar contigo cara a cara.

Y colgó.

Mi serenidad se evaporó en un instante. Terminé mi *foie-gras* viendo una serie en la televisión.

Llegó cuarenta minutos más tarde y apenas me besó. Nunca la había visto en ese estado.

—¿Quieres beber algo?

—¿Tienes alcohol?

—Creo que me queda un poco de whisky, Baileys... y una botella de vino tinto californiano, pero no sé si es bueno.

—Vale, el vino me va bien.

Se sentó en mi canapé, bueno, en nuestro canapé, para ser exacta, ya que se supone que compartimos este piso.

Permaneció silenciosa mientras cogía los vasos y abría la botella, lo que en una persona como ella, que no puede estar callada más de diez minutos, demostraba la tensión de la situación.

Me senté frente a ella. Probó el vino y luego se lanzó de golpe.

—Michael ha llamado a Bertrand.

Mi universo se derrumbó. La estrella no había capitulado y prefirió la reacción de la soberbia a la de la razón.

—¿Cómo lo sabes?

—Bertrand acaba de ponerse en contacto conmigo. Estaba impactado. ¿Te das cuenta? Ha recibido una llamada de teléfono, un domingo, de Michael Brown en persona.

Me pareció que Laure exageraba y estuve a punto de decirle que no era Obama, pero me callé.

—¿La llamada tenía que ver conmigo?

—Sí, pero habló de manera bastante vaga y misteriosa. Solo le dijo a Bertrand que te disponías a revelar a la prensa una información de orden familiar sumamente sensible y confidencial, de la que te habías enterado abusando de su amistad y su hospitalidad.

Su mentira no me sorprendía y, más que justificarme ante Laure, curioseé más.

—¿Añadió amenazas?

—Eso se queda corto. Dijo que si no firmabas un acuerdo de confidencialidad, Ciné Organisation tendría que cerrar el chiringuito aquí, en Los Ángeles. Peor aún, prometió que se valdría de toda su influencia para que nuestra agencia en Francia perdiera la representación de las películas estadounidenses. ¿Te imaginas el impacto para la empresa? Bertrand estaba muy alterado.

—¿Y eso quiere decir que...?

—Bertrand cerrará la oficina de Los Ángeles si no llegamos a un acuerdo con el clan Brown mañana... Pero ¿qué ha pasado para provocar tal cataclismo?

Me tomé un momento antes de responderle. Tenía que superar la onda de choque. El contraataque de Michael superaba con mucho lo peor que podíamos temer, una bomba atómica frente a un arco y unas flechas.

Tras unos segundos empecé mi relato y le conté todo: la invitación a la fiesta, el salvamento de Akemi, mi visita al hospital y, finalmente, la entrevista con los Brown.

Mi única satisfacción fue ver la estupefacción en la mirada de mi amiga. Al menos se ha dado cuenta por sí sola de que se trataba de un problema serio. Sin embargo, cuando mencioné las amenazas que había proferido vi que su rostro se cerraba e inmediatamente comprendí que no iba a tener una aliada en mi cruzada.

—Pero ¿estás loca? ¡No puedes enfrentarte a esa gente!

Traté de hacerle entender el alcance del problema.

—Laure, ese hombre ha estado a punto de provocar la muerte de esa chica, e indirectamente mató a Christophe. Es peligroso y hay que detenerle a cualquier precio.

—¿Que «mató a Christophe»? ¿Qué estupidez es esa? ¡Christophe murió en una avalancha!

—Cierto, pero si Michael no me hubiera empujado a encontrarnos en Londres, yo habría estado allí ese fin de semana y él no habría esquiado fuera de pista.

Laure soltó un gran suspiro.

—No quiero entrar en ese tema. Hay que ser pragmática, contactar con el abogado de Michael Brown y firmar un acuerdo... ¡Ophélie, despierta! Michael nunca irá a ver a esa chica, hagas lo que hagas. Si persistes en tus amenazas, condenarás nuestra aventura americana y me obligarás a volver a Francia y dejar a David. Eso sin contar que posiblemente torpedearás el estreno de la película de Charlie...

Esta parrafada fue como un cubo de agua helada sobre mi cabeza. Tenía tantos destinos entre mis manos que me dio vértigo.

—Laure, necesito reflexionar. Sola. Te llamaré cuando tome una decisión.

Ella asintió con la cabeza, se levantó, cogió sus cosas y salió.

Ahora estoy sola frente a la decisión más importante de mi vida. Será o el coraje y la inconsciencia del David que venció a Goliat, con el riesgo de provocar daños colaterales, o la cobardía y, como diría Laure, el «pragmatismo».

Voy a buscar mi respuesta saliendo a correr por las avenidas de Los Ángeles. Puede que sea la última vez.

Diario de Laure

19 de abril de 2015, 19.30 h

Esta espera me vuelve loca. No soy muy optimista respecto a la decisión de Ophélie. No me gustó el brillo de sus ojos: he visto en él una verdadera locura.

Es como cuando me dijo que Michael era responsable de la muerte de Christophe. ¡Está chalada!

No sé cómo he podido mantener la calma. Bueno, sí lo sé, lo que está en juego son cosas demasiado importantes. Vivir aquí es mi sueño. David, Hollywood, la meca del cine, la *Californian way of life*, el sol...

Empiezo a lamentar haber traído a Ophélie. ¡He sido una idiota! Debía haber visto que su historia con Michael ha trastornado su equilibrio psicológico. Tendría que haber estado en cuarentena, en una cura de desintoxicación. Y yo, ¿qué hago? La traigo a menos de treinta kilómetros del actor.

Estoy dispuesta a rogar a todos los dioses para que vuelva a entrar en razón, el dios católico que mis padres me enseñaron a conocer, el dios protestante de los estadounidenses y el dios judío de David. Lo que sea con tal de no encontrarme en el avión dentro de unos días.

Estoy sola, sin David, en el apartamento de Santa Mónica, sola y temblorosa ante la idea de lo que está en juego en este momento.

Diario de Ophélie

19 de abril de 2015, medianoche

Ya está, está todo decidido. Mañana todo habrá acabado.

El *footing* ha sido una buena idea, purgar el espíritu por medio del cuerpo.

He corrido, corrido y corrido escuchando mi lista de reproducción en el iPhone. El contenido era variado, desde *Crazy*, de los Gnarlz Barkley, pasando por *The House of the Rising Sun* o incluso nuestro Johnny Hallyday nacional.

Cuando salí de casa, caía la tarde. Adopté un ritmo sostenido pero razonable, ya que había decidido que iría lejos y me fui en dirección a Brentwood, es decir, en dirección a la casa de Michael.

Al cabo de cinco minutos me pareció una idea idiota, pero me mantuve en mis trece, y tras un cuarto de hora había encontrado mi ritmo. Disfrutaba de Los Ángeles y de la belleza de la música en los auriculares. Tenía la impresión de que la letra de cada canción estaba escrita para mí, ya hablaran de pena, amor o lucha.

Iba cantando y llorando, pero sobre todo corría. Tenía la impresión de ser Dustin Hoffman en *Marathon Man* —aunque él hacía *footing* en Nueva York, en Central Park.

Fui hasta Beverly Boulevard y me puse a recorrerlo hacia el oeste, en dirección al océano. Pasé por detrás del Cedars-Sinai, donde estaba deprimiéndose la pobre Akemi, pero no me detuve. Continué hasta Santa Monica Boulevard y la carrera fue más agradable por los espacios verdes que lo bordeaban. Al otro lado de la gran arteria vi la comisaría de policía de Beverly Hills y fantaseé con Michael allí, encarcelado, para que dejara tranquilas a todas esas pobres chicas. Como idea era bastante absurda, dado que una comisaría no es un centro penitenciario, pero me hizo sentir bien imaginar a Michael con esposas en las muñecas, un Michael que hubiera perdido su poder y su arrogancia.

Más adelante torcí a la derecha en Wilshire y solo me detuve para cruzar las calles cuando el semáforo lo permitía; el resto del tiempo seguí corriendo. Recorrí el Los Angeles Country Club, uno de los campos de golf más antiguos de la ciudad y, a esa hora en que la luz ya había declinado y apenas se veía, seguía habiendo algunos golfistas.

A continuación giré a la derecha hacia UCLA, la universidad. Ya era casi de noche cuando pisé el suelo del campus. En un momento me encontré frente a un grupo de tíos jóvenes, fornidos. Llevaban chaquetas del equipo de fútbol, azules, con la inscripción «UCLA Bruins» en el pecho junto a un gran oso bordado. Por un instante pensé que solo faltaba que me violaran para que mi situación llegara al paroxismo del horror.

Pero lo que hicieron fue apartarse con comentarios divertidos sobre mi físico y uno de ellos hasta silbó, en plan buen chico, eso sí. Los pensamientos positivos llegaron a mi cerebro y sonreí pensando que aquí podría venir a ligar con chicos jóvenes o incluso volver a estudiar.

Más adelante me metí por Sepulveda Boulevard en dirección al Getty Center. Había decidido que ese sería el final de mi ruta. Ir hasta la casa de Michael era a la vez demasiado largo y demasiado estúpido.

Para llegar hasta el museo fui andando porque la cuesta era muy pronunciada. Me quedé allí, mirando el edificio, una de las grandes creaciones del siglo XX, que, al parecer, costó mil millones de dólares. Allí fue donde encontré la solución a mis problemas. Fue como en *The Blues Brothers*, cuando John Belushi ve en la iglesia la luz que le hace descubrir cómo salvar el orfanato. James Brown, en el papel del reverendo, se dirige a él y repite:

«*¿Do you see the light? ¿Have you seen the light? (¿Ve la luz? ¿Ha visto la luz?)*».

Y como él, podría responder en este instante:

«*I've seen the light. (He visto la luz)*».

Todo me pareció más claro e, incluso, más sencillo. Solo había una salida posible.

Al regreso, empecé a sentirme cansada. Hacía más fresco y acababa de hacer unos quince kilómetros corriendo. Bajé todo recto y corrí a lo largo del cementerio de Los Ángeles. Es siniestro, pero yo sentía cierta serenidad.

Al llegar de nuevo a Wilshire cogí un taxi para volver a casa. No tenía la fuerza para recorrer los ocho kilómetros restantes a pie.

Ya en casa me di rápidamente una ducha y me puse a enviar mensajes.

Primero un SMS a Laure para tranquilizarla.

«*Hello, Laure, vamos a firmar el acuerdo con los Brown. Tenías razón, es más prudente. Yo me encargo de ponerme en contacto con ellos.*»

Me respondió al segundo.

«*Genial. Vas a ver, todo va a ir bien.*»

Solo espero que esté en lo cierto.

A continuación redacté un correo electrónico para Michael, Robin y Robert. A grandes rasgos, les rogaba que disculparan mi actitud y les decía que estaba dispuesta a reunirme para hablar de los documentos que había que firmar a fin de preservar la confidencialidad de las informaciones que habíamos tratado.

Como no tenía las direcciones de Michael y Robert, le envié el documento a Charlie. También le escribí un SMS para decirle que mirara su buzón de correo y pedirle que se lo reenviara a su hermano y al abogado.

Al cabo de cinco minutos sonó mi teléfono. Era Charlie, pero no respondí, no merecía la pena. Me limité a otro SMS:

«*Envía el documento, por favor. No tengo fuerzas para discutir.*»

Su respuesta me habría hecho llorar si no hubiera derramado ya todas mis lágrimas a lo largo de Santa Monica Boulevard:

«*Lo haré. Espero que estés bien. Me importas mucho, más de lo que tú crees. Un abrazo. Charlie.*».

Media hora más tarde, contesté al teléfono cuando vi el número de un móvil de Estados Unidos en la pantalla de mi iPhone. Era Robert.

—Buenas noches, Ophélie.

—Buenas noches, Robert, gracias por llamarme. Como le decía en mi correo, quiero disculparme por mi actitud de esta tarde y no quiero ser perjudicial para la carrera de Michael, Charlie o Amy. Así que estoy dispuesta a firmar un acuerdo de confidencialidad para que estén seguros de mi silencio.

—Eso es una buena noticia, Ophélie. Prepararé los documentos y podrá pasar a firmarlos en mi oficina.

—Robert, tengo que formularle otra petición. Me gustaría que Michael, al igual que Charlie, estuviera presente.

—¿Por qué? No es necesario.

—Porque tengo interés en presentarles mis disculpas en persona. Proferí amenazas absurdas y quería decirles que me dejé cegar por la ira.

—No puedo garantizar su presencia, pero hablaré con Michael y con Robin. La tendré al corriente por SMS.

Debía de estar en casa de los Brown, ya que recibí un mensaje cinco minutos más tarde.

«De acuerdo. Reunión en Brentwood, mañana a las diez. Venga con Laure, que también tendrá que firmar.»

Transferí enseguida el mensaje a mi amiga con un comentario.

«Laure, todo se arreglará. Tenemos que reunirnos en casa de Michael mañana por la mañana.»

«Estupendo. Paso a recogerte a las nueve menos cuarto.»

Estuve a punto de contestarle que no merecía la pena, que podíamos encontrarnos allí. Viniendo a buscarme triplicaría el tiempo del trayecto, pues Santa Mónica está situada justo debajo de la colina de Brentwood. Pero no dije nada, pues comprendí que tenía que ver con una pérdida de confianza en mí. Necesitaba venir para asegurarse de mi presencia en la reunión. La comprendo, para ella lo que está en juego es mucho más que para mí, así que me contenté con aceptar.

Después comí algo rápido de pie y me preparé un baño. Termino el relato chapoteando en la espuma. Solo me queda cruzar los dedos para no dejar caer al agua el iPhone y que se me arruine.

Diario de Laure

20 de abril de 2015, 22 h

Noche de champán y sexo con David. Acabamos de terminar el segundo asalto y el pobrecito está recuperándose. Voy a concederle una horita antes de volver a la acción. Mi objetivo son cinco orgasmos en toda la noche. Como llevo tres aún queda un poco de trabajo.

Ahora que disfruto de este momento de calma, me siento un poco culpable por haber abandonado a Ophélie después de este día tan especial. Le propuse que viniera a cenar pero declinó la invitación, me dijo que tenía que matricularse en el gimnasio. Si eso puede servirle de entretenimiento y sacarla de sus ideas negras me parece bien, pero no la veo muy fan de las máquinas de musculación.

En fin, que sea o no constante no tiene ninguna importancia. Lo realmente importante es que en el momento decisivo estuvo allí y mostró una sangre fría admirable. Yo me limité a observar y a firmar los papeles.

A las seis de la mañana me levanté, ya que no conseguía dormir. La noche fue terrible, daba vueltas y más vueltas en la cama. La tensión no me abandonaba y los momentos de descanso fueron cortos y entrecortados por pesadillas horribles. Iba corriendo sobre un murete a lo largo de la playa de Santa Mónica y de pronto resbalaba sin poder agarrarme. Antes de tocar el suelo, la emoción me despertó.

Al menos tenía muchísimo tiempo para prepararme. Traté de vestirme lo más elegante posible con un traje de chaqueta estilo abogada. Bien maquillada, me pareció que estaba estupenda y que Charlie iba a lamentar no haber aprovechado la ocasión de llevarme a la cama. Bueno, seguramente soy yo la que se ha perdido algo porque es él quien está espléndido, pedazo de hombre. Cuando pienso que Ophélie se ha acostado con él, además de con Michael... No se da cuenta de la suerte que tiene. En fin, ella no ve las cosas de la misma manera, la pobre, después de todo lo que ha pasado.

Llegué un poco antes de la hora, a las ocho y media. Ya estaba lista y había optado por un aspecto muy diferente del mío, más sobrio. De todos modos, había hecho un pequeño esfuerzo para maquillarse, con un cuidado especial en los ojos. Pensé con un poco de resentimiento que, aun con un pantalón, unos zapatos y una chaqueta muy sencillos estaba mejor que yo con mi supertraje.

Hablamos poco durante el camino y solo me dijo que ella se encargaría de las negociaciones porque conocía la situación y a la gente mejor que yo. Puedo presumir de desenvolverme bien en las discusiones de negocios ásperas, pero esta vez no sentía que estaba a la altura.

A las nueve y veinte estábamos delante de la casa de los Brown y nos quedamos en el coche una media hora consultando los correos electrónicos antes de acercarnos a la puerta.

Vino a abrir un gorila, acompañado de una mujer no muy bonita. Claramente, Ophélie ya se las había visto con ellos. Le tendió el iPhone y el bolso al coloso.

—Buenos días, Joss. Laure, tienes que entregar tu móvil y dejarte registrar por esta joven.

Creí que bromeaba hasta que la vi separar brazos y piernas y dejarse cachear. ¡Joder! Los Brown se tomaban la situación muy en serio y a mí me tocó recibir el mismo trato.

Solo después nos autorizaron a penetrar en la casa pero, a pesar de la tensión, me quedé impresionada por la choza. ¡Madre mía! ¡Debe de ser guay tener bastante dinero para poder vivir en un lujo así!

Seguimos al famoso Joss por un pasillo largo hasta que se hizo a un lado para dejarnos entrar en una gran sala. Ahí dejo inmediatamente de hacer la turista para centrarme y tomar conciencia de la importancia de ese momento. Hay cuatro hombres en la habitación, dos vestidos con riguroso traje y corbata y los otros con un estilo chic, elegante: Robert, Robin, Charlie y Michael. Pese a la tensión, imposible no fijarse en la increíble belleza de los dos hermanos; por primera vez les encuentro cierto parecido, pero su actitud es distinta y no la que yo esperaba. Michael está sonriente y parece relajado, pero Charlie tiene los rasgos demacrados y semblante preocupado.

Nos saludamos a distancia, al estilo americano. Lejos queda el tiempo en que nos deseábamos buenos días con un beso antes de desayunar juntos en el yate. Miro a Robert y me horrorizo de pensar que me acosté con él por un par de Louboutin. ¡Debía de estar loca! Si al menos lo hubiera pasado bien...

El lugar en que nos encontramos es un magnífico despacho, con muebles que deben de tener varios siglos. No soy capaz de decir si el estilo es Luis Felipe o Napoleón, pero lo que es seguro es que han costado una fortuna.

Robert toma la palabra.

—Aquí están los acuerdos de confidencialidad para firmar. Ophélie, usted además tiene un documento contractual que resume las condiciones de sus encuentros con Charlie, según los términos que Robin le explicó ayer.

Conociendo esa parte de la historia, vivo un momento de tensión ante la idea de que Ophélie pueda romper la baraja cuando mencionan esas disposiciones inaceptables. Me vuelvo hacia ella y ni se inmuta; coge los dos documentos y empieza a leerlos. Yo hago lo mismo pero me cuesta concentrarme. Sinceramente firmaría cualquier cosa para que la oficina de Ciné Organisation de Los Ángeles pudiera sobrevivir. Aunque esté redactado en términos jurídicos, el documento es bastante simple. De hecho, yo me comprometo a no revelar nada de lo que sé de la familia Brown. Robert solo excluyó de esta disposición la parte profesional, así que podré hablar de las películas de Michael, Charlie y Carolina. Mejor así; no deja de ser mi medio de vida. A fin de cuentas, ese acuerdo de confidencialidad no me cuesta nada, no soy una periodista de la prensa del corazón que vive de hurgar en las basuras de las estrellas. Cuando me dispongo a firmar, Ophélie me detiene con un gesto:

—Un momento, Laure...

Levanto la vista hacia los estadounidenses. Michael está impasible con una sonrisa de medio lado, pero Robert y Robin se han crispado. ¡No puede ser! ¡No va a echarlo todo a perder! Caigo en la cuenta de que mi firma es una condición menor para que Michael no lleve a cabo sus amenazas. La importante es la de Ophélie en los dos documentos que se refieren a ella.

Yo estoy en un estado de pánico; Ophélie, no. Con voz muy serena dice:

—Michael, quiero pedirte disculpas por la escena de ayer. Nunca debería haberte amenazado así. También me equivoqué en el fondo y debería haber apreciado más todo lo que has hecho por Akemi. Sé que la has confiado a médicos de gran prestigio y has pagado sus gastos en el hospital después de su tentativa de suicidio, cuando nada te obligaba a hacerlo. Comprendo que mi salida te haya irritado y creo que yo habría tenido la misma reacción en tu lugar...

El discurso de mi amiga ha relajado el ambiente de golpe. Yo, que estaba en apnea, espiro al fin.

—Tu llamada a Bertrand estaba, pues, justificada. Le has preocupado, y la palabra se queda corta. Mi amiga Laure estaba también aterrorizada. Creo que, ahora que firmamos estos acuerdos de confidencialidad, estaría bien que te comprometieras por escrito a no llevar a cabo tus amenazas y a no hacer nada para perjudicar al negocio de Ciné Organisation, tanto en Los Ángeles como en París.

Robert, Robin y yo gritamos al unísono, solo las palabras son distintas.

—¡Ophélie!

—¡Está fuera de toda discusión!

—¡No está en condiciones de negociar!

Ophélie no pestañea, su mirada sigue fija en la de Michael. Robert, Robin y yo no somos más que unos insectos frente a estas dos personalidades. Charlie, por su parte, es más un fantasma que otra cosa.

—Michael, he reflexionado sobre mi ira de ayer. He buscado la razón porque no comprendía cómo podía arriesgar mi futuro profesional por una chica que no conozco. La respuesta me llegó ayer por la noche durante mi baño: creo que nunca logré olvidarte. Tu carisma y la pasión de nuestras relaciones han constituido para mí algo único. Tenía la sensación de vivir y cuando eso se detuvo, fue insoportable. Creo que intenté volver a vivir los mismos sentimientos al salir con tu hermano. Quizá fuera también un medio para intentar ponerte celoso, pero si fue así, era inconsciente...

Todos estamos impactados y el pobre Charlie está lívido; da la impresión de que va a desmayarse.

Ophélie se vuelve hacia él pero las palabras que pronuncia no son reconfortantes.

—Lo siento muchísimo, Charlie, no había ninguna mala intención por mi parte.

Después de esta breve frase de disculpas volvió a dirigirse a Michael.

—Creo que cuando me di cuenta de que no encontraba lo que había experimentado contigo, me puse furiosa y me agarré al primer pretexto que se presentó para hacerte la guerra. Para demostrarte mi buena fe, no firmaré el documento que debe regir mis relaciones futuras con Charlie porque estoy dispuesta a comprometerme por escrito a no intentar volver a encontrarme con él.

Charlie se encoge cinco centímetros más y yo misma me quedo boquiabierta por estas revelaciones. Pero quizá ella tenga razón en su análisis: ella siempre ha preferido a Michael, al contrario que yo; de ahí a tomar a Charlie como sustituto no había más que un paso y ella lo dio. Cuanto más lo pienso, más me parece que está en lo cierto, lo que no quita que para Charlie es espantoso oírlo.

Por primera vez en toda la mañana Michael toma la palabra.

—¿Te comprometes contractualmente a no ver más a mi hermano?

—Para ser más exacta, me comprometo a procurar no verle, a no contactar con él de ninguna manera.

Después de un silencio, añade la frase que mata:

—Sin embargo no puedo comprometerme por él, y que se me haga responsable si él no logra cumplir su parte...

Un segundo más tarde, la puerta del despacho se golpea con violencia. Charlie no ha podido soportar estas palabras, que para mí estaban al límite del insulto. Si tiene sentimientos hacia ella lo que acaba de decir es fatal.

Michael sigue con la sonrisa en los labios. No le perturba la salida de Charlie.

—Ophélie, ahora me toca a mí pedirte que me disculpes por mis palabras de ayer. Contrariamente a lo que pude decir, eres de una gran finura, algo que podría olvidarse, cuando solo se ve tu belleza.

—Gracias, Michael.

¡Es increíble! ¡El cadáver de Charlie aún está caliente y estos dos vuelven a flirtear como si nada! Tenía razón al decir que eran de una raza diferente.

—Eso es lo que pienso. Tienes una comprensión jurídica bastante sorprendente para una persona que no tiene formación en ese ámbito. Esta mañana pensé que vendrías con un abogado, pero ya veo que no lo necesitáis. En resumen, me pides que redacte otro contrato en el que me comprometa a no perjudicar ni a vuestra empresa ni a ti, y a cambio firmáis dos compromisos, uno en relación a mi hermano y el otro que compromete la confidencialidad de las informaciones que tenéis acerca de mí. ¿Es eso?

—Casi, Michael; no del todo.

Arquea las cejas sorprendido y, por primera vez en toda la mañana, pierde su impassibilidad. En cuanto a mí, la crisis cardíaca es inminente.

—Michael, te pido que garantices el futuro de Ciné Organisation y de Laure como persona, ya que no son responsables de nada de lo que ha sucedido. Yo no requiero un compromiso por tu parte en lo que me incumbe a mí pues, aunque lo siento y me he disculpado, es verdad que te he amenazado. No quiero vincular mi suerte a la de los demás, no sería justo. Dejaré que lo decidas como quieras.

Michael ha recuperado la sonrisa. Ese podría ser mi caso si no estuviera tan inquieta por mi amiga. Ha cargado la pistola, la ha puesto en manos del actor y él no tiene más que apretar el gatillo si así lo desea.

Ophélie sonríe.

—No sería la primera vez que me abandono en tus manos...

En este momento, el carisma y la belleza están repartidos a partes iguales entre estas dos personas extraordinarias. Aquí tomo la palabra en su sentido primario, es decir, que no las encuentro estupendas sino simplemente fuera de lo común. Los ojos gris azulados de Ophélie transmiten un mensaje de seducción fascinante y Michael no le va a la zaga, su sonrisa es deslumbrante.

—Y creo que no has tenido razón para quejarte...

La discusión ha entrado en una dimensión que me supera. ¡Hace menos de veinticuatro horas se escupían a la cara el uno al otro, y ahora, si les dieran una cama, follarían al instante. Si Robert, Robin y yo no estuviéramos aquí lo harían incluso sobre la mesa.

He perdido el hilo de la conversación impactada por la evolución de la situación y, cuando vuelvo a recuperarlo, Michael habla con su abogado.

—Robert, ¿puedes preparar los documentos de los que hemos hablado? Coge mi ordenador. ¿Cuánto tiempo necesitarás?

—Media hora, máximo tres cuartos.

—Bueno, por lo que respecta al documento de Laure, creo que puede firmarlo tal como está... Ophélie, Robert, ¿estáis de acuerdo? Así no tendremos que retenerla por más tiempo.

—Tienes razón, Michael. Tiene que ir a la oficina, ya que es la responsable de la agencia de Los Ángeles.

—No me sorprende... Laure, siempre he pensado que tiene talento de líder... En cambio, tendré que privarla de su colaboradora una hora más, lo que necesite Robert para redactar los nuevos contratos... Ophélie, te propongo que vayamos a tomar un té en el jardín mientras esperamos.

—Con mucho gusto.

Así, muy educadamente, utilizando el halago, el actor y mi amiga me ponen de patitas en la calle. Al irme, apenas tengo tiempo para oírlos flirtear.

—Si quieres que te enseñe golf, tengo un campo de prácticas en el jardín.

—Ya lo he visto, Michael. Pero es mucho más que un campo de prácticas, es tan bonito como Pebble Beach.

—Oh, no exageres...

Estas conversaciones empalagosas me dan ganas de vomitar, pero pensé que seguía siendo mejor que decirse de todo a la cara. ¡Gracias a esto yo podía conservar a mi chico y mi trabajo!

Enseguida llamé a David para anunciarle que la reunión había ido bien, aunque no pude entrar en detalles por el Acuerdo de confidencialidad. Tengo una suerte inaudita por tener a un chico que es capaz de comprender estos imperativos de confidencialidad. Yo en su lugar me trastornaría muchísimo.

Ophélie no llegó a la oficina hasta una hora más tarde.

—*Hello*, Laure. ¿Estás contenta del resultado?

—No solo contenta, ¡estoy en éxtasis! Pero confieso que no he captado bien la evolución de vuestras relaciones.

Me lanzó una mirada extraña.

—¿Lo que expliqué no estaba claro?

—Sí, pero no me esperaba que fueras tan dura con Charlie. Hace cuarenta y ocho horas era el amor de tu vida y ahora le presentas como una mala copia de su hermano. Y todo eso en su presencia. El pobre no lo ha soportado. Creo que tenías razón en tu transferencia amorosa de Michael a su hermano, ¡pero eso no quita que fue duro!

—Así es la vida, Charlie se recuperará, solo tiene que volver con Amy.

Cortante como el sable de Uma Thurman en *Kill Bill*. Los últimos dieciocho meses han transformado a mi amiga, apenas la reconozco.

—¿Y qué tal fue con Michael?

—Muy bien. Tuvo la cortesía de invitarme a un té servido en tazas de porcelana china que le regaló Xi Jinping cuando fue a visitarle.

—¿Quién?

—Xi Jinping, el presidente de China. Hay que leer algo más que *Variety*, querida. La cultura no termina en Jennifer Anniston y George Clooney.

Por mucho que sonriera al decir esto, percibí la observación abiertamente malévolamente. Creo que prefería a la Ophélie de antes.

—Vale, no conozco a los dirigentes de los países asiáticos, no es ningún crimen... Aparte de la vajilla, ¿tienes algo más interesante que contarme?

—Hablamos afablemente y luego me dio una pequeña lección de *putting*.

—¿Jugasteis al golf?

—Sí, de hecho la cosa casi acaba mal. Michael se había puesto detrás de mí para enseñarme cómo sostener el *putter*. Me dijo que doblara las rodillas y sacara el trasero para tener más estabilidad. Yo obedecí y me quedé con las nalgas pegadas a su pantalón. Creo que no le fue indiferente...

Me siento escandalizada.

—¿Quieres decir que se empalmó?

—Prefiero la palabra «erección», pero la respuesta es sí.

—¿Y entonces?

—En ese momento llegó Robert con los contratos y me pareció sentir que Michael lamentaba la interrupción.

—¡Pero es una locura! ¡No vais a volver a lo mismo!

—¿Qué quieres decir?

—¿No te parece que vuestra relación ya ha causado bastantes problemas, a ti y a otros? Tú misma me explicabas que era un ser maléfico y que debías impedirle que siguiera haciendo daño.

Sonríe.

—Confieso que he exagerado el lado melodramático. Ya he recobrado la cordura, quédate tranquila.

—Me alegro de que te sientas mejor psicológicamente, pero creo que sería preferible que no te acercaras a él.

—No estoy de acuerdo. Estoy en Hollywood, no voy a esconderme, ni a caminar de puntillas pegada a la pared para evitar encontrarme con el señor Brown. Además, ya me ha dicho que nos invitará a los preestrenos. Deberías alegrarte, formarás parte del grupo.

Paré la conversación. No me gusta el rumbo que está tomando esta historia.

Llamé a Bertrand a su casa para darle la buena noticia. Cuando le conté que Ophélie incluso había obtenido de Michael un compromiso para no dañar los intereses de Ciné Organisation, allí donde se encontrara, se deshizo en agradecimientos y felicitaciones. Le puse en manos libres para que Ophélie pudiera oírlo e incluso la ofrecí que hablara con él, pero ella dijo que no con un gesto de la mano. Después de colgar, me sorprendí.

—Podrías haberle dicho algo. ¿Has visto lo emocionado que estaba? Eso prueba lo importante que era ese acuerdo para la agencia.

Esbozó una sonrisa fría.

—Sí, incluso creí que íbamos a oírle llorar al otro extremo de la línea.

—¡Ophélie, joder, un poco de respeto! Ese tío ha estado dirigiendo Ciné Organisation desde hace años. Es su obra, ¡es su vida!

—Vale, vale, ya está... Bueno, ¿volvemos al trabajo?

Estoy segura: no me gusta la nueva Ophélie, la amiga de las *stars*.

El resto del día se desarrolló en un ambiente reservado y de humor sombrío, pero cuando se acercaba el final de la jornada me ilusioné de nuevo pensando en que iba a celebrar todo esto con mi amor.

Cuando Ophélie declinó cenar con nosotros confieso que sentí alivio. Los recientes acontecimientos nos han alejado. Espero que pronto podamos volver a nuestra relación de amistad, para mí es importante.

Bueno, creo que es hora de despertar a David. Tengo ganas del tercer asalto.

Diario de Ophélie

Primero de mayo de 2015, 22 h

Eso es. Estoy en Los Ángeles desde hace un mes y me estoy convirtiendo en una verdadera californiana. Terminó la segunda semana de entrenamiento en el gimnasio y empiezo a coger ritmo. La semana pasada fue un verdadero infierno, tenía unas agujetas terribles, pero aun así logré hacer *footing* por las mañanas en un circuito de diez kilómetros por las calles de Beverly Hills.

He decidido aumentar la dosis. Voy a pasar a doce kilómetros. Debería poder hacerlo en hora y cuarto, máximo hora y veinte.

Me gusta esta nueva vida. Menos drama y más deporte en mi existencia. Estos últimos días he releído mi diario, desde el verano en que cumplí veinticinco años. ¡Qué ingenua era entonces! He decidido ser más sutil en el relato de mi vida, dedicar menos tiempo al iPhone y más al deporte.

Tengo noticias de Akemi. Nos escribimos casi todos los días y su ánimo va mejor. Su desesperación se transformó en ira, pero también es lúcida en cuanto a sus responsabilidades.

«Reconozco mi ingenuidad en mi aventura con Michael y sus consecuencias. De todos modos, creo que la presión de su entorno me forzó a tomar decisiones equivocadas que ahora lamento. Por lo que respecta a Michael, me gustaría poder contar al mundo lo que me hizo y lo que él es, pero firmé ese trozo de papel que me impide hacerlo. Tendré que aprender a vivir en un mundo injusto, un mundo en el que los *bad boys* salen vencedores y la gente buena paga caros sus errores.»

He tratado de reconfortarla diciendo que no todo está perdido, pero también la he felicitado por su voluntad de pasar página y reconocí estar haciendo el mismo proceso conmigo misma.

Al final las noticias son buenas, se ha reconciliado con su familia y yo ya no temo por su vida.

En cuanto a los tíos, sin noticias de Charlie, lo que no me sorprende después de la reunión en Brentwood.

En cambio Ciné Organisation ha ganado un cliente, que nos envió Michael: una película independiente que busca un distribuidor en Europa y quiere que la representemos. Tiene un presupuesto modesto pero simbólicamente es importante porque es nuestro primer cliente estadounidense. Bertrand estaba al borde del orgasmo cuando supo que el señor Michael Brown nos había recomendado. Eso al menos demuestra que cuando hablaba de la influencia que tiene en la industria del cine en Hollywood no era un farol.

En otro orden de cosas, he aceptado salir mañana por la noche con Laure, David y su amigo Zach, el segundo acto del complot para hacer que estemos juntos. Laure es una verdadera celestina y tiene miedo de que me hunda en la depresión después del *culebrown*.

No hay riesgo. Sé perfectamente adónde voy y no hay nada malo en salir entre amigos.

Mi *Romeo* debería seguir mi misma higiene vital. Intento empujarlo a ir afuera al jardín para desentumecer las patas, pero pide volver a entrar a los cinco minutos. Sus trayectos se reducen a ir de su plato a sus distintos rincones de siesta y, desde la ruptura con Charlie, puede volver a dormir conmigo. Para él, la felicidad es eso. Le he prometido que ningún hombre vendrá a separarnos, ni Zach ni ningún otro.

Diario de Laure

3 de mayo de 2015, 20 h

Tengo que confesar que me gusta ser celestina, pero hacer de consejera conyugal no me gusta tanto, sobre todo cuando mi cliente intenta comprender las motivaciones de mi amiga. Bueno, de todos modos no podía negarle eso a Zach; hay que reconocer que la nueva Ophélie es más difícil de descifrar.

Ayer decidimos reunirnos en casa. Yo tenía una botella de champán para celebrar los formidables resultados de la oficina y Zach trajo otra. Cuando le vi pensé que Ophélie no podría permanecer fría porque estaba muy guapo. Claro, no es un Brown ni tiene sus espectaculares ojos azules, pero estaba de punta en blanco, con un estilo moderno y elegante. Los tres tomamos una copa mientras esperábamos a Ophélie en un ambiente relajado; Zack estaba divertido y brillante y yo me sentía muy optimista sobre el desarrollo de la noche.

Pero cuando Ophélie llegó, Zach sufrió una metamorfosis; en un instante se transformó en estatua de sal. Por un lado, le comprendo, pues Ophélie estaba que quitaba el hipo y, sin embargo, no podía haberse puesto algo más sencillo: llevaba un short de guipur azul, una blusa blanca y zapatillas. El efecto era espectacular y daba la impresión de que solo se veían sus interminables piernas. Pensándolo bien, se podía ver también el escote, discreto pero visible, en la oportuna abertura de dos botones de la blusa, sin que se pudiera distinguir el encaje del sujetador.

El cabello recogido hacia atrás en una cola de caballo alta le despejaba el rostro y destacaba un maquillaje que acentuaba el gris azulado de sus ojos y la forma de su boca. Resumiendo, una bomba atómica.

Tuve que intervenir.

—Zach, ¿te acuerdas de Ophélie?

David se volvió hacia su mejor amigo para tomarle el pelo:

—Zach, está bien, está sublime, así que cierra la boca y acércate a besarla para saludarla.

Aprovecha, Francia es la patria del beso.

Esta broma le sacó de su inmovilismo, pero no por eso le volvió más hablador. Cuando nos sentamos hubo un momento incómodo y, para rellenar el vacío, David sirvió champán para todos y me puse a hablar con Ophélie de su ropa.

—¡Es precioso! Nunca había visto ese conjunto.

—Lo compré en una venta privada por internet. El short y la blusa son de Maje.

—David, Zack, ¿habéis visto el bronceado de los brazos y las piernas de Ophélie? La tez bronceada es superbonita.

Mientras que los chicos abundaban en mi misma opinión, Ophélie hizo una observación que hizo enrojecer a Zach:

—Sí, pero tendré que ir a tomar más el sol; si no, el próximo chico que me desvista se decepcionará al ver mis nalgas y mis pechos blancos.

Admito que estuve a punto de atragantarme; solo se rio David.

Más tarde, salimos a un restaurante hindú. Nos hizo falta una segunda botella para que Zack recuperara un poco de naturalidad y, sin embargo, David y yo no parábamos de ayudarle a lucirse, pero estaba paralizado por la belleza de Ophélie.

Mi amiga hacía como si no se diera cuenta de nada. Era cordial, divertida, sin ser demasiado alentadora con relación a Zack, en una actitud de benevolente neutralidad.

Hubo un momento en que, mientras estaba hablando con David para convencerle de que *Whiplash* merecía más que *Birdman* el Óscar a la mejor película, la estuve observando durante un rato.

Su evolución física y psicológica es asombrosa. En menos de dos años, ha adquirido una confianza en sí misma y un carisma increíbles. Aun en los momentos en que no habla, desprende un algo y cuando se expresa con pasión para defender una idea, entonces irradia.

¡Y al parecer Zack no se había puesto traje anti-radiación! La miraba tanto que resultaba incómodo. Ophélie no se daba cuenta, o al menos eso parecía.

Por su parte, David no se contagió, sin duda inmunizado por su amor hacia mí. Es una suerte, de lo contrario, no creo que mis vínculos de amistad con Ophélie pudieran sobrevivir a mis celos. Pero eso no quiere decir que no notara la transformación de la nueva Ophélie. Cuando estuvimos solos en casa esa noche me habló de ello.

—¿Tu amiga va al gimnasio?

—Sí, y va a correr todas las mañanas. Le sienta bien, ¿verdad?

—Muy bien; está estupenda. También ha ganado en madurez desde que nos conocimos en Deauville, aunque cueste creerlo. No sé si ha sido una buena idea intentar que se enrolle con Zack.

Pensé que quizá no se equivocaba pero intenté defender a mi pareja virtual.

Los dos son majos y Zack es un tío apasionante.

David puso una cara siniestra.

—De costumbre lo es, pero aquí no lograba decir dos frases seguidas. Me pregunto si hemos hecho bien en dejarlos a los dos solos. ¡Ella se lo va a comer crudo!

Las palabras de mi novio de pronto me parecieron una evidencia y me sentí culpable. Lamentaba haber propuesto a Zack que fueran a tomar una copa al bar del Mondrian, diciendo que era un sitio que a Ophélie le encantaba. Era un tanto exagerado, pero tampoco falso. En cambio, cuando les dije que nosotros no podíamos ir con ellos porque yo estaba agotada, era todo mentira. Ellos no se lo tragaron pero siguieron el juego. Ophélie me lanzó una mirada irónica y sentí que la tensión de Zack aumentaba, pero, aun así, aceptó valientemente el encuentro de los dos a solas.

Decidí enviarle un SMS.

«Ophélie, sé amable con Zack, es el mejor amigo de David.»

Al cabo de diez minutos, recibí una respuesta sorprendente:

«¿Amable tipo mamada y buenas noches o hay que añadir perrito y misionero?»

Es muy sencillo: no la reconozco.

«Deja de hacer el tonto. Le impresionas, así que trata de que se sienta cómodo.»

«Vale. Prometido.»

«Ven mañana a tomar el *brunch* y me lo cuentas.»

«De acuerdo. ¿A las diez?»

«Perfecto.»

Yo había puesto lo mejor de mi parte para que todo saliera bien, pero no me quedé más tranquila y, de hecho, estaba tan estresada que poco faltó para que echara a perder el orgasmo.

Esta mañana me desperté antes de las ocho. David dormía el sueño de los justos y yo le habría despertado de buena gana para otro revolcón, pero me dije a mí misma que sería egoísta.

Entonces me levanté y preparé el desayuno. Cuando llegó Ophélie, veinte minutos antes de la hora prevista, la mesa estaba puesta y, como David seguía en los brazos de Morfeo, pude hacer todas las preguntas que quise a mi amiga.

—Adelante. Siéntate a la mesa, en sentido propio y figurado.⁶

—Muy ingeniosa tu expresión, Laure. Veo que estás en forma. ¿Quieres saber qué pasó?

—Todo.

—Pues bien, estuvo divertido. Fuimos al Sky Bar, como planeamos. Zach conocía a la gente del hotel y así pudimos entrar. Nos tendimos en sofás al borde la piscina y tomamos dos copas. Él insistió en pagar siempre. A nivel de conversación tuve que hacer ciertos esfuerzos. Vuestro amigo es un poco tímido, ¿no? Sorprendente en un periodista.

—No, no es así normalmente, pero no te imaginas lo que le impresiona.

Sonrió de manera misteriosa.

—Sí, ya lo noté en algunos momentos...

Era una observación bastante flipante.

—Pero no en otros, e incluso dio muestras de un brío sorprendente cuando me plantó contra la pared al salir del hotel y me besó sin previo aviso.

Mierda, no es de extrañar. De espaldas al precipicio y paralizado por la timidez, prefirió lanzarse a un asalto no muy meditado. Espero que Ophélie no le mandara a paseo de malos modos.

—¿Y?

—Besa muy bien vuestro amigo y además es mono, aunque no muy hablador. No le reproché el abordaje y nos besamos durante unos minutos, pero a pesar del lado agradable del intercambio, tuve que ponerle fin. Besarse así en la calle me parece de colegiales...

—¿Fue igual de atrevido en el coche?

—No, fue un poco como el doctor Jekyll y mister Hyde de la seducción. Primero tímido, luego atrevido y luego de nuevo tímido. En el coche me tocó la versión Jekyll, proponiendo acompañarme a casa aunque le pregunté si no prefería tomar una última copa en la suya, si tenía champán.

Ophélie proponiéndole a un tío ir a su casa desde la primera noche que salen juntos, eso es nuevo pero, al mismo tiempo, no presagia la evolución de la historia. Me he fijado en que lleva ropa distinta de la de ayer, así que no ha dormido en casa de él.

—¿Te gusta? ¿Os acostasteis juntos?

Me miró con aire malicioso.

—Creí que querías un relato cronológico. Contestando a tu pregunta, le encuentro bastante guapo y sus besos me dieron ganas de ir más allá. Si añadimos la botella que tomamos juntos de Laurent Perrier, había una buena base para pasar una noche agradable, pero la continuación fue sorprendente.

No sé si es por mi papel en el origen de la creación de esta pareja o porque Zach es el mejor amigo de David, pero estoy pendiente de los labios de mi amiga.

—Estábamos los dos en el sofá bebiendo las copas y, al terminar la segunda, como no me veía charlando hasta la madrugada, cogí las riendas de la situación. Le quité la copa y me subí a horcajadas sobre él. Sentí que estaba en tensión, así que lo relajé con mi lengua en forma de exploración bucal. Estuvo tan bien como en la calle y eso me incitó a pasar a la etapa siguiente.

¡Vaya, entonces se han acostado juntos!

—Pero yo creí que estabas en contra del sexo ya la primera noche.

—Solo se vive una vez... Y además, como tú me dijiste, técnicamente no era el primer día porque ya habíamos cenado juntos en el restaurante el día de la mudanza. ¿Te acuerdas?

—Muy bien. Entonces, ¿cómo estuvo? ¿Lo hace bien?

Me sonrío. ¿Es señal de algo positivo o es una sonrisa irónica? No consigo determinarlo.

—¡Eres demasiado impaciente! Para una vez que soy yo la que te cuenta una noche con un tío... Así que me levanté, le llevé a su habitación y le empujé para que cayera sobre la cama. Para acelerar las cosas, me quité enseguida la blusa y el short. Estaba frente a él, de pie, vestida con ropa interior Aubade. Muchos hombres me habrían atraído hacia ellos para cubrirme de besos, pero él parecía paralizado por la situación y me pregunté si iba demasiado deprisa para él.

—Es posible, Ophélie, las citas están muy codificadas en Los Ángeles. Es algo que roza el ridículo.

—Puede ser. De todas formas comencé el segundo asalto desabrochándole la camisa. Tiene un torso peludo: creo que nunca había estado con un tío con tanto pelo, pero aparte de eso tiene un buen cuerpo, con pectorales y abdominales que están bien. Probé con la mano y puedo asegurarte que es un asiduo del gimnasio. Luego mi mano descendió al pantalón.

—¿Estaba en un estado imposible?

—Bueno, a través de la tela no era muy fácil saberlo pero no era precisamente la erección del siglo, así que traté de mejorar las cosas quitándome el sujetador y dándole a besar mis pechos, una práctica que él domina y que empezó a encenderme. Si antes no estaba segura de querer acostarme con él, en esa fase lo decidí. Mi mano le desabrochó el cinturón y los botones de la bragueta y se deslizó en el calzoncillo.

—¿Y?

Estalla en carcajadas.

—¡Nada! ¡Un fiasco total! ¡El fracaso más grande de mi vida!

No veo qué tiene de gracioso. A mí me parece catastrófico.

—¿No se ponía duro o solo a medias?

—Para ser amable, diré que lo segundo, pero como yo tenía muchas ganas le puse remedio.

—¿Le hiciste una mamada? ¿Funcionó?

De nuevo, risa. No es buena señal.

—¡Nada! Tenía la impresión de tener chicle en la boca.

Ese vocabulario utilizado por Ophélie... Ha debido de pasar demasiado tiempo conmigo y la he contagiado. No sé si eso es bueno.

—Quizá sintió que te faltaba motivación.

—¡En absoluto! Puedo decirte que me apliqué de verdad a la tarea: era la única forma de obtener lo que quería al ir a su casa, pero al cabo de unos minutos, me frenó y me pidió disculpas. Me dijo que no era culpa mía.

—¿Te sentías responsable?

—¡En absoluto! Creo que estaba exenta de toda responsabilidad.

Cuando pienso en su vestimenta, en su aspecto y en lo que cuenta, solo puedo estar de acuerdo con ella, a menos que...

—Ophélie, tu belleza y tu soltura han resultado castradoras para él.

Imaginaba que iba a protestar pero abundó en el mismo sentido.

—Seguramente tienes razón. Le he dicho que estaba cansada, que podíamos descansar un momento. El problema es que no le conozco lo suficiente como para dormir con él...

—¿Pero sí para acostarte con él?

—Laure, si hay alguien que pueda entenderlo deberías ser tú. Media hora más tarde seguía despierta, a diferencia de mi compañero, pero la fortuna nos dio otra oportunidad en forma de una erección nocturna inconsciente.

—¿Se había puesto duro mientras estaba dormido después de haber sido incapaz cuando estabas desnuda en sus brazos? ¡Es insultante!

—Escucha, en la situación en la que estaba, me daba igual saber qué sueño erótico le provocaba ese estado. Solo di las gracias a la suerte, que nos sonreía. Le desperté con besos y rápidamente abrí un preservativo.

—¿Los tenías tú o eran suyos?

—Los tenía yo.

¡Así que había planificado esta aventura! No puedo reprocharle que sea previsora, pero esto no es típico de ella.

—Le puse el chubasquero al señor, me puse a horcajadas sobre él y deslicé su pene dentro de mí.

—¿Así que la segunda vez todo fue bien?

Ella hace una mueca.

—No, se desinfló como un globo.

Se ha hecho el silencio. ¡Qué catástrofe absoluta!

—¿Y cómo reaccionaste?

—No era fácil. Le dije que seguramente estaba cansado, que lo intentaríamos otro día y me fui con tanta delicadeza como me fue posible.

Claro, olvidaba que su cambio de ropa me indicaba que había vuelto a casa.

—¿No se lo tomó a mal? ¿Qué le dijiste?

—Qué tenía que ocuparme del gato. Tengo que llamarle esta noche.

Reflexiono por un instante sobre lo que Ophélie acaba de contarme.

—Después de todo, seguramente tenía ganas de estar solo. Seguramente sintió alivio de que te fueras. Y ahora, ¿cuál es la situación? ¿Qué le vas a decir? ¿Estáis juntos o es un tiro a ciegas?

—«Un tiro a ciegas», bonita imagen. ¡Estás en forma! No estamos «juntos» pero voy a verle otra vez. Ya veremos.

Me siento aliviada. Todavía hay una pequeña posibilidad de que formen pareja a pesar del desastre de la primera noche y se lo agradezco a mi amiga.

—Gracias, es un detalle por tu parte.

—Pero tendrá que cumplir con su tarea o, si no, en compensación te pediré que me regales el Rabbit.

—¡No puede ser! ¡Ya está! ¡Finalmente lo adoptas tú también!

—Hay unas cuantas mujeres de alrededor de los cuarenta años que hablaban de él en el gimnasio y estaban entusiasmadas. Si entro en un largo período de celibato o si tengo compañeros fallidos como tu amigo, tendré que adaptarme.

—Te va a encantar. Pero espera, Zach todavía puede reponerse. Aún no lo encargues.

En ese momento, David salió de la habitación y tuvimos que cambiar de tema. Una hora más tarde, Ophélie se fue.

La primera hora de la tarde se transformó para mí en un verdadero vodevil cuando Zack llegó sin previo aviso diez minutos después de que se despidiera mi amiga. Estuvimos muy cerca de una situación embarazosa: me imaginaba en una obra de Sacha Guitry con la salida de un personaje seguida inmediatamente de la llegada de otro.

David abrió a su amigo, que no parecía en la mejor forma y después de saludarle, me eclipsé a la habitación para dejar solos a los hombres. Pero, para mi gran sorpresa, Zack vino a buscarme al cabo de cinco minutos.

—Laure, si no te molesta, ¿te unirías a nosotros? David me ha dicho que Ophélie había venido, pero que él aún estaba durmiendo mientras vosotras dos hacíais el *brunch*.

David, David, preferiría que no hubieras mencionado esa visita o, también, mejor si Ophélie no me hubiera contado nada... Qué paradoja dado que habitualmente soy una curiosa insaciable con estos temas. En este caso, es la primera vez que ocurre que quiero a las dos personas implicadas y no me apetece saber sus secretos de alcoba, o incluso peor, tener que pronunciarme sobre los problemas que se desprenden de ellos.

—¿Te ha hablado Ophélie de nuestra noche?

Tengo ganas de mentir y evitar una serie de preguntas incómodas. No sé qué responder y, entonces, lanzo una mirada hacia David en forma de SOS.

Como podía esperar, su respuesta es clara.

—Laure, Zach me ha dicho que no fue demasiado bien. Puedes hablarle con franqueza, necesita consejo.

Bueno, ya no tengo elección y tengo que lanzarme. Pese a las recomendaciones de David, no hago un relato «periodístico» de mi conversación con mi amiga. Hablo con cuidado, voy con pies de plomo.

—Me dijo que la habías invitado a tomar un par de copas en el Sky Bar y que estuvo muy divertido.

Me mira con aire ansioso; me gustaría quedarme ahí, pero no es posible.

—... y que fuisteis a tu casa.

—¿Nada más?

Dudo un momento.

—Que besas muy bien y que eso le dio placer.

Suelta una risa sardónica, se ríe de sí mismo.

—Es muy gentil de su parte, pero reducir la noche a eso es tan creíble como afirmar que Siria es una democracia porque combate al Estado Islámico. ¿No te hablé del fiasco que siguió?

—Me dijo que estabais demasiado cansados para subir al séptimo cielo.

—Tengo la impresión de que ella estaba en el ascensor pero que yo apreté el botón para ir al sótano del placer.

En ese momento se vuelve hacia David con la mirada extraviada y temo que se eche a llorar.

—¡Ni siquiera llegué a empalmarme, David! Perdón, Laure, a tener una erección...

Le hago un gesto con la mano para indicarle que no me escandaliza su vocabulario.

—Nunca me había pasado. ¿Te das cuenta? Estoy con esta chica magnífica, inteligente, culta, con unos ojos tan azules que uno quisiera sumergirse en ellos y cuando me muestra su cuerpo sublime... ¡parón total! No he podido dormir, he dejado pasar una ocasión única.

Al fin tengo la oportunidad de aportar un algo positivo en la conversación.

—Zach, no todo está perdido, aún tendrás tu oportunidad.

Hay un brillo esperanzado en sus ojos.

—¿Dices eso por tranquilizarme y ser amable o te lo ha dicho ella?

—Ophélie mencionó que ibais a veros. Está previsto que os llaméis esta noche, ¿no?

Ante esta perspectiva, Zach el desesperado vuelve a ser Zach el tímido.

—Sí, ese es el plan. No sé qué voy a decirle...

David hace una broma.

—Prométele que tomarás Viagra antes de que volváis a retozar.

Grité al oír a mi novio. Atacar a un amigo en su virilidad no tiene nada de simpático, pero este no se inmuta, al contrario.

—Viagra... Quizá sea la solución.

—Zach, David, estáis mal de la cabeza. Ese tipo de píldora no se toma antes de los sesenta. Ya verás, Zach, la próxima vez irá todo genial.

David, que de manera un tanto sádica se está divirtiendo con la situación, añade su pequeño comentario.

—Si no, siempre puedes recurrir a tu especialidad de lengua mágica que te ha hecho famoso.

Zach responde con un buen puñetazo en el hombro de David y le arranca un quejido.

Bueno, cuando llegan a las bromas de tíos y las peleas amistosas entiendo que es hora de irme a leer en mi habitación. Saludo a Zach y me voy a descansar. Está decidido, dejaré a otros el papel de celestina. ¡Es demasiado complicado!

Diario de Ophélie

13 de junio de 2015, 18 h

Acabo de estar chateando un buen rato con Akemi. Con diecisiete horas de diferencia horaria entre Tokio y Los Ángeles, ella acaba de disfrutar del *brunch* de la mañana del domingo y me da una excelente noticia. «¡Ophélie, estoy otra vez con mi antiguo novio!»

«¿Es reciente?»

«Hace dos semanas. ¡Y lo hemos hecho!»

«¡Qué guay! Debió de estar encantado.»

«Sí, para él era la primera vez. Fue el sábado pasado y desde entonces quiere hacerlo todo el tiempo.»

«¿Y está bien para ti?»

«Estoy contenta de estar con él, pero a nivel sexual no es como MB.»

«Comprendo lo que quieres decir, pero los amantes como Michael Brown escasean bastante. De hecho, es casi único.»

«Es verdad. Es muy guapo y te hace cosas que dan sensaciones increíbles.»

«Sí. Para ti ha sido a la vez una suerte y una desgracia tenerlo a él como primer amante. Pero bueno, tu novio hará progresos. Tú también tienes que ayudarlo, guiarle...»

«¿Y tú?»

«Yo también tengo un amigo.»

«¿Y cómo es?»

«Está bien.»

No me extendí más sobre el caso de Zach. La verdad es que estamos juntos desde hace un mes, y me gusta, pero no le amo.

Debería explicar a Akemi que a nivel físico tampoco es el éxtasis. Bueno, en relación al comienzo catastrófico, va mejor. Sin embargo, la partida no estaba ganada y tuve que ponerle psicología. Tres días después del fracaso inicial, en la siguiente cita, no estaba muy inclinada a volver a intentarlo y le propuse ver una película en su casa. Había alquilado *Mulholland Drive*, de David Lynch, con el pretexto engañoso de que ahora ya era residente en Los Ángeles y ya era hora de volver a ver la película. Lo que ocurre es que es incomprensible y me gustaría que me iluminara un poco sobre esta compleja trama. La verdad es que contaba con el encanto y el *sex appeal* de Naomi Watts y Laura Helena Harring para sumergirle en el ambiente y tomamos una botella de Chablis mientras la veíamos. Me eché en sus brazos para que se acostumbrara a mi cuerpo y disfrutamos la película de Lynch hasta la muy sensual escena de amor entre las dos guapas actrices.

Decidí aplicar el refrán que dice «a hierro caliente, batir de repente». Me incliné sobre su rostro para besarle, acariciarle el pecho y jugar con mi uña en su pezón. Tras unos minutos quise comprobar el resultado de mi acercamiento y ¡milagro! La bestia se había despertado y se enroscaba en mi mano. Zach estaba tan aliviado que se desató, me arrancó la ropa y se echó entre mis piernas para lamerme. Aunque no fue el mejor cunni de mi vida, me dio mucho placer. Pensé que habría podido dejarle llevarme al orgasmo, pero quería borrar el mal recuerdo de la primera vez.

Cuando se lo conté a Laure al día siguiente, sacudió la cabeza en señal de desacuerdo.

—Ophélie, si estabas camino del orgasmo deberías haberle dejado que te llevara hasta el final. No olvides que nosotras, las mujeres, somos multiorgásmicas.

—Sí, pero yo no quería que perdiera el vigor y nos paráramos otra vez.

—Así que supongo que decidiste hacerle una mamada. ¿Le cortó el rollo?

—No, no. Tenía una erección bastante respetable pero, una vez instalada, no iba a renunciar a mi felación. Confieso que sus gemidos deberían haberme alertado del riesgo. Me interrumpí rápidamente para ponerle un preservativo, sentía que esta vez habíamos empezado bien. Igual que la primera vez, me puse sobre él para hacerle el amor.

—Realmente le has cogido gusto a esa postura.

—Sí, eso creo. Puedo controlar el ritmo, besarle si inclino la cabeza o llevarle a lamerme las tetas.

—¿Y la sensación era distinta?

—Totalmente. Le sentía duro dentro de mí y otra vez experimentaba un placer creciente. Zach me decía palabras amables, que era «sublime», que sentía tanto deseo de mí... Le prefería callado, pero no importaba. Subí como si fuera a hacer salir de mí el pene y volví a bajar hasta clavarlo profundamente y gemimos al unísono. ¡Qué maravilla! Volví a entrar y salir y volvimos a gritar, pero esta vez por otra razón.

Vi en el rostro aterrado de Laure, que lo había adivinado.

—No me digas que...

—Sí, él llegó al orgasmo y el sonido ronco que salió de su garganta era la expresión de ese placer mezclado con cierta desesperación. Por mi parte, lo que salió de mi boca fue la frustración.

—¿Qué hiciste? ¿Le pediste otro cunni?

—Debería, pero estaba demasiado irritada y, aunque trató de disculparse, no tuve ganas de escuchar sus tópicos.

—Eres dura. ¿Qué te dijo?

—Las cosas que siempre dicen los tíos en esos casos: que estaba estresado, que yo era tan guapa que no había podido contenerse, que habría sido mejor en otra posición, bla, bla, bla...

—Ponte en su lugar. ¿Qué querías que hiciera?

—¿Ponerme en su lugar? ¡Ya me habría gustado! ¡Eso querría decir que había llegado al final! Admito que no estaba de humor para ser comprensiva. Me vestí y me fui a casa.

—¡Pero es horrible! El pobre debe de estar hecho polvo. ¿Te imaginas?

—Sí, no te preocupes, le envié un mensaje de texto y le pedí disculpas.

—¿Has recibido respuesta?

—No recibí ningún SMS, pero sí recibí un ramo de veinticuatro rosas rojas.

Laure se quedó de piedra.

—¿Rosas rojas? El símbolo de la pasión. ¡Le molas de verdad!

—Laure, no uses esa palabra; ya te lo he dicho, ya no tienes edad. Pero en el fondo tienes razón, está loco por mí.

—¿Así que aún no se ha acabado todo entre vosotros? ¿Le darás otra oportunidad?

—Aplicaré la máxima de «no hay dos sin tres».

Como le había prometido a Laure, volví a ver a Zach en varias ocasiones y desde entonces se puede decir que salimos juntos. Sin embargo, no le he invitado a venir a casa y tampoco he dormido en la suya. Así hemos logrado ponernos de acuerdo sexualmente, aunque el entendimiento es relativo. Siento placer pero no he tenido más que un solo orgasmo y no fue especialmente violento. Creo que le aprecio, pero que no le quiero, y no es recíproco... No obstante, es un hombre inteligente y atento, lamento que su pasión por mí frene su humor. Es el compañero que necesito en mi vida actual: alguien con quien salir, más que un precioso estuche donde alojar mi corazón.

Esta tarde hemos ido a la playa de Santa Mónica con Laure y David y esta noche estamos invitados al preestreno de la película de Michael y la fiesta que dan a continuación.

Diario de Laure

14 de junio de 2015, 15 h

Esta vez me pregunto si la pareja de nuestros amigos no habrá sufrido el tiro de gracia. Zach acaba de pasar por casa y está desesperado, aunque ha sido él quien ha puesto fin a la relación, pero ¿tenía realmente otra opción? Creo que David tenía razón y que yo nunca debería haberles presentado.

Con su bikini negro y sus gafas de sol, Ophélie me llamó la atención en la playa. Estaba tan guapa que uno podría creerse en compañía de una estrella. Miré a Zach y vi que se daba cuenta de que no jugaban en la misma división. Ophélie era amable pero no afectuosa con él y eso le apenaba.

La transformación física de mi amiga es impresionante. Tiene un cuerpo fino, musculado y con un vientre plano, e incluso David no pudo evitar hacer una observación que tuvo el don de fastidiarme prodigiosamente.

—Ophélie, eres publicidad andante para los gimnasios, estás fantástica.

No pude contenerme y solté la mía.

—¿Y yo soy una rellena ballena de mar? Gracias, siempre es agradable trasladarse ocho mil kilómetros para estar en pareja con alguien que ni siquiera te mira después de dos meses de vida en común.

A diferencia de Ophélie, que esbozó una muy discreta sonrisa, David estaba muy apenado.

—Que no, amor mío, no os estaba comparando. Sigues siendo el ser que prefiero en este mundo, la más guapa, la más inteligente...

Le interrumpí.

—Y no lo olvides: la más dulce. Bueno, voy a bañarme con Ophélie mientras le preguntas a Zach cómo ha hecho para regalarle un ramo de rosas a su amada. Deberías aprender de él.

Antes de entrar en el agua, Ophélie se quitó las gafas y vi que Zach sufría un nuevo *shock*. Ophélie con las gafas ya es un bombonazo, pero cuando muestra sus ojos azules es definitivamente una diosa.

Pensé que solo íbamos a mojarnos los pies pero, para mi gran sorpresa, Ophélie quiso bañarse. No podía creerlo.

—¿Y los tiburones?

—No me importan. Si veo uno grande blanco, me lo como de aperitivo en previsión a la larga fiesta de esta noche.

Se lanzó al agua. Diecisiete grados para mí es algo muy al límite, pero no tenía otra opción, tuve que seguirla y me puse a su lado para poder hablar.

—Ophélie, ¿estás preparada para ver a Michael? ¿Te das cuenta de que nuestro último encuentro fue esa memorable negociación hace dos meses? ¡Cómo pasa el tiempo!

—No hables en plural. Yo le he vuelto a ver cinco o seis veces desde entonces.

—¡No! ¿Dónde le has visto?

—Sobre todo en *Shutters on the Beach*. Cuando a él no le daba tiempo, también nos veíamos en el *Four Seasons* de Beverly Hills.

—¿Pero habéis...?

—Claro. ¿Crearías que me iba a contentar con Zach? Ahora, está claro que con Michael es solo sexo.

Me quedé de piedra pero, de pronto, una sonrisa iluminó su rostro y estalló en carcajadas.

—¡Qué tonta puedes llegar a ser!

—¡He estado al borde de un ataque!

—Tendrías que haber visto tu cara, ha sido muy divertido.

Más tarde, al volver a nuestro apartamento («nuestro apartamento» es en realidad el de David porque el mío lo ocupa solo Ophélie), reflexioné sobre la razón que pudo llevarme a ser tan crédula. La nueva Ophélie es tan glamurosa que la veo más con un Michael Brown que con un Zach Lehman. Es terrible decirlo pero los acontecimientos de esa noche demostraron lo certero de mi análisis.

Para el preestreno nos pusimos todos de punta en blanco. Los chicos en esmoquin y las chicas en traje de noche. Yo estaba fantástica con mi vestido largo rojo y David me hizo un cumplido por mi belleza. Siendo objetiva, si nos comparáramos con los otros invitados, los dos y Zach estábamos entre los más guapos, pero Ophélie iba aparte, claro; a su lado parecíamos tres duendes. Con un vestido negro y un moño sobrio estaba sencillamente sublime.

Zack parecía más incómodo que orgulloso por tener una acompañante así.

La proyección era en el *Chinese Theatre*, el famoso cine de Hollywood.

—¡Ophélie! ¿Te das cuenta? ¡Alfombra roja para nosotros!

David y yo avanzamos, seguidos de Zack y mi amiga, pero los espectadores solo tenían ojos para Ophélie. Algunos fotógrafos, incluso, la llamaron para sacarle fotos en la alfombra roja. Como no conocían su identidad, se oía «Señorita, señorita» y Ophélie accedió con soltura.

Eso no mejoró el ya de por sí sombrío humor de Zack.

Por primera vez desde que le conozco, hizo una observación negativa al ver que estábamos situados al fondo de la sala, a un lado.

—No merece la pena ser invitados por Michael Brown si no podemos ver nada. Valdría más que hubiéramos venido mañana.

Ophélie mantuvo la sonrisa y fui yo quien le puso en su sitio (sin ironía)...

—Zach, todo Hollywood está invitado esta noche. Si no conociéramos a los Brown nunca habríamos venido. El preestreno de esta película es un acontecimiento mundial, no nos arruines el momento.

David cambió de tema preguntándole algo sobre el artículo que había escrito en *Los Angeles Times* de ese día.

Ese fue el único incidente de la proyección. Por mi parte, estaba en la gloria por ver una de Tarantino con Michael en el papel principal. Cuando los dos subieron a escena, sus aspectos eran antagónicos. El director, con su traje negro habitual y una corbata negra, que ni siquiera estaba ajustada alrededor del cuello, tenía un estilo descuidado, mientras que el actor iba de punta en blanco

con esmoquin y pajarita. Miré a David y Zach y pensé que había trajes y trajes. No quería ser mala, pero al lado de la elegancia de Michael, nuestros dos periodistas más parecían camareros que invitados.

Le dije algo al oído a Ophélie.

—Es guapo, ¿no?

Se volvió hacia mí sonriendo.

—Eso es un eufemismo.

Su reacción, lo mismo que su broma de esa tarde, me hicieron pensar que por fin había pasado página. Está claro que Zach no es el amor de su vida pero contribuye a estabilizarla, aunque el gimnasio y el *footing* tampoco son ajenos a esta transformación.

La película era muy Tarantino, brillante, lenguaraz y violenta. A la sala le gustó y a Ophélie y a mí nos encantó. De todos modos, desde *Pulp Fiction* y *Kill Bill* Tarantino ya era uno de nuestros directores favoritos.

La fiesta que siguió se celebró en el hotel Chateau Marmont. En ese fantástico lugar, para Zach y David era una fiesta más, pero para nosotras era una novedad.

—Ophélie, estoy emocionada con la idea de descubrir este sitio. ¡Es mítico!

—¿Has visto *Somewhere*, la película de Sofia Coppola? Se rodó aquí.

—¿En serio? Soy muy fan de Sofia Coppola, tan buena directora como su padre, aunque la del Chateau Marmont no es su mejor película.

—Estoy muy de acuerdo. Muy lejos de *Lost in Translation* o *Las vírgenes suicidas*.

Construido en la parte más alta de Sunset Boulevard, el Chateau Marmont es un hotel de principios del siglo XX que en verdad parece un palacio.

A la entrada había un importante dispositivo de seguridad que desanimaba a los posibles intrusos, pero para nosotros no hubo problema, teniendo como teníamos los preciosos «ábrete sésamo» que nos permitían entrar.

La fiesta estaba organizada afuera, cerca de la piscina, pero también en los salones contiguos. Además del equipo de la película, había algunos actores conocidos, deportistas, modelos, productores y agentes. Igual que en Venecia, las estrellas tenían reservado un espacio VIP ajeno al común de los mortales —en otras palabras, nosotros—. Ophélie, que se hizo la misma reflexión, me dijo:

—¿Te acuerdas de la Mostra?

—Sí, pero esta vez tenemos entradas de verdad y ya no hace falta colarse.

—Y tampoco tenemos máscaras para proteger nuestro anonimato.

—¿De quién quieres esconderte? ¿De Michael o de Charlie?

—Michael no importa, pero prefiero evitar a Charlie y Amy. Mi último encuentro con ella no fue precisamente un éxito... Y me quedo corta.

Me atreví a hacer la pregunta del millón.

—¿Crees que volverán juntos?

—No sé, según los medios de comunicación son una pareja ideal.

—Pero eso no quiere decir nada. Es la magia del asesor de prensa, el creador de imagen Robin Watson. Te recuerdo que fue capaz de vender que estabas prometida con Charlie.

Se echó a reír.

—¡Cuando en realidad solo le había besado dos veces!

En mi mente se disparó una señal. Esa no era la información que recordaba.

—¿Cómo es eso de que le besaste dos veces? Recuerdo el beso en la góndola, aunque dijiste que fue él quien inició la cosa. ¿Y el segundo beso?

Mi pregunta no la desconcertó y, siempre sonriendo, me contestó:

—Al salir del *jacuzzi* en el hotel puede que le robara un besito pequeño.

¡Cada día redescubro a mi amiga!

—También recordaba lo del *jacuzzi*, pero lo del beso es una novedad.

La nueva Ophélie no es de las que se sienten culpables.

—Está bien, prohibido montar una escenita. Mírales, ahí están todos, siempre los mismos: los dos hermanos y sus esbirros. Solo está Amy como elemento añadido.

—¿Crees que nos han visto?

—Charlie, seguro, pero los otros... no estoy segura.

Dejamos de interesarnos por los Brown para volver a prestar atención a nuestros enamorados. Bebimos champán, comimos canapés y disfrutamos de la suavidad del clima de California. De pronto, vi movimiento en el espacio VIP.

—Ophélie, Charlie y Amy se van.

—¿Tan pronto? Apenas hace una hora que ha empezado la fiesta.

—Seguramente sigue colgado de ti y no soporta verte sin poder hablarte.

—Laure, tu evolución psicológica me asombra; no sé si se debe a tu relación de duración récord con David o si te has hecho fan de las telenovelas, pero nunca te hubiera imaginado con ese romanticismo de colegiala...

No lo dijo con maldad, pero me sentí herida y mi respuesta surgió con mayor violencia de la deseada.

—Tu evolución también me sorprende: eres cien veces más guapa que antes, pero con tu nueva frialdad, los hombres a tu lado o eyaculan rápido o directamente ni lo hacen.

Se cerró de inmediato. Me disculpé al instante.

—Lo siento mucho, no pensaba lo que decía. Estás sublime, será la envidia.

—Sí, lo pensabas y además tienes razón, aunque exageres. Es solo este pobre Zack, que no logra manejar su relación conmigo, pero no puedo evitarlo; soy más feliz, más equilibrada así. Es él quien ha de adaptarse y además, él no puede extrañar a la «antigua Ophélie» porque no la conoció.

No se equivoca y, además, dudo mucho que Zach pueda mejorar las posibilidades de viabilidad de su pareja.

No puedo profundizar en el problema porque Robin aparece por detrás de nosotras.

—Laure, Ophélie, buenas noches. Si tienen unos minutos, Michael desearía verlas.

Interrogué con la mirada a Ophélie. Alzó los hombros y movió la cabeza en señal afirmativa. Nos disculpamos con los chicos; a David pareció no importarle pero Zach se preocupó. Menos mal que no sabe el pasado que unió a la estrella con mi amiga. Dejémoslo estar...

Penetramos en el espacio reservado a los VIP y Ophélie me susurra al oído:

—Más fácil que en Venecia.

Michael se levanta para recibirnos. ¡Sorpresa! Nos saluda con un beso. Tiene la mirada aterciopelada, de seductor, que hizo derretirse a Ophélie y también a decenas de millones de mujeres. Hay que reconocer que es de una belleza y una elegancia incontestables. Y además, esta presencia, este carisma.

—¿Ves, Robin? Siento que nunca más se deberían organizar fiestas en Los Ángeles sin tener entre los invitados a jóvenes francesas. Aportan algo chic, un caché, un *je ne sais quoi*...

Esas últimas palabras las pronunció en francés. La ofensiva de su encanto no ha terminado aún y sorprendentemente empieza apuntándome a mí.

—Laure, ese vestido rojo le sienta de maravilla. Está preciosa. Ha de saber que no soy el único que se ha fijado en su presencia y que varias personas, entre ellos productores adinerados, han preguntado por su identidad. He creído entender que seguía estando con David, pero si eso llegara a cambiar, sería un gran placer presentárselos.

Por mucho que me suenen exagerados los cumplidos, enrojezco al oír su proposición.

—Gracias, Michael, pensaré en ello.

Ahora pasa al ataque con su objetivo principal.

—Ophélie, estás distinta, cambiada, más hermosa todavía, si eso es posible.

—Es posible, he frecuentado mucho los gimnasios.

—De modo que no me equivocaba. Te sienta muy bien. Pareces más mujer. Una nueva Ophélie, en cierto modo.

—Eso mismo me ha dicho Laure, pero ella no es tan positiva como tú sobre el resultado. Cree que mi nueva apariencia vuelve a los hombres impotentes o eyaculadores precoces.

No puedo creerlo. ¡Ophélie está comunicando las conversaciones privadas entre nosotras a Michael! Introducir el tema sexo en presencia de él es como hacer una barbacoa en verano en el sur de Francia; hay muchas posibilidades de provocar un incendio incontrolable y, de hecho, por eso está prohibido.

No falla. El ojo de Michael se enciende al instante. Su mirada ha ganado en intensidad y sensualidad.

—¿«Impotentes»? Puede que haya hombres un poco frágiles que puedan quedar impresionados por tu belleza y eso les bloquee, pero me parece más probable la otra hipótesis. Muchos hombres no llegarían a ser capaces de controlarse si se encontraran ante un cuerpo esculpido como el tuyo.

Ophélie no parece turbada por sus palabras. Le mira y a su vez ejecuta su mirada hechizante.

—Pero tú, Michael, no formas parte de ninguna de esas categorías, ¿no?

—No, de momento he conseguido escapar a esas dos maldiciones. No obstante, no me he enfrentado a esta nueva perfección tuya, Ophélie, y no puedo juzgar a priori el efecto que tendría sobre mí...

—Solo la experimentación podría dar respuesta a esta cuestión científica...

Me siento incómoda presenciando este juego de seducción. Robin se ha esfumado de manera sutil y me gustaría hacer lo mismo, pero no me atrevo a moverme.

Michael se ha quedado en silencio esperando la respuesta de mi amiga y su mirada, ardiente, no se aparta de ella.

A su pesar, acaba por volverse hacia mí.

—Laure, creo que he encontrado otra empresa que desea acudir a Ciné Organisation para la promoción de su película.

—Gracias, Michael. Es estupendo, nos está ayudando mucho.

Ophélie me interrumpe abruptamente.

—Michael, ¿recuerdas el último preestreno en el que nos vimos?

Parece sorprendido por la pregunta.

—Claro que sí, la Mostra, la fiesta Casanova. ¿Cómo olvidar nuestro vals?

—¿Has visto el vídeo en Youtube?

—¡Por supuesto! Formábamos una pareja única, sublime. Esa unión así, esa complicidad, nuestros dos cuerpos que ya no formaban más que uno solo...

—Y no fue la única vez en la noche en que nuestros cuerpos se fundieron.

Aquí le está provocando abiertamente. ¡La va a violar aquí mismo!

No es algo manifiesto, dada su impasibilidad permanente, pero ahora conozco lo bastante a Michael para descubrir su turbación.

—La diferencia está en que durante el vals nos filmaron...

Ophélie le mira con fijeza y con ironía.

—Cierto, estoy sorprendida y decepcionada de que no nos grabaras mientras nos revolcábamos. En la góndola lo comprendo, pero en el yate pasamos bastantes momentos juntos... ¿No pudiste instalar una cámara detrás de un espejo sin azogue?

¡Tierra, trágame! Mi sensación de estar de más es muy fuerte, pero para estas dos estrellas no soy más que un gusano insignificante. Michael ha recuperado su sangre fría.

—Robert no me permitiría hacer ese tipo de instalaciones sin que se firmara otro acuerdo jurídico, además de los tradicionales acuerdos de confidencialidad y otros *Sexual Consent Form*.

—Michael, deberías liberarte de esas coacciones administrativas. Robert tiene una influencia castradora, debes imaginar tus propias soluciones. Es terrible que a uno le priven así de los recuerdos de vacaciones.

Estoy muy confundida y Michael, por su parte, está perplejo ante lo que parece una proposición indecente.

A este diálogo licencioso le sigue un silencio. De pronto, una voz femenina viene a perturbarlo.

—Ophélie, ¿otra vez está monopolizando a mi marido? ¿No pensará volver a tomármelo prestado para una semana completa?

—Buenas noches, Carolina. Todas las opciones están abiertas, no olvido su interesante proposición de la noche de su aniversario de boda. Usted tenía razón, mi relación con Charlie se terminó muy pronto. En cambio, lo que seguro no imaginaba es que fuera yo quien la terminara tras una semana.

La actriz ni siquiera me ha saludado y me pregunto si desde hace un momento no me he vuelto invisible, ya que me siento ignorada por las tres personas presentes.

Carolina es muy guapa y bate un récord de escote con un vestido firmado seguramente por Armani o Dior.

—Cierto. Mentiría si afirmara lo contrario, pero como suele decir mi marido acerca de usted, es una joven asombrosa. Es la única que puede pretender tener una dimensión comparable a la nuestra y es eso lo que hace interesante la perspectiva de una relación con usted, más que su belleza.

Marca una pausa corta antes de volver a hablar, envolviendo a Ophélie con una mirada intensa.

—¿Así que mi proposición suscita su interés?

Michael no ha perdido ni un ápice de la conversación.

—¿Cuál es esta famosa proposición?

Ophélie se encarga de contestarle con una sonrisa deslumbrante.

—Michael, la «nueva Ophélie» gusta mucho y yo creo que a Carolina le gustaría proseguir con el intercambio que habíamos iniciado hace poco menos de dos años en el yate. ¿Recuerdas?

—Recuerdo sobre todo que tú escapaste despavorida...

Ophélie alza los hombros con un movimiento encantador.

—Las cosas cambian, hay que saber adaptarse. Todos vosotros no paráis de decirme que estoy «distinta», que tengo una «dimensión comparable» a la vuestra. ¿Por qué tendría que anclarme en una heterosexualidad convencional cuando hay tantas actrices que exhiben una bisexualidad moderna? Fijaos en Lindsay Lohan, Evan Rachel Wood o Amber Heard, por no hablar de Angelina Jolie... la lista es interminable. Incluso usted, Carolina...

Michael está a la vez turbado y excitado.

—¿Preferirías a mi mujer?

—¿Sabes? en los restaurantes franceses habitualmente ofrecen «queso o postre» y, de hecho, nada impide elegir los dos.

Me doy cuenta de que estoy boquiabierta como un pez que quiere papar una mosca. Los dos oscarizados actores tienen casi la misma expresión, pero en su caso es más bien de sorpresa, por las palabras de Ophélie.

Soy yo la primera en salir del letargo.

—Carolina, Michael, les ruego que nos disculpen, pero nuestros novios nos están esperando desde hace mucho tiempo. Es hora de que vayamos a reunirnos con ellos. Gracias por esta invitación.

Cojo a Ophélie por el brazo y tiro de ella, que apenas tiene tiempo de despedirse. Al marchar, percibo la mirada divertida de Michael, que claramente ha disfrutado con esta conversación. Yo no tanto.

—¿Puedes explicarme ese número que has montado?

Le da la risa.

—¿Qué? ¿No valoras que por fin me amolde al ideal de mujer moderna, con la matraca que me llevas dando desde hace dos años?

Mierda, en el fondo tiene razón. Es cierto que no ha dicho nada que debiera hacerme sentir incómoda y tengo la sensación extraña de que nuestras personalidades se están cruzando, ella liberándose y yo varándome.

—Vale, tienes derecho a la bisexualidad y también a los tríos, pero creo que proponérselo a los Brown es muy extraño.

—¿Por qué? Ya de iniciarse, mejor hacerlo con gente guapa y experta en la materia. Además son ricos, lo que garantiza que estaríamos entre sábanas de seda y alimentarnos de caviar y champán.

Estoy devastada.

—¿Estás de broma? Tranquilízame, por favor. ¿Vas a hacerlo?

Ella se echa a reír.

—No, no lo haré, pero ¡si vieras la cara que tienes en este momento! Es casi tan divertido como ver la lujuria en los ojos de Carolina y Michael.

—¿Has estado tomándoles el pelo?

—¡Pues claro! Y qué bien ha funcionado, ¿eh?

—Como juego es peligroso, ¿no crees?

—No. Tampoco nos vemos lo bastante como para que las cosas vayan por mal camino. De todas maneras, para decir que estoy en pareja y que «desgraciadamente no puedo ceder a ese deseo» siempre estamos a tiempo. Mientras tanto, me echas una reprimenda por el miedo a una relación sexual con los Brown, pero agradeces el contacto empresarial de Michael.

—Hay que reconocer que, como caballo de Troya para conquistar el mercado de Hollywood, no se puede soñar nada mejor que Michael. Pensándolo bien, puede que el caballo seas tú, Ophélie, en cuyo caso Michael sería Aquiles, un hombre invulnerable y de gran belleza.

Me sonrío enigmáticamente.

—Lo de «invulnerable» habrá que verlo... Aquiles tenía un talón y todo el mundo tiene su debilidad, hasta Michael...

Me gustaría saber qué quiere decir pero llegamos ya a donde pueden oírnos Zack y David, así que dejaremos para más adelante las aclaraciones.

—¿Cómo os va? ¿Soportaréis cargar con pesos muertos como nosotros?

El ataque es violento e inesperado. Ophélie es el blanco principal, pero ella no contesta. Besa a su novio con mirada tranquila y una pizca indiferente, así que soy yo quien asume nuestra defensa.

—¿Qué pasa, Zach? ¿Es porque hemos ido al espacio VIP?

—Creo que eso no se hace: arrastrarnos a una fiesta que maldito lo que nos importa para dejarnos e ir a rendir pleitesía a su excelencia, la gran estrella internacional Michael Brown.

—No creo que puedas incluir a David en tus palabras. David, ¿te aburres aquí? ¿Te sientes utilizado por nosotras?

En ese mismo momento en que interpelo a mi novio me doy cuenta de la situación en la que le pongo, obligándole a tomar partido en una disputa entre su pareja y su mejor amigo, pero olvidaba la madurez de David.

—No tengo que contestar a esa pregunta, Laure. Tú tampoco estabas obligada a reaccionar a las palabras de Zach, que no iban dirigidas a ti...

De pronto me siento un poco idiota y me vuelvo hacia Ophélie.

—Entonces, ¿tú qué dices?

—Nada. Bueno, sí, que es tarde y quiero ir a acostarme.

Yo creo que esta indiferencia es lo peor que Ophélie podía infligir a Zach. Es un jarro de agua fría y ahora él parece un perro apaleado.

Al llegar al coche, Ophélie se vuelve hacia David y yo.

—No os preocupéis por nosotros. Tomaremos un taxi.

—¿Estás segura?

—Sí, creo que Zach y yo tenemos que hablar.

No le faltaba razón y, al mismo tiempo, me preocupaba el desenlace de la charla, pero no era la única: Zach estaba mortificado. Desde su salida no dijo ni esta boca es mía.

En el camino de regreso, le expresé mis dudas a David, que me dejó hablar durante cinco minutos hasta que me interrumpió.

—Laure, es asunto suyo, no nuestro.

—¡Pero son amigos nuestros!

—Seguirán siéndolo después de su separación.

—¿Cómo puedes decir que van a romper? No es seguro...

—Es lo que intentas demostrarme desde hace una hora...

—¡Eso es mentira! ¡Nos marchamos hace un cuarto de hora!

Resultado: le puse cara larga y volvimos en silencio. Por primera vez desde que estoy en California, nos quedamos dormidos un sábado por la noche sin hacer el amor. Lo juro, ¡nunca más volveré a hacer de celestina!

No obstante, en ese terreno mis tormentos no acabaron ahí. A las dos llegó Zach, quien tenía mejor cara y pensé que quizá habían arreglado las cosas.

—Buenos días, Zach, ¿qué tal?

—Ya está. Se acabó.

Ay, el aspecto más sereno escondía resignación y fatalismo en realidad.

David entró en el meollo de la cuestión.

—¿Te ha dado la patada?

Tuvo una mirada triste.

—Ni siquiera; he sido yo quien ha puesto fin a la relación.

—Pero ¿por qué? ¡Estás loco por ella!

—Precisamente. No soporto el suplicio permanente de amar a una persona que no me ama a mí.

—¿Qué pasó cuando nos separamos?

—Pensé que quería que habláramos en el taxi antes de volver a su casa, pero, aunque parezca increíble, me dijo que era preferible esperar a llegar en mi casa. Estaba muy serena.

—¿Y tú?

—Yo estaba fatal y no comprendía por qué tuve aquella salida. Tengo que reconocer que eso fue inoportuno.

»Una vez en casa, preparó un té para los dos. Yo estaba sentado en el sofá y empezó a leerme la cartilla: me dijo que no debía tratar de controlarla, que tenía que dejarle su independencia y que si no, no funcionaría.

—¿Y qué replicaste?

—Le pedí disculpas; le dije que era muy difícil, que no percibía que nuestros sentimientos fueran recíprocos. No me contestó, pero se acercó a besarme y toda esa tensión entre nosotros se transformó en pasión sexual. Cuando estaba dentro de ella, la miré a los ojos y vi aquello que más temía; debía haber detenido la relación, ya que no tenía ningún sentido. Pero lo más terrible es que no pude, estaba como drogado, su cuerpo era mi chute. Me desaté, ella empezó a gemir y yo llegué al orgasmo. No tengo claro que ella llegara también.

En este punto caminamos hacia el precipicio y me decido a intervenir.

—Zack, las chicas no funcionan igual que los tíos, son más sensibles y pueden sentir placer sin orgasmos. Eso no quiere decir nada...

Él tenía una mirada aún más triste.

—Sí, es lo que ella me dijo para consolarme. Laure, para ti, ¿en qué tanto por ciento sueles alcanzar el orgasmo?

Considerando que David estaba con nosotros, la pregunta era comprometida, aunque Zach no se diera cuenta. Contesté a sabiendas de que estaba contribuyendo a cavar su tumba.

—En mi caso, soy muy receptiva.

—Laure, dime un porcentaje. ¿Setenta? ¿Ochenta? ¿Más?

—Eh... pienso que cien es más exacto.

Consiguió sonreír.

—¡Bravo, David! ¡La marca es perfecta! Yo después de la relación le pregunté a Ophélie si lo había alcanzado y cuando confesó que no era así, le hice la misma pregunta que a ti. ¿Y quieres saber la respuesta?

Piedad, no quiero oír nada, ya lo sé. Me callo, pero eso no le detiene.

—¡Me dijo que había llegado al orgasmo una vez! Y llevamos saliendo seis semanas...

—Pero seis semanas no es nada. Hay parejas que tardan años en alcanzar el nirvana.

—Sí, pero quizá tienen algo que nosotros no tenemos: el amor.

—No puedes decir eso. Tú...

Me interrumpe.

—Es inútil, Laure, también le he preguntado sobre eso.

De acuerdo, entrego las armas, no tengo nada que añadir.

Pero él aún tiene algo que decir.

—Fue muy franca, al mismo tiempo que se mostraba optimista. Me dijo que le gustaba mucho salir conmigo, que nadie la obligaba a hacerlo y que si no le gustara no estaríamos juntos.

Ha estado muy bien mi amiga, estoy orgullosa de ella.

—Es verdad, Zach. No está contigo para complacernos a David y a mí. Deberías persistir un poco.

—No, Laure, se acabó. Se lo he dicho a Ophélie. De momento no puedo verla, duele demasiado. Tal vez más adelante podamos ser amigos, pero en cuanto al amor, se acabó.

Se volvió hacia David con una sonrisa.

—Eso me da una oportunidad de salir con una askenazi. No todos los padres son como los tuyos, aceptando que su hijo salga con una no judía.

Por segunda vez Zack se mostró imprudente, pero esta vez era más molesto ya que para David no fue fácil convencer a su familia. Sin embargo, ninguno de los dos reaccionamos, Zach estaba ya demasiado afectado.

Cuando veo todo el dolor que pueden provocar los amores desgraciados, me alegro aún más de haber encontrado a David. Cuando Zach se fue, le llevé a la habitación e hicimos el amor: un momento de ternura y de dulzura especial, como un reconocimiento mutuo de haber encontrado al compañero adecuado.

Pero la emoción no excluye el placer y hoy no será el día en que descienda mi porcentaje de orgasmos.

Diario de Ophélie

21 de junio de 2015

Hoy celebro mi primera semana de celibato. Por un lado, lamento esta separación porque Zach es un buen chico y nuestras salidas a cuatro con David y Laure eran muy divertidas. Pero tomó la decisión acertada porque no se puede estar con alguien a quien no se ama. Ese fue el fondo de la conversación que tuvimos Laure y yo el lunes en la oficina.

—Entonces, Ophélie, ¿fue él quien rompió?

Sonreí.

—Sí. De hecho, es la primera vez que me dejan a mí.

—¿De verdad?

—Sí, siempre he sido yo quien ha puesto fin a las relaciones con los tíos.

Me miró con una expresión extraña.

—A excepción de Michael.

Vaya, es verdad, tiene razón. Es extraño, como si esa relación fuera algo aparte...

—No sé si se puede considerar que estuvimos juntos y, en consecuencia, nunca rompimos. Ya viste la otra noche en el preestreno, Michael no parecía el tío que me había dejado...

—No deja de ser triste para Zach y para ti.

—Así es la vida...

Mi agenda se ha aligerado con esta ruptura y acabo de tener una nueva idea. Como cada vez corro mejor, voy a prepararme para el maratón. Me he informado en internet con la idea de establecer un programa serio. Empezaré por la media maratón de Anaheim, en el parque de atracciones de Disney. La distancia es asumible y será divertido correr con Mickey, Donald o Goofy. A principios de 2016, el 14 de febrero, haré el verdadero maratón de Los Ángeles y, si me preparo bien, quizá pueda completarlo en cuatro horas o cuatro horas y cuarto. El objetivo principal es estar en forma para el maratón de Nueva York, el 6 de noviembre. Hacer esta carrera, cruzar el puente de Verrazano, pasar por Queens, Brooklyn, el Bronx y terminar en Manhattan, con largos kilómetros en Central Park, es el sueño absoluto.

Por fin recibimos las invitaciones para asistir al preestreno de la película de Charlie, *Un día perfecto*, que tendrá lugar el sábado 4 de julio, coincidiendo con la fiesta de la Independencia. Las invitaciones no nos las mandó Charlie sino Michalel, quien incluso añadió una pequeña nota manuscrita: «Esperando continuar nuestra apasionante conversación. MB, cineasta videoaficionado».

Lo que es increíble es que Laure no venga. Ha conseguido convencer a David para ir al seminario tántrico que organiza su amiga Claire y de hecho quiso convencerme a mí también para que los acompañara.

—Ophélie, va a estar súper, vamos a divertirnos.

—Pero yo ni siquiera tengo novio. ¿Cómo quieres que participe en sesiones tántricas, una actividad sexual que en principio es para una pareja?

—He llamado a Claire y no hay problema; ella te encontrará un compañero.

—¿Un tío que no conozco? Ni soñarlo. Ni siquiera estoy segura de que aceptara con Zach, así que... Además, no puedo porque es la presentación de la película de Charlie.

— ¡Pero si no te ha invitado!

—Él no, pero Michael sí. Por cierto, David y tú también estáis invitados al gran evento.

—Pero ¿no le habías dicho a Charlie que no tenías fuerzas para ir a ver su película?

—Eso lo dije bajo el efecto de la ira. No quiero perderme la primera película de alguien a quien le tengo afecto. Es la primera vez que asisto al estreno de una obra dirigida por un hombre con el que me he acostado.

—¿Eso es todo lo que representa para ti? No me parece razón suficiente para ir a esa fiesta.

—Pero ¿por qué tratas de impedírmelo utilizando todos los medios posibles e imaginables?

—Porque no me gusta nada que te quedes sola frente a los Brown. Te recuerdo que la fiesta de aniversario de Carolina y Michael acabó fatal.

—Eh, gallina clueca, todo va a ir bien. Michael estuvo muy majo la última vez.

—Eso es precisamente lo que me inquieta.

Laure comprendió que no tenía ninguna posibilidad de hacerme ir con ellos a esa experiencia curiosa. Yo el deporte ya no lo practico en la cama, sino con zapatillas deportivas en los pies.

Diario de Laure

3 de julio de 2015, 23 h

Estoy superestresada. El seminario empieza mañana.

Estamos en una especie de campamento con bungalós de madera. El sitio es rústico pero limpio y tenemos televisión en la habitación, aunque es una pantalla de 4/3. Parecería que hubiéramos retrocedido diez años en el tiempo, lo que no ha mejorado el estado de ánimo de David, que está de un humor de perros desde que salimos de Los Ángeles. El trayecto se complicó porque tardamos más de dos horas para hacer los noventa y cinco kilómetros entre Santa Mónica y el retiro. Reconozco que salir de Los Ángeles hacia las seis de la tarde un fin de semana del 4 de julio no es muy juicioso, pero la verdadera razón de ese mal humor es que a David no le apetece nada participar en este seminario tántrico. Al llegar, estuvo rozando la mala educación y durante la cena echó pestes sobre la calidad de la comida y creí que iba a explotar durante el discurso de bienvenida.

Debo decir que la introducción a los siete *chakras*, bloqueado como ha estado todo ese tiempo en el coche, resulta un poco árida. Cuando Claire explicó que *chakra* significa «rueda» en sánscrito, David levantó la mano para hacer una pregunta y me temí lo peor.

—Claire, si he entendido bien, desbloquearemos los *chakras* estos dos días.

—Sí, así es.

—Y los *chakras* son ruedas.

—Sí, esa es una de las traducciones a nuestra lengua.

—Hace un momento nos ha preguntado lo que esperábamos de este seminario. Si puedo desbloquear los cuatro *chakras* de mi coche y así evitarme los atascos durante horas, estaría muy contento.

Fue una broma totalmente ridícula, nada graciosa y muy grosera con relación a Claire, que es amiga. Solo hubo un tío que se rio.

Grité dándole un codazo en el brazo:

—¡David!

Pero Claire volvió a tomar el control contestando con una sonrisa:

—No estoy segura de poder liberar los *chakras* de tu coche y, de hecho, creo que no tiene, pero sí podemos enseñarte a equilibrar el *sahasrara*, el *chakra* que aporta serenidad y paz interior; ni siquiera verás los atascos.

Continuó con la explicación de los otros seis *chakras* y no oyó a David, que la invitaba a meterse el *sahasrara* en lo más profundo de su anatomía. Yo también preferí fingir que no oía nada. Debía de estar realmente irritado para ser tan grosero, no es propio de él.

Hora de acostarse. Claire nos ha dicho que mañana el día será muy largo. Solo hablaré hoy con Ophélie para saber si todo va bien y a dormir.

Diario de Ophélie

4 de julio de 2015, 18 h

Hoy es la gran noche: estoy emocionada y nerviosa a la vez. Espero que la película sea un éxito. Por lo que atañe a la fiesta, tengo confianza, al contrario que Laure. Sé que todo irá bien con Michael y Carolina.

Mi vestimenta es también otro motivo que me motiva mucho para pisar la alfombra roja del Chinese Theatre. Llevaré los Louboutin, pero además me pondré mi nueva adquisición. He descubierto una boutique muy *fashion* que vende ropa de jóvenes diseñadores y he encontrado una maravilla: un vestido largo, negro, recto pero con un corte a un lado, moderado, solo hasta la rodilla. La parte de arriba es mucho más pícaro, ya que es transparente y apenas dos pedazos de tela cubren —y no del todo— los senos: se puede ver la forma por arriba y por los lados. Creo que es el vestido más bonito que me he puesto en mi vida. Para el peinado me he inspirado en la cola de caballo de Olga Kurylenko que vi en la web de *Elle*. Parafraseando la leyenda que acompaña la foto: «cola de caballo encaramada en lo alto, tono de piel perfecto y boca perfecta me convierten en una verdadera *femme fatale*».

Le envié un *selfie* por SMS a Laure, que se conformó con una respuesta lacónica: «¡Guau, estás estupenda!». Le pregunté cómo iba todo pero solo me indicó que «bien» y, para terminar, me deseó que lo pasara bien en la fiesta y reiteró sus advertencias sobre los Brown.

No veo dónde puede estar el peligro. Bastará con alejarme de la piscina y evitar a los posibles candidatos al suicidio.

Diario de Laure

5 de julio de 2015, 19 h

Después de este fin de semana, nada volverá a ser igual. ¡Increíble *shock*!

Ayer por la mañana le hice prometer a David que fuera más abierto de mente y él contestó gruñendo: «Mientras no me obliguen a comérsela a otro participante...». No puedo decir que la respuesta me tranquilizara y por eso estaba tensa cuando nos pusimos a hacer el primer ejercicio.

Claire puso música y nos dijo que bailáramos frente a nuestro compañero. «Las chicas mostrad toda vuestra feminidad; los chicos, toda vuestra virilidad.» Bailar es un placer e incluso una pasión que me gusta compartir con Ophélie. Con Ophélie sí, pero con David no porque él prefiere acodarse en la barra a moverse en la pista, de modo que, con pocas ganas de participar y en ese contexto, fue un desastre; bailaba como un orangután a propósito, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo. Intenté abstraerme de esta visión para concentrarme en mis sensaciones, pero era difícil.

Cuando Claire nos propone intercambiar los papeles es aún peor. Para David, «bailar como una chica» equivale a caricaturizar a la peor de las *drag-queens*. No puedo más y le sermoneo.

—Joder, David, concéntrate, haz un esfuerzo.

Antes de que pueda contestarme, interviene Claire.

—Laure, tienes que dejar a David expresar su feminidad como él la sienta.

Es increíble, es él quien hace el imbécil y soy yo quien recibe la reprimenda.

En cuanto la profe da media vuelta, David exagera su mímica de loca desatada y me saca la lengua. Yo alzo los hombros.

Claire nos invita a «mirarnos a los ojos pero sin entrar en la seducción».

Con la mirada asesina que le lanzo a David, me aseguro de cumplir la orden.

Después de esa media hora tan dinámica, estamos sudando. Ahora es el momento del intercambio verbal, estamos todos sentados en círculo sobre cojines y las parejas son muy distintas en edad y en estilo. Incluso hay una pareja de chicas. Claire coge una figura de cerámica que representa a una mujer con las piernas alrededor de su hombre, en una posición muy erótica.

—¿Sabéis qué es?

—¿Un consolador?

La respuesta la ha dado David y Claire sonrío; yo no. ¡No me va a arruinar el seminario!

—No, David, no puede utilizar así este objeto. Simboliza el centro de atención de nuestro círculo. Pasároslo unos a otros. El que lo tenga en la mano tendrá la palabra y deberá compartir con el grupo lo que haya venido a buscar aquí este fin de semana. Para quienes tengan curiosidad por saber cuál es esta posición, se trata de la postura tántrica llamada *yab-yum*. Para terminar vuestra presentación diréis la frase «estoy aquí» y el grupo contestará diciendo: «ho».

Claire debe de sentir mi tensión pues me ofrece la figura de cerámica. Es un poco intimidante, tengo todas las miradas fijas en mí.

—Soy muy feliz en mi pareja. Amo apasionadamente a mi compañero...

Hago una breve pausa.

—Bueno, cuando hace el imbécil como hoy no le quiero tanto...

Hay algunas sonrisas, pero todos los participantes prestan mucha atención.

—Lo pasamos muy bien en la cama y me lleva siempre al orgasmo, pero soy de naturaleza curiosa y espero compartir con él sensaciones nuevas, si se esfuerza por no arruinar este momento... Estoy aquí.

El grupo responde a coro «ho» y le paso la estatuilla a David.

Dedica una sonrisa a los presentes y cuando se pone a hablar su voz muestra mucha más seguridad que la mía.

—Mi vida con Laure es satisfactoria en todos los niveles y no podría soñar con ninguna otra mujer. Ella es para mí la mezcla perfecta de inteligencia, humor y sensualidad. Respecto a este fin de semana, no espero nada. He venido aquí por ella y me esforzaré en no hacer más el tonto. Estoy aquí.

«Ho.»

Cuando tiende la estatuilla a su vecino de la derecha, me alegro de haber hablado ya porque me sería imposible hablar por la emoción que tengo. Amo a este hombre más de lo que creía poder amar a alguien en esta vida.

Para terminar la mañana, Claire nos explica lo que son los *chakras*. Por decirlo de una manera muy elemental, son puntos de confluencia de los canales de energía. Cuando se describen los siete *chakras*, se dice que forman un camino de iluminación (columna de plata), que parte de la base de la columna vertebral hasta la base del cráneo. Cada *chakra* se asocia con cierto color, un dúo de divinidades, un elemento clásico, sonidos, un órgano de acción, un órgano sensorial y funciones de la conciencia.

Confieso que esta explicación no la he escrito de memoria, sino que la he copiado del folleto que nos entregó Claire.

En la comida se dio un ambiente muy divertido. Los participantes se sentían extrañamente unidos y hasta David empezó a integrarse. Fue a pedir disculpas a Claire y ella le dijo que no era necesario, que se admitían toda actitud y opinión. Él asintió con la cabeza y cuando volvió me besó.

Por la tarde hicimos un ejercicio muy intenso, que al principio parecía fácil. Había que ponerse en la posición *Yab-yum*: David se colocó en la posición del loto y yo me senté sobre él enlazándole los hombros y apretando las piernas alrededor de su cuerpo. Claire nos había pedido que trajéramos nuestra música y un adaptador para fijar dos cascos. Yo había preparado una lista de reproducción en mi iPhone, siguiendo sus instrucciones. Debíamos seleccionar música que nos gustara y cuyo ritmo y significado tuvieran una concordancia con el amor.

Claire dio algunas consignas.

—Este es el momento de compartir las sensaciones. Vais a hundir la mirada profundamente en los ojos de vuestro compañero. El contacto visual es la clave de la intimidad. Si los ojos de vuestra pareja se desvían, pedidle amablemente que vuelva a sumergirlos en los vuestros. Aprovechad el

momento para escuchar la música que habéis elegido juntos y disfrutad de esta proximidad de intercambio con la mirada.

Experimenté un momento de angustia. Durante los días en que estuve preparando mi selección musical, en ningún momento pude obtener la opinión de David, así que hice una elección personal, lo que no casa genial con la idea del compartir.

David pareció leer en mis pensamientos.

—No te preocupes, seguro que tu selección es perfecta.

—¡Pero creo que he puesto muchas canciones francesas!

—*Ce n'est pas grave, je parle très bien français.*

Lo cual quería decir: «no importa, yo hablo muy bien francés», pronunciando estas palabras en mi idioma con su encantador acento. Me reconfortó y me senté sobre él, dándole al «play». De hecho, la primera canción era estadounidense, *What a Wonderful World*, interpretada por Louis Armstrong. Había más canciones anglosajonas de lo que pensaba, pero había también otras de Diane Tell, Céline Dion, Édith Piaf, Serge Gainsbourg, Jacques Brel, Renaud o Christine and the Queens.

Pero David tenía razón, no tenía ninguna importancia. Es esta posición, con la mirada hundida en él, sentí una intimidad increíble. Ni un solo momento nuestros ojos dejaron de mirarse y tomé conciencia de nuestro amor como nunca. Mi lista de canciones duraba una hora, pero Claire nos explicó que podíamos terminar cuando lo deseáramos. Cuando nos detuvimos solo quedaba otra pareja haciendo el ejercicio.

Hicimos una pausa para tomar el té. El ambiente había mutado en una especie de recogimiento perceptible.

Claire nos explicó a todos la actividad siguiente antes de que nos fuéramos a la habitación.

—Durante una hora, el hombre va a hacer el amor a la mujer empezando por un masaje completo de su cuerpo. Cuando termine, pedirá permiso a su compañera y, durante al menos un cuarto de hora, le masajeará el *yoni*.

Esa mañana nos había explicado que *yoni* significa «vagina» en sánscrito.

—Empezad por arriba; luego exploradla en trescientos sesenta grados. Localizad el punto sagrado situado en la pared interna del *yoni*, a unos cuatro o cinco centímetros en dirección al estómago.

El punto sagrado es el punto G, lo conozco.

Entramos en la habitación y fui a desvestirme en el cuarto de baño. Me sentía extraña, con un pudor hasta entonces desconocido. David se había puesto en pantalón corto y camiseta y también parecía incómodo.

—No sabía qué ponerme...

—Estás muy bien.

Me estiré sobre la cama en bata y David se arrodilló a mi lado.

—Anda, quítate eso y ponte boca abajo. Toma, coge esta almohada y pónela debajo del pecho.

Ahora parecía estar más a sus anchas que yo y me derramó aceite sobre la espalda, que estaba frío, y no pude evitar gritar.

—Intenta equilibrar el *chakra* que te pone melindrosa.

Dijo esto en un tono muy gentil, pues parecía sentirme tensa y quería que me relajara.

No hicieron falta más de cinco minutos y ya empezaba a darme placer la experiencia. Debo decir que David demostró tener mucha habilidad.

Empezó por la espalda, luego subió hacia la nuca y me sentía tan bien que dejé escapar un pequeño gemido.

—Laure, estas ronroneando. ¿Te tomas por *Princesa Leia*?

Es verdad que la gata de David es muy mimosa.

Se dedicó a mi culo, mis piernas y hasta el último de los dedos de los pies.

—Puedes tenderte sobre la espalda. Toma, ponte la máscara de dormir.

Estuve a punto de protestar: los ojos vendados no formaban parte de las consignas de Claire, pero pensé que podía ser buena idea y no me apetecía hacerme la castradora.

Me encontraba en un estado de gran relajación cuando abordó los hombros; bajó a lo largo de todo mi cuerpo evitando los pechos y pasó sobre las caderas, para no acercarse a las zonas más erógenas. En otra situación más habitual seguramente me habría irritado y querría que fuera al punto con más rapidez, pero aquí era diferente. No veía nada y podía concentrarme en las sensaciones de mi cuerpo, en mi receptividad a su masaje.

Del masaje pasamos a las caricias cuando vino a los senos. Me obligaba a permanecer inmóvil y sentía que los pezones se me endurecían entre los dedos de mi enamorado; con el aceite era más dulce que una caricia normal y me provocó una gran excitación.

—Laure, ¿puedo masajearte el *yoni*?

Lo siento por mi amiga Claire, pero oír verbalizar esta pregunta a David rompió un poco mi estado de felicidad, a pesar de que tuve suerte de que me hiciera la petición con seriedad y no con ironía; si no, creo que se habría roto el ambiente.

En respuesta, me limité a coger su mano y llevármela a los labios antes de situarla a la entrada de mi vagina.

David siguió escrupulosamente las consignas. Posó el dedo corazón sobre mi clítoris y le dio masaje con mucha delicadeza.

El hecho de tener los ojos vendados realzaba la percepción del recorrido de su mano y el dedo corazón. Entró en mí milímetro a milímetro y se puso a hacer círculos con el dedo, como si tratara de ensanchar el sitio en que se encontraba. No era una caricia clásica, pero empezó a ponerme en un estado de gran excitación. Estaba muy concentrada, pero aun así me puse a gemir. Al cabo de unos minutos su dedo corazón estaba por entero dentro de mí y las sensaciones superaban de lejos lo que me daba mi Rabbit. Cuando David volvió a mi punto G, sentí que me iba hacia una dimensión de placer aún desconocida. Su dedo presionó, el punto sagrado como lo llama Claire y las sensaciones eran tan fuertes que me agarré con las dos manos a la sábana. Mis gemidos se habían transformado en gritos, mi cuerpo estaba caliente y mi vagina quemaba.

Sentí llegar el orgasmo como rompe una ola gigante en la orilla. En mi caso era en realidad la célebre ola mortal y naufragué verdaderamente en el placer. Recuerdo una sensación de sofoco extrema, los músculos de las piernas se me pusieron tensos y después... ¡Nada más! ¡El agujero negro!

Cuando recuperé el conocimiento David estaba a mi lado y me aplicaba en la frente una toalla que había empapado en agua fría. Parecía preocupado.

—Laure, ¿estás bien?

Tardé un instante antes de contestar.

—Sí... creo. ¿Qué ha pasado?

—Has perdido el conocimiento.

—¿Mucho tiempo?

—Yo diría que veinte o treinta segundos.

Es muy extraño, mi primer pensamiento fue para Ophélie pensando en cómo fliparía cuando le dijera que me desvanecí por la fuerza del orgasmo.

—¿Qué hora es? ¿No debemos ir ya al curso?

—¿Estás segura de que quieres ir? ¿No deberías descansar un poco quizá?

—¿Y perder la ocasión de ser la estrella del seminario? ¡Ni loca!

Era pueril por mi parte, pero tuve un enorme placer al ver las miradas asombradas de mis compañeros cuando hablamos de nuestras experiencias. Claire me sonrió y precisó que esa reacción era infrecuente, aunque esperaba que en el futuro pudiera llegar a ese punto de forma consciente.

El final de la tarde y el principio de la noche los dedicamos a comprender cómo abrir y equilibrar los *chakras*. El problema para mí es que la sesión de masaje del *yoni* me había dejado agotada y no tenía fuerzas para estar atenta y almacenar toda esta nueva cultura.

Estaba en tal estado que, al acostarme, me quedé inmediatamente dormida. Segunda vez que fallamos a nuestra cita pícaro del sábado; nada grave, pero que no se repita demasiado.

En cambio, esta mañana estaba en una forma olímpica, dispuesta a cruzar nuevas fronteras para alcanzar el orgasmo.

En el desayuno comí por cuatro antes de afrontar este último día. Para el despertar físico, Claire nos hizo efectuar ejercicios de *tai-chi* con movimientos lentos de la pelvis de delante hacia atrás. Al cabo de un momento, nos pidió que añadiéramos contracciones procedentes del suelo pélvico. Los hombres también debían practicar esos «ejercicios de Kegel», como los llamó Claire, vendiéndoles la práctica a los participantes masculinos del seminario, algo reacios al principio de la mañana.

—Señores, no crean que esto beneficia únicamente a las mujeres. Puedo darles cinco motivos para trabajar el periné. En primer lugar, un periné musculado proporciona mejores erecciones, más largas y más potentes y, por consiguiente, más placer. En segundo lugar, los ejercicios de Kegel os ayudan a manteneros más tiempo durante las relaciones con un mejor control de la eyaculación. En tercer lugar, podréis multiplicar la frecuencia de las relaciones en un mismo día.

David se inclinó hacia mí para susurrarme al oído:

—Para mí esos tres puntos son totalmente inútiles.

No se equivoca, no puedo pedirle más en ese aspecto. Añadió una pequeña broma.

—Si ya te desmayas con mis caricias...

Claire no había terminado:

—... un periné fuerte también permite evitar la incontinencia urinaria y fecal...

¡Ah, repugnante! Pensé que estábamos dejando atrás la poesía tántrica, pero aún no lo había oído todo.

—Por último, evitamos el prolapso, es decir, la caída de órganos en el recto.

No sabía que existían ese tipo de cosas y, sinceramente, no me hacía ninguna falta. Confieso que me resentí con Claire por ser tan clínica y tan cruda. No fui la única, y el ambiente ya no era el del alineamiento de los *chakras*... Los participantes hacían los movimientos de manera mecánica.

Sin duda fue por eso que David y yo tuvimos tanta dificultad para disfrutar del ejercicio siguiente, pese a que era fácil, pues era lo contrario a lo que habíamos hecho el día anterior, a saber, un masaje al cuerpo del hombre que termina con el *lingam*, que en sánscrito significa «pene».

Entramos en la habitación. David se desvistió y enseguida se acostó sobre la cama boca abajo. El problema es que en nuestra pareja el experto en masaje es él. Le dan masajes más o menos una vez al mes; por eso lo hizo tan bien cuando me lo dio a mí. En cambio, yo soy una principiante y no es una práctica que aprecie especialmente, a excepción de nuestra sesión de la víspera, claro. Pienso que nunca había dado un masaje de más de cinco minutos a un tío en la vida y allí había que darlo durante una hora. ¡Qué tostón!

Como la sesión de «suelo pélvico» para evitar incontinencias y otras alegrías me había enfriado, tuve que hacer un esfuerzo de voluntad para ponerme con el masaje muscular de mi enamorado.

Empecé por los hombros.

—Más fuerte.

—¿Disculpa?

—Tienes que presionar más; si no, no sirve de nada.

Me molestan ese tipo de órdenes. Podría haber dicho «por favor». Voy a tener que preguntarle a Claire cómo se equilibra el *chakra* de la cortesía.

Reforcé la presión, pero fue inútil.

—Laure, si no empleas más fuerza, no sacaré ningún beneficio. Tengo la sensación de una caricia, haz un esfuerzo.

—Si no tuvieras ese extra de panceta, quizá podrías sentir algo diferente.

Mi mala uva no le perturbó, sino que le dio la risa.

Puse todo mi peso y dejó de quejarse. El problema es que, al cabo de cinco minutos, tenía los brazos acalambrados por el esfuerzo. No llevaría ni diez minutos con el tema, pero decidí tomar un atajo hacia el *lingam*. Eso sí que lo tengo controlado.

—David, date la vuelta.

Se puso sobre la espalda mientras yo me echaba aceite en las manos. Decidí no perder tiempo e ir directa a su sexo tras dedicarme al torso unos instantes.

Cogí su pene, que estaba blanda; mi masaje no había provocado en David la excitación que el suyo me había dado a mí. Iba a tener trabajo, ya que el *lingam* de David estaba en plena meditación oriental.

—¿No te olvidas de algo?

Me puse a devanarme los sesos.

—No sé qué puede ser.

—No me has pedido permiso.

Estaba completamente perdida.

—No te comprendo.

David levantó la cabeza y me miró con una sonrisa irónica.

—No puedes ocuparte de mi *lingam* así, a lo loco, sin antes pedir permiso.

—¿Estás de broma?

—Hablo en serio: las instrucciones de Claire fueron muy precisas al respecto.

—¡Me fastidias!

Las palabras salieron de mi boca, no pude controlarlas.

—David, vas a apañártelas tú solo con esa cosa. No tienes más que comprobar si el refuerzo de tu periné ha mejorado tu capacidad para meneártela.

Yo estaba mucho más furiosa de lo que la broma merecía y David se quedó muy desconcertado.

—Pero, Laure...

—Podrías haber disfrutado de una felación de *lingam* que te habría puesto los siete *chakras* en alineación militar y te habría hecho famoso en toda la India, pero ¿sabes qué? Creo que vas a chupártela tú solo. Así vemos si has ganado flexibilidad con mi masaje y los ejercicios de esta mañana. ¡Yo voy a quitarme este aceite asqueroso, lo tengo por todas partes!

Y con estas palabras me metí en el cuarto de baño.

Sola, después de cambiarme y lavarme las manos, empecé a sentirme culpable; había echado a perder el trabajo, lo que, después del tratamiento del que había disfrutado el día anterior, no era muy solidario.

Oí que David había puesto la televisión y estaba dispuesta a volver y hacerle una mamada cuando me llamó con una excitación nunca vista.

—¡Laure, ven enseguida, tienes que ver esto!

Corrí a la habitación y David estaba viendo una persecución policial.

A las televisiones de Estados Unidos les encantan este tipo de programas. La Fox tuvo durante años un *reality show* de persecuciones.

Vi que el vehículo en cuestión era un magnífico Ferrari cupé, pero no suscitó en mí un entusiasmo como el de David.

—¿Sabes? A mí, este tipo de programas...

—¡Fíjate más! Acércate.

Presto más atención a la pobre pantalla de nuestra habitación. David tenía puesto el canal KCAL 9, distribuido por la CBS en Los Ángeles. De pronto, miré los títulos que aparecían sobre la imagen y grité aún más fuerte que David:

—¡Mierda, no es posible!

Arriba estaba escrito «*Live coverage*» y abajo: «Michael Brown sospechoso de crimen, en fuga desde mediodía».

—¿Qué ha pasado?

—No sé, escucha.

El comentarista no sabía mucho más.

«Parece que la policía intentó detener a la estrella de Hollywood, que se encontraba en Santa Bárbara en una recepción. Al parecer, logró engañar a los agentes encargados de su arresto y subir a su Ferrari. La policía le ha dado caza hace unos treinta minutos, pero no ha hecho ninguna tentativa por detener el vehículo. Los coches de la policía se limitan a seguir a Michael Brown a distancia. El

convoy se dirige a Los Angeles y dentro de unos minutos llegará a Ventura. Desde que el actor ha comprobado que no trataban de detenerle, circula a una velocidad muy razonable, alrededor de ciento cuarenta kilómetros por hora.»

Efectivamente, filmado desde los helicópteros se podía ver el Ferrari y, a unos centenares de metros detrás, doce coches de policía con las luces giratorias encendidas. No pude evitar hacer un comentario:

—¿Para qué sirve tener tantos coches? ¿No es un poco exagerado?

—¿Sabes? Deben de ser los coches del sheriff de Santa Bárbara, del condado de Los Ángeles, del Departamento de Policía de Los Ángeles y quizá el del sheriff de Ventura.

Me pareció una tontería pero no dije nada y volví a mirar a la pantalla. De lejos, Michael en su coche daba la impresión de estar tranquilo, hablando por teléfono y, pese a las gafas de sol, el cámara hizo un zoom de repente que revelaba una agitación anormal al escrutar sus gestos y movimientos de cabeza. Incluso así era de una belleza y una elegancia increíbles; parecía que estaba en una película. Me pregunté si Ophélie estaría al corriente y si estaría viendo la televisión. Decidí llamarla pero saltó el buzón de voz.

David se volvió hacia mí con el ceño fruncido.

—Laure, tenemos que seguir los acontecimientos, es un deber profesional y, en tu caso, también hay un lado personal.

Tenía toda la razón; sería difícil explicarle a Bertrand que no habíamos seguido la fuga automovilística del actor más famoso del momento porque estábamos en un seminario tántrico.

—Vale. Voy a explicar la situación a Claire y traeré algo de comida.

La sexóloga fue menos comprensiva de lo esperado. Decía que podíamos ver el resumen en la televisión esa noche. Tuve que explicarle que volveríamos tan pronto como nos fuera posible. Al ir a la cocina a por agua y unos sándwiches me perdí veinte minutos de persecución, pero David me hizo un *recap*: es lo que tiene estar con un periodista

—Nada realmente nuevo de momento respecto a la persecución, pero la gran noticia es que han detenido a Carolina.

—¡No puede ser! ¿Qué crimen han cometido? ¿Fraude fiscal?

—No, de ser así no actuarían con tanto bombo. Parece ser algo más grave.

—Bueno, por el momento no están haciendo nada para cogerlo.

—Tendrán miedo de provocar un accidente. ¿Te imaginas? Michael Brown muerto en una colisión múltiple causada por el Departamento de Policía de Los Ángeles, el LAPD. ¡Qué escándalo para la policía y para la ciudad!

Yo no era la única que me planteaba esta pregunta. El canal de televisión entrevistó al portavoz jefe del LAPD.

—¿Tienen previsto interpelar a Michael Brown instalando controles?

—Hicimos una tentativa muy rápida para que se detuviera en Santa Bárbara, pero se negó a obedecer y condujo por el carril contrario para evitar nuestros vehículos, a riesgo de provocar un accidente. Consultamos a la oficina del sheriff y a la dirección del LAPD y decidimos no correr ningún riesgo y establecer contacto con el señor Brown.

—¿Y lo consiguieron?

—Conversamos con él pero la negociación resultó infructuosa.

—¿Qué es lo que pide?

—Él quiere poder ir por su propio pie a la comisaría de Beverly Hills a las siete de esta tarde.

—¿Y ustedes no han querido concedérselo?

—La gravedad del crimen del que es sospechoso no permite este acuerdo.

—¿Puede informarnos sobre el crimen del que se trata?

—No, no estoy autorizado a comunicar nada sobre este tema de momento. El jefe de policía dará una conferencia de prensa esta tarde a las seis.

David suspiró.

—Eso no nos aclara gran cosa. Llamaré a Zach para ver si él sabe algo. ¿No querrías contactar con Charlie?

—Es delicado. ¿Te das cuenta? Precisamente el fin de semana en que presentan su primera película. ¡Qué calamidad! ¿Será que Michael ha asesinado a un periodista que escribió una mala crítica?

No era el chiste del siglo pero tampoco el peor, aunque David simplemente lo ignoró.

—Trata de hablar con Ophélie; quizá ella sepa algo.

—No hay manera de contactarla. Le envió un SMS.

Comimos los sándwiches mientras seguíamos esta escena asombrosa. El único momento de suspense se produjo cuando Michael tuvo que escoger entre continuar por la 101 y llegar a su casa por el este o tomar la 1 y seguir la costa para llegar por el oeste. Quizá temía que las fuerzas de policía le pudieran pescar más fácilmente en pleno campo, pero prefirió la carretera del Pacífico. En todo caso, las imágenes del helicóptero que mostraban a Michael en su Ferrari bordeando las aguas azules era dignas de un taquillazo de cine. De repente, el presentador de la CBS, Frank Spieth, interrumpió al invitado que explicaba la ruta que había escogido el actor.

—Clark, siento mucho interrumpirle, pero estamos en directo con Michael Brown... Michael, ¿nos oye?

Yo grité:

—¡David, tienen a Michael en directo!

—¡Chsttt!

Era un momento único en la televisión: el famoso actor a la fuga y hablando con el presentador estrella de la CBS.

—Le oigo, Frank, a pesar del viento. Hable alto.

—¿Puede explicarnos lo que sucede? La detención de su esposa, su huida, esta persecución...

—Frank, nos acusan de un crimen que no hemos cometido. Es un montaje.

—¿Puede ser más concreto?

—Frank, comprenda que no puedo darle más información antes de hablar con mi abogado. Solo afirmo que soy inocente... Somos inocentes.

—¿Por qué no entregarse a la policía cuando fueron a buscarlo a Santa Bárbara, como hizo su esposa?

—No puedo soportar que me quieran detener así, en casa de unos amigos productores que organizaban una aperitivo para celebrar la presentación de la película de mi hermano. ¿Se da cuenta? Si querían torpedear la película no podían soñar con nada mejor.

—La policía ha dicho que había pedido ir usted mismo a la comisaría de Beverly Hills esta tarde a las siete. ¿Es correcto?

—Totalmente. Estoy dispuesto a responder a esas falsas acusaciones, pero creo merecer un mínimo de consideración. No soy un traficante que haya que encarcelar cuanto antes. No represento ningún peligro para la sociedad.

—¿Cuál es su plan, Michael?

—Voy a casa y no dejaré que me detengan, aunque tenga que forzar algún control. Lo he hecho en varias películas y volvería a hacerlo ahora...

Al oír a Michael, uno no sabía si era todo un farol o si pensaba realmente lo que decía. Su voz tenía su ironía habitual, pero se podía percibir una tensión subyacente. Era la entrevista más curiosa que se había oído nunca.

La conversación se interrumpió. ¿Era debido a una interferencia de la policía? ¿La batería del móvil que había muerto? ¿El actor, que se había hartado...?

—Laure, mira, la gente se amontona al borde de la carretera.

En las cercanías de Malibú, centenares de personas salían de sus casas para asistir a ese momento asombroso y se contaban por miles entre Malibú y Pacific Palissades. El cuadro era igual que el del Tour de Francia, tal y como lo recordaba cuando mi padre me llevó varias veces: una multitud formando una línea continua al borde de la carretera.

David afirmó:

—Ahora la policía no se arriesgará a intervenir, definitivamente.

Sonó su móvil.

—Sí, Zach, ¿tienes noticias?... ¡Mierda! ¿Tu contacto es fiable?... Espero que no... Sí, ella estaba en la fiesta... Laure ha tratado de hablar con ella y no lo ha conseguido. Lo intentamos otra vez y nos tenemos al corriente, ¿ok?

Cuando David me miró, su expresión era de preocupación.

—¿Tiene que ver con Ophélie?

—No sé, pero creo que acusan a Michael y Carolina de agresión sexual.

—¿Y Ophélie?

—Ya te lo he dicho, no se conoce la identidad de la víctima... Zach solamente quería saber si ella estaba en la fiesta, ya que su contacto le dijo que parece que los Brown se fueron del lugar de la fiesta con la joven y él pensó que quizá ella los habría visto salir a los tres.

Deseé con todas mis fuerzas que no se equivocara, pero no estaba nada tranquila. Conocía muchas cosas más sobre la complicada relación entre mi amiga y los Brown y eso no me invitaba al optimismo.

Tras unos minutos de reflexión recuperé el valor. Al fin y al cabo, su relación era un flirteo permanente. ¿Por qué tendría que haber una agresión sexual? No tenía sentido. Seguramente se trataba de otra víctima como la japonesita, que debía de haber rebelado y puesto una denuncia.

Pensándolo bien, debía de ser eso; la chica debió de firmar el acuerdo de confidencialidad y el documento de consentimiento sexual y, a posteriori, se arrepintió. Eso explicaría la furia de Michael ante ese tipo de relación, que él había practicado decenas de veces. Por eso estaba convencido de ser inocente; la chica habría rubricado su consentimiento. Sometí al criterio de David una parte de mi hipótesis, pero sin revelar mi experiencia con los contratos que hacía Robert Stein.

—Debe de tratarse de una grupi dolida porque la despacharan al día siguiente de la orgía.

—Es posible, pero la policía debe de tener serios indicios si han ido a detener a los Brown en plena *garden party*.

—¿Cómo lo sabes?

—Parece que no pidieron orden de detención y utilizaron la *probable cause*.

—¿Qué es eso?

—Básicamente quiere decir que tienen una base razonable para creer que se ha podido cometer un crimen. De hecho, si asumen el riesgo de detener a una pareja de la talla de los Brown, es que tienen algo más que el simple testimonio de una grupi.

—En cualquier caso, eso no puede implicar a Ophélie, ya que ella ya tuvo relaciones con Michael.

—Yo pensaba...

En ese momento caí en que acababa de revelar una información que estaba cubierta por el acuerdo de confidencialidad firmado con Michael. ¡Mierda! ¡Metí la pata! Me arriesgo a una demanda por incumplimiento de contrato.

—Olvida lo que he dicho. No tenía autorización para hablar de ello.

Me miró como si le tomara por tonto.

—Te recuerdo que yo estaba en Venecia cuando Michael y Ophélie bailaron el vals y que Robin inventó esa ridícula historia de noviazgo con Charlie. Yo ya estaba presente en Deauville cuando se conocieron.

—¡Pero en Deauville no se acostaron juntos!

—Poco importa. Sé sumar dos más dos. Te olvidas de que estoy enterado de la dedicatoria de su libro. Además, he oído rumores sobre el guapo actor...

—¿Y son...?

—Que el señor no juega precisamente al ajedrez con las admiradoras...

Ese rumor no podría ser más exacto, e incluso se queda corto si se tiene en cuenta todo lo que he sabido desde que conoció a Ophélie.

Intento llamar a mi amiga y otra vez responde el contestador. Espero que esta vez no esté jugando a defensora de viudas y huérfanos en el hospital, visitando a la víctima. Creo que esta vez los Brown no nos lo perdonarían.

El Ferrari llega a los alrededores de Los Ángeles, deja atrás la 1, la Pacific Coast Highway, y se mete por Chautauqua Boulevard.

—Mira, Laure, se mete por West Sunset y la policía ha cortado el tráfico para que no haya problema.

Es cierto, la policía, de manera paradójica pero también muy lógica, facilita el trayecto de Michael hacia su domicilio. Con este coche seguido de una docena de vehículos, parece un convoy presidencial.

De pronto, cuando gira a la izquierda para coger Mandeville Canyon, el actor hace rugir el motor V12 cilindros de su Ferrari, lo transforma en un coche de *rally* y los vehículos de la policía se ven obligados a acelerar también, lo que hace reír a David.

—¡Si piensan que van a poder seguir a un Ferrari por calles sinuosas, están soñando! Pero vuestro amigo Michael es realmente ingenuo si cree que no estarán esperándole delante de su casa.

Al cámara del helicóptero le resulta más difícil filmar la persecución y han tomado altura. Llega un momento en que la CBS cambia de plano y pasa a una cámara fija que han instalado en la entrada de la mansión de los Brown. Hay muchos coches del LAPD que le impiden el acceso, como presentía David, a menos que tuviera un tanque.

—La cosa está que arde... No tiene ninguna posibilidad; me pregunto si va a oponer resistencia.

Pero esta vez David se equivoca. Cuando el Ferrari llega delante del gran portalón, sigue hacia delante a lo largo del muro sin detenerse, cogiendo desprevenidos tanto a los oficiales de policía como a los periodistas. El director de la CBS vuelve al plano amplio del helicóptero y se puede seguir el trayecto del Ferrari cuando gira, al final de la propiedad, y se detiene veinte metros más allá. Michael sale a toda prisa del coche para dirigirse a una puerta lateral. El espectáculo es asombroso. Los policías aceleran para llegar a su altura, pero parecen ir unos ochenta o cien metros detrás. Comprendiendo que les han burlado, algunos policías tratan de forzar el portón principal. El actor consigue penetrar en su propiedad y cierra la puerta en las narices de las fuerzas del orden.

¡Es un espectáculo surrealista! Michael corriendo hacia la casa mientras sus perseguidores intentan forzar la entrada en dos sitios.

—¡Laure, es una locura! No pensaba asistir a nada parecido en toda mi vida. La fuga de O.J. Simpson en 1994 es una broma al lado de esto.

—Pero ¿por qué lo hace?

—No sé, parece haberse vuelto loco. Espero que no haya cogido un arma.

David no es el único que ha tenido esa idea. Los policías empuñan las suyas cuando finalmente logran entrar en la gran propiedad.

—Esto va a acabar mal. Si sale con la mano en el bolsillo, le dispararán.

—¡David, ni lo pienses! Es una estrella.

—Sí, pero parece que ha perdido los estribos y la policía anda de cabeza desde hace varias horas. No se puede descartar un mal reflejo.

Es una escena fascinante: el cámara enfoca el zoom al máximo sobre los policías, que avanzan despacio al mismo tiempo que un inspector provisto de un altavoz le ha debido de decir que salga, ya que, casi de inmediato, Michael aparece en camisa blanca y la manos en alto, encima de la cabeza.

—Es prudente, les muestra que no está armado.

Los policías se precipitan, le registran y le ponen las esposas. No hay violencia en esta detención, pero tampoco miramientos. David tenía razón cuando decía que las fuerzas del orden estaban al límite de su paciencia.

Minutos más tarde, se llevan a Michael en un coche, rodeado por otros diez. El cortejo parte en dirección a la comisaría de Beverly Hills.

—Laure, el show ha terminado. Creo que deberíamos volvernos ya a Los Ángeles.

Diez minutos más tarde los equipajes estaban listos. Claire se tomó muy mal nuestra marcha y estuvo desagradable a tope. Peor para ella si no lo entiende.

En el camino de vuelta fuimos escuchando la radio para enterarnos de la evolución de la situación, pero después de la detención de Michael no hubo nada nuevo, solo las suposiciones y teorías de los periodistas e invitados.

En cuanto llegamos a casa, pusimos la televisión.

—Laure, no sabremos nada hasta que el jefe del LAPD dé la conferencia de prensa. ¿Quieres una cerveza?

—No, gracias, pero me gustaría un té.

Oí a David echar pestes sobre la igualdad hombre-mujer, pero sabía que se ocuparía de mí con amor. Además, no podía moverme: *Princesa Leia* se había afincado en mis rodillas.

En la pausa publicitaria cambié de canal a la NBC. Había un periodista delante de un hospital. Por su actitud, comprendí que tenía una primicia.

«... y me encuentro delante del hospital Ronald Reagan de la UCLA, donde ingresaron a la joven después de que la interrogara la policía. Según la información de que disponemos, le están sometiendo a pruebas para poder determinar la naturaleza exacta de la agresión.»

El presentador en el estudio ha vuelto a dar la palabra al enviado especial.

«Creo que tienen también alguna información sobre la identidad de la víctima.»

«Sí, hay fuentes que coinciden en decir que es francesa...»

Me he puesto a gritar y las lágrimas han empezado a correr por mi rostro.

—¡David, David! ¡Se trata de Ophélie!

David acudió al salón.

—¿Han dado el nombre?

—No, pero han dicho que es francesa.

No dijo nada, pero su expresión era grave. Se sentó a mi lado y me abrazó.

—¡Ánimo! Por el momento no sabemos si es ella ni lo que ha pasado; si realmente se trata de ella, tendrás que ser fuerte para apoyar a Ophélie.

Sus palabras tenían sentido, pero yo recibí un *shock* con la noticia. Sin embargo, el hecho de secarme las lágrimas y abrazarle me reconfortó.

Escuchamos el resto de la intervención del periodista en el hospital, pero no añadió nada interesante y pasamos la media hora siguiente zapeando en los distintos canales para ver si confirmaban la identidad de la víctima, aunque se limitaron a recoger la información de la NBC.

Llamé otra vez a Ophélie, urgiéndola a que me contestara lo antes posible. Le envié también un SMS.

«Mi querida Ophélie, estamos siguiendo las noticias sobre Michael. Han mencionado a una víctima francesa. Estamos muy preocupados. Espero que no sea más que una penosa coincidencia y que tú no tengas nada que ver con esta historia horrible. Nos acordamos mucho de ti. Laure y David.»

Minutos más tarde fue Zach quien llamó a David.

—Sí, Zach, hemos visto la información en la NBC. Desgraciadamente, creo que hay grandes probabilidades de que se trate de Ophélie... No, seguimos sin poder contactar con ella. ¿Lo has intentado tú también? Nos vamos informando. Tal vez vayamos al hospital después de la conferencia de prensa. No creo que nos dejen verla, pero vamos a intentarlo... Sí, se lo diré de tu parte.

David me transmite el mensaje de su amigo:

—Te manda un abrazo y dice que siente mucho este terrible incidente.

—Es muy amable.

Para Zach, yo era de la familia de Ophélie y soy consciente de que tiene razón. Ophélie es mi hermana, la que no se parece a mí, con quien me peleo a veces pero a quien quiero desde el fondo del corazón.

—David, te juro que si Michael le ha hecho daño, ¡le aplasto la cabeza!

Sonrió.

—¿Con tus puños letales dejas KO primero a los gorilas y luego a él?

—No, lo haré con la inteligencia, no con la violencia. Sé demasiadas cosas sobre él para cambiar por siempre su imagen ante los estadounidenses.

Su sonrisa se apagó al instante.

—Cuidado, Laure, no hagas tonterías. Si la información que posees está protegida por un acuerdo de confidencialidad y la filtras a la prensa, te pueden arruinar la vida.

—Me importa una mierda; no tenía que haber tocado a mi amiga.

—A ella no le harías ningún favor. Hay que conservar la calma y esperar a saber algo más. No olvides tampoco que le juzgarán y que podrían condenarle. Una agresión sexual podría costarle caro.

—También puede que salga de esta; mira lo que pasó con O. J. Simpson.

—¡Eso pasó hace más de treinta años! No sirve de nada ponerse furioso.

—No, pero alivia.

Esa salida me permitió desahogarme y me sentí mejor.

La tarde continuó entre cambios de canal y fue la CNN quien consiguió el notición siguiente. David estaba zapeando cuando reconocí un rostro, una mujer de unos cincuenta años que parecía haberse preparado muy bien.

—¡David, deja la CNN! Conozco a esta mujer, es la clienta que Michael nos mandó.

Aumentó el sonido para oír mejor su débil voz; estaba hablando de la fiesta que hubo después del estreno de la película de Charlie.

«—... Y estaba Charlie Brown y su novia, Amy Richardson. Vi también a Michael Brown y a su esposa, que conversaron mucho con esa joven muy guapa. Se fueron juntos de la fiesta, bastante temprano, hacia la una de la madrugada, y daban la impresión de que hablaban cordialmente.

»—Así que la joven los siguió por su propia voluntad.

»—Sí, era evidente.

»—¿Y conoce usted la identidad de esa persona?

»—Sí; trabajo con ella; se está encargando de la promoción en Europa de la primera película que yo he producido. Es francesa. Creo que se llama Ophélie, Ophélie Delacour.»

Sentía cómo se avecinaba la catástrofe a medida que avanzaba su relato, pero aun así me supuso un *shock* enorme oír pronunciar su nombre. Ya habíamos superado la fase de conjeturas; estábamos en el terreno de lo real.

Me quedé callada mientras las lágrimas inundaban mis mejillas. David no parecía tampoco estar muy bien.

Veinte minutos más tarde se celebra la conferencia de prensa que da el jefe de policía. A las seis menos cinco, la NBC difunde la imagen desde la sala de prensa de la comisaría. El jefe Brubaker se coloca detrás del pupitre. Hay mucho silencio en el ambiente, pese a la multitud de periodistas presentes con todas las cámaras y micros. El jefe es un hombre de unos sesenta años, recio y con un rostro en el que se puede leer un fuerte carácter.

«Buenas tardes, señoras y señores. Les haré una breve exposición de los hechos de estas últimas veinticuatro horas y a continuación responderé a sus preguntas.»

Levanta la cabeza para mirar a la asistencia antes de lanzarse. Si se trata de una maniobra para captar la atención, resulta innecesaria.

«A las nueve menos veinte, el teniente Harry Jordan recibió en su móvil una llamada de la víctima, que pedía ayuda. Fue a su encuentro en la intersección entre N Kenter Avenue y Leonard Road. Antes de que me hagan la pregunta, tengo que precisarles que el teniente había dejado su tarjeta a la joven en un control de carretera hace unos meses por si ella tuviera algún problema en California, ya que es extranjera.»

El jefe levantó los ojos como si desafiara a los periodistas a preguntar más sobre la relación entre el teniente y la víctima.

«A las nueve llegaban a la comisaría de Beverly Hills, donde hizo la declaración. También estaba presente la inspectora Carla Rodríguez. La demandante declaró haber sido invitada por el señor Michael Brown y la señora Carolina Sanchez a su casa. Después de beber una copa en su compañía, experimentó vértigos y un entorpecimiento. Dice que no perdió el conocimiento, pero sí el control de sus miembros y que le costaba mucho hablar. Fue en ese momento cuando el señor Brown y la señora Sanchez se entregaron a unas relaciones sexuales no consentidas con su persona. La víctima finalmente se desvaneció y se despertó sola en una habitación. Logró salir sin dificultad de la casa, que parecía desierta, y a continuación llamó al teniente Jordan, ya que tenía su número grabado.

»Los inspectores, después de examinar los elementos en su posesión, consideraron que tenían suficientes pruebas para poder detener al señor Brown y a la señora Sanchez sin orden de arresto. Me expusieron el caso y yo estuve de acuerdo en que hubiera una interpelación.

»Conseguimos localizar a los sospechosos en Santa Bárbara. Nos coordinamos con la oficina del sheriff y fuimos en su busca. Nos pidieron que les dejáramos coger sus cosas. Como ya saben, el señor Brown aprovechó para escaparse por la ventana de la habitación y marcharse en el Ferrari. Después de tratar de pararle sin éxito en Santa Bárbara, decidí no correr más riesgos y no le detuvimos hasta la una y cincuenta y ocho en su domicilio.

»Ahora quedo a su disposición para responder a sus preguntas.»

Se levantaron al mismo tiempo unas diez manos y el director de comunicación dio la palabra al representante de la CNN.

«Acabamos de enterarnos de que la víctima, Ophélie Delacour, acompañó a Michael Brown por voluntad propia. ¿Qué razones le inducen a creer que hubo agresión sexual? ¿No se puede pensar que la huida de Michael Brown, que reivindica su inocencia, se debe a un sentimiento de injusticia?»

Otro periodista se atrevió a una pregunta complementaria que mostraba la incredulidad de la prensa con relación a este asunto.

«¿Cómo saben que Carolina Sanchez también está implicada?»

El jefe del Departamento de Policía de Los Ángeles sonreía con frialdad.

«Si piensa que yo autorizaría un arresto sin mandato judicial por una simple denuncia es que no me conoce... Tenemos una grabación.»

Creo que nosotros, en el salón de casa, nos quedamos tan sorprendidos como los testigos en la sala de la conferencia de prensa. Hubo exclamaciones y fue el periodista de la NBC el primero en replicar.

«—¿Tienen una casete audio?»

»—No, tenemos una cinta de vídeo que muestra a la víctima y los dos sospechosos durante la violación.»

El auditorio está en *shock*, pero el periodista no renuncia así como así:

«¿Y qué es lo que distingue esa grabación de un juego libertino?»

El jefe fulmina a su interlocutor con la mirada.

«La víctima está atada y, pese al aturdimiento debido al consumo de una droga dura, se la oye con claridad pedir a las otras dos personas que paren.»

Más que gritar, aullé al oír esta atrocidad y David me estrechó ente sus brazos. Me siento culpable por no haber aceptado las palabras de Ophélie cuando me dijo que ese hombre era la encarnación del demonio. Cuando la induje a firmar el acuerdo para preservar mi futuro profesional y sentimental, la arrastré egoístamente a ese momento de tortura horrible.

No soy la única que se encuentra destrozada. Hay un silencio de varios segundos antes de la pregunta siguiente.

«—Usted ha hablado de la influencia de una droga. ¿Podría ser más concreto?»

»—Sí. Los resultados de los análisis de orina que se hicieron en el hospital muestran la presencia de flunitrazepam, un medicamento conocido con el nombre de Rohypnol y cuya venta está prohibida en Estados Unidos. A este producto, que por su composición sirve para tratar el insomnio, se lo conoce comúnmente como “la droga del violador”.»

El cuadro se va volviendo más negro con cada revelación.

«—¿Sabe usted por qué Michael tenía tanto empeño en volver a su casa antes de entregarse a la policía?»

»—Parece probable que, tras oír los cargos a los que se enfrentaba, seguramente comprendió hasta qué punto la prueba de la grabación sería incriminatoria y trató de destruir la tarjeta de memoria.»

«—¿Es una suposición o es un hecho?»

»—Es un hecho, pues Michael Brown en efecto consiguió destruir la tarjeta que se encontraba en su domicilio a primera hora de la tarde, cuando mis hombres estaban forzando la entrada.»

El auditorio está un poco confundido, como David y yo. Un periodista trata de aclarar la situación.

«—Así que ya no hay grabación y no han podido verla. ¿Ha sido la víctima quien les ha hablado de ello?»

»—No; nosotros hemos visto ese vídeo. La víctima se lo llevó antes de salir de la casa y la cambió por otra tarjeta que estaba en el bolso de la cámara.»

«—¿Así que poseen ya todas las pruebas relacionadas con el asunto?»

»—Tenemos las piezas cruciales, pero faltan otras muy importantes que no pudieron localizarse. Estamos buscándolas.»

¡En ese mismo momento, recibo un SMS de Ophélie!

«Hello, Laure. Acabo de encontrar tus mensajes. No he podido consultarlos y responderte antes pues he estado todo el día en las manos del equipo médico. También he dormido mucho.»

«Buenos días, cariño, ¿cómo te encuentras? Estaba tan preocupada... La conferencia de prensa no me tranquiliza.»

«Todo bien. Ya ves, al final Michael obtuvo lo que yo no quería darle...»

Cuando recibí este último mensaje volví a echarme a llorar. No sabía qué contestarle, era tan triste... Fue ella quien me envió otro SMS.

«Estoy bien, Laure. No estoy saliendo demasiado mal parada. No voy a tener secuelas físicas. De momento aún estoy un poco atontada, pero de aquí a mañana debería quedar superado. El riesgo es más bien psicológico. He hablado con una psicóloga y quiere que trabajemos juntas. Me ha dicho que aún no siento el contragolpe pero que puedo tener una depresión.»

«¿Se puede ir a verte?»

«Esta noche no, pero mañana debería ser posible. Mis padres llegan también a primera hora de la tarde. Venid a última hora de la mañana.»

«Si Zach quiere ir también, ¿puede acompañarnos?»

«Como suele decirse: *The more, the merrier*.⁷ Tengo que dejarte, acaba de llegar el médico.»

Me sentí mejor después de estas palabras.

—Teniéndolo todo en cuenta, no está demasiado mal. Mañana la veremos.

—Tu amiga es toda una mujer. Marcharse llevándose el vídeo... ¡Increíble! Sobre todo porque sin eso nadie la creería. A lo mejor él utilizó protección y ella ni siquiera tiene esperma para probar lo que dice.

—Conociendo a Michael, es probable.

—¿Qué quieres decir? ¿Tú también has conocido a Michael en ese sentido?

Me miró con mucho cariño y sentí que sonreía por primera vez en un siglo.

—No, pero... ¡Lástima! ¡Le habría arrancado el pene a dentelladas!

Ahora son las seis. Voy a preparar un buen plato de pasta a la boloñesa y abriremos esa botella de borgoña que nos regaló Zach.

Mañana será otro día y creo que el combate no ha hecho más que empezar.

Diario de Laure

6 de julio, 23 h

¡Detesto a los periodistas! A todos, exceptuando a David y a Zach. Ellos dos me han levantado el ánimo después de asistir al lamentable espectáculo del linchamiento de mi amiga en los distintos canales.

Esta mañana estaba encantada de poder ver a Ophélie. Zach pasó a buscarnos hacia las diez y media y, al llegar al hospital de la UCLA, nos hemos encontrado con el parking ocupado por al menos diez furgonetas satélite pertenecientes a todos los canales. Los reporteros se habían instalado cerca del edificio y buscaban situarse de la mejor manera para sus platós. Había estado viendo la televisión desde por la mañana temprano y había comprobado que no tenían mucho que decir. Tenían prohibido el acceso al hospital y los médicos no habían hecho ninguna declaración.

Para entrar tuvimos que dar el santo y seña. Ophélie había dado nuestros nombres a la recepción, pero tuvimos que enseñar nuestro documento de identidad. Allí había dos policías garantizando que nadie pudiera colarse.

Cuando entramos en la habitación y vi a Ophélie con la bata de paciente, se me saltaron las lágrimas. Se levantó para abrazarme, me derrumbé y me eché a llorar.

Me estrechó entre sus brazos.

—Laure, todo va bien., estoy bien.

Yo no podía siquiera contestarle y fue David quien puso fin a ese instante de emoción.

—Eh, nosotros también hemos venido a ver a Ophélie y queremos abrazarla.

Ophélie me soltó para coger en sus brazos a David y después a Zach. Ellos también estaban muy conmovidos, incluso Zach, con quien creo que no se veía desde su separación, hace tres semanas.

Pero ni por un solo segundo Zach dudó en venir al hospital con nosotros. Ophélie volvió a la cama y nosotros nos quedamos al lado, de pie y en silencio durante unos instantes.

David abrió la conversación.

—¿Estás en observación o estás siguiendo un tratamiento?

—No, estoy bien. Han hecho todas las pruebas necesarias para el peritaje judicial. Aún tengo que ver a la psicóloga y después, a la tarde, podré irme.

—Laure me ha dicho que tus padres llegan hoy.

—Sí, vendrán aquí y a continuación iremos a casa.

—¿Les has puesto al corriente de la prensa?

—Sí, les dije que no respondieran preguntas.

—No creo que puedan darse cuenta de la locura mediática. El parking ya está lleno de furgonetas de los canales de televisión.

—El teniente Jordan va a mandar un coche a buscarles al aeropuerto. Así será más fácil para llegar aquí.

Hubo otro momento de silencio y una vez más fue David quien se atrevió a hacer la pregunta.

—¿Qué pasó el sábado?

Ophélie le respondió con una sonrisa.

—¿Es *off the record* o es para un artículo?

David alzó los hombros.

—Por supuesto que es *off*. Hablo también en nombre de Zach.

—Es bastante sencillo. Fui al preestreno y luego a la fiesta. Igual que la última vez, Michael pidió verme. Estuvimos charlando y todo estuvo muy divertido. Carolina se unió a nosotros, estaba de buen humor. Al cabo de cierto tiempo, Michael dijo que la fiesta le parecía muy pesada y propuso que fuéramos a tomar una copa en su casa porque quería probar un hachís doble cero que acababa de recibir de su *dealer*. Como estaba harta de sentir las miradas asesinas de Amy, acepté. En su casa, no había nadie y empezamos a fumar y a beber. Llegó un momento en que me sentí muy rara; no me respondían las piernas. Carolina y Michael me sugirieron que me instalara en una habitación. Después, no me acuerdo de casi nada; tenía la impresión de vivir una pesadilla en la que ellos abusaban de mí. Cuando me desperté por la mañana, mi cuerpo me hizo darme cuenta de que los hechos de esa noche no habían sido producto de mi imaginación. Había un consolador en la habitación y una cámara frente a la cama. Fui al cuarto de baño y encontré dos preservativos usados en la papelera...

Zach la interrumpe y por primera vez se oye el sonido de su voz.

—Espero que los hayas cogido.

—Sí, me lo llevé todo, los consoladores y los preservativos. También miré en la cámara. Es increíble, Michael se había dejado la tarjeta de memoria.

—Tarjeta memoria que sustituiste por otra que estaba en blanco.

—Sí, fue una burla que le hice. Quería que, al encontrarla en la cámara, se quedara tranquilo.

Ahora le toca a David intervenir:

—Está claro que al destruirla Michael ha agravado su caso.

—Sí, confieso que la idea me divierte. Lamento no haber podido seguir la persecución en la televisión. La psicóloga no me deja ver las noticias, tiene miedo de que me traumatice.

Cuando dijo esto, la miré con atención. Tenía un aspecto sereno, por increíble que pudiera parecer después de semejante experiencia. Me pregunté si era solo una fachada o una reacción inconsciente de protección. Dicha reacción sería normal después de un trauma así, pero sin duda le sobrevendría una depresión nerviosa dentro de las próximas semanas.

Mientras estaba así, ocupada en mis pensamientos, la conversación entre Zach y Ophélie adoptó un giro sorprendente.

—... y he empezado a salir con una chica, una gentil, como tú, pero es rubia y con los ojos verdes.

Yo estaba horrorizada.

—¡Zach, ¿cómo puedes contarle eso después de lo que le ha pasado?

—Pero ella me ha preguntado cómo me va...

Iba a darle una buena reprimenda pero Ophélie intervino:

—Está bien, Laure, he sido yo quien ha preguntado.

Fruncí el ceño. Si es eso lo que quiere oír... Se volvió hacia su ex.

—Me alegro de que hayas encontrado a alguien, sinceramente.

En ese momento vino una enfermera a decirnos que la visita había terminado. Nos despedimos y le dije a Ophélie que pasaría por su casa al día siguiente después del trabajo.

Me fui a trabajar, pero el corazón no estaba allí. Bertrand llamó por teléfono. Estuvo muy bien; después de interesarse por Ophélie, me tranquilizó sobre el futuro de la agencia en Hollywood. Comprende que vamos a pasar por un bache atmosférico debido a este asunto, pero para él está fuera de discusión renunciar.

Esto me serenó y volví a casa temprano porque David y yo decidimos que veríamos juntos la comparecencia de Michael y Carolina ante el tribunal.

Cuando aparecieron, acompañados de Robert y otro abogado, todos los canales de televisión estaban presentes

David me lo explicó.

—Se trata de Matt Van der Bourne, uno de los abogados de derecho penal más famosos de California. La juez es Patricia Var, con fama de *tough cookie*, un hueso duro.

Michael no se había afeitado y tenía un aire cansado, pero mantenía cierto porte. Parecía un Indiana Jones, con unos ojos azules que conservaban su brillo. Carolina, por su parte, no parecía ni su sombra. Tenía un rictus serio y no iba maquillada.

La sesión no duró mucho. Únicamente se determinaba si los acusados se declararían culpables o no culpables y si quedarían en libertad bajo fianza.

La juez leyó las acusaciones y pidió a Michael su respuesta.

Hubo un silencio y, a continuación, Michael miró a la juez a los ojos y se expresó con determinación.

«No culpable, señoría.»

No pude evitar dar un salto.

—¡Qué descaro, con todas las pruebas que hay en contra de él!

David me hizo callar para oír la respuesta de Carolina.

«No culpable, señoría.»

Declararon lo mismo, lo cual tiene lógica, pero no con el mismo vigor.

A continuación, Matt Van der Bourne, su nuevo abogado, pidió que quedaran en libertad bajo fianza. El fiscal del distrito se opuso, argumentando que Michael Brown se había dado a la fuga y había intentado destruir pruebas. Las dos partes presentaron sus argumentos durante unos minutos hasta que la juez dio su veredicto.

«La señora Carolina Sanchez podrá quedar en libertad bajo fianza de dos millones de dólares. Por lo que respecta al señor Brown, teniendo en cuenta su delito de fuga y la obstaculización que representa en la búsqueda de pruebas, la corte deniega la petición de libertad bajo fianza.»

Salté en el aire con el puño levantado, como si acabara de ganar la copa mundial de fútbol. (Aunque digo esto, a mí, el fútbol...)

—¡Ye s , bien hecho! ¡Lo tenías bien merecido! ¡Hala, Michael, a la cárcel! Así podrás reflexionar sobre todas tus perversiones. ¡Ojalá encuentres a uno o dos colegas que te hagan descubrir nuevos placeres!

—¡Laure!

Claramente David no tenía tanto interés como yo en que Michael descubriera los gozos de la sodomía en las mazmorras de Los Ángeles...

En ese momento, pensé que el día había sido más bien positivo y dejé de ver la televisión.

Fue un exceso de optimismo y podía haberme abstenido, ya que diez minutos más tarde me llamó David.

—Laure, Carolina va a hacer una declaración. Es raro, normalmente son los abogados los que hablan en nombre de sus clientes.

Me quedé de pie, fascinada por Carolina acompañada de sus dos abogados. Tenía los ojos vidriosos, como conteniéndose para no estallar en sollozos.

«Señoras y señores, desde ayer, mi marido y yo somos objeto de un tratamiento mediático muy violento que no merecemos. La información que se ha dado no corresponde a la realidad. Es cierto, tuvimos relaciones con Ophélie Delacour, pero quiero precisar que ella las consintió. Entiendo que estas prácticas puedan chocar a la opinión pública y a todos nuestros fans. Michael y yo les pedimos que nos disculpen si hemos herido su sensibilidad, pero no había en ello nada ilegal. Esa joven es una amiga que conocemos desde hace un tiempo y nuestro único error fue aceptar su proposición de una relación a tres, donde ella deseaba interpretar el papel de la víctima. Mi marido y yo no tenemos costumbre de ese tipo de práctica. Deseo expresar una vez más que lo lamentamos profundamente y presentamos nuestras disculpas al pueblo estadounidense. Gracias por su atención.»

Cuando terminó, los *flashes* crepitaron; luego los periodistas le hicieron decenas de preguntas y entonces intervino Robert.

«Muchas gracias, señores. La señora Sanchez está muy cansada por todo lo sucedido y no responderá a ninguna pregunta.»

Los periodistas hicieron aún otro intento, pero Carolina se metió en un coche con chófer que les esperaba.

Su declaración enfrió mi entusiasmo y quise conocer la opinión de David.

—¿Qué piensas de esta intervención con lágrimas en los ojos?

—Es inteligente. Admite la parte irrefutable pero recusa la agresión.

—Su *mea culpa* es grotesco, ¿no?

—No, el acto de contrición forma parte de la cultura estadounidense. Tiger Woods también lo hizo a propósito de sus aventuras sexuales.

—¿Crees que va a funcionar?

—No lo sé, podría. Es la pareja ideal y mucha gente desearía que fueran inocentes. El gran problema en su guión es la presencia de la droga del violador en los análisis de Ophélie... En fin, pronto sabremos si los medios aceptan esa historia.

Yo estaba un poco inquieta, pero nada más.

Horas más tarde mi estado de ánimo decayó. La mayoría de los canales televisivos recogían las palabras de Carolina con mucha comprensión. Consideraban que su versión era muy verosímil «teniendo en cuenta el lado grupi» de Ophélie.

Lo peor fue cuando empezaron a hacer el retrato de mi amiga. Tenían muy pocas imágenes pero estaba el vídeo del vals en Venecia y fotos en que se veía a Charlie y Ophélie besándose en la góndola, bajo el puente de Rialto.

«La joven francesa, prometida de Charles Brown, el hermano de Michael, no pudo soportar que este la dejara por la actriz británica Amy Richarson. Hizo que la trasladaran a Los Ángeles para poder permanecer cerca de los Brown y se la vio en el preestreno de la última película del actor, donde había testigos que dicen haberla visto muy provocativa. Parece que no consiguió sus fines esa noche, pero fue solo un aplazamiento, ya que este sábado por la noche estuvo otra vez invitada a un estreno, en esta ocasión el de *Un día perfecto*. Aunque no se puede asegurar, es muy probable que propusiera una cama redonda y todo el mundo está de acuerdo en decir que se fue de la fiesta con la sonrisa en los labios.»

Era una presentación de los hechos vergonzosa e incluso algunos periodistas iban más lejos, presentando a Ophélie como una desviada. Otros hacían alusiones de mal gusto a su origen: «Al fin y al cabo, ¿no es acaso el libertinaje una invención francesa?».

Yo estaba asqueada y fuera de mí.

—David, toda esta mierda es obra de Robin.

—Pues claro, para eso le paga Michael y esa es la razón por la que les llaman *spin doctors*. Presentan las cosas a su conveniencia para modificar la realidad.

En ese momento llamó Zach y habló con David varios minutos.

—Zack va a escribir un artículo para *Los Angeles Times* de mañana. Así el debate quedará más equilibrado, aunque no resolverá todo.

Eso me remontó un poco el ánimo.

Conversé con Ophélie por SMS.

«¿Qué tal estás? Espero que no estés viendo la televisión.»

«No. Sé de la inculpación de Michael y Carolina por Harry.»

«¿Harry?»

«Harry Jordan, el policía que me recogió en la calle después de la noche en casa de Michael.»

«¿Si lo llamas por su nombre de pila la prensa os atribuirá una *liaison*? ¿Estás con tus padres?»

«Sí, vamos a cenar. Les he puesto en tu habitación.»

«¿Y la prensa no trata de entrar en el edificio?»

«El teniente Jordan ha desplegado un dispositivo de seguridad de veinticuatro horas al día y eso les mantiene a distancia. Parece que soy objeto de amenazas por parte de fans de Michael.»

«¿Son ciertas las amenazas o es solo para justificar que te concedan custodia de la policía?»

«Creo que hay un poco de ambas cosas. Tengo que dejarte, vamos a sentarnos a la mesa.»

Parecía estar en forma y esa corta conversación me sentó bien.

Solo espero que ese linchamiento mediático se acabe.

Diario de Laure

7 de julio de 2015, 23 h

Me llamó mucho la atención la campaña de promoción de la película *Independence Day*, en 1996. Para esta película sobre una invasión alienígena y dirigida por Roland Emmerich, el tono del relato era muy sencillo: «El 2 de julio, llegan. El 3 de julio, atacan. El 4 de julio, contratacamos».

Esta vez, el enemigo no es un alien y tiene los rasgos de Michael, Carolina, Robin, Robert y compinches. En lo demás quiero pensar que hay semejanzas. El primer día, los hechos han quedado establecidos; el segundo, han destruido a Ophélie y, a partir de hoy, el tercer día, espero que les demos duro. Estoy muy nerviosa; los acontecimientos han empezado a hacer que la balanza se incline hacia nuestro lado.

Como estaba previsto, la primera contraofensiva ha venido de *Los Angeles Times*. Es cierto que el diario ha sido prudente, cuidando de no abusar de ninguna de las dos partes, pero dedicó una página entera a arrojar una luz más objetiva sobre la personalidad de mi amiga.

La mitad del texto estaba escrita por Zach en forma de editorial. Era un hermoso retrato que mostraba a una joven íntegra, excelente profesional y opuesta a la grupi ninfómana que describían los medios de comunicación. Había también testimonios de personas que la conocían y se erigían en sus garantes, entre ellas Bertrand. Fue bastante valiente por su parte, teniendo en cuenta su posición en la industria cinematográfica y la importancia de los Brown en Hollywood. Finalmente, había una entrevista a una experta en derecho penal en materia de agresión sexual, quien ponía de relieve la táctica de los agresores, que intentan destruir la moralidad atribuida a sus víctimas para negar la posibilidad de una violación. Eso era exactamente lo que había manipulado Robin y sentaba muy bien leerlo escrito.

David encontró a dos abogados que envió a Ophélie. Había una mujer de origen irlandés, Kathy O'Brady, especialista en alegatos en defensa de víctimas de violación y un hombre, menos experimentado en este tipo de asuntos pero famoso por sus duras negociaciones con la parte contraria. Era un neoyorquino de origen italiano, de unos sesenta años, Luca Maldini.

Llamé a Ophélie para saber a quién había elegido.

—Entonces, ¿te quedas con la irlandesa?

—No. Ella es muy buena pero prefiero al señor Maldini.

—Pero ¿por qué? Ella es especialista en asuntos de violación.

—Quizá le pida que intervenga también de forma complementaria en el juicio, pero prefiero al abogado italiano. He tenido un buen *feeling* con él. Tendrías que verlo, es un grandullón. Es muy impresionante. Podría comerse a Robert de aperitivo.

—¡Pero si Robert es un enano...!

—No denigres lo que te ha gustado en el pasado...

—¿Vas a estar recordándome ese pequeño error toda mi vida?

—¿Bromeas? No olvidaré ese episodio como mínimo en los próximos diez años.

Este intercambio era la reminiscencia de una época de despreocupación, además de ser algo surrealista si pensamos en lo que Ophélie había vivido hacía tan pocos días, pero, al mismo tiempo, bromear así era muy buena señal.

—Te has dejado influir demasiado por *El padrino*. Te recuerdo que en esa película el abogado se llamaba Tom Hagen. Si no recuerdo mal, el personaje llamado Luca Brasi, el matón, asesina a los Corleone.

—No lo había pensado, pero Coppola no aprobaría que Luca matara a Michael, sería una situación paradójica.⁸

Me reí. Esta especie de justas cinéfilas son muy divertidas.

—Hablando más en serio, ¿qué te ha gustado en él?

—Creo que es bueno en todos los tipos de combate y es un perfil que necesito para afrontar al equipo de los Brown.

En este punto es muy posible que tenga razón.

—¿Has leído el artículo de *L.A. Times*?

—Sí, Zach me lo envió. Se lo agradecí por SMS.

—Ophélie, en verdad es un tío súper. Deberías darle otra oportunidad.

—¡Laure, eres incorregible! Ya tiene novia y seguro que es mejor que yo.

—Es imposible ser mejor que tú.

Se rio.

—Eres muy amable, pero quería decir que es mejor que yo para él.

Seguimos un poco más de tiempo al aparato y luego colgamos.

Durante la pausa para comer, vi la tele en la oficina. Los periodistas habían intentado arrancar a Charlie unas palabras sobre el asunto. Ya hubiera preferido hablar de su película, pero la segunda pregunta tocaba a su hermano y su cuñada. Sistemáticamente respondió: «Sin comentarios».

Esto me irritó y le envié un SMS.

«¿Qué tal? ¿Cómo permites que a una mujer de la que dices estar enamorado la traten de perra en todos los canales? Te hacía más valiente...»

Me envió otro SMS sin contestar a mis ataques.

«Espero que ella esté bien. Eso es lo más importante.»

Más tarde, mirando la CNN en directo, he visto a Charlie de nuevo bajo el fuego de los micros.

«Charles Brown, ¿un comentario sobre el asunto?»

«Señor Brown, ¿cree usted en la culpabilidad de su hermano?»

Charlie dio la impresión de ir a meterse en su coche para escapar a la presión de los medios, pero se volvió para responder:

«Confío en la justicia de mi país y en que se haga la luz sobre este penoso asunto. Espero que la investigación limpie el nombre de mi hermano y mi cuñada. Gracias, señores.»

Estaba asqueada y pensé que mi SMS no era nada más que luchar contra los molinos de viento.

Charlie abrió la puerta de su coche.

Un periodista lanzó una última pregunta:

«Charlie, ¿podría confirmar que usted largó a Ophélie Delacour porque sintió que no era más que una grupi ninfómana en busca de dinero y gloria?»

Esta pregunta era la más vulgar y más fuera de lugar que se pudiera imaginar. Lamenté no tener a David a mi lado para poder quejarme de la escandalosa actitud de la prensa estadounidense.

Pero no fui la única a quien le chocó la pregunta. Los demás periodistas se callaron de golpe. Charlie hizo un esfuerzo para olvidar la horrible pregunta y se inclinó para subir al coche... Pero, de pronto, se dio la vuelta y sus ojos azules centelleaban de rabia cuando replicó al canalla.

«Señor, si estuviéramos en el siglo XVIII le desafiaría a duelo por haber ultrajado a una dama, porque esa y no otra palabra puede describir a Ophélie Delacour, una persona de una calidad, inteligencia y humor muy superiores a lo que usted es capaz de comprender.»

El silencio y el estupor entre los asistentes eran increíbles.

Charlie pareció dudar, pero asestó una última observación a su interlocutor:

«Señor, debe saber que no he sido yo quien la ha “largado”, como usted ha formulado de manera tan elegante, sino que ha sido ella quien ha puesto fin a nuestra relación y no ha habido un solo momento desde entonces en que yo no haya lamentado esta separación.»

Después de lo cual, subió al vehículo sin contestar a ninguna de las preguntas, que surgían de todas partes.

Grité de alegría y también lloré.

Cuando volví a ver a David seguía muy emocionada.

—¿Has visto la entrevista a Charlie? ¡Maravilloso! ¡Qué imbécil el periodista! Aunque al mismo tiempo su estupidez ha hecho reaccionar a Charlie. ¿Le conoces?

—Sí, muy bien, es un amigo.

Me quedé desconcertada.

—¿Un «amigo»?

—Sí, sólo tiene un defecto.

—¿Cuál? ¿La idiotez? ¿La maldad?

—No, es venal. Esa pregunta me costó una caja de Dom Perignon.

La información era tan inesperada que a mi cerebro le costó asimilarla.

—¿Quieres decir que has sido tú quien...?

Me miró con una sonrisita satisfecha.

—¿Quién más podría escribir una pregunta tan genial en Los Ángeles?

Salté a sus brazos y se llevó tal sorpresa que tropezó y me arrastró en su caída. Nos encontramos en el suelo.

—David, ¿estás bien?

—Sí, ¿y tú?

—Creo que voy a desvanecerme. Necesitaría un boca a boca...

En realidad fue mi lengua la que atacó a la suya, un momento de sensualidad y de amor puro. Ya no estábamos en la búsqueda del placer del *Kama-sutra* o del tantrismo. Para mí era una explosión de amor y de ternura hacia un hombre que amo y admiro cada día un poco más.

Le besé largamente y abrí la bragueta de su pantalón. Cuando se la comí gimió y, sorprendentemente, yo gemí también porque era feliz al sentir su deseo de mí, al poder aportarle esas sensaciones que tanto le gustaban. Me esforcé en que mi felación fuera proporcional a mis sentimientos, si se pueden medir dos cosas tan distintas.

David me interrumpió.

—Tengo ganas de ti.

Se sentó y nos desvestimos mutuamente. Cuando se encontró desnudo, le empujé al suelo. Estaba en tal estado de excitación que le quería de inmediato dentro de mí. Me acerqué a él de rodillas y me senté a horcajadas. Cogí su pene en la mano y lo guie hacia mí. La sensación fue increíble, mucho más de lo habitual, pues estaba tanto en mi cabeza como en mi sexo. Me incliné sobre él para poder besarle y empecé a hacerle el amor. Me dejó hacer unos instantes y luego me hizo caer de medio lado y esta vez era él quien marcaba el ritmo, pero eso no cambiaba nada. Nuestro amor iba siempre al unísono.

Las revistas femeninas llenan páginas de tinta para decir cómo hacer bien el amor, cómo alcanzar el orgasmo, cómo sincronizarlo con el del compañero... Esta tarde, mi relación con David aportó una respuesta sencilla a esas complicadas preguntas.

El amor que hemos intercambiado se ha concretado en un placer inmenso para los dos, en verdad uno de los más bellos orgasmos de nuestra vida, y le mantuve dentro de mí lo más posible; no quería romper el encanto de ese momento único. Se quedó fulminado por la violencia del placer y le acaricié la espalda mientras se recuperaba.

Al cabo de una eternidad, le besé en la boca con dulzura y me levanté, obligándole a que hiciera lo mismo para compartir una ducha.

Más tarde hicimos un picnic frente a la televisión. Todos los canales abrían las noticias con las declaraciones de Charlie, que hizo un ruido enorme. Robin no estaría nada contento al ver cómo su estrategia comunicativa explotaba en pleno vuelo. En veinticuatro horas vi a Ophélie bajo una luz totalmente distinta. Vimos muchas veces a Zach por su artículo en *L. A. Times* y la CNN logró entrevistar a Bertrand, que hizo un elogio sincero y conmovedor de Ophélie.

Entonces intervino David y me cortó el apetito.

—Laure, mañana te toca a ti.

—¿Estás de broma? No quiero aparecer en la tele, me pongo colorada.

—No te queda otra opción. Si no fueras, daría la impresión de que no confías en Ophélie. Pero no te preocupes, te ayudaré. Vamos a ensayar. Ya verás, con el entrenamiento será pan comido, todo fluye.

David tiene razón; tendré que poner al mal tiempo buena cara.

Empezamos a cansarnos de ver siempre lo mismo y oír análisis de especialistas en comunicación y derecho penal. Lo reconfortante era que todos pensaban lo mismo. La posición de Michael y Carolina se estaba volviendo muy frágil.

Pero para los Brown aún no había llegado lo peor. Un enviado especial de la NBC intervino en directo delante de la comisaría:

«Hay fuentes que nos indican que Robin Watson y Robert Stein están siendo interrogados por los inspectores Harry Jordan y Carla Rodriguez. En la medida en que se habla de obstrucción a la justicia y ocultación de pruebas, el asunto Michael Brown se está tornando grave. Como saben, son dos personas clave en la vida del actor, ya que se trata de su responsable de comunicación y su abogado.»

El presentador volvió a dar la palabra al enviado especial:

«—¿Se sabe de qué pruebas se trata y si están en posesión de la policía?

»—El jefe Brubaker había mencionado algo en la conferencia de prensa. Dijo que estaban buscando documentos para apoyar la acusación y parece que se trataba de contratos de confidencialidad, que establecen, contrariamente a lo que afirmaba Carolina Sanchez en su intervención de ayer, que ambos no eran principiantes en materia de fantasías sexuales.

»—Si lo que acaba de decir es exacto, vendría a demostrar que fueron ellos quienes tuvieron la iniciativa de esa relación a tres.

»—Sin duda, y es razonable pensar que la cosa degeneró y que los dos famosos cometieron entonces lo irreparable».

Durante toda la conversación me quedé con la boca abierta. Finalmente reaccioné.

—¡David, quieren usar los acuerdos de confidencialidad como pruebas!

—Sí, pero aún no los han encontrado.

Y así era. Tal como afirmaba David, el periodista dijo que la policía aún no había puesto la mano encima de los documentos, pero que «tenían razonables esperanzas» de encontrarlos.

—¿Y si no los encuentran?

—Si no supieran que pueden recuperarlos, no harían esa declaración.

Yo no era tan optimista como él. La última hora de la tarde la hemos dedicado a entrenarme para responder a las preguntas de los periodistas cuando tenga que enfrentarme a ellos mañana. Esto ha aumentado mi estrés, ya que lamentablemente se van sumando tensiones. Ojalá pueda dormir bien y no aparecer como una zombi en la televisión.

Diario de Laure

8 de julio de 2015, 18 h

Hoy he ido a casa de Ophélie, que estaba sola; sus padres se habían ido a pasar el día visitando Los Ángeles.

Su salud y su estado de ánimo son excelentes. En cambio, el mío no puede estar más bajo, debido a lo que los canales de televisión han difundido hoy. Sé que no debería porque no tiene importancia, pero me ha chafado.

Sin embargo, me había preparado cuidadosamente y debo decir, con toda modestia, que tenía un aspecto inmejorable. Llevaba el traje pantalón nuevo, que me daba un estilo *business woman* con mucha clase, e iba no excesivamente maquillada, pero con elegancia. Para completar el cuadro, me había puesto unos tacones que me hacían pasar el metro setenta. Quería asegurarme de que los periodistas estadounidenses pensarán que las francesas eran de verdad mujeres de bandera.

Cuando llegué me esperaban cinco cámaras a la entrada de la oficina y me quedé un poco decepcionada después de ver la jauría que iba detrás de Charlie el día anterior. En todo caso, estaba lista y tenía todas las respuestas en mente; iba a dejar claro que Ophélie era una joven de indudable horadez. David me había preparado para todos los ataques posibles y nada podría sorprenderme.

Bueno, eso creía yo.

Un periodista bastante joven que trabajaba para la ABC me hizo la primera pregunta.

—Laure Masson, usted es la amiga más cercana a Ophélie Delacour...

Creí que era una pregunta y empecé a contestar:

—Sí; como diría Paris Hilton, somos *best friends forever*, las mejores amigas para siempre.

En cuanto pronuncié esas palabras, me di cuenta de mi formulación era ridícula y no cuadraba con la imagen de dirigente de empresa que sugería mi atuendo. Hubiera querido rebobinar o pedir otra toma, pero él prosiguió:

—¿Qué reacción tuvo Ophélie tras la ruptura de su ex?

Aquí admito que tuve un lapsus. Estaba esperando tanto que me hablara de la fiesta con Michael y Carolina que me sorprendió y perdí los estribos.

¿La ruptura? ¿Su ex? ¿Zach ya no está con su novia?

Me miró como si estuviera hablando con una retrasada mental y no se lo reprocho; mi respuesta no sugería gran viveza de espíritu.

—No, hablo de la ruptura entre Amy Richardson y Charles Brown.

Más tarde, cuando volvimos juntas a ver la escena en la tele, se meaba de risa.

—¡Laure, qué grande! ¡Fíjate en tu cara!

Hay momentos en que, por mucho que sea mi amiga o mi hermana, no puedo evitar odiarla. ¡No tiene ningún tacto! Aunque es cierto que me quedé sorprendida por lo que anunciaba el reportero y que mi cara lo decía todo, una desafortunada mezcla de la vaca que mira pasar el tren y el pez de acuario que espera su comida.

—¡Ophélie, lo hemos visto ya cinco veces!

—Sí, pero no me canso. Espera, escucha la continuación.

De hecho el periodista no se había detenido ahí.

—Supongo que está al corriente de la partida de la actriz inglesa hacia Londres la noche pasada.

—Pues... no. Me estoy enterando por usted...

—¿De modo que no puede decirnos si Charles Brown volvió a ponerse en contacto con su amiga o si fue a verla?

El reportaje terminaba con un primer plano de mi cara que expresaba una total ignorancia.

La voz en *off* concluía: «Laure Masson se quedó sin voz, lo que parece demostrar que Ophélie Delacour y Charles Brown han decidido mantener su relación en el plano confidencial».

La cara risueña de mi amiga me exaspera.

—¿Entonces tienen razón? ¿Me ocultas algo?

—No, Laure, nada.

—¿Charlie no ha venido a dormir aquí?

—¿Cómo podría hacerlo? La prensa monta guardia delante de casa veinticuatro horas al día.

—¿Te llamó por teléfono?

—No, ni siquiera hubo un SMS.

—¿Lo juras?

—Lo juro.

Distinguí a su gato, que dormía una tranquila siesta en un asiento de la terraza, al sol.

—¿Por *Romeo*?

—Te lo juro por *Romeo*.

Los juramentos de patio de colegio se vieron interrumpidos por un SMS.

—Es Harry Jordan. Me dice que ponga la CNN.

Ophélie cogió el mando a distancia para cambiar de canal. Se veía a unos policías cargando cajas de cartón con documentos, las estaban sacando de un garaje. Harry Jordan supervisaba la operación mientras su colega leía los derechos a una mujer cercana a los sesenta.

Esta vez lo entendí.

—¡Ophélie, los han encontrado!

—¿Han encontrado el qué?

¡Qué mal hecho está el mundo! Siempre favorece a los mismos. ¿Por qué tiene que haber cinco cámaras delante la única vez que me enredo al responder a una desafortunada pregunta? Ahora que estamos a solas la que no entiende es Ophélie y, sinceramente, en este momento no parecía más lista que yo esta mañana. Le aclararé lo que quería saber:

—¡Los acuerdos de confidencialidad! ¡Han encontrado los acuerdos de confidencialidad!

Esbozó una sonrisa pero no hizo comentarios. Con esa flema podría pasar por británica, como Amy. Escuchamos al enviado especial de la CNN.

«—Los inspectores Jordan y Rodriguez acaban de descubrir en un garaje de Inglewood los documentos que buscaban desde hace varios días y han procedido a la detención de la propietaria, Barbara Branson, de cincuenta y ocho años, acusada de aceptar esconder documentos que su jefe, Robert Stein, quería ocultar a la justicia. Voy a tratar de preguntar al teniente Jordan si está de acuerdo en comentar esta situación... Teniente, ¿unas palabras para explicar este descubrimiento?

»—Es un momento importante para la investigación, pero dejo que sea el jefe Brubaker, que dará otra conferencia de prensa a las dos de la tarde, quien les informe más sobre esto.»

Parece que el jefe del LAPD se siente cómodo bajo el fuego de los medios de comunicación. Estaba radiante cuando tomó la palabra.

«Señoras y señores, les informo acerca de la obtención de los documentos que nos faltaban en el asunto que enfrenta a Delacour contra Brown. La juez Patricia Var nos ha dado órdenes de obtener las grabaciones de las conversaciones telefónicas de los señores Robert Stein y Robin Watson. De este modo hemos podido comprobar llamadas entre estas dos personas y Michael Brown, pero también con la señora Barbara Branson. La perquisición en el domicilio de esta última permitió encontrar esas pruebas, que parecen haber sido transportadas desde el despacho del señor Stein por él mismo y por el señor Watson el domingo por la tarde.»

Un periodista de la CBS hizo la primera pregunta.

«—¿Cuáles son los cargos que se les imputan?

»—Obstrucción a la justicia, ya que escamotearon documentos esenciales.

»—¿Qué fue lo que les puso sobre la pista?

»—Nos sorprendió que esos señores, que constituyen el entorno más cercano del señor Brown, no estuvieran presentes durante su detención en un asunto como este. Eso inducía a pensar que tenían algo más importante que hacer.

»—¿Esos documentos son contratos destinados a mantener las relaciones entre el señor Brown y varias jóvenes en un plano de confidencialidad?»

El jefe Brubaker le dedicó una gran sonrisa.

«—Si son documentos confidenciales, comprenderá que no puedo hablarle de ellos.

»—Pero ¿confirma que se trata de acuerdos de confidencialidad?

»—Ni confirmo ni desmiento.

»—Pero si son documentos para preservar la confidencialidad de ciertas relaciones, ¿piensa usted que serán admitidos como cuerpo del delito en el asunto Brown-Delacour?

»—No me corresponde a mí decir qué piezas son admisibles y cuáles no; es la juez. Parece que el abogado de Michael Brown ha dado la respuesta al tratar de sustraerlas a la justicia...»

El jefe Brubaker estaba disfrutando, claramente. El resto de la conferencia de prensa constituyó una larga oda a la policía de Los Ángeles por su eficacia.

Volví sola a la oficina y, cuando las pocas televisiones que quedaban a la puerta de casa de Ophélie ni siquiera intentaron entrevistarme, me deprimí un poco más.

La única buena noticia de la tarde es que la productora que había enviado Michael, pese a los recientes acontecimientos, confirmó que trabajaría con nosotros. Se lo agradecí calurosamente, aunque no pude evitar preguntarme si no se debía a los hechos de las últimas veinticuatro horas.

Como había poco que hacer volví temprano a casa y me quedé viendo series en la tele, más aburrida que una ostra. David se sorprendió al encontrarme así cuando llegó.

—Laure, ¿no estás mirando los canales de noticias?

—Estoy hasta las narices de este asunto. ¿Has visto mi patética intervención de esta mañana?

—Sí, estabas muy guapa, muy elegante...

—Y he pasado por una idiota que no entiende las preguntas más simples...

Me sonrió cariñosamente para reconfortarme.

—¡Claro que no! ¿Cómo ibas a saber algo que se desarrolló durante la noche?

Le lancé una mirada desesperada.

—¿Por qué no viendo la tele por la mañana o escuchando las noticias en la radio? El álbum de Adele está bien, pero no ayuda a estar al tanto de la actualidad.

Frunció el entrecejo. Sabía que tenía razón.

—Vale, pero no es tan grave, estabas preciosa.

—Con las patatas fritas que estoy comiendo pronto estaré gorda y fea y ni siquiera podré ponerme este traje tan bonito.

No hay nada que hacer. Cuando lo veo todo negro, nunca es a medias. David me conoce y sabe cuánto me cuesta animarme, pero ha hecho todo lo que ha podido.

—No querías salir en la tele; deberías pasar de todo eso.

Pero incidiendo en mis contradicciones no iba a levantarme el ánimo.

—Sí, pero cuando te entrevistan, mejor no pasar por una imbécil que apenas es capaz de dar las letras en *La Rueda de la fortuna*.

El final de la tarde fue gris. Pocas noticias y no muy buenas. Robert y Robin se han declarado no culpables y han quedado en libertad bajo fianza. El fiscal de distrito había pedido que permanecieran en prisión, pero la juez consideró que al recuperarse todos los documentos, su puesta en libertad no suponía ningún riesgo. Su abogado, Matt Van der Bourne, había presentado una moción pidiendo que esos documentos no fueran admitidos a trámite en el asunto de Michael.

Cuando yo estaba echando pestes contra la juez, David me calmó:

—Tiene razón; no puede dejarles en prisión cuando aún no sabe si admitirá los documentos como válidos.

Yo estaba indignada.

—Pero en cualquier caso ocultaron esos documentos.

—Siempre podrán aducir que, si esos documentos no son pruebas, el hecho de cambiarlos de lugar no supone obstrucción alguna a la justicia.

—¡Pero es repugnante!

—No, es lógico.

—¿Así que para ellos y para Michael todo depende de la decisión de admisibilidad que presentará mañana la juez?

—Eso es.

Me instalé en el silencio. Esto me huele mal, estoy convencida de que saldrán airosos e incluso veremos si llega a haber juicio.

La vida a veces es injusta. Mi mala suerte al salir en la televisión no es más que una curiosa metáfora.

Diario de Ophélie

9 de julio de 2015, 22 h

Hoy he vuelto a la oficina. Voy a buscar la manera de que mi vida recupere un curso más normal. A mis padres les parecía que era demasiado pronto y querían que me tomara algunos días libres con ellos, pero tuve que hacerles entrar en razón, diciendo que no estaría tranquila en ningún lugar de Estados Unidos. ¡En pocos días me había vuelto tan famosa como Monica Lewinsky! Me propusieron que fuéramos al extranjero, pero no estoy segura de que eso ayudara en términos de anonimato —la culpa es de la mundialización de la información— y, además, en este momento no puedo plantearme salir de Los Ángeles. Como empezaban a aburrirse, les envié a los estudios Universal.

Lo que más echaba en falta desde el principio de todo este asunto era mi *footing* cotidiano. Entonces, ayer por la noche envié un SMS a Harry.

«Buenas noches, Harry. Me gustaría volver a hacer *footing*. ¿Puedo?»

«Ophélie, soy inspector y dirijo la investigación, no su tutor. Ni su niñera.»

¡Ahí va! Daba la impresión de estar de mal humor y pensé que tomaría yo sola una decisión.

Entonces sonó el teléfono.

—Ophélie, soy Harry.

—Buenas noches, Harry. ¿Le he molestado en un mal momento?

Soltó una risita sarcástica.

—Es más bien que estoy con mi chica. El SMS llegó en un momento, digamos, delicado... cuando empezábamos a simpatizar, ya me entiende...

—¡Oh, lo siento mucho! No tenía que volver a llamarme.

—No tiene importancia. Se ha ido a darse un baño. Tendré que volver a mi empresa de seducción desde cero.

—¿Por un simple SMS?

—¿Sabe, Ophélie? El SMS de una mujer magnífica a las diez de la noche pone nerviosas a muchas chicas.

No le di importancia al cumplido. ¡Mierda, me estoy haciendo una enemiga más!

—A ver, Harry, ¿qué hago con el *footing*?

—No me gusta mucho la idea. Puede molestarla la prensa o, peor aún, que se tope con algún fan de Michael. Aunque la opinión está dando un giro a su favor, sigue habiendo una mayoría de irreductibles que no se creen su versión y son muy viscerales.

—¡Pero yo necesito correr!

—Espere, deme dos minutos.

Desactivó el sonido. La espera duró más de lo que había dicho.

—Mañana a las siete, ¿está bien? ¿Será demasiado pronto?

Era una propuesta sorprendente.

—¿Quiere venir conmigo? ¿No cree que si nos ven juntos tan temprano pueden pensar que hemos pasado la noche juntos y que nuestro entrenamiento común va más allá del *footing*?

Se echa a reír.

—No hay peligro, mi chica viene con nosotros. Espero que esté en buena forma física.

Yo empecé a olfatear la trampa.

—¿Por qué? ¿A qué se dedica en la vida? ¿Es profesora de gimnasia?

—No, es piloto de caza en la Marina.

Antes de desearnos buenas noches, quedamos para el día siguiente. Pensé que me había puesto en una situación nada fácil. Ir a correr con una atleta que te ve como una rival no es la mejor idea.

Esta mañana me he despertado muy temprano y he tomado un desayuno de deportista. A las siete menos cuarto ya estaba lista. Durante la espera estaba un poco tensa y el encuentro con la piloto de caza no me ayudaba precisamente.

Para empezar, Joan, la amiga de Harry, es un bombonazo, como Halle Berry pero más joven, fina y musculosa. Vestida con ropa de entrenamiento de la Marina y con una gorra de su regimiento, llevaba un moño que le daba un aire severo, reforzado por su inexistente sonrisa. Intenté ser amable cuando nos presentaron, pero ella apenas me respondió y tengo la impresión de que está de parte de Michael en ese asunto... También es posible que me guarde rencor por el revolcón que interrumpió mi SMS ayer por la noche. Me pregunto si Harry ha tenido una buena idea al organizar ese *footing* entre los tres; somos muy distintas. Yo me he vestido como una californiana, con una cola de caballo y ropa Nike fosforescente. Puedo imaginar que para ella yo no sea más que una Barbie y probablemente una grupi.

Cogimos el coche de servicio camuflado de Harry. Resulta extraño, es la primera vez que vuelvo a ir en él desde que Harry me socorrió tras la noche en casa de los Brown. El trayecto hasta Santa Mónica no es demasiado cordial. Joan no dice ni una palabra, salvo para reprender a Harry cuando él propone conectar la sirena para ir más deprisa. Lástima, su broma era divertida pero parece que no es buen momento para el humor.

Esto se confirma ya al empezar el *footing*. No hay tiempo para contemplar el océano Pacífico; Joan se pone a la cabeza y marca el ritmo. Me alegro de haber aprovechado el cuarto de hora libre para hacer estiramientos porque ella no parece venir a hacer turismo. Cogí mi iPhone y abrí mi aplicación Nike Running, lo que me permitió ver que cubríamos el primer kilómetro en cinco minutos, quince segundos. El segundo es más rápido: cinco minutos, cinco. Cuatro minutos cincuenta y cinco el tercero. ¡Más de doce kilómetros por hora! Me concentro al máximo en mi zancada y mi respiración para no descolgarme. Mi velocidad normal es más bien de cinco minutos veinte por kilómetro. Adelantamos a muchos otros corredores que no pueden seguir este ritmo. Por cierto, también nos adelantan otros, que parecen ser profesionales del maratón. Calienta el sol; estoy sudando. El esfuerzo es terrible y siento que los músculos de las piernas empiezan a endurecerse. Luego, en el cuarto kilómetro, se produce el milagro de la carrera: supero el cansancio y encuentro mi segundo aliento. Miro mi iPhone y compruebo que Joan ha ralentizado ligeramente. Cinco minutos exactos por kilómetro. Empiezo a disfrutar y miro a mi alrededor, es magnífico. Pero de pronto alguien gime detrás de mí: ¡Harry!

—¡Joan, vais demasiado deprisa, no puedo continuar!

Ella se detiene y vuelve hacia su enamorado. Su mirada se ha dulcificado.

—¡Vamos, Harry! ¡El *footing* fue idea tuya!

—Sí, pero la finalidad era proteger a Ophélie. No contaba con que ibais a destrozarme.

—¡Eres un debilucho!

—Lo admito, pero vosotras dos no tenéis más que continuar. Volveré andando. Me alcanzaréis.

Joan se vuelve hacia mí.

—Ophélie, ¿está dispuesta?

Su tono no es aún amistoso pero al fin me ha hablado. No sé si es la mejor opción, pero acepto.

Partimos las dos a una velocidad que se estabiliza alrededor de los doce por hora. Los kilómetros van desfilando, cinco, seis... Y después del séptimo da media vuelta pero no se detiene. En el noveno empiezo a sacar la lengua; los músculos se fatigan. Me fuerzo a alcanzar los diez antes de tirar la toalla.

—Joan, yo ya lo dejo.

Ella mira su reloj. No había visto que se trataba de un iWatch.

—Cincuenta y un minutos treinta y cinco para diez kilómetros. No está mal. Volveremos andando.

Saca de la riñonera una botella de agua. ¡Mierda! Yo no he cogido nada, soy una auténtica aficionada. Ella me mira y me tiende la botella.

—¿Quiere un poco?

Es un ofrecimiento solidario y muy bienvenido.

—Gracias, con mucho gusto, pero beberé después de usted.

—De acuerdo.

Sin más contemplaciones, bebe una buena mitad de la botella y me ofrece el resto.

—Adelante, termínala, la rellenaremos. Hay una fuente un poco más lejos.

Después de rehidratarme me siento mejor. Decidimos dejar la pista de *footing* para ir a caminar más cerca del océano sobre la arena dura. Es ella quien rompe el silencio.

—Ophélie, tengo que confesar que su asunto viene a interferir en mi vida...

Deja un espacio de silencio. Tengo ganas de decirle que las acciones de Michael han sido algo más que interferencias en la vida de muchas mujeres y ha debido de leer en mi mente, porque modera sus palabras.

—No lo tome a mal. Este asunto es muy importante para Harry debido a la presión mediática, pero también lo es para todas las mujeres que soportan violencia sexual. Además de mi actividad militar, estoy en una asociación de protección de mujeres víctimas de abusos. Su caso tendrá un impacto en la opinión pública y de ese juicio depende mucho el futuro de nuestra lucha. El caso Dominique Strauss-Kahn nos hizo mucho daño por la decisión de los fiscales de renunciar a todos los cargos, lo que dejó planear la sombra de la duda sobre las acusaciones de Nafissa Diallo... ¿Sabe, Ophélie? En materia de violación, siempre se debate sobre la credibilidad de la víctima. La defensa intentará probar que ha habido consentimiento por su parte o que ella provocó a los agresores por su actitud o su ropa.

—¿Igual que en *Acusados*?

—¡Exactamente! La fiscal Kelly McGillis acepta llegar a un acuerdo con los agresores y reducir la acusación de «violación» a la de «poner en peligro la vida de las personas», porque teme que la personalidad de la víctima no permita convencer al jurado. La consecuencia es una pena de prisión mínima, pero eso no es lo más importante. La víctima no puede hacer que reconozcan el crimen que ha sufrido, lo cual hace que sea difícil o incluso imposible el proceso de curación y el olvido. En el cine, al final todo acaba bien.. ¡Pero es una película! Este tipo de situaciones se repiten por todas partes en Estados Unidos. Actualmente estamos luchando contra esta plaga en las universidades. En estos últimos meses se han dado a conocer varios estudios y todos ellos muestran que cerca de un veinte por ciento de las mujeres han sufrido agresiones sexuales, ya sean besos, tocamientos o penetraciones no deseadas. Esta epidemia alcanza a todo el mundo, desde los campus más apartados del país a los de la Ivy League.

La escucho sin interrumpirla. No conocía estas estadísticas aterradoras, pero todavía no comprendo lo que espera de mí, así que la dejo continuar.

—Claro que puede que algunas demandas sean infundadas, pero se trata de una ínfima minoría; por eso su caso tiene que ser ejemplar. No debe haber ninguna duda sobre el juicio y debe ser proporcional a la falta. En el aparato judicial estadounidense, con demasiada frecuencia lo que se busca no es alcanzar la verdad, sino aplastar al otro. La defensa quiere obtener la absolución y el fiscal quiere una condena máxima, a veces superior a lo que merece el acusado. Por eso también tenemos nuestro sistema de *Plea Bargaining*, en el que las partes negocian los cargos y las penas al margen del tribunal. En esos casos, se llega a una pena más justa...

—¿Ese es su consejo? ¿Quiere que llegue a un acuerdo con los Brown?

Hablo en un tono de incredulidad; estoy muy sorprendida de que se inmiscuya así en un asunto que no le atañe, de no ser por el hecho de que su novio lleva la investigación, pero me tranquiliza en pocas palabras:

—No me atrevería a aconsejar. Desconozco los elementos de ese dossier...

La formulación no es muy cálida.

—Yo no he soportado lo que usted ha soportado.

Eso ya es más amable.

—Solo quiero atraer su atención sobre la importancia del resultado de su caso. Es esencial que Michael Brown y Carolina Sanchez sean condenados en proporción a sus actos, ni más ni menos.

—Me está presionando...

Joan me sonrío y por primera vez en el día siento una complicidad femenina.

—¡Lo siento!

Me tomo un instante para reflexionar sobre las implicaciones de sus palabras y sobre mi respuesta.

—Joan, no puedo hablarle de todo lo que está vinculado directamente a la investigación. Sin embargo, sí que puedo decirle que Michael Brown y Carolina Sanchez no son la pareja ejemplar que tratan de encarnar. Con la complicidad de su abogado y su director de comunicación, montaron un verdadero tráfico de muchachas jóvenes.

—¿Firmó esos acuerdos de confidencialidad?

—¿Harry le habló de ellos?

—No. Él no me dice nada sobre la investigación, pero he visto la televisión. Entonces, ¿es verdad?

—¿Que Michael Brown se acuesta con grupis en todos los rincones del mundo sin preocuparse de las consecuencias? Sí, es verdad. Creo que la mayoría lo viven bien, que guardan un recuerdo maravilloso para el resto de su vida, pero también están las que quedan marcadas para siempre.

—Como usted.

Enunciaba un hecho, no hacía una pregunta.

—Como yo.

—¿Y tiene una idea del número de jóvenes que han podido firmar esos documentos?

—No. Tal vez unas cincuenta o cien, puede que más.

—Trataremos de tirarle de la lengua a Harry.

Minutos más tarde llegamos junto al inspector, que está descansando en un banco cerca del coche. En el camino de vuelta Joan le pregunta:

—Harry, ¿cuántos acuerdos de confidencialidad habéis recuperado?

—Sabes muy bien que no puedo contestarte.

—Vamos, puedes darnos una idea. ¿Un centenar?

Harry guarda silencio; en otras palabras, son más.

—¿Doscientos?

Silencio.

—¿Trescientos?

Ninguna reacción. El modo de preguntar de Joan me recuerda a *Todos los hombres del presidente*, cuando Bob Woodward y Carl Bernstein interrogan a Garganta Profunda. Como no puede darles información, les deja formular sus hipótesis. Si no reacciona diciendo que van por mal camino, pueden deducir que están en lo cierto. Es una manera bastante hipócrita pero muy eficaz de revelar secretos sin haber hablado en realidad.

Joan aplica la misma táctica.

—Harry, ¿quinientos?

Una vez más, ninguna reacción. Estoy aterrada por la amplitud del descubrimiento.

—¿No más de mil?

Harry responde al fin.

—Ya basta, Joan. No te lo diré.

Tenemos la respuesta. Ha encontrado más de quinientos acuerdos de confidencialidad, ¡probablemente cerca de mil! Nunca hubiera sospechado que fuera posible. Si la juez acepta esos contratos como documentos probatorios, la onda de choque en todo el país va a ser terrible.

Este diálogo nos ha dejado mudos. Veinte minutos más tarde, Harry me deja en casa. Se lo agradezco antes de bajar. Joan sale del coche y me abraza.

La miro sonriendo.

—Lo he comprendido, Joan, una respuesta proporcional...

—Perfecto.

—Parece un poco un dispositivo de guerra nuclear...

—Ophélie, con lo que acabamos de saber sobre Michael hace unos minutos, ¿no cree que hablamos de un cataclismo de amplitud equivalente?

Y con estas palabras, me deja. Miro pensativa el vehículo que se aleja. Es el *footing* más extraño de toda mi vida, pero también el más instructivo.

Después fui a la oficina y conseguí evitar a la prensa. No tenía ningunas ganas de comentar la separación de Charlie y Amy. Ella no tuvo la misma reserva, pero tampoco está en la misma situación y se dejó ir ante la cámara de ITV. Salía de un almacén bajo la lluvia, magníficamente vestida con un impermeable Burberry y un sombrero a juego. Tenía un estilo espectacular.

«Amy Richardson, ¿una palabra sobre su regreso precipitado a Londres?»

Contestó con una sonrisa fría.

«—Me alegro de haber vuelto. Echaba de menos Inglaterra.

»—¿No extraña el sol de California?

»—Eso es lo único que procura un verdadero calor en Los Ángeles. La gente, especialmente en el mundo del cine, tiene un bloque de hielo por corazón. Prefiero mil veces soportar una buena lluvia como la de esta mañana y disfrutar del amor de mi familia y los británicos que seguir viviendo en medio de apariencias.

»—¿Se refiere a su ruptura con Charlie Brown?»

Midió con la mirada a su interlocutor.

«¿“Ruptura”? ¿Qué ruptura? Para que haya ruptura tendríamos que haber estado realmente juntos.

»—Quiere decir que...

»—Sí, no era más que un montaje para la promoción de la película.

»—¿Montaje del estudio?

»—No. Su departamento de *marketing* estaba en contra. La idea fue de Robin Watson, el director de comunicación de los Brown.

»—No obstante parecía muy enamorada...

»—Soy una excelente actriz. Charles Brown es tan mal director como mal amante.

»—Pero ¿por qué aceptó seguir el juego durante meses para renunciar pocos días después del estreno de la película?

»—¿Por qué? Yo creo que es evidente. Charles Brown dice estar aún enamorado de una pobre chica que afirma que su hermano y su cuñada la han violado. Sinceramente, ¿se puede imaginar una historia más sórdida?

»—¿Usted piensa que ha habido agresión sexual?

»—Entre una francesa provocadora y algo confundida por un lado y una pareja de perversos por el otro... no va a ser fácil establecer la verdad.»

Cuando se difundió la entrevista, Laure y yo estábamos en la oficina y nos quedamos calladas hasta el final, pese a las barbaridades que habíamos oído. Laure fue la primera en reaccionar.

—No se corta la inglesa. Un solo misil y todos aniquilados.

—No duda en cambiar el curso de la historia. Tendrías que haber visto lo loca que estaba por él.

—Yo creo que su comentario sobre la calidad de Charles como amante desacredita por completo su declaración.

—Sí, es pueril.

—A ti también te ha disparado: «Francesa provocadora y algo confundida».

En ese momento Laure me irritó. Me chocaron más esos calificativos en su boca que cuando los pronunció Amy y se notó en el tono de mi respuesta.

—Disparó a todos, tú misma lo has dicho. ¿Querías que tuviera algún miramiento conmigo cuando yo le robé a su novio...?

Laure sintió que había que enmendar lo que había dicho.

—Y te declaró su amor en la televisión en directo. Sí, tienes razón, era inevitable. Respecto a los Brown, está jugando a un juego peligroso; no estoy nada segura de que aprecien lo que ha dicho.

—No. Yo creo que, en efecto, podrá consagrarse a una gran carrera en la BBC y en ITV. Hollywood ha muerto para ella. Entrará en una lista negra; a los profesionales de ese ambiente no les gustará nada que haya dado muestras de indiscreción.

En realidad, esas declaraciones no me han afectado. Me da igual. Amy es agua pasada, no tiene peso alguno en esta trama. Estoy mucho más en tensión por la decisión que tome la juez sobre las pruebas, si son admisibles o no. Si deniega la petición de la defensa y nos autoriza a usarlas, eso querrá decir que Akemi y todas las que han pasado por pruebas similares podrán venir a contarle al tribunal y habrá un seguimiento mundial.

Esa decisión debía anunciarse al fiscal de distrito y a los abogados sin la presencia de público. Mi abogado, el señor Maldini, había dicho que pasaría por mi casa en cuanto le fuera posible. Pensaba llegar hacia las cuatro y media, pero al final se presentó media hora más tarde. Media hora no es gran cosa en una vida, pero esta vez se me hizo interminable.

En cuanto cruzó el umbral de mi casa traté de adivinar lo que había decidido la juez observando su rostro. Pero perdía el tiempo; tenía la impasibilidad de un experto jugador de póker.

—¿Entonces, qué hay de nuevo?

—Buenas tardes, Ophélie. Me interroga incluso antes decirme que pase y ofrecerme algo de beber. ¿Qué ha sido de la cortesía francesa?

Sonreía, y comprendí que las noticias eran buenas. Su temperamento latino le impulsaba a una actuación cómica. Si él quería poner de relieve su éxito, no era amable por mi parte empujarle a que me revelara todo en un instante. Me tragué mi impaciencia.

—Por favor, tome asiento. ¿Qué puedo ofrecerle?

—¿Tiene alcohol?

—Tengo cervezas y whisky.

—Un whisky con dos cubitos de hielo, por favor.

Me alegraba de haber comprado esa botella para cuando viniera mi padre, pero este diálogo sin interés me hacía morir a fuego lento.

Me senté frente a él.

—Tengo tres noticias, Ophélie. Dos buenas y una mala.

El corazón me latía a ciento ochenta pulsaciones por minuto, como si estuviera tratando de vencer a Joan en el esprint.

—Adelante con la mala.

—La juez ha aceptado liberar a Michael Brown bajo fianza.

—Sinceramente, me da igual. No creo que venga a meterse conmigo aquí. ¿Qué cantidad?

—Cinco millones de dólares.

—Es una enormidad, ¿no?

—No es una cantidad ridícula, pero tampoco es excesiva para él. Yo le pedí diez a la juez.

—¿Y las buenas noticias?

Esbozó una sonrisita.

—La primera es que el tribunal elegido es el del *downtown* Los Angeles.

Yo aún no comprendía por qué eso era una buena noticia.

—¿Y qué tiene que ver?

—Ophélie, si su caso se juzgara en Santa Mónica, el jurado se compondría en un ochenta por ciento de blancos para quienes Michael Brown es una *star* incontestable y usted una extranjera. En el *downtown* hay una mezcla racial mucho mayor.

—¿Y eso supone una ventaja para mí?

—Sí, Ophélie, supone una gran diferencia. A mi colega de la parte contraria le afectó esta decisión, pero debo decir que ya estaba impactado por la primera decisión de la juez...

—¿Se refiere a la otra buena noticia?

—La excelente noticia, querrá decir.

Recalcó tanto la palabra «excelente» con su profunda voz que tuve la impresión de encontrarme ante Pavarotti.

—¿Los acuerdos de confidencialidad?

—Sí, al igual que los acuerdos de consentimiento sexual. Patricia Var ha aceptado la admisibilidad de todos los documentos. ¡Ya lo oye, Ophélie! No ha querido limitar el número de documentos que podremos utilizar...

Le interrumpí.

—¿Cuántos hay?

—Mil doscientos cuarenta y siete NDA y ochocientos catorce contratos de consentimiento sexual.

El *shock* fue terrible, pero lo que predominaba era la incredulidad.

—¡Más de dos mil! ¡Es imposible!

—No, no se pueden sumar. Los Brown solían hacer firmar a las personas los dos documentos y algunos acuerdos no protegen la confidencialidad de relaciones sexuales que hubieran tenido las personas firmantes, sino solo aquellas de las que tuvieran conocimiento. Si tenemos en cuenta que esos contratos se extienden a lo largo de dieciocho años, eso representa un promedio de menos de uno por semana.

Uno por semana... Yo misma tuve que firmar cuatro por dos semanas de relación si sumamos todo. Y además, en Londres, Michael tuvo que dar a firmar otro a la perra que se folló en los servicios. El número no es tan grande como parece, pero deja al personaje a la altura del betún... Por suerte, ya hace un tiempo que dejé de amarle; si no, me habría vuelto loca.

El señor Maldini volvió a tomar la palabra. No quería que estos cálculos fueran a enmascarar su éxito.

—La juez se quedó con el argumento que yo había desarrollado, que necesitábamos esos testimonios para dejar establecidas dos cosas. La primera es la obsesión por el sexo de los acusados. La segunda, que sistemáticamente hacen firmar documentos para protegerse; usted misma ha firmado varios. La ausencia de contrato en el presente asunto demuestra el carácter delictivo y la violación.

—Excelente, señor Maldini. ¿Cree que habrá jóvenes que revelarán sus aventuras con Michael Brown antes del juicio?

Respondió con tanta firmeza que hizo que me sobresaltara.

—No, con toda seguridad no lo harán. ¡Incurrirían en ruptura de contrato! La decisión de la juez no les permite liberarse de la cláusula de confidencialidad que han dejado firmada; solo verán hecha pública su historia las que llamemos como testigos.

Seguimos hablando unos minutos y después se despidió para volver a su bufete.

Mientras esperaba a mis padres estuve viendo las noticias. Los primeros días me había abstenido de hacerlo para evitar exponerme a tanto ruido mediático y los ataques de que era objeto, pero los periodistas han cambiado de blanco, lo cual es lógico, ya que dos superestrellas implicadas en un escándalo sexual venden más que una joven grupi que fantasea.

Se debe decir que los estándares del caso Tiger Woods habían quedado muy por debajo. Cuando los canales se enteraron de que la juez admitía los acuerdos de confidencialidad, los periodistas se lanzaron tras la pista de las signatarias como una jauría de sabuesos persiguiendo a un ciervo. Contrariamente a lo que anticipó mi abogado, encontraron mujeres «víctimas» de Michael que deseaban dar testimonio. Estuve saltando de un canal a otro durante varias horas y vi a dos que respondían con el rostro descubierto y otras cuatro que lo hicieron con el rostro desenfocado y la voz alterada. De este modo se reducía el riesgo de que Michael las atacara judicialmente. Una de esas mujeres podría haber participado en *La cena de los idiotas*. Era una actriz que contó cómo Michael la había llevado a su camerino para tirársela pocos minutos después de besarla por exigencias del guion. Como dio el título de la película, no fue difícil de identificar. Navegué por IMDB y encontré su nombre. Miré la filmografía y era muy poca cosa, apenas tres apariciones en películas de las que la única de envergadura era la de Michael. Era la caricatura de la *starlette* —rubia decolorada, pechos grandes, piernas gruesas y culo caído. Se que no es muy amable decir esto, pero en su físico de leía su falta de inteligencia.

Las preguntas de los periodistas a las distintas amantes de Michael iban todas en la misma dirección. Era voyerismo puro y tenía muy poca relación con mi caso. Es cierto que querían saber el grado de perversión del actor para determinar si era capaz de cometer una violación, pero ante todo querían que contaran su aventura sexual y, por muy extraño que pudiera parecer, los testimonios eran más bien favorables. La imagen de Michael que se desprendía de ellos era la de un buen amante, atento al placer de sus compañeras aun cuanto tenía tendencia a apreciar el «sexo primario». Solo una habló de un trío y otra de su «obsesión» por su culo. Sobre todo, lo que estaba claro es que todas guardaban un recuerdo positivo de su relación.

Me di cuenta de que yo no estaba tan blindada como pensaba y esos relatos provocaron en mí algunos inoportunos *flashbacks*: la primera noche en el yate, el amor en la playa desierta del Mediterráneo, en la embarcación en Venecia, en el avión privado o en una camilla de masajes en el Hotel Bulgari.

Esos recuerdos hicieron que se me saltaran las lágrimas por mis amores frustrados. ¡Qué excepcionales y románticos momentos! Al mirar la foto de la actriz en IMDB volví a pensar en la asistente que Michael se había follado en los servicios: el mismo aspecto, la misma actitud vulgar. ¡Que mala suerte que esa adicción al sexo hubiera hecho fracasar la posibilidad de una felicidad perfecta!

Cuando cambiaba de canal por centésima vez di con un tema más original, que comparaba a Michael con Charlie, pero era tan repugnante con respecto al hermano menor que me pregunté si no se trataría de una venganza de Robin tras las declaraciones de Charlie en mi favor. Las entrevistas de Amy y de las amantes de Michael se alternaban con fragmentos de películas de los dos hermanos y la conclusión del montaje era inmundada: Michael salía como el cisne blanco, amante y actor excepcional mientras Charlie era el patito feo que no salía bien parado ni en su vida amorosa ni en su carrera cinematográfica.

Fue tan horrible y yo estaba tan dolida que hice algo que mi abogado habría desaprobado. Puse un SMS a Charlie. No habíamos intercambiado un solo mensaje desde que le humillé en casa de su hermano, hacía casi tres meses.

«Hello, Charlie, ¿cómo estás? Espero que no veas la televisión. Están difundiendo repetitivamente las declaraciones de Amy. Es infame y no merece que te atormentes por eso. Ophélie.»

Unos diez minutos después sonó mi iPhone.

«Hello, Ophélie. Si estás hablando de la comparación que hace Brian Spiether, donde me presenta como el patito feo, acabo de verlo.»

Era sorprendente que él pensara también en el cuento de Andersen. Esta afinidad en las referencias culturales me recordó nuestra relación y sentí una repentina nostalgia por la fuerza de nuestra relación, aunque solo hubiera durado una semana.

«Charlie, no olvides que el patito feo, al final, se transforma para convertirse en el más bello de los cisnes... ¿Spiether conoce a Robin?»

«Gracias por tu optimismo... Brian y Robin son amigos muy cercanos. Estaban en la misma fraternidad en la universidad.»

«¡Es inhumano!»

«En parte yo me lo he buscado por alterar su estrategia de comunicación.»

«Lo siento de verdad. Además, no te di las gracias por haberme apoyado.»

«Es normal; te presentaban de manera injusta.»

No supe qué contestar y fue él quien me envió el SMS final.

«Tengo que irme, pero quiero decirte que te echo de menos. Nuestra separación es la cosa más difícil que me ha sucedido en la vida. Lamento haber permitido que mi hermano y Robin me empujaran a descuidarte. Espero que un día puedas perdonarme, porque yo no creo que sea capaz.»

Me abstuve de comentar sus palabras.. ¿Qué decir? ¿Que si me hubiera apoyado en mi lucha por proteger a Akemi y hubiera venido a vivir conmigo no nos encontraríamos en esta situación? Es una evidencia y yo no he tenido el valor de meter el dedo en la llaga. No serviría de nada. Las cosas ya son bastante complicadas así, tanto para él como para mí. Eso no quita que el SMS me produjera un *shock* terrible en el corazón. No me sentí tan mal a raíz de nuestra ruptura gracias a la gimnasia y al *footing* cuando volví a coger mi vida en mis manos.

Por suerte mis padres volvieron de la excursión. Como esta es su última noche, trajeron unos platos deliciosos que compraron a un restaurador francés, la Maison Richard. El festín consistía en una ensalada *niçoise* y pasta a la provenzal con un Bandol rosado. Mamá no se olvidó de *Romeo* y le trajo un paté Gourmet de Francia. ¡Es increíble, reconoció hasta la caja! Estaba tan agitado que estuvo a punto de hacer caer a mi madre frotándose contra sus piernas cuando se lo estaba sirviendo.

Mis padres siguen preocupados por tener que dejarme y tuve que echar mano de toda mi pedagogía para convencerlos de que con el señor Maldini, Laure, David, Zach y también Harry y Joan, tenía a mucha gente buena a mi alrededor. En realidad, es horrible decirlo, pero no estoy triste porque que se vayan. De manera involuntaria, su presencia y solicitud me impiden encontrar la quietud que necesito.

Me alegro de que este día se termine. Entre los consejos de Joan y los remordimientos de Charlie estoy agotada y creo que no me costará nada dormir. Acostarme a las diez y media y levantarme a las siete y media supone un largo reposo que no me hará ningún mal.

Diario de Ophélie

10 de julio de 2015, 8 h

Contaba con nueve horas de sueño y no he disfrutado más de seis. La noche ha sido agitada. Primero, me costó dormirme; los acontecimientos de los últimos meses se amontonaban en mi cabeza. Acabé por adormilarme pero me desperté varias veces. Tenía sed y me levanté a beber. Seguro que fue por el rosado; ya no estoy acostumbrada a beber vino y casi había tomado la mitad de la botella. Cuando al fin logré dormirme, me sumergí en esa pesadilla recurrente. Para ser más exacta, un sueño que se ha transformado en pesadilla: estoy en una prueba de *casting* para una película con Michael, huyo con él al final de la toma y terminamos el día juntos en una habitación. Lamentablemente, en este último tiempo se han añadido elementos nuevos. El sueño erótico se ha transformado en película de terror. Ahora, cuando Michael me lleva a su *suite*, nos sorprenden unas hordas de periodistas que gritan nuestros nombres bajo el crepitar de los *flashes*. Habitualmente es lo bastante fuerte como para despertarme, pero ayer la pesadilla era más larga. Me escapaba de los brazos de Michael para volver a huir y encontraba un pequeño cuchitril muy oscuro donde refugiarme. Cuando pude creerme a salvo, alguien tocaba la puerta y me llamaba por mi nombre. Reconocía la voz: ¡Charlie!

Con el *shock* que provocó esa llegada sorpresa, me desperté sobresaltada. Todavía era de noche, me costaba salir del sueño e incluso me pregunté si aún seguía en los brazos de Morfeo cuando oí unos golpes en la cristalera de mi habitación. Es cierto que eran mucho más ligeros que los de mi pesadilla y, seguramente por eso, necesité tiempo para darme cuenta de que había una silueta detrás de los cristales —una masa alta, muy oscura que me produjo el espanto más grande de mi vida—. Una voz me llamaba con mucha suavidad:

—Ophélie, Ophélie, abre, soy Charlie.

¡Charlie! ¿Qué venía a hacer a mi casa en plena noche? Cogí el iPhone: las cinco y veintitrés minutos. ¿Está chiflado o qué? Como seguía llamando, me levanté para que no despertara a mis padres.

Traté de reñirle sin levantar la voz.

—¡Charlie, me has dado un susto de muerte! ¿Qué haces aquí?

—Lo siento mucho, pero necesitaba verte. La conversación de ayer por SMS me impidió dormir.

—¡Eso no es motivo para despertar a los demás! ¡A menos que te envíen Robert y Robin para eliminarme de muerte natural provocándome una crisis cardíaca!

Ví que sonreía.

—No, no es eso, aunque sé que esa idea les encantaría. Debemos hablar.

—Es imposible; mis padres están durmiendo en la habitación de al lado.

—Ya me lo imaginaba. Ven conmigo. Vamos a dar un paseo en coche.

No cabe duda, había logrado su efecto...

—Ni se te ocurra. La mitad de los periodistas de la ciudad, e incluso de Estados Unidos, están intentando encontrar algo nuevo que decir sobre Michael, Carolina, tú y yo, y me propones ir a pasear de la mano como si nada.

—Ya lo sé, puede parecer insensato, pero tenemos que vernos. Conozco el sitio ideal para hablar con tranquilidad y, además, el sitio tiene algo que decirle a tu alma de cinéfila.

Al decir esto, tocó una cuerda sensible. Me recordó nuestro fin de semana, la visita a Hearst Castle y la casa en la que se había rodado *Instinto básico*.

—¿Qué tipo de sitio es?

—No puedo decírtelo. Ven conmigo.

Lógicamente tenía mil razones para decir que no y, sin embargo, dije sí.

—Vale, te veo abajo. Dame cinco minutos y me visto.

Diez minutos más tarde estábamos en el coche, que había aparcado a dos calles de mi casa.

—Charlie, no es el tuyo.

—No, el mío es fácil de reconocer. Se lo he pedido prestado a un amigo. Para él no es un mal negocio, le he dejado el mío.

No podíamos hablar de un buen cambio porque estábamos dentro de un Chevrolet Impala rojo y él había prestado su Maserati cabriolet.

—¿Tienes amigos que conducen Impalas?

—Sí, ¿por qué? ¿No te gusta?

—Prefiero el Maserati.

Se rio.

—¡Ophélie, eres una snob! ¡Nunca lo hubiera imaginado!

Consiguió irritarme. Primero me despierta al amanecer y luego se ríe de mí.

—No tiene nada que ver. Soy una esteta, prefiero el diseño italiano.

—Sin embargo, conducir un Impala debería hacerte recordar una de las mejores escenas de coches en Los Ángeles de la historia del cine. ¿Sabes a qué me refiero?

Jugar al Trivial Pursuit en versión cine me encanta, pero no antes de las seis de la mañana.

—No.

—Te ayudo, es una escena de noche.

—¿El taxi de Jamie Foxx en *Collateral*?

—No, no pensaba en esa escena. Admito que no sé qué modelo de coche utiliza y me extrañaría que fuese un Impala. En todo caso, tienes razón, es una de las películas más hermosas sobre Los Ángeles de noche. Yo hablo de una película con un atraco...

—¿*Heat*?

—¡Eres una fan de Michael Mann de primera! Vas bien pero no es esa.

—Charlie, es demasiado temprano; no tengo paciencia para adivinanzas.

—Un último intento. Te doy un indicio sonoro.

Seleccionó una pieza en su iPhone. Oigo ruido de unas monedas que alguien introduce en un teléfono público, luego el canto de unos grillos, el sonido del marcado de un número, el aullido de un coyote y el timbre del teléfono que suena.

No hace falta esperar a que suene la música. En un instante identifiqué no solo la película sino también el compositor y el título de la canción.

—Es *Nightcall*, de Kavinsky.

—¿Y la película?

—Das pena, Charlie, mucha pena. La película es *Drive*, del director danés Nicolas Winding Refn.

Al final de esa noche californiana recuperábamos la calidad de nuestra relación y, al contrario de lo que acababa de decirle, me hacía muchísima ilusión. Es como si nada hubiera pasado desde el regreso de nuestro fin de semana de enamorados, como si todo se hubiera borrado.

—Bravo, has ganado. ¿Con eso podrías adivinar el sitio adonde te llevo?

No tuve que pensarlo mucho tiempo.

—Allí donde se rodó el paseo de Ryan Gosling con Carey Mulligan y su hijo. ¿Qué sitio es?

—Es Los Angeles River; el cauce lo cubrieron con cemento después de unas inundaciones que causaron más de cien muertes en 1930. Mira, ya llegamos.

Dejó la carretera para seguir una rampa que nos llevó al nivel del río. Circulamos a poca velocidad al lado del curso de agua. Eran las seis y a nuestra espalda acababa de salir el sol y el paisaje estaba bañado por esa suave luz.

Yo estaba bien y la vida parecía sencilla, hablando de cine dentro de ese coche con este chico guapo, tan seductor como amable.

—Es tan inesperado este paseo, Charlie... También se rodó aquí *Terminator 2*, ¿verdad? La persecución entre el camión y la moto.

Se volvió hacia mí y su mirada volvía a ser burlona.

—¿Tú conoces esa vieja película? Si aún no habías nacido.

—¿Bromeas? La película debió de estrenarse en 1992...

—En 1991, de hecho.

—¿Ves? ¡Sí que había nacido! Tenía tres años. Bueno, la vi después. De todas maneras, es un clásico y los niños suelen verla con diez o doce años.

—Ya estamos. Voy a aparcar.

En ese lugar, la vegetación había invadido la orilla. Era muy bonito el reflejo del sol en el fino curso de agua. Anduvimos unos minutos. Charlie cogió piedras y las lanzó al río.

—¿Te acuerdas?

—Según recuerdo, Ryan Gosling, no solo las lanza sino que hace rebotar las piedras a ras de agua.

—¡Es lo que yo hago!

Miré cómo lo intentaba sin gran éxito. Solo lo logró una vez, a la décima tentativa.

—¡Ahora yo!

Yo no fui más hábil que él.

—No lo haremos tan bien como él.

—Es cine... Es una imagen muy hermosa de la felicidad, muy romántica y original.

—Puede ser romántica, pero ella tiene a otro hombre en su vida, el padre del niño y, además, termina mal; al final se separan.

Me miró con sus ojos azules penetrantes.

—Ella tiene derecho a tener varios amores sucesivos y además nada indica que no vuelvan a encontrarse. Es un final abierto...

Oh, mierda, ¿no será esto el principio de una declaración? ¿Puedo permitirme comprometerme otra vez en esta historia cuando estoy en guerra abierta con su hermano?

Decidí pausar el juego.

—No irás a decirme que crees en ese reencuentro. Tienes el espíritu de una jovencita de dieciséis años... Y todavía soy optimista: creo que en nuestros días las chicas de esa edad son más realistas y más cínicas que tú.

No parecía sentirse herido y sonrió.

—Tal vez me gustan los finales felices. No es un defecto, ¿verdad?

Me quedé callada un momento. No se le puede culpar por tratar de ver las cosas de color rosa, sobre todo después de cómo lo han tratado los medios...

—Si quieres un final feliz, tengo otra película rodada en el cauce de este río. Mira, escucha y dime si lo conoces.

Se acercó para ponerme uno de los auriculares de su iPhone en la oreja. Él se puso el otro y nos quedamos separados solo por la longitud del cable.

Oí unos metales versión años setenta y esta letra:

*I solve my problems and I see the light
We got a loving thing, we gotta feed it right
There is no danger we can go too far
We start believing now that we can be what we are
Grease is the word.*

Si no reconociera ya la canción, la última frase de la estrofa dio la clave.

—¡*Grease!* Pero en este caso reconozco que no la he visto. Solo conozco la banda sonora. La película es demasiado antigua. A diferencia de ti, yo aún no había nacido.

—Espero que sea una broma. La película es de 1978.

—Vale, no eras muy viejo...

—Te recuerdo que nací en 1982.

Decidí seguir tomándole el pelo.

—Nadie lo diría a juzgar por las referencias cinematográficas que utilizas.

De pronto me hizo cosquillas justo por encima de la cadera. Es un punto especialmente sensible para mí y grité:

—¡Charlie!

No se detuvo y tuve que luchar, pero él es cien veces más fuerte que yo. Cuando agarré la mano que me atormentaba, utilizó la otra para seguir. Tuve que adaptarme y agarrarla también. Podría haber durado una eternidad, pero él se detuvo un poco más tarde.

Hay que decir que el combate nos dejaba a unos centímetros el uno del otro. Era una situación más que romántica... Y cuando Charlie hundió sus ojos en los míos creí desfallecer al verle tan guapo.

—Lo que cuenta no es la edad de la película, sino el sentido de la letra: «Tenemos un amor que debemos alimentar».

Mi corazón se puso a latir a ciento ochenta por minuto, es una verdadera locura, no puedo ceder a ese sentimiento.

—Dice: «Resuelvo los problemas y veo la luz» y no creo que hayamos llegado ahí. En cuanto al hecho de que «no hay peligro en ir más lejos», no estoy de acuerdo en absoluto.

Me puso un dedo en los labios cuando empezó la canción siguiente. Era una pieza de Olivia Newton-John que ya había oído pero no sabía el título y entonces Charlie se puso a cantar, en voz baja, creando un dúo improbable con treinta y siete años de diferencia.

Traté de pararle.

—Charlie, la que canta es una chica, no tiene sentido.

Me indicó por señas que no hablara y volvió a poner la canción al principio. Pensé que era mejor dejarle y no pasar allí toda la mañana.

Oí la letra pero, sobre todo, escuché el mensaje. La canción hablaba de un corazón roto, de la imposibilidad de olvidar al ser amado...

*Adivino que no soy el primer corazón roto,
Mis ojos no son los primeros en llorar.
No soy el primero en saber que no es posible olvidarte,
Y soy solo un loco que está dispuesto a sentarse por ahí y esperarte.
Pero, nena, ¿no ves que nada más se puede hacer por mí?
Estoy desesperadamente apegado a ti.
El cerebro me dice: «Loco, olvídala»,
El corazón me dice: «No te rindas»,
Resistir hasta el fin, tal es mi intención...*

Era un lento terriblemente *kitsch*, pero él cantaba tan bien... Parecía vivir cada palabra. Tuve la impresión de que las hubiera escrito para mí. Me sonreía, pero yo notaba su emoción en los ojos. Cuando cantó que no tenía la intención de abandonar su amor por mí, le interrumpí de la única manera aceptable: besándole.

Me cogió el rostro entre las manos y me besó como si la vida le fuera en ello. Sus labios devoraron los míos. Era muy diferente de los besos del Charlie que yo conocía; él, que dominaba el arte del beso sensual, ahora parecía animado por una fuerza vital que lo transformaba en enamorado desesperado. A mi lengua le costaba seguir el ritmo de la suya y tuvimos que parar cuando nos encontramos sin aliento. No era el beso más cálido de mi vida, pero era, de lejos, el que tenía un significado más claro. Cuando nuestros rostros se separaron, leí en sus ojos lo que iba a decirme.

—Te amo, Ophélie. No soporto vivir sin ti y quiero que estemos juntos otra vez. Necesito tu risa, tu humor, tu personalidad... Sé que la situación es imposible y que tienes cosas más importantes que solucionar, pero quiero que sepas que te esperaré y que quiero hacer mi vida contigo.

Sus palabras no eran sino una confirmación de lo que ya sabía, gracias a la canción, sus labios y su mirada, pero la entonación en sí misma era ya un mensaje. Podría haber hablado en chino o en ruso, que yo habría percibido todo su amor. Las palabras no bastaban para reflejar todo lo que

emanaba de su persona.

Hubiera querido poder darle una respuesta clara, pero no era tan fácil. Al besarle, me había entregado ya más allá de lo deseable.

—Charlie, me importas mucho, pero como tú mismo acabas de subrayar, estoy en una historia complicada con tu hermano. No sabemos cómo va a terminar y, aunque esperes a la resolución del caso, lo cual puede llevar tiempo, mostrarte conmigo puede firmar tu sentencia de muerte como director. No creo que ni Michael ni Hollywood lo aprecien y te arriesgarías a no poder volver a rodar nunca más.

Hice una pausa antes de remachar el clavo:

—Ya tuviste que afrontar ese dilema y elegiste promocionar tu película antes que vivir conmigo. No obstante, en esa época la situación era sencilla, bastaba con obligar a Michael y Robin a aceptar tu ruptura con Amy...

Su rostro se crispó de dolor.

—Lo sé; fue una enorme estupidez... Lo lamenté cada minuto, desde que tú pronunciaste esas terribles palabras en casa de mi hermano.

—Lo siento muchísimo, pero no podía aceptar su imposición.

—No te guardo rencor; supongo que lo merecía. Es cierto que cuando me fui de la habitación estaba furioso contigo. Oírte decir que solo habías accedido a nuestra relación para dar celos a mi hermano, con la voluntad de recuperar el original a partir de una copia, fue algo insoportable. Luego reflexioné sobre los instantes que pasamos juntos y pensé que no se podía dudar de su autenticidad.

Me miró con una sonrisa llena de buenos sentimientos.

—Es lo que tiene ser director de cine, descubres rápido a los simuladores y ni siquiera la mejor actriz del mundo podría provocar lo que yo he sentido contigo. Para volver a tus palabras: soy consciente del riesgo que corro profesionalmente y también en mi relación con mi hermano.

Hundió la mirada en la mía y añadió:

—Pero ya no puedo elegir otra cosa. No puedo vivir lejos de ti. Te amo. Tendré que aceptar las consecuencias.

Era una declaración cargada de implicaciones e intenté suavizar la tensión.

—Vendrás a rodar en Francia con un nombre falso y yo seré tu supervisora de guion.

Al mismo tiempo que pronunciaba esas palabras me di cuenta de que no les faltaba fundamento; era probable que yo acabara siendo *persona non grata* en Hollywood.

—Respecto a mi hermano y al caso que os enfrenta...

Ay, Charlie abordaba el tema tan temido y que yo había evitado desde el principio de esta mañana tan especial. Supongo que era inevitable.

—... no puedo inmiscuirme más de lo que ya lo he hecho. Solo quiero decirte una cosa: cuando le vi a solas me juró que no te había drogado y que, para él, todo lo que pasó no fue más que un juego de rol entre adultos consintientes. Lo juró por nuestro padre. Michael tiene muchos defectos pero no es un mentiroso. Desde que hablamos, creo que las cosas quizá no son lo que parecen. Quizá otra persona echó la droga en tu vaso y el resto no es más que un enorme malentendido. Sé que mis palabras no tienen mucho sentido, pero me aferro a esta idea como a una tabla de salvación.

Aunque no respondí, debió de observar que mi rostro se había endurecido porque cuando volvió a hablar no fue para defender a su hermano, sino para hablar de nosotros.

—De todos modos, no cambio nada de lo que he dicho. Te esperaré todo el tiempo que sea necesario. Aun si Michael es condenado, estaré ahí para ti, porque te amo.

Al escuchar sus palabras, yo no era tan optimista como él sobre nuestro futuro. ¿Es realmente posible crear una pareja en estas condiciones? Pensé en nuestros hijos, que se verían obligados a visitar a su tío en la cárcel, donde estaría purgando la pena en la que había incurrido por una agresión a su madre. Si lo pienso, dudo mucho que el amor más sincero pudiera sobrevivir mucho tiempo a una situación tan típica del teatro de Corneille: el dilema entre el sentimiento y el deber.

Charlie me cogió en sus brazos y nos sentamos al borde del agua. Yo estaba enlazada de espaldas, con la cabeza contra su pecho y me acarició la cara durante una eternidad. Mi pesimismo se fue disipando poco a poco bajo la suave presión de sus dedos. Observaba el río y dos ranitas que jugaban en la hierba al sol y esta visión apaciguadora me volvió más serena. Mirando en el fondo de mí, surgió una evidencia: yo amaba a Charlie y renunciar a este amor ya no parecía tan sencillo. Las resoluciones que tomé durante un *footing* una tarde de abril ya no eran tan evidentes. Atisbé otro guion donde se podía incluir al hombre que me abrazaba.

Me volví y le miré durante unos instantes. Su belleza sencillamente desarmaba, con ese aire desorientado que transformaba para mí al Charlie seguro de sí mismo que conocía desde hacía casi un año. Como alejando mis preocupaciones actuales, tomé su cabeza entre mis manos, solo que mis besos no tenían nada que ver con los suyos. Mi lengua exploró su boca con dulzura y sensualidad, adaptándose a ese ritmo que me recordó a nuestra habitación sobre el Pacífico. Luego apoyé la cabeza en el hueco de su hombro y nos quedamos así, mimándonos durante un tiempo. Creo que podría haberme quedado en esta posición al abrigo del mundo una eternidad, pero el sol iba subiendo en el cielo y los periodistas no tardarían en volver a estar en pie de guerra.

Charlie me apartó con suavidad y me ayudó a levantarme después de depositar aún otro beso leve en mis labios.

Volvimos a subir al coche en dirección al mundo real.

Charlie conectó su iPhone al sistema de sonido para que pudiéramos escuchar su lista de reproducción. Había unas canciones magníficas de James Blunt, magníficas pero no muy alegres. No me extraña que Charlie tenga pensamientos sombríos al escuchar estas canciones. ¡Nada más lejos de mi *playlist* de *footing*!

Para evitar caer en la melancolía decidí tomarle el pelo.

—Cuando has enumerado lo que echabas de menos de mí, ¿no has olvidado un elemento importante?

Tuvo una mirada interrogativa.

—No sé, tu encanto, tu inteligencia...

—No los mencionaste, pero gracias. No, más importante y más evidente...

Estuvo pensando un momento.

—No sé...

—¡Mi cuerpo, Charlie, mi cuerpo de diosa! ¿Cómo no has podido mencionar ese elemento primordial?

Sonrió, pero su respuesta fue muy seria en esta breve secuencia de broma.

—Ophélie, tu cuerpo es sublime, pero estaría dispuesto a renunciar a él si fuera una condición para vivir contigo.

—Gracias, Charlie, pero no estoy de acuerdo. No me interesan los eunucos, he decidido no frecuentar a ninguno y el único al que acepto en mi vida es Varys, el de mi serie preferida, *Juego de tronos*.

Se burló de mí.

—Muy bien, no deseo más que tu cuerpo y arrancarte la ropa interior para poder besarte los pechos y más abajo...

—¡Ya vale así! Ese tipo de cosas prefiero vivirlas que escucharlas. Ya me basta con Laure.

Él volvió a reír, pero curiosamente mis palabras trajeron a mi mente la imagen de mi amiga. ¿Podría contarle lo sucedido esta mañana? Parecía difícil sin afrontar su furor.

Charlie me sacó de esos pensamientos perturbadores.

—Ophélie, mi canción para ti.

Aumentó el volumen y *Hopelessly Devoted to You* invadió el espacio del coche. La primera vez que la oí me dejé llevar por la letra, pero ahora me llamó la atención el tono *kitsch*.

—¡Charlie, es insoportablemente cursi!

Se rio una vez más.

—La diferencia entre tú y yo es que tú no eres sentimental; para ti el amor es solo físico...

—¿Y para ti es solo espiritual, acaso? ¿Te recuerdo cómo estabas en el *jacuzzi*?

—*Touché!*

Utilizó la palabra francesa, como hacen a veces los estadounidenses cultos.

—Estoy seguro de que tú prefieres la siguiente.

Era *You're the One That I Want*, un imprescindible en las fiestas, que me encanta bailar con mi prima Sophie o con Laure. La cantamos al mismo tiempo pero, aparte del principio, no me sé la letra de memoria y canto con sonidos aproximados que no quieren decir nada.

—¡Así está mucho mejor! Esta es la que deberías haber escogido. Es de culto y la letra puede ir bien.

—No podía, es un dúo. A menos que quieras cantar conmigo.

—Para nada, no sé la letra.

—Mírala en tu móvil.

No sé por qué pero me dejé convencer y, cinco minutos más tarde, Charlie y yo cantábamos al máximo volumen dentro del coche. Nos divertimos como enanos. A la tercera vez, Charlie propuso parar. Yo creo que podría continuar diez veces más.

Le miré con expresión sospechosa.

—Tus gustos musicales son un poco raros. ¿Por casualidad no serás un poco gay? ¿O bi?

Estalló en carcajadas.

—¿Qué prejuicios son esos? Si me gusta Barbra Streisand o *Grease* soy gay?

—Ah, ¿porque además te gusta Barbra Streisand?

—De hecho lloro al final de *Tal como éramos*, cuando encuentra a Robert Redford delante de Central Park y suena la canción epónima. ¡Es sublime!

—Charlie, no hay duda posible. Tú aún no has salido del armario pero eres gay. Eso va a ser un problema en nuestra pareja. Como diría Olivia Newton-John, *I need a man that can keep me satisfied*.

—Ten paciencia y te demostraré que soy el hombre que puede satisfacerte.

—Cuento con ello...

Este intercambio ligero era la guinda sobre el pastel de esta mañana especial. Charlie seleccionó la banda sonora de *Drive* y escuchamos la canción que se identifica con Los Ángeles River, *A Real Hero*. Al cabo de veinte minutos Charlie me dejó a una manzana de mi casa y, tras verificar que no había testigos, le di un beso en los labios.

Antes de cerrar la puerta tuve una duda.

—Por cierto, ¿cómo has hecho para llegar a mi balcón?

—¡He escalado! Soy el Cyrano de los tiempos modernos.

—Siento contradecirte, pero el que escala a los balcones es Christian, su amigo. Cyrano se queda al pie del balcón de Roxane para seducirla recitándola sus versos.

—Entonces soy una combinación de los dos personajes: canto y escalo.

—A riesgo de decepcionarte, tal vez estés físicamente mejor que Cyrano, pero de alejandrinos ni idea. Edmond Rostand es otra cosa; no es *Grease*.

—Te lo concedo. Voy a componer poemas esperando volver a verte.

Me incliné para darle un último beso y nos separamos. Logré entrar en la casa por detrás para evitar a la prensa; me encontraba en un estado extraño y mi futuro adoptaba un giro imprevisible. Decidí desayunar esperando a que mis padres se levantaran.

Mientras tomaba mi tostada con miel y el té estuve viendo la escena del dúo de *Grease* en el iPad. Olivia Newton-John tenía un moño cardado imposible en lo alto de la cabeza y John Travolta debió de vaciar el tarro entero de gomina para mantener el peinado. No daban ganas de mirarlo; era muy *kitsch* y anticuado. Solo la música consiguió resistir el tiempo.

Charlie me sorprende con sus gustos. No me parece mal que sean eclécticos, pero en esto realmente exagera.

Tendré que vigilar este punto cuando estemos casados.

Diario de Ophélie

10 de julio, 23 h

Ya está. Mis padres se han ido. Mamá ha llorado y papá tenía lágrimas en los ojos. Sin embargo, creo que se han dado cuenta de que no los necesitaba y, tal vez sea ese el motivo de su emoción. Es duro para unos padres darse cuenta de que no pueden ayudar a sus hijos.

Esta mañana he vuelto a desayunar con ellos. Aún tenía la cabeza en algún lugar del cielo desde mi genial paseo en coche con Charlie esta mañana.

Las primeras horas en la oficina no fueron tan divertidas. Bertrand llamó por teléfono. Estaba con el director financiero de Ciné Organisation. Después de preguntar cómo estábamos por cortesía, fue directo al grano.

—Laure, Ophélie, hemos hecho un balance de los resultados de las agencias y sus filiales. Acabamos de examinar las cifras de nuestra sede en Los Ángeles y están por debajo de las expectativas, lo que no me preocuparía si la situación no fuera la que es.

No dije nada. Comprendía sus inquietudes. Laure trató de defendernos.

—Bertrand, es algo temporal. La actividad subirá de nuevo en cuanto este asunto haya terminado.

—Quizá, pero no es seguro. Hollywood puede ponerlas en una lista negra.

—O al contrario, apoyarnos. Tenemos un contacto bastante avanzado con una compañía que nos había enviado Michael.

La noticia me sorprendió. Escribí rápidamente en un papel: «Creí que habían firmado». La respuesta de Laure no fue alentadora: «Tienen el contrato pero no nos lo han devuelto».

Mientras, Bertrand desarrollaba sus argumentos.

—Aun cuando tengan razón, ¿cuánto tiempo llevará el proceso? ¿Doce meses? ¿Quince? ¿Más?

Nos quedamos en silencio aguardando la sentencia de muerte que iba a golpear a nuestra pequeña empresa.

—Chicas, lo siento mucho, pero vamos a cerrar la agencia. Puedo conservar sus puestos, pero no en Los Ángeles. Tendrán que volver a París.

—¿No puede concedernos un poco de tiempo?

—Laure, sea realista, no pasará nada antes de varios meses y tienen preavisos para los locales de la filial y la vivienda. Quiero que rescindan los dos arrendamientos hoy. Quédense en Los Ángeles hasta finales de agosto si lo desean. Las espero para el festival de Deauville a principios de septiembre.

Oímos que el director financiero susurraba algo al oído de Bertrand, pero no pudimos captar lo que decía.

—Ah, Ophélie, si no le fuera posible marcharse de Estados Unidos podríamos ofrecerle un permiso sin sueldo o, si lo prefiere, firmar un acuerdo de ruptura convencional.

Cuando colgó, Laure explotó:

—Es un cabrón. ¡Nos da el golpe de gracia en el peor momento!

—Es su trabajo encargarse de estas cosas. Es duro, pero no ilógico desde su punto de vista.

Venga, vamos a tomar un café en Starbucks. Invito yo.

Una vez sentadas con mi capuchino y su *ristretto bianco*, hicimos balance.

—Está fuera de discusión que me vaya de Los Ángeles, me quedo aquí contigo. Como tenemos la *green card*, podemos trabajar.

—No será fácil encontrar trabajo. Al menos, no para mí...

—¿Cómo te vas a arreglar económicamente? David y yo podemos alojarte.

—No, no voy a imponeros algo así. Me quedaré en el piso hasta el final del preaviso y después cogeré un estudio baratito. Con mis ahorros y la ayuda de mis padres, debería poder aguantar el tiempo necesario...

Tomamos los cafés con precaución, para no quemarnos.

De pronto Laure exclamó:

—¡Tengo una idea! ¡Montemos nuestra propia agencia de relaciones públicas de cine!

—Laure, no sé si podré estar muy disponible...

—No importa, yo me ocuparé de la agencia durante tu ausencia. ¡La llamaremos Masson & Delacour!

La miré con ironía.

—¿Y por qué no Delacour & Masson?

—Porque la idea es mía.

A veces es como una chiquilla.

—Laure, y los fondos para arrancar, ¿de dónde los sacamos? ¿La tienes tú?

—No. Habría que conocer a alguien rico que quisiera financiarnos.

—¿Michael?

Me miró con los ojos desmesuradamente abiertos, sorprendida de que bromeara sobre el tema. Hubo una fracción de segundo de silencio y después estallamos en carcajadas sin poder parar. Me dolían las costillas de tanto reír y se me salían las lágrimas. Era paradójico teniendo en cuenta lo que se venía, pero suele ser bajo el estrés cuando se dan ataques de risa.

La risa nos hacía bien, pero me di cuenta de que atraía la atención de los clientes hacia nosotras. Me habían reconocido en al menos dos mesas y tuvimos que marcharnos.

—¿Has visto? Podría firmar autógrafos si quisiera...

El final de la mañana ha sido tristón. Yo me encargué de rescindir el contrato de arrendamiento del piso y Laure del de la oficina.

Charlie y Bertrand sucediéndose en un lapso de tres horas; los hechos se precipitaban y tenía que actuar. Le pedí al señor Maldini que pasara a verme al final de la tarde y me dijo por SMS que llegaría hacia las seis.

La distribución del tiempo estuvo bien, porque mis padres se fueron a las cinco pero él llegó con mucho retraso; esta vez una hora. Había preparado whisky y galletas de aperitivo para recibirle. Debo decir que esta vez era yo quien tenía algo que pedirle.

Le dejé hablar durante unos diez minutos, antes de lanzarme y explicarle mi idea. A él no pareció encantarle.

—No creo que sea una buena idea. Será difícil de organizar y, en un caso como el suyo, no es lógico que víctima y acusado se vean fuera del juicio.

—Señor Maldini, es importante...

—No sé siquiera si la parte contraria estaría de acuerdo y, además, esta petición nos pone en una situación de debilidad.

—Si alguien puede lograrlo es usted...

Me miró e ironizó:

—Tiene razón; con nosotros, los italianos, funcionan los cumplidos, sobre todo si proceden de una mujer bonita...

Se sumergió en una larga reflexión que no interrumpí y le puse otro vaso.

—Quizá es posible. Hablaré con mi colega Matt Van der Bourne. Volveré a verla en cuanto sepa algo.

Cuando me quedé sola, me apeteció hablar con Charlie por iMessage.

«Gracias por esta mañana. Fue maravilloso.»

«El placer es todo mío.»

No se dio cuenta pero utilizó el nombre del yate que su hermano había alquilado en Córcega el año anterior. No se lo hice notar y, pese a que no era prudente, me confesé con él.

«Charlie, Ciné Organisation París ha decidido cerrar la oficina de Los Ángeles. Voy a encontrarme en la calle, sin empleo.»

«¡Es duro! Lo siento mucho por ti. Solo tienes que venir a vivir conmigo.»

«No estoy segura de que sea muy realista salir del tribunal cada día para ir a dormir a casa del hermano del acusado...»

«Quizá tengas razón.»

Seguimos chateando durante cerca de media hora sobre temas menos importantes. Las reseñas de su película, sin ser extraordinarias, no son tampoco catastróficas y está yendo bien en Asia, Australia y Sudamérica, pero el estreno en Europa dará la verdadera medida, estreno que, por razones estratégicas, se ha pospuesto.

El final de la conversación ha sido bonito pero un poco triste.

«Buenas noches, Ophélie. Te quiero, no lo olvides.»

«No lo olvido.»

«¿Y tú?»

«¿Yo qué?»

«¿Me quieres?»

«¡Sobre todo tu cuerpo!»

«Lo sabía. Un beso.»

«Un beso para ti.»

Es muy difícil dar con el tono justo al escribir. O es muy corto o los adioses son interminables. En este caso, creo que hemos expresado mucho en pocas palabras y, a pesar de todo, fue sumamente frustrante.

Vuelvo a encontrarme sola, muy sola, con *Romeo*. Después de una cena frugal (para mí, no para el gato, que se ha atiborrado como de costumbre), vi tres episodios de la quinta temporada de *Juego de tronos*. En medio del segundo recibí un SMS encantador.

«Estoy viendo otra vez *Instinto básico* y me falta algo, o mejor, alguien.»

«Eres adorable. Yo estoy viendo *Juego de tronos* y cuando veo al eunuco me acuerdo de ti...»

«Espera a que volvamos a vernos y demostraré que te equivocas de cabo a rabo. Un beso.»

Ha sido un bálsamo para el corazón. Es hora de que vaya a acostarme.

Este fin de semana sabré si acerté eligiendo al señor Maldini. No puedo permitirme un error. ¡Hay tantas cosas que dependen de él...!

Diario de Ophélie

12 de julio de 2015, 20 h

Mientras no se demuestre lo contrario, mi abogado parece estar a la altura de la tarea. Creo que estuvo negociando todo el sábado y me pidió que fuera a su bufete el domingo por la mañana. Tenía que firmar distintos documentos y, entre idas y venidas de los mensajeros, necesitamos cerca de dos horas para terminar todo el papeleo.

Cuando pienso que se trata tan solo de organizar las modalidades de un encuentro con Michael y sus abogados, me pregunto qué tal va a ir. El señor Maldini me ha explicado que hay que preservar los intereses de las partes y la confidencialidad de la futura reunión.

Comprendí que había sido complicado, aunque ahora sé que a mi abogado le gusta presentar sus negociaciones bajo una luz que le ponga en valor.

Tenemos que vernos mañana a las siete en los locales del señor Maldini. Es temprano, pero es una precaución necesaria para evitar la prensa, así que esta noche voy a acostarme pronto, ya que mañana será el día más importante de mi vida. Por eso no acepté ir a cenar en casa de Laure y David. Bueno, para ser sincera, el hecho de que Zach estuviera también con su nueva compañera me ayudó en mi decisión. No me motiva jugar a ser la rueda de recambio, es decir, la quinta. Habría sido incómodo para todos.

Tranquila en mi cama con *Romeo*, que ya está adormilado, solo espero poder evitar las pesadillas y que Charlie no tenga la desacertada idea de presentarse de nuevo en plena noche...

Diario de Ophélie

13 de julio de 2015, 11 h

Fue a la vez muy rápido y horriblemente lento. En todo caso, se ha terminado, a no ser que el fiscal de distrito decida fastidiarnos. El señor Maldini cree que no será así.

Pasó a buscarme a las seis y veinte y llegamos a su despacho veinte minutos más tarde. Me dio sus consignas.

—Sobre todo, Ophélie, hablaré yo. No entre en la discusión si yo no se lo indico.

—Muy bien.

La espera fue difícil. Me instalé en la sala de reuniones frente a la puerta y, al fin, llegaron a la hora prevista. El señor Maldini fue a recibirlos. Así oí sus voces antes de verlos. Reconocí el famoso timbre de Michael cuando dijo: «Buenos días, ¿cómo está usted?» y sentí una brusca aceleración de mi ritmo cardíaco. No volví a verle desde aquella noche, en su casa, hace ya una eternidad, o lo parece. En realidad, hace poco más de una semana.

El señor Van der Bourne se presentó primero, seguido de Robert. Los dos me saludaron con un «señorita Delacour» muy formal. Apareció otro abogado, pero no me dirigió la palabra y ni siquiera me miró. Por último, precediendo al señor Maldini, entró Michael. Por primera vez desde que lo conozco, vestía traje y corbata, un conjunto de tres piezas gris antracita, de marca italiana, seguro, sin duda Armani. La corbata, de un gris más claro, iluminaba un poco el traje, de gran austeridad. Cuando me miró, el contraste entre sus ojos azules y su indumentaria me llamó la atención. Eran dos piedras preciosas en una mina de carbón. Esbozó una sonrisa imperceptible.

—Ophélie.

Esa sencilla palabra me llegó al corazón. Más de quince años de adoración, una semana de historia de amor y varios meses de conflictos resumidos en la manera en que pronunció mi nombre.

Yo estaba sin voz. Por fortuna, mi abogado intervino apelando a su colega.

—Abogado, ¿nos habíamos puesto de acuerdo para que su cliente llame a mi cliente por su apellido, no por su nombre de pila!

El señor Van der Bourne empezó una larga diatriba, interrumpida por mi respuesta a mi antiguo amor.

—Michael.

Logré pronunciar ese nombre con voz firme y sin temblar. Nuestras relaciones ya no son las mismas que en el momento en que le conocí. Sigo encontrándole tan seductor y admiro su talento de actor, pero ya no le venero. Eso marca toda la diferencia.

Los dos abogados suspiraron ruidosamente y luego se sentaron. El mío trató de aportar un poco de orden a la reunión.

—Si usted está de acuerdo, propongo que nuestros clientes se llamen por su apellido a partir de ahora. Si no, habríamos perdido el tiempo negociando las condiciones de esta reunión, todo un sábado en el que se suponía que yo debía estar hollando las pistas del Country Club. Señor Brown, Ophélie, ¿están de acuerdo?

Los dos asentimos con la cabeza.

—Bien. Estamos aquí para valorar una posible retirada de la demanda de la señorita Ophélie Delacour contra el señor Brown y la señora Sanchez.

Después de esta corta introducción hubo un largo recordatorio de las condiciones negociadas para el encuentro. No presté mucha atención a lo que se decía. Michael y yo no apartamos la mirada el uno del otro. Su mirada no era agresiva e incluso creí leer en ella un indicio de humor.

Cuando el señor Maldini enunció lo que pedíamos, las cosas cambiaron...

—En compensación por el perjuicio sufrido por la señorita Delacour y considerando que no perseguiré ni al señor Brown ni a la señora Sanchez, pedimos una indemnización de cien millones de dólares.

El señor Van der Bourne y Robert explotaron:

—¡Pero están locos!

—Es una suma absurda. Íbamos a considerar la suma de dos millones.

Pensé que entre dos y cien la diferencia era insalvable. Michael no rehistó.

Media hora más tarde, las sumas apenas habían evolucionado. El señor Maldini había bajado hasta noventa y dos y su colega estaba en cinco. Empezaron a amenazarse.

—Proponiendo esa suma absurda no vela por los intereses de sus clientes, que se arriesgan a treinta años en un centro penitenciario federal.

—Mis clientes son inocentes y se declararán no culpables. Serán absueltos.

—¡Me sorprendería mucho! No olvide que el juicio se celebrará en el *downtown*. El jurado no les será favorable. Incluso si, por un milagro, obtuvieran esa denegación de justicia, tendrían que afrontar a continuación la prueba del juicio civil: hablamos de años de procedimiento y el jurado en lo civil puede concedernos una suma muy superior. Creo que noventa y siete millones es un ofrecimiento muy generoso.

—¡Usted ha propuesto noventa y dos!

—Se me trabó la lengua, quería decir noventa y siete. ¿Por qué iba a bajar ocho millones cuando usted no ha movido más que tres?

—¡Porque hemos multiplicado la oferta por dos y medio! ¡Si usted divide la suya por el mismo número debería estar en cuarenta!

—¿Cuarenta? Usted está perdiendo la razón. Se olvida de los cargos que pesan sobre sus clientes...

Y nos pasamos otra media hora oyendo argucias jurídicas en la que las dos partes no modificaron sus propuestas ni en un dólar.

Esta vez, estoy segura, nada bueno puede salir de esta reunión. Así que no vamos a evitar jugarnos nuestras vidas ante un jurado de doce personas con doscientos millones de espectadores clavados frente a las pantallas.

Mi mirada debe de ser elocuente porque, de pronto, Michael interviene:

—Ophélie, ¿te acuerdas de Bonifacio, tú y yo negociando en el puente la deuda de tu amigo? Los abogados, que batallaban desde hacía más de una hora, hallaron una unidad corporativa.

—Michael, no es posible.

—Ophélie, no olvide lo que hemos decidido. No debe... No es prudente...

No aparté los ojos de los de Michael mientras las palabras de los abogados me parecían lejanas. Leí en ellos la promesa de una solución y un futuro, tanto para él como para mí. Me volví hacia el señor Maldini, indecisa.

La voz de Michael me llamó de nuevo a él.

—Mírame, Ophélie. ¿Te he decepcionado alguna vez en materia de equidad? Tengo muchos defectos, pero sé pagar mis deudas...

Hizo una pausa antes de remachar el clavo.

—Aquel día de agosto, mientras Robert y Christophe se enfrentaban, me pediste resolver el asunto mirándonos a los ojos. Hoy, te lo pido yo.

La declaración era tan fuerte y cargada de emoción que reinó el silencio en la estancia y, por un instante, parecía que el mundo entero dependía de mí.

Finalmente me dirigí a mi abogado:

—Señor Maldini, el señor Brown y yo tenemos que hablar a solas. ¿Se puede acceder a la azotea?

El abogado soltó un gran suspiro.

—¿La azotea? ¿Está segura? ¿No prefieren quedarse aquí? Mis colegas y yo podemos dejarles la sala.

—Gracias, señor Maldini. En un supuesto ideal pediríamos el puente superior de un yate, pero supongo que eso no lo tienen aquí, ¿verdad? Entonces tendremos que contentarnos con la azotea.

Debió de pensar que no estábamos en nuestro sano juicio, pero nos dio las indicaciones necesarias.

—Cojan el ascensor hasta el último piso y encontrarán una escalera que conduce a la azotea.

Asentí con la cabeza. Cuando llegué a la puerta, Michael se apartó para dejarme pasar. No dijimos nada en el ascensor ni en la escalera. Al abrir la puerta de acceso a la azotea nos deslumbró el sol, que ya estaba muy alto. La atmósfera era de una rara pureza y el cielo, estaba sin nubes. Se podía ver lejos en el horizonte, hermoso y en calma. Michael inició la conversación.

—Cuando veo un día como este, prefiero no pensar en la prisión. Sé que te he herido, Ophélie, pero no creo merecer eso...

—No se trata solo de mí, Michael. Vas dejando víctimas por todas partes a tu alrededor sin preocuparte de ellas. Mi amigo Christophe murió. Akemi estuvo a punto de morir... Y solo conozco a cuatro de tus conquistas; cinco si contamos a Diana...

—No sabía lo de Christophe. ¿En qué soy responsable?

—Yo tenía que estar con él cuando me llevaste a aquel famoso fin de semana en Londres. Si no te hubiera seguido, habría ido a esquiar y él no lo habría hecho nunca fuera de pista...

—Lo siento mucho, de verdad.

Hay que reconocerle a Michael que no trató de eximirse, de evadir la culpa diciendo que él no había sido responsable de esa horrible avalancha.

—Haces demasiados estragos a tu alrededor; te has convertido en una máquina incontrolable. Robert y Robin, que te guardan las espaldas, no hacen más que empeorar las cosas. Habéis gestionado la tentativa de suicidio como si se tratara de una liquidación judicial y eso no podía continuar. Había que detenerte. Lo intenté apelando a tu compasión, a tu razón... Luego lo intenté presionándote y el único resultado ha sido que Laure y yo hemos estado a punto de irnos de Estados Unidos...

—De manera que has encontrado un medio más radical...

—Sí.

—¿Quizá podríamos calificarlo de extremo?

—No me has dejado otra opción, Michael, era la única opción para que entraras en razón...

Alguien que no fuese Michael habría perdido la calma tras una charla así, pero él ni siquiera elevó la voz. Durante un momento, guardamos silencio.

—¿Cuál es tu idea para resolver esta situación? ¿Quieres dinero?

—Sí, pero no para mí.

—Ya veo que no has cambiado. ¿Tienes una idea de la cifra?

Aquí me sentí tonta. No tenía la menor idea de la respuesta y recordé un seminario que habíamos hecho en la agencia sobre negociación. Nos habían explicado que nunca se debe dar desde el principio la cifra que se desea conseguir al final: hay que apuntar lo más alto posible para llegar al mejor resultado. No seguí aquellos consejos y hablé con el corazón.

—No lo sé, Michael. Pienso que la verdad estará a medio camino entre las propuestas de nuestros abogados.

—Así que cuarenta y nueve millones; redondeando, cincuenta.

Me quedé un poco asustada por la suma.

—Parece ser eso. ¿Para ti es posible?

Era, de hecho, la pregunta más estúpida que se podía hacer en un momento como ese; con poner cara de preocupación y pedirme que bajara hasta treinta bastaba, pero no fue así e, incluso, me tranquilizó con una sonrisa.

—Debería ser posible e incluso reducirá lo que tendré que dar a Carolina por el divorcio...

—¿Vais a divorciaros?

—Es probable. Ya no hay nada que nos haga seguir juntos, pero dejemos eso de momento. ¿Sabes a quién deseas que se entregue la suma?

—Sí, tengo una amiga que copreside una asociación para la defensa de mujeres víctimas de agresión sexual. Esta cantidad servirá en una pequeña parte para ayudar a personas como Akemi, que sufrieron por su encuentro contigo; las indemnizará o les dará medios para que hagan terapia psicológica. Lo demás servirá para una ayuda más amplia a las mujeres víctimas en California.

—De acuerdo. ¿Y tu abogado?

Tuve un momento de preocupación.

—¿Qué pasa con mi abogado?

—¿Cómo le pagas? Para el juicio penal no le deberás demasiado dinero si no has utilizado sus servicios más que una semana, pero si has firmado un acuerdo con él para un juicio por lo civil, estoy casi seguro de que habéis reservado una provisión de fondos.

Yo no estaba segura de lo que el señor Maldini me había hecho firmar.

—Sí, me explicó que no tendría que pagar nada por el proceso civil y que su remuneración saldría de las sumas recuperadas.

—¿Sabes el porcentaje?

Dudé.

—¿Treinta por ciento? ¿Puede ser?

Emitió una pequeña risa, pero las arrugas en su frente me indicaban que estaba preocupado.

—Sí, podría ser peor, pero aun así va a perder el treinta por ciento de cincuenta millones, no estará precisamente encantado.

Ahora me tocaba a mí estar preocupada. Me sonrió con amabilidad.

—Déjalo, yo me encargaré. Llegaremos a un acuerdo.

Situación paradójica: el acusado propone a la víctima ayudarla para negociar con su abogado. La realidad es que Michael y yo recuperamos nuestra antigua relación, en la época en la que me protegía.

Había tomado el asunto en sus manos, como un padre haría por su hija.

—Tendrás que aceptar una parte del dinero...

—¡Pero yo no lo quiero!

—Es necesario por varias razones: la primera es que eso determinará la cantidad que se le entregará a tu abogado. La segunda y más importante es que debes hacerte con una dote...

—¿Una «dote»? Te ha debido marcar demasiado tu personaje de Casanova. Estamos en el siglo XXI, las jóvenes ya no llevan dote al matrimonio. Se casan con ellas por su intelecto y su belleza, no por su dinero.

—Sin embargo, en tu caso, tienes que aceptarla. El hombre que te está destinado necesitará una mujer con fortuna. Es una víctima colateral de tu operación redentora...

Tardé un segundo en darme cuenta de que hablaba de Charlie.

—¿Estás al corriente?

—¿De que está loco por ti? Lo entendí mucho antes de que vosotros dos os dierais cuenta y él me lo confirmó cuando estuve con él la última vez.

—¿Y tú quieres ayudarlo? ¿A pesar de sus declaraciones?

Alzó los hombros, fatalista.

—Es mi hermano, aun cuando diga tonterías, y además no ha dicho nada contra mí. Charles es leal con todo el mundo y esto lo ha puesto en una situación imposible.

—Así que quieres que yo le mantenga...

Esboza una sonrisa irónica.

—Con mi dinero, me parece una justa retribución de las cosas.

—¿En cuánto dinero estás pensando?

—Si se te atribuye un diez por ciento de la suma, serán cinco millones. De ahí deberás pagar un millón y medio a tu abogado y quedarían tres y medio.

—¡Es muchísimo!

—No creas, puede que Charles tarde bastante tiempo en encontrar otra película para dirigir.

La noticia me dejó impresionada. Iba a ser una millonaria californiana, pero de pronto pensé en Laure.

—Michael, Laure y yo queremos crear una agencia de relaciones públicas...

—Es una buena idea.

—... Y necesitaremos tu ayuda para comenzar.

Se rio.

—¿No crees que estás tirando un poco de la cuerda?

Lo estudié atentamente. En sus ojos aún había un brillo afable y proseguí:

—Sí, pero te necesitamos.

—¿Qué quieres? ¿Más dinero? ¿Quieres que sea accionista?

—Esa era mi idea inicial, pero creo que preferiremos ser dueñas de nuestro negocio. Gracias a la suma que vas a entregarme, podré aportar el capital inicial, pero puede que haya recelo hacia nosotras al principio y vamos a necesitar actividad.

—¿Cuánto?

—No sé. ¿Trescientos mil el primer año y doscientos mil el segundo es mucho?

—Ya que he llegado hasta aquí... ¿Eso es todo?

Hice una gran inspiración. Lo más duro aún estaba por llegar.

—Un último punto te parecerá extraño. De hecho, tú te beneficiarás más que nadie, aunque puede que no lo veas de inmediato...

—¿Y es?

—Comprométete a no trabajar más con Robert ni con Robin. Te hacen daño, Michael. Creo que si no hubieran estado a tu lado, no habrías perdido la noción de la realidad; son tus genios malévolos, deshazte de ellos.

Tenía miedo de una reacción virulenta, pero se quedó pensativo.

—Y si al menos fueran genios en sentido primigenio... Pero no es el caso y la gestión de la crisis de los acuerdos de confidencialidad la semana pasada, cuando intentaron sustraerlos a la justicia, es la prueba más evidente. Sin esa acción «brillante» puede que la juez nunca nos hubiera autorizado a usarlos en el tribunal. Mi abogado dice que fue un craso error.

—Que a Robert le va a costar la inhabilitación.

—Sí, y los planes de comunicación corruptos de Robin repercuten negativamente en tu imagen... Michael, tú vales mucho más que eso. Deberías emplear a mujeres, tienen mucha más finura.

Me miró con malicia.

—Es una buena idea, Ophélie. Carolina no quería, pero si nos divorciamos nada me detiene. Me encanta la idea de rodearme de mujeres finas...

—Michael, no lo decía en ese sentido. Es un imperativo que las elijas feas.

Sonrió pero ignoró mi observación.

—Para volver al tema de Robert y Robin, te comprendo, Ophélie, pero no puedo comprometerme dentro del marco de este acuerdo. Ni siquiera sé si sería legal. Tienes que confiar en mí en ese aspecto. ¿Aún es posible?

Confiar en él es una cuestión que merece reflexión y busco la respuesta en sus ojos, del azul más puro, de un color que incita a concederle todo. En una fracción de segundo me doy cuenta de que nunca me ha traicionado de verdad, a no ser por su adicción al sexo.

—De acuerdo, Michael. Te dejo decidir el tiempo y el *modus operandi*, pero cuento contigo.

—Creo que lo hemos tratado todo. ¿Bajamos o mejor quiero que nos suban un café?

Sonreí; sin duda la primera sonrisa sincera desde el Hotel Bulgari, en Londres.

Cuando bajamos, el ambiente entre los abogados se había pacificado y estaban tomando tranquilamente el desayuno, lo que era para preguntarse si su disputa anterior no había sido una especie de juego de rol.

Michael explicó los términos de nuestro acuerdo. Estuvieron muy atentos y tomaron notas. A continuación, le habló directamente a mi abogado.

—Señor Maldini, debo tratar una cosa con usted. ¿Podemos hablar a solas?

Si al abogado le sorprendió la petición no dejó que se notara nada, siempre esta impasibilidad que debe de convertirle en un temible jugador de póker.

Cuando regresaron, Michael me sonrió y me guiñó un ojo. Ese gesto de connivencia, del que yo era la única destinataria, me distendió.

—El señor Maldini, con mucha elegancia, ha aceptado reducir sus honorarios a un millón de dólares.

—Señor Brown, era difícil no comprender sus argumentos y no conmovirse con la generosidad de la señorita Delacour al financiar una organización que defiende a víctimas de agresión sexual.

El abogado de Michael abrevió los accesos de cortesía y empezó a transcribir de nuevo al papel lo que habíamos negociado.

—Así las cosas, tenemos una indemnización para la señorita Delacour de cinco millones de dólares. De esta suma, se entregará al señor Maldini un millón como pago por sus honorarios. Michael se compromete a adquirir una reserva para la sociedad de las señoritas Delacour y Masson de trescientos mil dólares en el primer año de ejercicio y de doscientos mil para el segundo. ¿Esta cantidad está comprendida dentro de los cincuenta millones o es adicional?

Mierda, un punto del que no hemos hablado. No sería una buena abogada. Me volví hacia Michael...

—Es además de los cincuenta millones, porque no saldrán de mi bolsillo.

Subrayó sus palabras con un nuevo guiño que me dedicó. Es curioso, yo ya no lo percibo como un flirteo sino más bien como un nuevo tipo de relación. ¿Estaremos desarrollando un nuevo tipo de camaradería, a falta de amistad o amor? Así lo deseo, sinceramente. Es cierto que es un poco curioso reanudar relaciones dadas las circunstancias que hay entre nosotros, pero será más sencillo si tengo que vivir con su hermano.

—De acuerdo, existe una suma de cuarenta y cinco millones que será entregada a esa asociación cuyos datos nos precisará. A cambio, la señorita Delacour se compromete a retirar su demanda y a no perseguir al señor Brown y a la señora Sanchez en lo civil. Se elaborará un comunicado de prensa conjunto de las partes para establecer que no hubo agresión y que la relación sexual no fue forzada.

El abogado lanzó una mirada circular a todas las personas sentadas alrededor de la mesa.

—¿He abarcado todos los términos de este acuerdo? ¿Comenzamos la redacción?

Todo el mundo asintió, pero entonces caí en la cuenta de que había olvidado un punto importante y me lancé:

—No tendrán que atacar a las jóvenes que hablen con la prensa y que incurran en ruptura de los acuerdos de confidencialidad... Y Michael debe comprometerse a que este tipo de cosas no vuelvan a suceder.

Aquí le di duro, muy duro. De hecho, tan duro que sorprendí a mi abogado.

El señor Van der Bourne y Robert no dijeron nada y se volvieron hacia Michael.

Sus ojos tenían un velo, no tenían el mismo azul y temí enfadarle con mi último capricho, pero se expresó con voz calmada y paciente:

—Ophélie, en relación con los acuerdos de confidencialidad, date cuenta de que habrá mujeres que tuvieron una relación consentida que tratarán de sacar dinero vendiendo su historia a los tabloides. ¿Te parece justo?

Reflexioné; tenía razón, no era Akemi quien iba a encontrarse en una de esas historias de los periódicos de escándalos. Eran todas las Jenny del mundo con las que Michael se había cruzado, y pensar que la pelirroja vulgar podría enriquecerse contando los detalles sórdidos de su relación sexual en los baños de un club nocturno londinense me hizo ver mi error.

—De acuerdo; tienes razón.

—¿Te parece bien?

—Sí, gracias.

Después de reflexionar un instante, añadió:

—En cuanto a la otra petición, es imposible concedértela. Me veré en la situación de un joven divorciado. ¿Me crees capaz de abstenerme de toda relación?

—No, pero no debes hacerles creer que las amas, no deben enamorarse.

—Decir de entrada a una mujer que se trata de sexo nada más impide soñar y rompe la fantasía. Yo nunca digo a una mujer que la amo.

Su mirada se hundió en mí. En un instante no fuimos más que los dos; todos los demás habían desaparecido.

—Ophélie, si tuviera que decírselo a alguien habría sido a ti, pero conseguí contenerme.

Esta declaración me alcanzó como una puñalada.

—Nunca prometo nada, pero algunas chicas quieren soñar un futuro posible conmigo.

Yo formo parte de ellas o, para ser más exacta, formaba parte.

—Solo puedo comprometerme a ser más claro al final de una relación.

—Y a advertirles cuando cojas el avión al día siguiente de una noche romántica a solas en una playa...

Sonrió.

—A eso puedo comprometerme. No volveré a vivir una noche así. La copia siempre sería insípida con relación al original.

No supe evaluar la parte elogiosa en sus palabras, pero quiero pensar que también había sinceridad.

Después de este diálogo volvimos a darnos cuenta de que no estábamos solos en la sala.

El abogado de Michael resumió la situación:

—De modo que, si he entendido bien, dejamos las cosas así.

Esta vez se volvieron hacia mí.

—Sí, el compromiso verbal de Michael es suficiente.

—Bien; todo está claro. Una última cosa: si el fiscal de distrito decide continuar con las diligencias, el acuerdo quedará anulado.

Tuve un sobresalto.

—¿Es eso posible?

El señor Maldini me tranquilizó.

—En teoría sí, pero los fiscales rara vez corren ese riesgo cuando la víctima retira la demanda. Los juicios por violación ya son difíciles de ganar cuando la víctima da testimonio, de modo que aquí... Además, usted sabe que en Estados Unidos son elegidos y no nombrados, y necesitan dinero para financiar su campaña. La elección es el año que viene. Encarnizarse con un miembro eminente de la comunidad de Los Ángeles podría comprometer la recaudación de fondos para su candidatura...

Era una excelente noticia, pero no pude evitar pensar que solo se presta a los ricos...

Los abogados fueron a redactar el contrato y me quedé a solas con Michael.

—¿Te vas a divorciar de verdad?

—Sí, es probable. También tendré que vender la casa. Nueva vivienda, nuevo abogado, nuevo responsable de comunicación, nueva cuñada...

Cuando me miró fijamente, con una mirada que me atravesaba, como si leyera directamente en mi corazón, enrojecí.

—No sé. Quizá. Es demasiado pronto...

—Creo que se va a volver loco de alegría cuando se entere de la noticia de nuestro acuerdo. Te ama, Ophélie, aún más de lo que tú crees... Estará en mi casa cuando yo vuelva. ¿Puedo darle la noticia?

—Adelante, será más fácil para ti en persona que para mí por SMS.

Seguimos hablando como viejos amigos, una nueva relación que ahora estábamos creando.

Poco después de las diez y media firmamos los acuerdos por cuadruplicado e intercambiamos apretones de manos. Cuando le tendí la mano a Michael, me lanzó una mirada divertida.

—¡Vamos, Ophélie! Nosotros ya hemos superado esa fase.

Me abrazó y me besó prudentemente en las dos mejillas y creo que los abogados estuvieron a punto de atragantarse; nuestras relaciones deben de parecerles incomprensibles.

Confieso que yo misma estoy sorprendida. Esperaba un duro combate y todo transcurrió de manera muy sencilla. Espero que pase lo mismo con el fiscal.

Diario de Laure

13 de julio de 2015, 23 h

Ophélie acaba de irse en taxi. Esta noche era la cena de lanzamiento de nuestra nueva agencia.

Cuando ha llegado esta mañana, poco antes de las doce, yo no estaba de muy buen humor. La culpa la tenía una conversación con Bertrand. Mi ex jefe favorito quería asegurarse de que habíamos hecho lo que él nos había pedido. A mí, con gestores que espían y controlan, se me da muy mal. Estuve correcta, pero también a punto de explotar.

No es de extrañar que Ophélie pagara los platos rotos para darme la oportunidad de descargar mis frustraciones.

—¿Qué tal princesa? ¿Ha sido muy dura la mañana? ¡Bertrand no se equivoca al querer cerrar el negocio si el cincuenta por ciento de la plantilla no da un palo al agua!

Me lanzó una mirada impenetrable y me contestó rauda:

—Laure, si quieres tener una posibilidad de que la agencia se mantenga Masson & Delacour y no Delacour & Masson, más te valdría cerrar la boca y escucharme. Evitarás decir tonterías... Voy a inyectar cien mil dólares de capital para lanzar el negocio.

Me quedé de una pieza.

—¿Pero cómo has podido obtener ese dinero?

—Como te dije el otro día, por Michael.

—¡No, deja de hacer el tonto!

—Hablo en serio. Además, nos ayudará durante los dos primeros años. Va a aportarnos negocios y quinientos mil dólares a lo largo de dos años.

—¿Esto es un milagro...?

—Hemos llegado a un acuerdo. Retiro la demanda.

Tuve una duda espantosa.

—Ophélie, espero que no hayas hecho eso por mí. ¿Has sacrificado tus intereses por mí? Una violación es una cosa seria, no quiero que te extorsione una vez más. Bastante me lo reproché la última vez que firmamos un contrato con él.

—No, no te preocupes. Tenía conmigo a mi abogado y todo salió como yo quería.

Empecé a comprender que el cuento de hadas era una realidad y me puse a chillar:

—¡Es genial! ¡Tú y yo en Hollywood, pero esta vez con nuestra propia agencia!

Me miraba con una gran sonrisa y sentí un ligero remordimiento por la manera en que la recibí al llegar.

—Perdóname por lo de hace un rato, pero Bertrand me exasperó.

Me decidí e hice una inspiración profunda para ser capaz de pronunciar esta frase:

—La agencia la podemos llamar Delacour & Masson. Sería más lógico; tú aportas los fondos, los clientes...

—No, Masson & Delacour es un nombre estupendo. Te lo mereces. Eres una amiga de verdad; siempre me has apoyado.

Entonces fue demasiado para mí y me derrumbé. Me eché a llorar, cosa que me sucede muy rara vez; no podía parar, era ridículo. Ophélie me cogió en sus brazos y me besó.

—A ver, grandísima tonta, ¿por qué lloras?

—No puedo evitarlo, estoy demasiado contenta.

He debido de tardar mis buenos diez minutos hasta conseguir contenerme.

Después tenía la moral altísima. Quise llamar a Bertrand para darle con mi dimisión en las narices al instante, pero Ophélie logró disuadirme por la diferencia horaria con Francia; allí era demasiado tarde y, también, porque le parecía más prudente tener el dinero en su cuenta para poder registrar los estatutos de la sociedad. Creo que tiene razón, aunque me habría encantado echarle a perder la noche a mi futuro ex jefe.

Dedicamos la tarde a discutir los planes de futuro. Vamos a cambiar de oficina, iremos a un lugar con más estilo, más moderno.

Esta noche, había champán a raudales en casa. Bueno, estoy exagerando un poco, pero aun así nos ventilamos dos botellas entre los tres, lo que es curioso acompañando comida japonesa, pero no desagradable. De todos modos, había un ambiente de fiesta y si hubiéramos bebido Champomy habría sido (casi) lo mismo. Al pobre David no le dejábamos decir palabra. Ophélie y yo estábamos tan volubles...

No importa, ahora que estamos los dos, le dejaré expresarse de otro modo...

Diario de Ophélie

14 de julio de 2015, 9 h

El señor Maldini acaba de informarme de que veremos al fiscal de distrito a las once, lo que es me estresa un poco. De haberlo sabido, me las habría arreglado para tener dormir más, pero tampoco voy a lamentar la noche que he pasado.

En el momento en que Laure, David y yo atacábamos la segunda botella de Laurent Perrier recibí un SMS de Charlie.

«Michael me ha dicho que habéis solucionado vuestros problemas y que estabas satisfecha del resultado. Espero que así sea.»

«Gracias. Estoy muy contenta. No te preocupes.»

«¿Qué estás haciendo?»

«Estoy en casa de Laure y David. Estamos celebrando la creación de la agencia Masson & Delacour que vamos a inaugurar.»

«Es una grandísima idea. Me encantaría estar con vosotros. Te echo de menos. Pasadlo bien.»

Sentí que le gustaría verme y me di cuenta de que yo estaba en el mismo estado de ánimo. ¿Por qué renunciar a ese placer común? Yo estaba en Santa Mónica y él en la parte alta de Los Ángeles. Un pesimista me diría que no era prudente exponerse así al riesgo de que nos sorprendieran los periodistas, pero pensé que, de todos modos, iban a desatarse cuando se enteraran de que retiraba la demanda, así que, un poco antes o un poco después...

Subí al taxi al salir de casa de Laure y David y, a pesar de todo, tomé la precaución de dar una dirección a más de quinientos metros de la casa de Charlie; precaución inútil, ya que no había ningún periodista o *paparazzi* en las cercanías. A fuerza de tener que tomar precauciones, uno se vuelve paranoico, ese es el problema.

Lo más complicado fue escalar el muro para entrar de forma subrepticia en el jardín. Solo me salvé gracias a la papelera, que me permitió alcanzar la parte de arriba. Pensé que sería estúpido romperme una pierna así, pero todo salió bien.

Me dirigí a la piscina. Todo estaba oscuro. Miré la casa iluminada y vi a Charlie que deambulaba por el salón. Mi plan estaba listo: me desnudé y en traje de Eva me deslicé dentro del agua, que estaba deliciosa. Me apoyé en uno de los bordes para escribir un mensaje.

«Hello, Charlie. Estaba pensando en nuestra carrera de natación. Hiciste una pequeña trampa y me debes la revancha...»

No tardó ni un minuto en contestarme, como si tuviera el móvil pegado a la mano.

«Eso no es lo que yo recuerdo. Más bien tenía la impresión de que habías intentado hundirme para impedirme ganar. Pero estoy a tu disposición para una revancha. Cuando quieras... »

«Ahora me parece bien.»

Sentí un momento de vacilación.

«¿Qué quieres decir con “ahora”?»

«Ahora mismo. ¡Yo ya estoy en el agua y está buenísima!»

Vi su silueta aparecer en la ventana. Miró en mi dirección y luego desapareció. Yo estaba en la oscuridad y no podía distinguir nada. Segundos más tarde, se encendieron las luces alrededor del agua. Vi otra vez su silueta en la ventana y luego desapareció. Al cabo de veinte segundos estaba delante de mí.

—¡Ophélie, qué sorpresa!

—Espero que sea buena.

—Excelente, pero creía que estabas en casa de Laure.

—Estaba, pero la cercanía del mar me dio ganas de nadar y no conozco más que dos casas con piscina en Los Ángeles: la del otro Brown y la tuya. Pensé que a Carolina no le gustaría verme aparecer a una hora tan tardía. Así que aquí estoy. ¿No te molesta?

—No, estoy encantado. ¿Habías cogido el bañador?

Como estaba pegada al borde, no podía ver que estaba desnuda.

—No, pero no importa; tampoco lo tenía la última vez... Ven rápido. Aunque el agua esté caliente, empiezo a tener un poco de frío.

—Voy a cambiarme. Dame dos minutos.

Me hice la enfadada.

—No necesitas bañador, puedes desvestirte aquí, no voy a ver algo nuevo... ¿O tienes miedo de que vea el tamaño minúsculo de tu sexo como cuando entraste en el *jacuzzi*...?

—¡Ya te lo expliqué! ¡Fue por el agua fría!

—Sí, ya sé, incluso me enseñaste el vídeo de *Seinfeld* en tu iPad. Vamos, no tienes nada que temer.

—De acuerdo, pero date la vuelta.

—Espero que estés de broma. ¿Por qué crees que he dejado el dulce hogar de mis amigos? Eres un verdadero mariquita. ¡Vamos, desnúdate!

Fingió protestar pero lo hizo. Empezó quitándose la camisa y bajo una tenue luz admiré el esplendor de su torso musculado y silbé.

—Normalmente son los hombres los que silban ante el *striptease* de las mujeres.

—Es una retribución justa, soy una mujer moderna y, además, no soy la única. De hecho hay espectáculos de Chippendales para permitir que el público femenino se desate.

—¿Has ido alguna vez?

—No; te tengo a ti y con eso me basta.

—Entonces, si eso es lo que quieres...

Se puso a imitar a los bailarines *go-go*. Se desabrochó despacio el cinturón, se lo quitó y lo hizo girar por encima de su cabeza. Abrió lentamente la bragueta, botón a botón, enviando el pantalón junto a la camisa. Con el calzoncillo, se dio la vuelta y se lo bajó con mucha sensualidad. Vi sus nalgas musculosas y entonces me pregunté si de verdad me había planteado la opción de no volver a tener para mí a este hombre tan guapo y tan atento.

—Hola.

—Hola, chico guapo.

Tenía una expresión más bien tímida; en términos de Laure, «muy mono».

Me solté del borde para echarle los brazos alrededor del cuello. Estábamos muy cerca, pero no lo suficiente para que mis senos le rozaran el pecho. Posé mis labios sobre los suyos pero estaba bien decidida a no precipitar las cosas. Era un beso dulce y mi lengua se quedó prudentemente dentro de mi boca.

—A ver, ¿hacemos esa carrera?

—Vas a perder otra vez...

—No, esta vez elegimos un sistema de ventaja más equilibrado. Tú haces cuatro largos mientras yo hago dos.

—No sé si eso es «más equilibrado»...

—¡No empieces a ser mal jugador!

—De acuerdo, probemos.

Nos posicionamos en un extremo de la piscina.

—Hago una cuenta atrás y salimos cuando yo diga *go!*

—Vale.

—Tres, dos...

A la de dos, se lanzó.

—¡Charlie, haces trampa!

—¡Espabila! ¡No voy a dejarme engañar cada vez!

Le vi salir a toda velocidad en un crol magnífico. Iba muy deprisa, pero cuando terminó el tercer largo yo estaba ya a pocos metros de la llegada. Me acerqué hasta encontrarme a diez centímetros de la meta.

Me estuve regodeando metiéndome con él.

—Más deprisa, Charlie; vas a perder.

Redobló los esfuerzos para quemar, inútilmente, un último cartucho. Cuando llegó junto a mí, estiré la mano y toqué el borde.

—¡He ganado!

No contaba con que se lanzaría sobre mí para hundirme y, como tenía la boca abierta, tragué agua.

Instantes después saqué la cabeza del agua tosiendo y escupiendo a cual más. Llegué a preocupar a Charlie.

—Ophélie, ¿estás bien?

Logré hablar entre dos momentos en que escupía el agua.

—Te estaba hablando...

—Está claro que cuando metes la cabeza en el agua, mejor cerrar la boca.

—¡Eres tú quien ha estado a punto de ahogarme!

—Repararé mis errores. ¿Qué se hace en este caso para salvar a la víctima?

Antes de que respondiera su boca estaba sobre la mía y esta vez, nada de besos ligeros ni de distancia entre nosotros. Su lengua buscó la mía y mi pecho fue a aplastarse contra sus pectorales. Es intenso, hay tres meses de decepciones y amores frustrados que borrar. Nuestras bocas cobraron vida

propia e intercambiaron placer.

Eché los brazos alrededor de su cuello para reforzar la unión. Esta proximidad me hizo sentir su erección contra mi vientre, contradiciendo mis bromas. Gemí anticipadamente por esta sensación; iba a acoger dentro de mí a este hombre magnífico. Levanté la pierna por encima de su cadera y sujeté su pene para ponerlo contra mi sexo. Empujé suavemente y mi vagina se ensanchó para hacerle sitio, lo que desencadenó en mí oleadas de placer y me arrancó el segundo gemido. Hacer el amor así, de pie, en una piscina es delicioso, y hacerlo con el hombre que se ama es exquisito... Otra fuente de placer vino de esos ojos de un azul único hundidos en los míos. Nuestras miradas no se separaron y empezaron sus idas y venidas dentro de mí. Mis gemidos aumentaron, su mirada se ensombrecía y sus cejas se arrugaron bajo el efecto del placer y la concentración. Él quería que llegáramos juntos al orgasmo, lo sé. Decidí abandonarme. Eché las piernas alrededor de su pelvis para sentirlo aún más profundamente en mí y mi boca relanzó un asalto de sensualidad. Puso las manos bajo mis nalgas y su ritmo se volvió desenfrenado. Su sexo aumentó de grosor, experimentó espasmos y unos chorros poderosos alcanzaron el epicentro de mi ser. Tuve la impresión de que su pene era el doble de grande en el momento de la eyaculación. Su orgasmo provocó el mío, que expresé gritando su nombre en la noche varias veces. Luego mis músculos se relajaron y sentí como una pérdida de control, casi una pérdida de conocimiento. Charlie me trajo de vuelta a nuestro mundo.

—¿Ha sido el método adecuado para reanimarte?

—¿Bromeas? He estado a punto de desmayarme.

—Hacer que una mujer se desmaye de placer... nunca conocí algo así.

—¡Eso espero!

—Estás temblando, ven. Vamos a darnos un baño caliente.

Fue a buscar toallas y subimos al cuarto de baño. Hizo correr el agua en la bañera y añadió sales. Yo esperaba pacientemente y de pronto tuve un antojo.

—Charlie, ¿puedo coger las velas que vi abajo?

—¿Qué quieres hacer? ¿Derramarme cera ardiente en el pecho?

—No. Ese tipo de fantasía retorcida la reservo para dentro de unos años, cuando no consiga ponértela dura haciendo el amor de manera clásica.

—Ve, coge lo que quieras.

Hice el saqueo en varios viajes. Me apoderé de una docena de velas con formas y colores distintos.

—¡Es increíble que tengas tantas velas!

Vaciló un instante antes de confesar:

—Fue Amy. Eran su pasión.

Fue un detalle de delicadeza. Tenía miedo de herir mi sensibilidad al hablar de su ex.

—Puedes hablar en presente, es probable que sigan gustándole. Lo que cambia es que no estás con ella, sino conmigo. Tienes mucha suerte.

—Iba a decirlo. Pásame una cerilla, te ayudo.

Minutos más tarde estábamos los dos en la bañera grande, en una penumbra iluminada por llamas danzantes, disfrutando de la mezcla de fragancias que venían de las sales de baño y de las velas. Era embriagador, tanto como la sensación de que ahora había dejado los problemas atrás.

Había encontrado el amor y mi futuro se anunciaba radiante.

—¿Piensas que aún podremos hacer el amor tres veces?

—¿Esta semana? Sí, tres veces me parece un número razonable.

—¡No! Nada de esta semana. Hablo de esta noche.

Gimió.

—¡Hacer el amor en exceso puede ser peligroso!

—¿Qué tonterías son esas?

—¿No has leído el libro de John Irving *El hotel New Hampshire*? Los protagonistas hacen el amor toda la noche para no volver a hacerlo en toda su vida.

Estaba muy bien instalada en los brazos de mi enamorado, pero salté al oír esto y me volví para enfrentarme a él.

—Charlie, ¿te das cuenta de que ya no estás saliendo con una cabeza hueca (no hablo de Amy, más bien de las otras), sino con una chica cuya cultura iguala la tuya o incluso la supera?

Se quedó sorprendido por mi salida.

—Nunca lo he dudado.

—Para volver a tu ejemplo, te olvidas de que los dos personajes son hermanos y que la idea de hacer el amor hasta el hartazgo es de Franny, para que John pueda superar su atracción por ella. No veo cómo esa sublimación de incesto puede servir de base a tu ejemplo. Ya lo verás, aún eres capaz de hacerlo muy bien, mejor de lo que crees, pese a tu avanzada edad.

Me volví a instalar en sus brazos, decidida a dejarle más tiempo para recuperarse. Unos quince minutos más tarde salimos del agua y Charlie me pasó una toalla.

—¿Cada uno por su cuenta? ¿Es eso?

—¿Qué quieres decir?

—Yo podría secarte y tú podrías hacer lo mismo conmigo.

Se rio.

—¡Te veo venir a diez kilómetros! ¡Tus ojos te traicionan!

—¿A qué te refieres? Era más simpático ayudarnos mutuamente, eso es todo. ¿Qué es esa alfombra de baño? Un poco *kitsch* la parte de la piel, ¿no? Al mismo tiempo, da ideas...

Y sin más tiré del cinturón que tenía enrollado y le desnudé. Con el pene en reposo, me recordaba a un dios romano o griego.

—¡Eh! ¿Qué haces?

—Tengo ganas de probar tu cuarto de baño con su extraña alfombra.

Me acerqué a él y me puse de puntillas para besarle. No reaccionó a mi beso esponjoso y tengo la impresión de que sería capaz de irse a dormir en su cama conmigo. ¡Nada de eso, cariño! ¡Te quiero aquí, ahora!

Sentí que tenía que dar muestras de iniciativa y le besé una última vez en la boca antes de deslizarme a lo largo de su cuerpo. Cuando llegué al nivel de su pene, le hice cosquillas con la boca sin utilizar las manos. El juego consistía en cogerlo parcialmente y dejarlo escapar. Por momentos le daba lametones y, bajo el efecto de esta tortura, comprobé que había reservas de vitalidad remanentes. Cuando la erección fue total, le dije con una voz cargada de sensualidad:

—¡Mírame!

Bajó los ojos y cuando nuestras miradas se prendieron, lo cogí en mi boca mientras lo acariciaba con la mano. Muy pronto empezó a gemir y a sus ojos les costaba mantener el rumbo. Sentí que era el momento de pasar a la etapa siguiente y me estiré sobre la alfombra suave, obligándole a hacer lo mismo. En el estado en que le había puesto, no era plan de que entrara en mí inmediatamente o nos arriesgáramos a no sincronizarnos para llegar juntos. Guié su cabeza hacia mi vagina, ya estaba muy excitada y la acción de su mano grande y fina me hizo jadear. ¡Qué deliciosa sensación desencadenaba su lengua jugando con mi clítoris y su dedo corazón explorándome toda por dentro! Cuando llegó al punto G, solté pequeños gritos. Tenía miedo de que gozara antes que yo, pero se produjo lo contrario. La insoportable caricia provocó en mí un orgasmo de considerable amplitud en la escala Richter. Bueno, sé que la escala se supone que mide los temblores de tierra, pero me parece apropiada para ilustrar mi goce. Si un temblor entre siete y ocho se califica de «muy fuerte» y que «puede provocar daños serios en vastas zonas», creo que no andábamos lejos en intensidad.

Me encontré aturdida tratando de recuperarme y Charlie trató de establecer contacto.

—¿Ophélie?

—Mmm..

—¿Dónde está la chica multiorgásmica que quería sexo sin interrupción?

—Ya no está aquí, intenta recuperarse.

Empecé a dormir una siesta cuando sentí una quemadura en el hombro. Pegué un grito tratando de identificar la razón de ese dolor y vi que tenía un pequeño bultito rojo en la piel: cera.

El culpable tenía aún la vela en la mano.

—¡Pero estás mal, de verdad! ¡Hace mucho daño!

—¿Quién es ahora mariquita? Decías que sería necesario cuando ya no tuviéramos la atención sexual del otro y parece que ese momento ha llegado, puesto que me has abandonado.

¡Mierda, es verdad! Tenía razón. ¡El pobre no había llegado al orgasmo! Pero aunque el dolor se había desvanecido, seguía teniendo la cera roja en el brazo y tenía ganas de venganza.

—¿Has visto *Bully*, la película de Larry Clark? Prepárate para un *remake*.

Leí en su mirada que sabía a qué me refería. Le forcé a tenderse en la alfombra y me puse sobre él a horcajadas. Para remediar su erección declinante, lo besé apasionadamente acariciándolo con la mano hasta que recuperó la forma. Por mi parte, el episodio anterior me permitía acogerlo dentro sin más preliminares, así que me puse muy recta sobre él y lo guie dentro de mí. Había recuperado todo mi vigor. Cabalgar sobre Charlie y contemplar su musculatura magnífica en abdominales, pectorales y brazos era un placer increíble. Se debería obligar a todos los hombres a ir al gimnasio.

Yo subía y bajaba sobre su pene arrecho y el placer resultante estuvo a punto de cancelar mi amenaza. Fue mi olfato el que, al inspirar las esencias que se desprendían de la cera ardiente, me recordó lo que pensaba hacer. Cogí la vela y mientras continuaba el vaivén de mi pelvis, me puse a derramar una fina cascada de cera líquida sobre mi amante. Al principio vigilé sus reacciones para evitar que fuera doloroso pero, lejos de disgustarle, parece que eso le estimuló. Cogió mis caderas entre sus manos para amplificar los movimientos y tuve dificultad para mantener el control de la vela cuando mi placer aumentaba. Los dos orgasmos no fueron simultáneos; me ganó por unos segundos, pero su eyacuación, aunque más reducida que la primera, me acercó al final.

Sé que los hombres después del orgasmo prefieren que no se les toque el pene, que se vuelve muy sensible, pero ahí no tenía otra opción y aposté por ser egoísta. Precipité mis movimientos sobre su pene, que empezaba a perder vigor y vi en su rostro una mueca, pero logré alcanzar lo que buscaba: un tercer orgasmo. Buena marca para una reanudación.

Me derrumbé sobre él y nos quedamos así, mimándonos en la misma posición durante un momento. Luego me incorporé para quitar la cera pegada a su pecho. Aunque es casi imberbe, Charlie tenía algo de vello y una parte salió junto con la cera, lo que le hizo gritar más que la cera en sí.

—Hace daño.

—Hablábamos de personas delicadas... Tú eres un tío, ¿no? Unos cuantos pobres pelillos y ya te pones a gritar... Menos mal que Dios no os hizo parir; nunca lo habríais soportado.

Más tarde quiso prestarme una camiseta, pero yo prefería otra cosa.

—¿No quieres que juguemos a James Bond?

Pareció sorprendido.

—¿Que si quiero? ¡Me encanta! No olvides que soy inglés. Estuvieron cerca de cogerme en 2006 en lugar de Daniel Craig para *Casino Royale*, pero era demasiado joven para el papel.

—¡No puede ser! ¡Es genial!

Me miró con una sonrisa irónica.

—¡Mira que puedes llegar a ser crédula!

No tuvo tiempo de disfrutar mucho tiempo de su broma porque volvió a gritar cuando cogí uno de los pocos pelos que quedaban y se lo arranqué del pecho.

—¡Ophélie!

—Eso por reírte de mí...

—Vale. ¿Qué es esa historia tuya de James Bond?

—Coges tu pijama más bonito, me pasas la parte de arriba y tú te pones la de abajo.

—Me encanta la idea...

Fui yo quien eligió el pijama Derek Rose, terriblemente inglés, de raso azul y con botones nacarados, que aún llevaba la etiqueta. Charlie se vio obligado a justificarse.

—Es un regalo de mi madre, lo compró en Harrods. ¿Estás segura de que no prefieres una camiseta?

—Charlie, deja de hacerte el yanqui. Este pijama es muy chic.

Me miró con expresión pensativa.

—¡Desconocía ese lado pijo tuyo!

Cinco minutos más tarde estábamos tendidos en la gran cama, cada uno con nuestro medio pijama.

De pronto, me golpeó una evidencia.

—¡No me has preguntado si seguía tomando la píldora! Ni si estaba en un momento del ciclo peligroso y debías utilizar condones... ¿Juegas a la ruleta rusa?

—No. Solo sé que si me anunciaras que estás embarazada, estaría encantado de compartir esta maravillosa aventura con la mujer de mi vida.

Las lágrimas asomaron a mis ojos ante esta conmovedora declaración... Me incliné hacia él para besarle.

—Me alegraría tanto poder darte hermosos niños. Por eso haremos el amor aún dos veces más.

—¿Por qué? ¿De verdad no tomas la píldora?

—Sí pero, como diría Laure, «hacer bebés es el único deporte en el que prefiero el entrenamiento a la competición».

Tuvo la gentileza de reír.

—Es bonito y viniendo de Laure, estas palabras no me sorprenden, pero hablando en serio: no podemos hacer el amor dos veces más. No tengo claro siquiera si podría una vez más.

—Claro que sí, ya verás; todo irá bien, yo te ayudaré...

—¡Tú buscas mi muerte!

Seguimos peleándonos un momento. Finalmente, llegamos a un compromiso. Hicimos el amor una vez pero yo tuve dos orgasmos.

Diario de Ophélie

15 de julio de 2015, 10 h

Estas últimas veinticuatro horas las ha monopolizado la justicia, la policía e incluso la marina estadounidense. ¡Vaya un programa!

Todo empezó con una reunión no muy agradable con el fiscal del distrito. No obstante, fue el señor Maldini el que explicó con mucha habilidad que ya no estaba muy segura de los acontecimientos y que pensaba que estaba aturdida incluso antes de salir de la fiesta.

El fiscal le interrumpió para interrogarme directamente.

—Usted declaró sentirse bien en la fiesta y no notar una pérdida de control hasta estar en casa de los Brown después de que le sirvieran la bebida.

—No. Fue en la fiesta cuando empecé a sentirme rara. En casa de los Brown no hizo más que aumentar.

—Y las copas que bebió, ¿se las sirvió la señora Sanchez o el señor Brown? ¿O tal vez fue Robert Stein o Robin Watson?

Por un instante tuve la tentación de implicar a uno de esos dos hombres espantosos, pero no lo hice.

—En realidad fui a buscarlas yo misma.

El fiscal suspiró.

—¿Tiene otros recuerdos que le han «venido a la memoria»?

El señor Maldini volvió a tomar la palabra:

—Mi cliente no está segura, pero cree recordar que los esposos Brown le hablaron de un juego de rol...

El fiscal le interrumpió:

—Y supongo que en ese juego de rol ella debía fingir que la estaban violando delante de una cámara...

—Básicamente, así fue.

Aquí soportamos un enorme suspiro de exasperación. Me fulminó con la mirada.

—Debe saber que yo podría proseguir la acusación pidiendo al juez que la declare «testigo hostil»... ¡Créame, la experiencia del juicio no sería agradable para usted!

Una vez más, mi abogado intervino.

—Señor fiscal, un procedimiento así derrocharía el dinero de los contribuyentes, una vez que esta nueva luz, aportada por mi cliente, parece probar la inocencia de los esposos Brown. Por no hablar de que eso le haría perder tiempo en un período electoral en que va a necesitar...

Fue el fiscal el que terminó la frase:

—... recaudar un máximo de fondos, sobre todo entre la comunidad blanca de Santa Mónica, Brentwood y Beverly Hills. Gracias, no soy idiota. Señorita Delacour, espero que sepa lo que hace... y que el cheque sea suficiente para vendar sus heridas, si no físicas, al menos morales...

Me habría gustado decirle que no había adoptado esa decisión por dinero, pero mi acuerdo con Michael estaba cubierto por una cláusula de confidencialidad. También habría podido decirle que todo iba bien, que estaba enamorada, pero él pronto se enteraría. Hablarle de ello habría sido inútil y la identidad de mi amor podía perturbarle aún más. Para concluir, se dirigió a mi abogado.

—Voy a hablar con mi equipo y daré una conferencia de prensa para anunciar que levanto los cargos que se imputan al señor Brown y a la señora Sanchez. En cambio, queda fuera de toda consideración que renuncie a los cargos de obstrucción a la justicia contra Robin Watson y Robert Stein. A ese le haré inhabilitar. ¡Intentar ocultar pruebas en un caso de violación...!

Estaba furioso y es comprensible. De buena gana le habría abrazado para darle las gracias por tener a bien hacer pagar a esos dos parásitos. Me contuve; no lo comprendería.

Mi segunda reunión, con la policía y el ejército, fue mucho más placentera y, también, más sorprendente.

Llamé por teléfono a Harry Jordan y le pregunté si era posible volver a hacer un *footing* con su amiga Joan. Aceptó y las disposiciones fueron las mismas. Charlie estaba en Seattle para promocionar su película y yo dormía en mi piso con *Romeo*.

Igual que la semana anterior, la pareja vino a buscarme a las siete de la mañana. La única diferencia notable es que fue Joan quien llamó a la puerta. Estaba igual de guapa, pero con un aspecto totalmente distinto. Llevaba unos *leggings* azul pálido que le llegaban hasta por encima de la pantorrilla y un top gris con una banda azul a juego con la parte de abajo. La parte de arriba dejaba ver un escote magnífico y llevaba el vientre al descubierto, subrayando unos abdominales esculpidos por los entrenamientos de la Marina. Solo la gorra Navy Seals y la cola de caballo me recordaban a la Joan que vi la primera vez. El resultado era sublime. Debió de notar mi expresión de asombro, pues se rio de mí.

—Buenos días, Ophélie. ¿Te gusta mi nuevo aspecto? No iba a seguir corriendo con un superbombón francés sin intentar hacerle la competencia. ¿Qué te crees? ¡Las mujeres militares también tienen derecho a ir de compras a Nike!

Y antes de que pudiera responderle, me abrazó y me besó. La transformación no solo alcanzaba su *fitting* sino también a nuestra relación.

Al llegar al coche, saludé a Harry más «a la americana» con un *Hi* que evitaba preguntas sobre darle la mano o besarle. En cuanto arrancamos, lancé la exclusiva, aunque no estaba segura de que lo fuera para el inspector.

—He retirado la demanda. Michael Brown y yo hemos llegado a un acuerdo.

Harry se volvió y me sonrió.

—He sabido la noticia por la oficina del fiscal; dejamos de seguir investigando. Estoy en paro y eso es bueno: vamos a poder ser amigos.

Era de una gran amabilidad por su parte y la perspectiva me gustaba.

—Me gustaría mucho ser amiga de los dos.

Dejé pasar unos segundos antes de revelarle a Joan mi regalo.

—Joan, en el acuerdo con los Brown figura la entrega de una suma de dinero para tu asociación. Una parte deberá dedicarse a indemnizar o a ayudar a las víctimas de Michael, las que firmaron el famoso acuerdo de confidencialidad; pero la otra parte, mucho mayor, será para permitir aliviar a las víctimas de agresión sexual en toda California, o hacer campañas de información y prevención relacionadas con el tema.

Me di cuenta de hasta qué punto Joan estaba conmovida.

—Es estupendo. ¡Tenemos tanta necesidad de dinero! No te imaginas todo lo que está por hacer. ¿Hay una suma determinada?

Lancé la bomba de sopetón.

—Cuarenta y cinco millones de dólares.

La reacción en los asientos delanteros fue de un gran contraste. Harry se echó a reír, mientras que Joan aulló como una fan de los One Direction que hubiera conseguido llevarse la camiseta de uno de los miembros del grupo.

Estaba tan contenta que se desató el cinturón para poder besarme otra vez. Harry le leyó la cartilla con humor.

—¡Eh, está prohibido! Ponte el cinturón, es peligroso; pueden pararnos...

Joan volvió a su sitio no sin pincharle:

—¿De qué me sirve salir con un poli si no puedo romper las normas?

Camino de Santa Mónica empezamos a hablar de las modalidades de identificación e indemnización de las posibles víctimas de Michael. Iba a ser complicado separar el grano de la paja, para atender a las Akemi y no preocuparse por las Jenny.

Al llegar a la playa empezaron las cosas serias. Esta vez sabía lo que me esperaba y me había preparado psicológicamente pero también en el aspecto logístico: me acordé de llevar una botella de agua en la riñonera.

Cogí el iPhone y puse la aplicación Running. Igual que la primera vez, partimos bastante deprisa y aceleramos desde el primer kilómetro. Vamos rápido, pero puedo seguir el ritmo, al menos por un momento. Estoy disfrutando de esta carrera al sol con mis amigos; controlo la zancada y la respiración, igual que controlo mi vida. Harry va el primero y Joan cierra la marcha. Cuando acabamos el cuarto kilómetro, pienso que no aguantará mucho tiempo. Sin embargo, continúa a la misma velocidad y termina el quinto sin que dé la impresión de estar sufriendo. ¿Habrá tomado anfetaminas o qué? Después de otro kilómetro más, sigue sin dar ninguna señal de disminuir la velocidad y, al contrario, acelera. Estoy transpirando, aprieto los dientes, pero sigo metro tras metro. Joan me adelanta, hasta el momento en que tiro la toalla.

—Harry, Joan, es demasiado rápido, yo lo dejo.

Se vuelven y vienen hacia mí caminando. Tengo las manos en las rodillas para tratar de recuperarme mejor. Apenas consigo recuperar el aliento para interrogar a Joan sobre la forma de su novio.

—¿Qué le has dado para desayunar? ¡A este ritmo podría hacer el maratón en tres horas y media!

—Tres horas.

—¿Qué?

—Se está entrenando para batir tres horas. Su récord es tres horas y cuatro.

Se echa a reír y pronto la imita Harry. A mi cerebro debe de faltarle oxígeno tras el esfuerzo y le lleva unos instantes comprender.

—¡Os habéis reído de mí!

Es Harry quien me responde:

—Voy a explicárselo. Joan, sigue entrenándote; tengo que hablar con ella..

Joan reemprende la carrera mientras Harry y yo la seguimos andando.

—Usted sabe que los criminales están siempre buscando el crimen perfecto. Pues bien, en el caso que la concierne, podría decirse que los acusados desean alcanzar exactamente lo contrario. Nunca he tenido tantas pruebas que induzcan a confusión en un caso de violación: cinta de vídeo que muestra a los protagonistas en plena acción, droga administrada a la víctima, profusión de documentos que establecen la perversión de los acusados... ¡Y todos esos elementos servidos en bandeja por una persona: la víctima! Era como una Navidad en agosto para un inspector del LAPD.

Hace una pausa para mirarme y no reacciono.

—Pero a mí no me gusta cuando me llevan de la mano en la investigación y me dicen qué dirección debo seguir. En esos casos, tengo tendencia a ir por otros caminos. Había cosas extrañas. El primer punto era la organización de esa noche por parte de los Brown, tan distinta de todas las anteriores. Siempre habían demostrado una prudencia casi excesiva y aquí se habían vuelto negligentes. ¡Y bastante!

»Que no le hicieran firmar ningún documento cuando habían hecho firmar dos mil en los últimos quince años era extraño, sobre todo porque podrían haberlo hecho después de drogarla, en el momento en que ya no era del todo usted misma. Entonces deciden filmar la escena, lo que, por añadidura, es la primera vez. Robert Stein me confirmó en el interrogatorio que Michael y Carolina nunca habían efectuado una grabación de sus hazañas sexuales. Al día siguiente, se olvidan de guardar el aparato, lo cual le permite a usted aportarnos en bandeja la tarjeta de memoria. Ni el más imbécil de los imbéciles acumularía tantos errores, y Michael está muy lejos de ser tonto.

»Además, la cantidad de droga que se encontró en sus análisis de sangre me pareció rara. Había muy poca. Le enseñé el vídeo a un experto de la DEA⁹ y se sorprendió por el efecto que tuvo en usted, que parecía excesivo. Es cierto que la mezcla con alcohol puede provocar el entorpecimiento de la persona drogada, pero es improbable que después se encuentre en tal estado. Si un simple experto de la policía estadounidense llegaba a esta conclusión, imaginé lo que numerosos expertos en toxicología con prestigiosos títulos, pagados por los Brown podrían decir durante el juicio. No necesitarían ni dos minutos para clamar contra la simulación y el complot.

»Si mi amigo experto tenía razón, eso significaba que usted había organizado un montaje y mi problema era encontrar el motivo. No la imaginaba tratando de hacerse rica por esos medios, así que se trataba de otra cosa. Me lancé de cabeza a examinar los acuerdos de confidencialidad y encontré en ellos varias cosas interesantes. Primero, me fijé en que usted misma había firmado cuatro; me aportaron información. Me remonté en el tiempo y empecé por el más antiguo. Lo que me llamó la atención es que había otra persona firmante el mismo día, Christophe Marquet, su antiguo novio. La policía francesa me informó de que había muerto varios meses más tarde. De momento, eso no presentaba interés para la investigación.

»El segundo fue firmado en Venecia. Además de mostrarme que le gusta viajar, me confirmó mi impresión primera: usted no iba buscando dinero.

»El tercero podía dar la idea de que usted era una adepta a las relaciones con otras dos personas, pues ese mismo fin de semana había otro firmado por una tal Jenny Feherty. Aun así, decidí hurgar. ¿Recuerda haber bebido una Orangina en su habitación del Bulgari, el sábado a su llegada?

—No, sí, quizá, ya no sé...

—Esta Orangina se le facturó a las tres y cincuenta y dos minutos, cuando se fue del hotel. Se puede seguir su huella en un cambio de billete muy sorprendente, ya que toma el primer tren para París cuando el plan inicial era que se quedara todo el domingo... No es difícil imaginar que su fin de semana romántico con Michael se vio perturbado por esa joven...

Estoy impresionada por su perspicacia, pero también inquieta por las consecuencias. ¿Qué va a hacer? ¿Denunciarme a la DEA? ¿A los Brown? ¿Podría esto poner en tela de juicio el acuerdo que hemos firmado? Trato de disimular mi tensión con una broma.

—¿Cuando era joven su programa favorito era *Colombo*? ¡Le falta la gabardina y el Peugeot 403!

Me dedica una sonrisa del tipo «¡Espera, aún no hemos terminado!».

—El último acuerdo de confidencialidad ha resultado ser el más interesante. En primer lugar, no cubría las relaciones entre el actor o su mujer y usted. No precisaba qué elementos confidenciales no debía revelar. Decía solamente: «Dado que todos los hechos se han producido dentro de la propiedad, en particular los jardines y la piscina». Eso me llamó la atención. ¿Por qué la piscina si no era algo sexual? ¿Qué había pasado? Consulté los informes de intervención de las patrullas y encontré que habían llamado a un coche a la residencia de los Brown durante esa noche. Leí el informe, muy sucinto. Hablaba de una japonesa de diecinueve años que se había encontrado mal y había caído a la piscina, siendo posteriormente llevada al hospital. La cuestión que me daba vueltas en la cabeza era por qué habían invitado a una japonesa de esa edad al aniversario de boda de una de las parejas más famosas de Hollywood.

»Estuve con uno de los dos policías. Le dije que en el marco de mi investigación vi que habían transformado el motivo de su intervención de “tentativa de suicidio” a “accidente doméstico”.

—¡Pero usted no sabía nada!

—No, era un farol, pero funcionó. Se vino abajo y me suplicó que no los denunciara a Asuntos Internos.¹⁰ Le dije que haría lo que pudiera, pero que tenía que contármelo todo. Entonces se confió a mí, como si yo fuera un sacerdote y estuviera en el confesionario... Lo averigüé todo: el intento de suicidio, su intervención para salvarla... Incluso dijo que usted estaba furiosa y que había hablado de un aborto de la joven japonesa... No me resultó difícil comprender la razón del acuerdo de confidencialidad, y los términos del mismo mostraban que usted había sufrido una fuerte presión dentro de su sociedad.

Hizo una pausa para sacar su botella de Evian. Me la ofreció, pero no acepté porque ya tenía la mía. Su relato me había dejado la boca seca y bebí un gran trago mientras él reanudaba el relato.

—Si se sumaban todas las historias, se llegaba a la conclusión de que usted podía, con toda razón, reprochar al señor Brown que tuviera una molesta tendencia a destruir la vida de las personas a su alrededor y la de usted misma. De ahí a elaborar un plan no había más que un paso.

Aplaudí y él se quedó sorprendido.

—¡Bravo, Harry! Finalmente es usted tan Sherlock Holmes como Colombo. ¿Por qué no pasó sus conclusiones a sus jefes para que retiraran los cargos a los Brown?

—Por varias razones. Primero, mis reflexiones no eran más que conjeturas. No tenía ninguna prueba y no creía que el fiscal fuera a seguirme. Solo habría considerado que yo jugaba demasiado a estar del lado de la defensa, pero lo más importante fue mi conversación con Joan.

—¿Le habló del asunto?

—Sí, hice una excepción a la norma que suelo adoptar, pues este era un caso especial que tenía que ver con algo en lo que ella era experta. Estuvimos un rato muy largo hablando de ello. Michael Brown quizá era inocente de ese crimen en particular, pero era culpable de abusos con relación a muchas mujeres. Había que decidir qué prevalecía, moral o justicia.

—¿Ha visto *Adiós, pequeña, adiós*, una muy buena película de Ben Affleck? El detective privado Patrick Kenzie y su colega Angie Gennaro están buscando a una niña que ha desaparecido. Cuando la encuentran, está en casa de un antiguo jefe de policía jubilado que nunca pudo tener hijos. La chiquilla es manifiestamente muy feliz en casa de sus «secuestradores»; mucho más que en la de su madre, que no se ocupaba de ella y la dejaba todo el día delante de la tele. Los dos detectives entran en conflicto para decidir si deben dejar las cosas como están o avisar a la policía. Acaban por elegir la segunda opción, por el interés de la justicia y en detrimento de la felicidad de la niña...

—Sí, la recuerdo. Incluso leí el libro de Dennis Lehane que inspiró la película. ¿Y usted cómo procedió para resolver su dilema?

—Encontramos una solución intermedia. Joan tuvo la idea de hablar con usted cuando mencionó la idea de hacer *footing*.

Me miró con aire malicioso.

—¿Sabe? No hago de guardaespaldas con cada víctima que decide ir a correr.

—¿Y si no hubiera seguido sus consejos? ¿Si hubiera ido a juicio?

—Habría proseguido la investigación.

Nos quedamos un largo rato en silencio.

—Mire, Harry, no creo que hiciera condenar a Michael a pena de prisión. En cambio, si no fuera por el encuentro con Joan, creo que habría ido más lejos en el procedimiento, seguramente hasta los *preliminary hearings*,¹¹ para que oyeran a testigos y que el gran público estuviera al corriente. Esa conversación con Joan me convenció de que había que acelerar el ritmo.

—Me alegro mucho si nuestra pequeña estrategia la ayudó. Nosotros así lo esperábamos. Lo inesperado fue la donación a la asociación, que es algo estupendo. Esa suma de dinero confortará a muchas mujeres.

—Estoy convencida. Creo que ya me he recuperado. ¿Seguimos corriendo?

Volvimos a salir a un ritmo un poco más moderado. Un kilómetro más adelante nos cruzamos con Joan, que volvía. Regresamos los tres juntos.

El retorno fue largo, ya que corrimos más de siete kilómetros hasta llegar al coche. Yo estaba extenuada y no muy habladora en el camino de vuelta a casa. En cambio, Joan era incansable, lo cual creaba cierto equilibrio... Había aprovechado su larga carrera en solitario para reflexionar sobre el

modo de utilizar los cuarenta y cinco millones de dólares y me lo comunicó con el máximo de detalles. En el estado en que me encontraba, me contentaba con asentir. Cuando me dejaron en casa, Joan me besó, pero también lo hizo Harry. ¡Era la primera vez!

Diario de Ophélie

15 de julio, 19 h

Creo que se puede decir sin temor a equivocarse que se acabó.

A las tres de la tarde, el fiscal del distrito dio una conferencia de prensa para explicar que, al retractarse la víctima de sus declaraciones, dejaba de presentar cargos contra Michael Brown y Carolina Sanchez. A las preguntas sobre los Acuerdos de confidencialidad contestó que los dos actores no habían actuado en contra de la ley, al contrario que Robert Stein y Robin Watson. Tenía una expresión feroz cuando recordó la gravedad de sustraer documentos a la justicia en una investigación criminal.

Los periodistas quisieron conocer la razón del cambio de mi testimonio. Los miró con una sonrisa misteriosa.

—Señores, al parecer, recuperó la memoria que debía de estar oscurecida por la droga que había ingerido, pero quizá lo más sencillo sea preguntarle directamente...

Eso era una mala jugada, porque había perdido un caso prestigioso que le habría permitido vengar a Marcia Clark y Christopher Darden,¹² lavando el honor de la justicia californiana, además de la gloria que recaería sobre él.

Sea como fuere, me echó los perros. Los medios de comunicación, que me habían dejado tranquila, iban a desatarse, pero yo había previsto la jugada y en el momento de la conferencia de prensa, me oculté en el lugar más improbable: la casa de Charlie. Mi anfitrión no llegó hasta cerca de las cinco.

—Mi hermano da una entrevista dentro de unos minutos. ¿Quieres verla?

—Sí, si no te importa...

—No, es mi hermano.

Michael se presentó puntual a la puerta de su enorme casa. Salió acompañado por Ross, su jefe de seguridad y la colega que yo había visto.

Ni Carolina, ni Robert, ni Robin aparecían en el horizonte.

Sonaron los *flashes* mientras se situaba frente a un bosque de micros. Iba vestido con una simple camisa blanca y un pantalón vaquero. Charlie no pudo evitar hacer un comentario.

—Mi hermano es un seductor, ¿no?

Fue espontáneo, sincero y bastante majo sabiendo que Michael había sido mi amante.

—Es muy guapo. Normal, es tu hermano... pero está lejos de estar tan bien como tú.

Charlie se inclinó hacia mí para besarme en los labios.

—Gracias por el piropo.

Michael esperó a que se hiciera la calma antes de empezar su declaración.

—Buenas tardes. Gracias por ser tantos los que han venido a celebrar mi cumpleaños...

¡Increíble! En un momento de tanta tensión, no duda en empezar por una broma, el famoso *ice breaker*, la expresión para romper el hielo que tanto aprecian los estadounidenses en la comunicación. Pero también, ¡qué jeta! Aquí no estamos en la ceremonia de los Globos de oro o de los Óscar.

Me di cuenta de que había olvidado esa fecha que había sido tan importante en mi vida de adolescente: el cumpleaños de Michael. En aquella época, ese día cogía mi álbum de recortes de prensa, lo releía todo y me prometía que un día estaríamos juntos.

Michael prosiguió:

—Deseaba darles una explicación. Tal y como han oído por boca del fiscal, han retirado los cargos contra mi esposa y yo. Ahora queda establecido que no somos culpables de agresión sexual, lo cual es primordial.

»Eso no quita que este asunto, y mi estancia en la cárcel, me han hecho reflexionar mucho sobre la vida que llevaré de ahora en adelante... Me ha hecho aprender y quiero presentar mis disculpas por lo que ha sucedido. En primer lugar, a Ophélie Delacour, ya que ese juego sexual que terminó mal fue un *shock* para ella, lo que explica su reacción. Hemos podido hablar y espero que ella nos perdone.

Le escuchaba fascinada. Michael es verdaderamente un animal político y me absuelve de toda responsabilidad en este asunto (en contraste con lo que declaró Carolina momentos después de que la dejaran en libertad), un gesto cuya elegancia le permitirá volver a ganarse la estima del público estadounidense. Además intuyo que va a situar en el centro de su discurso a su público...

—Quiero igualmente pedir perdón a mi público, que nos ha apoyado a lo largo de todos estos años y me ha permitido hacer todas esas películas. Aunque en nuestras prácticas no hubiera nada ilícito, fueron fuente de una legítima decepción para todos los que veían en nosotros a una pareja perfecta... Y sobre este punto voy a concluir mi intervención. Carolina y yo hemos hecho juntos un largo tramo de camino y nuestro amor se ha ido transformando en amistad y en complicidad. Ella siempre tendrá un lugar único en mi vida, pero los hechos de estos últimos días nos han llevado a tomar una decisión ineludible. En buen entendimiento y de común acuerdo, hemos decidido divorciarnos.

Por mucho que estuviera al corriente, aun así me he quedado muda. ¡Michael va a estar soltero! ¡De verdad! El momento que he esperado toda mi vida... y ya es tarde, mi corazón pertenece a otro. Lástima, Michael, perdiste tu oportunidad.

No soy la única, la prensa también está estupefacta por la noticia. Las preguntas se disparan pero Michael ha terminado su discurso y no tiene intención de añadir palabra alguna. Vuelve a sonreír y a dar las gracias antes de volver a su mansión.

—Ahora que está a punto de volver a estar soltero, ¿no lamentas no estar con él?

La pregunta surgió de la boca de Charlie y me cogió de improviso. Su mirada está inquieta.

—No; he elegido al buen Brown, el que no solo tiene encanto, belleza y ojos azules sino también bondad y grandeza de alma. Creo que, inconscientemente, sé desde hace tiempo que tú eres quien yo deseo tener en mi vida, quizá desde Venecia o desde el *jacuzzi*. Mi beso de entonces era mi inconsciente que se expresaba.

Sonrió.

—Yo creí que era el champán...

—No, señor; ese pensamiento no le honra, usted no es un romántico.

—«No hay amor; no hay más que pruebas de amor...»

—Claramente ese es el credo de los Brown. Tu hermano ya echó mano de esa cita para empujarme a saltar del puente superior del yate.

—Podría pedirte que saltaras del balcón de casa, pero como la piscina no está exactamente debajo, hay riesgo. Habrá que buscar otra idea.

Pasé la noche dándole pruebas suficientes para obtener del jurado un veredicto unánime: «amor con premeditación».

Diario de Ophélie

16 de agosto de 2015, 12 h

Todavía dos horas más antes del despegue. Estoy deshecha después de la noche de ayer. ¿Por qué había que salir tan temprano para el aeropuerto? Charlie me explicó que el tráfico era imprevisible y que los controles de seguridad reforzados requieren tiempo, pero quizá ha sido demasiado prudente con la hora para reservar el coche.

No se lo reproché porque es el típico conflicto de «viejo matrimonio».

Mientras esperamos a que nos llamen para embarcar, aprovecho el Delta Lounge para recuperar tiempo perdido en el diario.

Desde la conferencia de prensa de Michael las cosas se calmaron, pero los días siguientes fueron terribles. Los medios de comunicación, sin duda frustrados por la cancelación de un juicio que prometía ser tan jugoso como el de O. J. Simpson veinte años atrás, buscaron chivos expiatorios. El matrimonio Brown y yo misma sufrimos la furia de los editorialistas en todos los canales y periódicos. A Charlie le dejaron relativamente en paz hasta que descubrieron que estábamos juntos y una segunda campaña, tan violenta como la primera, me puso en la picota por mi falta de moralidad.

Trabajamos con el servicio de comunicación de crisis de los estudios y seguimos una estrategia innovadora y moderna, puesto que se decidió confirmar nuestra relación. Charlie se decidió a hacer un comunicado de prensa minimalista y cuando apostaron fuerte fue al decidir que yo podría acompañar a Charlie como «compañera oficial» para la promoción de la película en distintas capitales europeas. A decir verdad, era la solución más lógica, ya que Amy había despreciado la película y abandonado su promoción, pese a las obligaciones contractuales. También creo que las cifras alentadoras de las taquillas de Estados Unidos tranquilizaron a los directores de los estudios en cuanto al impacto económico de la crisis «Brown-Delacour». Al contrario de lo que había predicho Robin, los espectadores acudieron a la cita y la calidad de la película le permitió exhibir buenos resultados.

¡Esto sí que era un cambio de situación en relación al momento en que me propusieron no ser más que la amante oculta de Charlie!

Creo que gracias a eso encajé bien los incesantes ataques de la prensa yanqui. Respecto a la prensa francesa, pedí a mis padres y a mis abuelos que se abstuvieran de toda lectura este verano. Espero que sigan mis indicaciones. No es seguro

Antes de esta gira de promoción en Europa, Charlie decidió que nos fuéramos de vacaciones. Me habría gustado que habláramos del tema, pero él insistió en darme una sorpresa y, cuando le hablé de contribuir a los gastos, se enfadó. Comparte con su hermano esa galantería *old school*, pero temo que su fortuna esté lejos de ser la misma, pese a que la de Michael se ha visto disminuida recientemente en cincuenta millones de dólares...

Ayer Charlie hizo algo muy típico americano. Organizó una fiesta en su casa para celebrar su marcha. En Francia, en vísperas de una ausencia de casi dos meses, se piensa sobre todo en cerrar maletas, cortar el agua y bajar la calefacción. Aquí lo celebran, que es mucho más divertido.

La víspera vino a verme muy incómodo.

—Dime con sinceridad, ¿puede venir Michael?

Yo no le había visto desde la firma de nuestro acuerdo y no tuve que pensarlo mucho. Más que el contrato que nos vincula, es esta nueva relación que yo percibía entre nosotros lo que me permitió responder:

— Si a ti te va bien, no hay para mí problema.

—Te lo repito, es mi hermano y sé lo que ha habido entre vosotros, pero tengo claro que es agua pasada.

No volvimos a hablar del tema.

La temperatura era ideal cuando llegaron los invitados. Entre los primeros estaban Laure y David, acompañados por Zach y su novia. Por la cara que puso cuando me saludó, creo que conocía la historia que hubo entre su chico y yo y que solo vino con él porque se sentía obligada o porque quería vigilarle. Su hostilidad no me afectó y me alegraba de volver a ver a Zach. Al fin y al cabo, él fue una de las pocas personas que me defendieron y también él parecía contento de verme. Todo indica que estoy madurando y que normalizo mis relaciones con mis ex transformándoles en amigos. Es lo mejor. No me gustaría ser como mi amiga Marie, que borra de un plumazo todas sus conquistas pasadas.

Pensé entonces en Michael y fui a comprobar si estaba, pero fue en vano.

No importaba. Lo relevante de verdad era la presencia de Laure y David, los únicos a los que he visto en estas últimas semanas, en ese momento en que estaba enclaustrada para evitar a los buitres de la prensa. Son más que amigos. Laure es mi hermana. Tuvo que afrontar ella sola todo el trabajo, o casi, para el lanzamiento de nuestra nueva agencia, así que es muy justo que su nombre sea Masson & Delacour.

Había un bufet y un cocinero que preparaba «las mejores hamburguesas de la Costa Oeste» y maíz a la brasa.

Más tarde, el pinchadiscos inauguró la fiesta bailable junto a la piscina. La lista de reproducción era estupenda. Laure y yo nos divertimos como locas y al cabo de un momento se pidió a la gente que se apartara para dejar sitio a los bailarines profesionales, a quienes busqué con la mirada hasta que Charlie vino y me puso un cigarrillo entre los labios. Como yo no fumo y, además, no lo había encendido, lo pillé. Me hizo poner una cazadora de cuero y él llevaba un cárdigan blanco encima de una camiseta negra.

—No podemos hacer esto delante de todos, es nuestro baile secreto.

—Tu bailaste un vals con Michael delante de más de mil personas y millones de internautas, así que ya puedes bailar esta canción conmigo para un centenar de amigos.

No me dio tiempo a contestar cuando ya se alejaba de mí y oí las primeras notas de *You're the One That I Want*.

Esta canción es un poco nuestro himno desde nuestro paseo al alba en el cauce de Los Angeles River. Igual que los protagonistas de la película *Los seductores*, que se entrenan bailando *Dirty Dancing*, nosotros tenemos un baile muy nuestro, solo que aquí Charlie ha querido compartirlo.

Es demasiado tarde para echarse atrás, puesto que Charlie está moviendo las caderas de manera provocativa mientras se quita el cárdigan, lo hace girar en el extremo de la mano y lo lanza a la multitud. Nuestros amigos gritan, olvido interpretar mi papel y es Laure, gran especialista en comedias musicales, quien me salva.

—¡Ophélie, tu cazadora!

Por mi parte se la lanzo a mi amiga.

La locura viene cuando Charlie se echa de rodillas y después con la cara contra el suelo. Los espectadores están histéricos, gritan, ríen y aplauden.

Yo me dejo llevar por el juego. Me vuelvo hacia Laure que, como la amiga de Olivia Newton-John, me hace una seña para que tire el cigarrillo al suelo. Lo hago y lo aplasto con el zapato antes de rechazar a Charlie con el pie. Me vuelvo y me alejo de él. Se levanta y nuestra coreografía es tres minutos de felicidad, locura y brío, pero es sobre todo nuestro amor lo que compartimos con nuestros allegados. Cuando la música se detiene, nos quedamos sumergidos en aclamaciones. Todos vienen a nuestro lado para felicitarnos, algunos para besarnos. Hacen falta unos minutos para que todo vuelva a la calma. Cuando encuentro un poco de espacio, mi mirada cae sobre alguien que ya no esperaba ver: Michael.

Viste pantalón tejano, camisa blanca y botas de *cowboy*. Se ha peinado con el pelo hacia atrás con gel y eso hace resaltar sus ojos azules. Nada que decir: es un tío sublime. Nos mira con sonrisa maliciosa y cariñosa a la vez.

Avanza tranquilamente hacia nosotros.

—Parece que he llegado justo en el momento oportuno. Bravo a los dos por esta interpretación magistral, casi mejor que la de Travolta y Newton John, pero ¿no es una pieza un poco *kitsch*?

Charlie está justo detrás de mí. Solo tengo que volver la cabeza para ver su reacción y no parece enfadado, sino más bien divertido.

—Eso cree Ophélie, e incluso teme que pueda ser un signo de bisexualidad.

—Es posible, Charles. Al fin y al cabo, eres inglés al cincuenta por ciento.

—Michael, ¿de dónde sacas esos estereotipos reaccionarios? Deberías tener cuidado, te estás volviendo cada vez más *redneck*¹³ camino a los cincuenta.

Yo me decidí a insistir.

—Por cierto, Michael, ¿no podrías llamarle «Charlie» como todo el mundo? «Charles» es un poco anticuado, sobre todo aquí, en Los Ángeles.

Su mirada se vuelve más seria y me responde:

—Ophélie, algunas cosas son sagradas y no pueden cambiar, como el nombre de mi hermano. Es como en *Indiana Jones y la última cruzada*. Sean Connery, que hace de padre de Harrison Ford, se obstina en llamarle «Junior» y no «Indiana».

—Sí, porque *Indiana* era el nombre del perro.

—Nuestro golden retriever se llamaba *Charlie*. Es lo mismo.

Recibo un *shock*. Ya nunca más veré a mi amor de la misma manera, pero de pronto el rostro de Michael se ilumina con una amplia sonrisa.

—No eres más que un infame mistificador. He estado a punto de creerte.

—Sí, ya lo he visto...

—Vamos, dadme la versión real. No olvides que Sean Connery utiliza el patronímico usual de su hijo para convencerle de abandonar el Grial y salvarle de una muerte segura.

—¿Qué te hace pensar que yo no haya hecho lo mismo?

Por un instante, un dolor inmenso ha atravesado la mirada de Michael. Nunca había leído esto en sus ojos, ni tampoco en los de ningún otro hombre en toda mi vida. En una milésima de segundo me quedé helada y lamenté haber insistido. Pero Michael recupera instantáneamente el personaje seductor y sonriente que todo el mundo aprecia.

—La verdadera razón es que no quiero que olvide que, aunque tiene la nacionalidad estadounidense, es *British* al cincuenta por ciento.

Charlie sale entonces de su silencio.

—Es una fortaleza, no una debilidad, querido hermano.

—Si consideramos que Ophélie, que está aquí presente y encarna el encanto, la inteligencia y la belleza francesa, te ha preferido a mí, creo que tienes razón, desgraciadamente.

El elogio es extremo pero me hace enrojecer y me provoca dos reflexiones. La primera es que en verdad yo no elegí. Si quiero ser sincera, es la actitud de Michael la que me arrojó a los brazos de su hermano y no lo lamento. ¡Charlie es extraordinario!

La segunda reflexión es más bien un guiño cinematográfico. Me doy cuenta de que la película que Michael eligió para su demostración es aún más pertinente de lo que él creía. La guapa arqueóloga austríaca Elsa Schneider se acostó con el padre y con el hijo, igual que yo con los dos hermanos. Michael no se ha debido de dar cuenta de que el paralelismo se aplicaba a nuestras relaciones íntimas. Bueno, eso espero; con él, no hay nada claro...

En ese momento, una morena aparece junto a Michael con dos copas de champán. Debe de tener más de treinta años, quizá treinta y cinco y solo algunas arrugas me han dado una idea de su edad; delgada, con un corte *garçon* que subraya la finura y la delicadeza de su rostro, lleva un traje de chaqueta y exhibe una gran elegancia y distinción. Desprende una gran confianza en sí misma, pero lo que llama la atención son sus ojos verdes, que parecen dos esmeraldas. En resumen: podría ser la hermana mayor de Kristen Stewart. Michael se apodera de una copa y declara:

—Ophélie, Charles, dejadme presentaros a mi nueva abogada, Lauren Baccalle. No empecéis a lanzarme miradas agresivas, os prometo que no es una broma. No es mi culpa si los padres de Lauren son unos cinéfilos con particular sentido del humor ...

La joven interrumpe a su cliente:

—La grafía de nuestros apellidos difiere. El mío es con dos «c» y una «e».

Solo con esta frase descubro su voz profunda y grave, que asociada a ese físico tan menudo produce un personaje de contraste, pero fascinante y que no puedo evitar mirar. Es Michael quien me saca de mi ensoñación al límite de la descortesía.

—Ya ves, Ophélie, seguí tu consejo y he cambiado para conseguir que los consejos que me prodigan sean de una mayor finura.

En ese momento, recuerdo que Michael fingió entender mis palabras como si se aplicaran a sus conquistas y no a su entorno profesional. Me pregunto si las relaciones que mantiene con Lauren son estrictamente las de abogado-cliente. Ella no tarda en aclarar este tema.

—No está de más. Michael, creo que no traiciono un secreto profesional si confieso que estoy asustada por el nivel intelectual de las jóvenes a quienes has hecho firmar acuerdos de confidencialidad.

No puedo evitar estremecerme al oír este comentario ofensivo, aunque lo haya dicho sin maldad. Michael ha debido de notar mi reacción o se ha dado cuenta por sí mismo del posible impacto que tendría en mí.

—Lauren, no puedes generalizar. Algunas de las personas que he frecuentado son brillantes, otras lo son menos... No todo el mundo puede estudiar derecho en Harvard.

Michael ha tomado mi defensa y reconozco ese temperamento protector que tanto me gustaba. La abogada ha captado la alusión y da marcha atrás.

—Es cierto, tú eres popular entre todas las capas sociales, pero no me quejo: si no hubieras firmado todos esos acuerdos y no hubieras multiplicado las dificultades jurídicas, nunca te habría conocido...

—Y sobre todo, si Ophélie no me hubiera empujado a dejar a Robert.

—Exacto. Nunca podré agradecerérselo bastante, Ophélie. Usted me ha proporcionado el cliente más importante de mi carrera profesional, aun cuando las dificultades financieras que ha sufrido recientemente me han obligado a aplicar un gran descuento.

—Eh, pese a todo disfrutas de ciertas compensaciones.

—Es incontestable, soy la abogada mejor retribuida de Estados Unidos.

Con estas palabras, se pone de puntillas y le da un beso. Él responde con mucha dulzura. Si necesitara confirmación de la naturaleza de su relación, acabo de obtenerla y admito que preferiría no saberlo. Ver a otra mujer besarle me produce un *shock*. Es distinto y mil veces menos fuerte que encontrarle en los servicios con Jenny, pero sigue envenenándome la sangre, creo que, sobre todo, por la ternura que ha demostrado.

No he tenido tiempo de apesadumbrarme con esas palabras. Ella se lo ha llevado para ir a bailar y una nueva oleada de recuerdos ha venido a morir en la orilla de mi memoria: el club nocturno en Deauville, el vals en Venecia...

En ese momento, Laure se me acerca. Charlie, como hombre galante, ha propuesto traernos dos copas, lo que nos permite vernos a solas.

—¿Qué sientes al volver a verle?

—No sé, es extraño... Sobre todo verlo con otra.

—Sin embargo, siempre ha estado con alguien; nunca le tuviste para ti sola.

—Sí, pero nunca lo había visto tan atento con una mujer en mi presencia.

—Deberías estar contenta. Eres tú quien deseaba ardientemente que respetara más a sus conquistas.

—No he dicho que mis sentimientos sean lógicos. Antes no estaba conmigo, pero tenía la impresión de que me daba su ternura en exclusiva.

—De todas maneras, ahora estás con Charlie y es mucho mejor: guapo, inteligente y te ama con locura.

—Está muy claro.

Acabábamos de elogiar sus méritos y él aparece con tres copas. David llegó también con un vaso de whisky en la mano y charlamos unos veinte minutos, un momento de felicidad que me ha hizo olvidar la magnífica pareja que bailaba a pocos metros de nosotros.

Luego, Michael se acercó para anunciarnos que se iban, no sin antes hacer una petición.

—Ophélie, ¿me concederías un baile antes de marchar? Si mi hermano acepta confiarme a su novia...

Antes de que pueda decidir si iba a acceder a su petición, Charlie dio su respuesta mirando a los ojos a su hermano.

—No es muy prudente, la verdad, pero no puedo negarte nada.

—Lo sé y temo abusar... ¿Ophélie?

Cuando Charlie se expresó me volví hacia Laure. Su expresión hierática no me ayudó. Tenía que decidir por mí misma. Alcé los hombros.

—Por qué no...

Nos alejamos bajo la mirada de Lauren y de Charlie.

—Supongo que has indicado al dj la música que deseabas.

—Claro, ya me conoces.

—Espero que no será *Still Loving You*...

—No. Sería una falta de respeto para Lauren y para mi hermano.

Cuando sonaron las primeras notas, reconocí la canción de los Beatles que luego cantó Joe Cocker: *With a Little Help from my Friends*.

—¿Es tu nuevo mensaje para 2015?

—Sí. ¿Recuerdas la primera vez que bailamos juntos en Deauville?

—Habías elegido *Everybody Needs Somebody to Love*.

—Creo que ahora has encontrado a ese «alguien».

Michael me coge por el talle con el brazo derecho y la mano con la izquierda, así que bailamos al modo *old school*, el que conviene a una cuñada y un cuñado. Tiene razón, ahora tengo una persona en mi vida que me ofrece el amor que necesito.

Escuchamos la voz ronca del roquero que dialoga con las coristas.

—Michael, la elección de la canción es razonable. Tú has cantado de falsete y yo te he dejado. Bueno, no en los hechos pero sí en el corazón.

—Lo sé. Por eso ahora intento cantar en el tono justo. Es el comienzo de una magnífica amistad.

Sonríó al oír esta cita de *Casablanca* y nos quedamos un momento en silencio. La canción trata de la soledad, de la necesidad de ser amado, de la realidad del flechazo, y es Michael el que habla en tono confesional:

—No estoy hecho para vivir un *love at first sight*.

—¿No es eso lo que has sentido por Lauren?

—No. Nos entendemos perfectamente, es inteligente, guapa y tiene un humor temible, pero no estoy enamorado. Si hubiera tenido que enamorarme locamente en estos últimos años, habría sido de ti, Ophélie.

Dice eso tranquilamente, como si nada, mirándome con esos ojos azules sin igual. Fingir que eso no me afecta nada sería una mentira espantosa. Me quedo petrificada por su declaración, pensando en el enorme desperdicio que ha sido nuestra historia.

—No has hecho lo que había que hacer y ahora estoy con tu hermano...

Me sonrío pero su mirada se vela.

—No, no he hecho lo que había que hacer y ahora tú estás con mi hermano. Es como en el libro de tu compatriota Anna Gavalda, *La amaba*. El protagonista está enamorado pero renuncia a su amor para preservar la comodidad de sus costumbres.

—La diferencia es que el final de la novela es trágico mientras que aquí yo soy feliz y mi futuro con Charlie se anuncia radiante.

—Sí, es la única razón que me frena de reconquistarte. Es el único hombre en el mundo al que no quiero destruir arrancándote de él.

Se interrumpe un momento antes de asestar un último golpe a mi corazón.

—Sé que tenías un enorme resentimiento hacia mí, pero me haría perdonar. Cambaría por ti y tú volverías a amarme.

Sus palabras parecen pretenciosas, pero creo más bien que para él se trata de enunciar una evidencia. ¿Tiene razón? Tal vez. No lo sabremos nunca. El tema es demasiado grave y la conversación tiene demasiadas lecturas. Suavizo nuestras palabras si no quiero volver hacia Charlie conmocionada.

—¿Cómo es que conoces el libro de Anna Gavalda?

—Me lo enviaron para que hiciera un *remake* junto a Daniel Auteuil.

—Pero ¿no lo llevaste a la práctica?

—No, me costaba identificarme con el personaje, aunque quizá debería repensarlo...

—Estarías estupendo en ese papel, Michael, directo hacia tu tercer Óscar.

—Puede ser, veremos.

La música se acaba y volvemos hacia nuestros amigos y parejas.

Michael y Lauren se despiden. Él estrecha entre sus brazos a su hermano.

—Charles, disfrutad de las vacaciones. Cuida de Ophélie; es única.

—Soy consciente, Michael; no te preocupes.

Las palabras que intercambian son banales, pero las miradas son más ricas y más profundas. Me encantaría poder leer sus mentes.

Cuando me abraza, no dice nada pero sus labios en mis mejillas marcan el final de una época y el principio de otra.

El resto de la noche me pareció insípida. Menos mal que tenía a Charlie y a Laure, dos de los pilares de mi nueva felicidad.

Diario de Laure

18 de agosto de 2015, 19 h

Estoy sola con dos gatos a mi lado, cada uno en un sillón. Es una pena que *Romeo* esté castrado; si no, podría emparejarse con *Princesa Leia*. Quizá ella también esté operada, se lo preguntaré a David. Pensándolo bien es posible, ya que ningún gato ronda la casa y mejor así, todos tranquilos.

Quizá esta política habría que aplicársela a los hombres... Y pensé en eso el sábado por la noche cuando vi bailar a Michael con Ophélie. Les observé durante los diez minutos de la larga canción de Joe Cocker. Del actor emanaba tal carisma y sensualidad que temí que mi amiga perdiera la cabeza otra vez. Entiendo que tantas mujeres hayan sucumbido. La única solución es la castración para evitar que envíe señales, como gata en celo.

Parece que Ophélie resistió el filtro del amor, aunque no estoy del todo segura. No era la misma al final de la fiesta; adujo cansancio, pero dudo que sea ese el único motivo.

En fin, ahora está sola con su amor y espero que no haya viudas negras ni tarántulas que perturben su estancia. Cuando Ophélie intentó persuadirme de que fuéramos a reunirnos con ellos, decliné la invitación con la excusa de que se merecían un viaje de enamorados y que no podía dejar así nuestra empresa, que precisamente acabamos de inaugurar. En realidad, lo que está fuera de discusión es que yo vaya a un continente en el que pueden encontrarse arañas del tamaño de una mano. Es muy sencillo: si encuentro una, borraréme del mundo de los vivos.

El único monstruo peludo que acepto se encuentra en el calzoncillo de mi amor y, por cierto, espero ansiosa la llegada de David para poder ocuparme de él amorosamente.

Cuando pienso que hace un año, un día como hoy, Ophélie y yo abandonábamos el yate en compañía de Charlie... Yo estaba subyugada por el guapo director y Michael acababa de dejar a Ophélie desesperada.

Teníamos el proyecto de una doble boda y quizá aún se produzca, pero no con los pretendientes que imaginábamos.

Pero eso da igual, lo importante es ser feliz y creo que ese es el caso de Ophélie. En cuanto a mí, David es el hombre de mi vida, sin duda...

Le amo un poco, mucho, apasionadamente, con locura... como en el juego de deshojar la margarita, pero todo a la vez.

Si me lo pidiera, aceptaría un período de abstinencia de un mes. Mejor pensado, un mes es muy largo... quizá una semana... ¡o al menos tres días!

Maldita sea, ¿por qué esperar tres días? La abstinencia la acepto hasta el momento en que cruce la puerta; después, no respondo de mis actos.

Diario de Ophélie

19 de agosto de 2015, medianoche

—¿Cuántos hay?

—El guía me ha dicho que era un grupo de once, cuatro hembras, siete jóvenes más el macho dominante, que no está siempre con ellos.

Le miré con una sonrisa irónica.

—¿Estás seguro de que esta vez no hay ocho mil?

—Oh, veo que la señorita es rencorosa. ¿Sigues picada por la broma de los leones marinos?

—No lo olvidaré hasta que no vea los de verdad.

—No deberían tardar; parece que estamos en el camino que sigue el grupo para ir a cazar.

El sol empezaba a bajar en el horizonte y la luz en la sabana era magnífica. Delante de nosotros, a unos centenares de metros, pacía tranquilamente una inmensa manada de ñus y cebras.

Estábamos en un vehículo muy alto, con el guardaparque y el guía negro sentados en un asiento dispuesto delante del parachoques. De pronto el guía le hizo una señal al guardaparque, quien nos dijo que no nos moviéramos.

Oímos ruidos en las hierbas altas a un lado y apareció el grupo de leones. Parecían tranquilos y no se interesaron por nosotros.

Nunca he visto un espectáculo tan hermoso y aterrador. Once leones que me parecían enormes, a pocos metros de nuestro vehículo abierto, sin techo ni ventanas para protegernos. El guía nos había explicado que los felinos nunca saltan sobre los vehículos, pero yo no acababa de estar tranquila. Bastaba con que uno solo de esos magníficos animales decidiera hacer algo nuevo y probar la tierna carne humana para sepultar todos mis sueños de una vida feliz.

Pasaron de largo del vehículo, ignorándonos y preparándose para cazar.

El guardaparque nos dio unas explicaciones en voz baja.

—Son como el viento, la manada no puede sentir que se acercan. Van a rodearlos arrastrándose sobre el vientre lo más cerca posible de sus presas antes de atacar.

Estuvimos mirando cómo los leones y, sobre todo, las leonas avanzaban con prudencia. De pronto, cargaron. Una leona aprovechó la distracción de un ñu para lanzarse sobre él.

—Lo ha derribado. Ahora va a cogerlo por la garganta para seccionarle la tráquea o asfixiarlo bloqueándole el hocico.

Aunque soy una fan de los leones y sé que se alimentan cazando, esa descripción de su instinto me obligó a hacer una mueca de repugnancia. Miré a los otros miembros del grupo; no todos lo habían conseguido.

Charlie me llamó la atención.

—Mira el león joven que persigue a la cebra y su cría.

Mis ojos captaron el drama que se estaba gestando. Hice entonces una cosa que no es propia de mí: recé a los dioses de todas las religiones para que intervinieran. Era pueril, una locura.

El joven león saltó sobre la cebra pequeña mientras su madre, que iba un paso por delante, no podía intervenir.

Y entonces, como si mis ruegos hubieran servido de algo, pasó algo increíble. No sé si la cebra se apartó a un lado o si el león calculó mal su trayectoria, pero en todo caso cayó de cara y debió de golpearse con fuerza contra el suelo, ya que cuando se levantó estaba desnortado. La madre y la cría aprovecharon para escapar.

Estaba bajo el impacto y mis nervios no aguantaron y me puse a llorar, para sorpresa de Charlie, que me cogió en sus brazos y me reconfortó.

—No te entiendo, Ophélie. Cuando te llevo a ver a los falsos leones, lloras y, cuando te llevo a ver los leones de verdad, lloras también.

Conseguí contestarle entre dos sollozos.

—¡He tenido mucho miedo! Ese animal tan pequeño entre las garras de otro, tan poderoso...

—Hasta las presas más inocentes escapan a los predadores más peligrosos.

Me sonrió y traté de leer en su mirada si había en sus palabras un mensaje para mí. No le pedí explicaciones.

Dedicamos la hora siguiente a asistir a la cena de la familia. En el menú, cebra y ñu, un verdadero festín. Ya no me importaba ver ese espectáculo, a pesar de que era un poco sangriento. Era hermoso, estaba todo en calma y era un sueño de una vida el que se estaba cumpliendo.

Charlie creó este viaje tras las huellas de Karen Blixen y Denys Finch Hatton. Me lo anunció en el avión de Los Ángeles a Nairobi.

—¿Has leído *Memorias de África*?

—No, he visto la película de Sydney Pollack.

—He traído el libro. Te lo dejaré para que lo leas. Jugaremos a ser Karen Blixen y Denys Finch Hatton. Pese a lo que sugiere la película a través de Robert Redford, Denys era un inglés de lo más tradicional.

—¿Pero ella? ¿Ella no era sueca?

—No, danesa.

—Pero yo no parezco escandinava.

—Eso no importa; también haremos un safari en Kenia, verás, será genial.

No se equivocaba; es solo el segundo día y ya estoy encantada. Ayer visitamos la casa de Karen Blixen en las afueras de Nairobi y después fuimos a la tumba de Denys Finch Hatton, al pie de las colinas Ngong. Fue muy hermoso y bastante conmovedor.

El safari fue maravilloso: rinocerontes, elefantes, jirafas, búfalos, gacelas... Solo nos faltó el leopardo para que pudiéramos ver el *Big Five*, ya en nuestra primera salida. El *Big Five* alude a los cinco mamíferos africanos que hay que ver en un safari. Supe por el guía que es un concepto que creó Hemingway en su libro *Las nieves del Kilimanjaro*. El clímax fue el rarísimo momento de caza de los leones y el festín a continuación.

Hacia las diez de la noche tomamos el camino de vuelta hacia el alojamiento. O eso es lo que yo creía. De hecho, nos dirigimos hacia un punto que brillaba en medio de la sabana y al acercarnos, vi un fuego gigantesco —de varios metros de diámetro— y otros fuegos pequeños que cercaban un perímetro de seguridad. En medio, mesa, mantel y candelabro.

Era increíble el exotismo y el romanticismo.

—Charlie.

Me miró con cierta inquietud.

—¿Te gusta?

—¡Qué dices! Me encanta, aún más real que en *Memorias de África*. Pero ¿estamos seguros, al menos?

—Tanto como se puede estar en medio de la sabana. Esas hogueras alejan a los animales y hay guardabosques con fusiles para montar la guardia.

Curiosamente, había hecho esa pregunta pero en realidad no estaba inquieta. Nos sentamos a cenar y los platos eran sencillos pero deliciosos. La felicidad absoluta debe de ser algo así y experimenté lo que pudo sentir Karen Blixen cuando disfrutaba de su cena a solas con su enamorado, escuchando música clásica en el gramófono.

Hablamos de todo y de nada, de nuestro vuelo sobre el monte keniano, dentro de unos días, del viaje a Europa...

Después del té para concluir la cena, Charlie me llevó cerca de la hoguera grande y me cogió entre sus brazos, también grandes.

—Me gustaría decirte lo fuerte que es mi amor.

—¡Pero si me lo estás diciendo!

—No, en francés solo sé decir *je t'aime*.

—Eso ya es mucho.

—Pero quiero decir más. Ya sé lo que quería expresar, espero que te guste.

Igual que en nuestra salida matinal en el cauce del Los Angeles River, sacó su iPhone y me dio un auricular.

Yo estaba un poco inquieta.

—¿Estás seguro?

—Escucha.

Empezó la introducción con violines y, de fondo sonoro, los clásicos crujidos de las grabaciones antiguas.

Y de pronto, una voz magnífica, única: ¡Édith Piaf!

Yo conocía el *Himno al amor*, pero por primera vez presté atención a la letra. Charlie me cogió la barbilla en su mano para que no se separaran nuestras miradas. Era una declaración que él quería hacerme en mi idioma.

*Le ciel bleu sur nous peut s'effondrer
Et la terre peut bien s'écrouler
Peu m'importe si tu m'aimes
Je me fous du monde entier.*

La canción describía sentimientos extremos, pero leí en sus ojos que pensaba cada palabra. Permanecimos inmóviles los tres minutos de la canción, demasiado corto para un momento tan excepcional.

Al final, cuando los coros se pusieron a cantar, conmovieron mi corazón. Estaba muy emocionada y cuando la cantante concluyó la canción con el magnífico «Dios reúne a los que se aman», las lágrimas corrían por mis mejillas.

Charlie me interrogó con la mirada y le besé en los labios.

—Gracias, es una declaración maravillosa; tenías razón.

Había una comunión tan grande entre nosotros que no intercambiamos una sola palabra cuando volvimos al alojamiento en el gran coche. Hacía frío y me hizo bien sentir calor entre sus brazos.

Cuando entramos en nuestra habitación lujosa donde había una cama con baldaquino, me acerqué a él para besarlo. Esta vez ya no era mi boca contra la suya, sino mi amor conjugándose con el suyo. No puedo explicar el ballet de nuestros cuerpos, solo recuerdo que por primera vez la noción de orgasmo no tenía sentido; estábamos más allá, en absoluta comunión, en el amor perfecto.

Esta noche, veintisiete años y once días después, al fin concluí la búsqueda del Grial. Terminó este último capítulo tendida al lado del hombre de mi vida. Tal y como lo había soñado, se trata del señor Brown: solo me había equivocado en el nombre de pila.

Agradecimientos

Cuando empecé este proyecto de trilogía en otoño de 2014 pensé en las tres condiciones que Alfred Hitchcock juzgaba necesarias para hacer una buena película: «Una buena historia, una buena historia y una buena historia».

Esta historia la imaginé después de conocer a Penélope Cruz y a Javier Bardem en la playa de Sperone, la misma en la que Michael va a buscar a Ophélie en la Temporada 1. Aclaro que no hay semejanza alguna entre la vida disoluta de Michael y Carolina y la del actor español y su esposa...

Enseguida quise que la novela se escribiera en forma de diario y como no estaba seguro de poder meterme en la piel de una joven de veinticinco años, busqué a una autora para poner sobre el papel lo que se encontraba en mi imaginación.

Al final, renuncié y decidí lanzarme a la escritura, no lamentando esta decisión ni un solo segundo.

Según la reacción de las blogueras y las lectoras, he sido capaz de lograr esta encarnación.

En primer lugar, se lo debo a todas las mujeres de mi vida: a mi esposa, a mi madre, a mis amigas y también a todas las jóvenes con las que me he cruzado en mi ambiente profesional. Siempre he tenido excelentes relaciones con mis colaboradoras y con frecuencia he preferido elegir mujeres en vez de hombres para los puestos directivos.

Pero proyectarse en los fantasmas y la descripción del placer femenino no habría sido posible sin la lectura de los blogs y los sitios web de las revistas femeninas: *Elle*, *Cosmopolitan*, *Marie Claire*, *Femme actuelle*, *Version Femina*... Gracias a todas las periodistas que han contribuido a hacer de Ophélie y Laure dos jóvenes creíbles y modernas.

Como bien dice Patrick Modiano: «Es conmovedor tener lectores. Es maravilloso, da la impresión de que uno se puede comunicar». Quiero agradecer a todas y a todos los que se han sumergido en esta historia de amor poco convencional y que les ha hecho viajar de París a Los Ángeles, pasando por Córcega, Cerdeña, Venecia y Londres.

Pero no hay relación entre el escritor y el lector sin editorial. Muchos son los que hablan de la dificultad de publicar su primer manuscrito.

Es un trabajo forzado que no tuve que conocer gracias a Sabrina, una brillante colaboradora antes de convertirse en amiga mía. Fue ella quien me presentó a Céline, mi editora, quien aceptó el gran riesgo de confiar la escritura de una trilogía a un autor principiante. Cuando nos conocimos al principios del verano de 2015, yo debía de tener escrita la mitad de la temporada 1. Ella creyó en que sería capaz de escribir dos libros y medio en menos de un año.

Sabrina y Céline, el dúo sin el que *Movie Star* no podría existir.

Descubrí el mundo de la edición y el espíritu de equipo de Belfond y, más tarde, conocí a Pauline, Marie-Pauline y Celia. Todas ellas me ayudaron en mi empresa.

En la Antigüedad y, más tarde, en la Edad Media, existían los pregoneros de noticias. Muchos siglos más tarde, gracias a sus descendientes, las blogueras, la trilogía se dio a conocer. Sus críticas entusiastas dieron ganas a miles de lectoras de entrar en ese mundo inmisericorde del cine que quise recrear. Es una actividad magnífica compartir su amor por los libros. Gracias a todas (y a todos, pues he tenido también un bloguero), por ese apoyo.

Gracias a todos mis amigos que me apoyaron, en especial a Thierry, que me dio la posibilidad de describir los pasos de auxilio del médico después del suicidio fallido de Akemi.

Ahora se termina esta primera parte de la historia, en sentido propio y figurado. Tal vez continuará con una adaptación en cine o en serie. Mientras tanto, la pluma me reclama seguir escribiendo y empiezo a imaginar otro porvenir para Laure...

ALEX CARTIER

12 de abril de 2016

Notas

1. *Driving Under the Influence* hace referencia a conducción en estado de ebriedad. (N. de la t.)

2. O. J. Simpson fue acusado de la muerte de su mujer y de otra persona en 1994. (*N. del a.*)

3. 911: número de los servicios de urgencia estadounidenses. (*N. del a.*)

4. *Hearsay*: palabra que se utiliza en los tribunales para recusar el testimonio de testigos indirectos. (*N. del a.*)

5. Literalmente: «No ensucies el lugar donde comes». Fórmula para indicar que es mejor evitar las relaciones sentimentales o sexuales en el lugar de trabajo. (*N. del a.*)

6. En francés *se mettre à table* significa también «cantar de plano, desembuchar», aludiendo a un interrogatorio policial o similar. (*N. de la t.*)

7. «Cuantos más seamos, mejor lo pasaremos.» (*N. del a.*)

8. Michael es el hijo de Don Corleone, el padrino, y Luca Brasi nunca iría contra la familia de su patrón. (*N. del a.*)

9. Drug Enforcement Agency: brigada de estupefacientes en Estados Unidos. (*N. del a.*)

10. Internal Affairs: policía de los policías, en Estados Unidos. (*N. del a.*)

11. Audiencia pública preliminar ante un juez que decide si ha lugar celebrar un juicio. (*N. del a.*)

12. Los dos fiscales de distrito que perdieron el juicio de O. J. Simpson. (*N. del a.*)

13. Paletto o pueblerino. (*N. del a.*)

Biografía

Alex Cartier trabajó durante veinte años para un estudio de cine en Estados Unidos y en Europa. Actualmente, después de haber colaborado con estrellas de Hollywood, desarrolla proyectos de series para la televisión.

Movie Star 3
Alex Cartier

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Movie Star 3*

© Belfond, un département de Place des Éditeurs, 2016

© de la traducción María Méndez, 2017

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

© Crazy, 2006 Gnarl's Barkley under exclusive license to Warner Music UK Ltd., interpretada por Gnarl's Barkley

© The House of the Rising sun, 2002 Parlophone Records Ltd., a Warner Music Group Company, interpretada por The Animals

© What a wonderful world, 2010 The Verve Music Group, a Division of UMG Recordings, Inc., interpretada por Louis Armstrong

© Nightcall, 2013 Record Makers, interpretada por Kavinsky

© Hymne à l'amour, 2015 Parlophone / Warner Music France, A Warner Music Group Company, interpretada por Édith Piaf

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2017

ISBN: 978-84-08-17491-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!

